

Laura C. de Postel

Montevideo.



MISCELANEA



No.

BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA

Donante Sr. *Laura C. de Postel*
de *Montevideo*

R.O. 11.



MISCELÁNEA

POR

SANTIAGO ESTRADA

MIEMBRO CORRESPONDIENTE

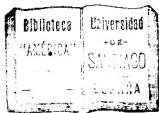
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PRECEDIDA DE UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

D. JUAN VALERA

— 4 TOMO I —



BARCELONA—1889

IMPRENTA DE HENRICH Y C^{IA} EN COMANDITA
SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.^{IA}

Paseo de Escudellers, 4

ES PROPIEDAD

CARTA-PRÓLOGO

SR. D. SANTIAGO ESTRADA.

MUY señor mío y distinguido amigo: Harto difícil es para mí el honroso encargo, que V. me da y que tanto me lisonjea, de poner algo como Prólogo en el tomo de sus obras que lleva por título MISCELÁNEA. No extraño V., pues, y perdone mi tardanza en cumplir dicho encargo, aunque le acepté complacidísimo.

Sé que V. hace imprimir y va á publicar á la vez en Barcelona otras varias obras suyas. El conjunto de ellas formará seis tomos, de los cuales sólo he leído aquel en que mi crítica debe emplearse.

A V. mismo más le conozco de fama que de trato. Si no recuerdo mal, una vez sola tuve el gusto de estar conversando con V. por espacio de poco más de media hora. Esto y el decir de las gentes bastan á demostrarme la bondad de V., su discreción y su ilustrado juicio: pero, como yo sigo mal la historia

contemporánea de todos los países, ignoro qué partido es el de V. en la República de que es ciudadano, qué papel ha desempeñado en su política, y cuáles son sus aspiraciones é ideas.

El tomo MISCELÁNEA, que V. me envía, parece, por consiguiente, como reunión de datos para resolver un problema y para despejar una incógnita, ya que incógnita era para mí, antes de recibir dicho tomo, la importancia literaria de V. en su tierra.

Para persona de mayor agudeza y de más honda penetración que las que yo poseo, esta ignorancia previa traería ventajas y contribuiría á dar superior lucimiento al desempeño de su tarea. Por el hilo, como se dice vulgarmente, sacaría el ovillo: y, sólo en vista de la MISCELÁNEA, formaría exacto y cabal concepto de la personalidad de V. y la expondría al público con firmeza. Lo que es yo, ó tengo que limitarme á hablar aisladamente del tomo MISCELÁNEA ó me expongo á extraviarme al pretender adivinar.

De sobra se me alcanza el propósito de V. al pedirme el Prólogo. Ha llegado á mi noticia que usted ha pedido también Prólogos para otros de sus libros á otros escritores españoles. Y en esto, así como en la circunstancia de imprimir V. todas sus obras en Barcelona, se ve patente el intento de que la edición que V. hace sea como muestra ó símbolo de la fraternidad de hispano-americanos y de españoles peninsulares y de la unidad indestructible de la civilización ibérica, cuyo lazo no rompen ni todas las ondas del Atlántico que entre nosotros se agitan, ni

los recuerdos de una guerra, inevitable aunque fratricida, pero cuya sangre y cuyas lágrimas se ocrearon ya, dejando limpio y no marchito el lauro.

Para V., que es tan creyente y fervoroso católico, ha de ser de indiscutible verdad el criterio que me guía al considerar los acontecimientos humanos, porque, sin suprimir en cada individuo la responsabilidad de las acciones, ya nobles y generosas, ya egoístas y perversas, y nacidas siempre de libre albedrío, veo en el conjunto algo de divina é indefectiblemente ordenado con soberana presciencia, por donde todo cuanto ocurre es lo mejor que puede ocurrir y todo cuanto se realiza y consuma es para bien, aunque parezca mal por lo pronto; de suerte que el refrán más verídico y piadoso es el que dice: «no hay mal que por bien no venga.» Aplicado esto á los casos particulares me compone una filosofía de la historia, en germen sin duda, poco sutil, nada profunda é ingeniosa, pero muy optimista y rica de esperanzas y de consuelos.

La emancipación de las colonias españolas en el continente americano fué, pues, cuando debió ser, y no pudo ser ni después ni antes. España carecía de fuerza para mantener tanto imperio y era menester que se desbaratara. No hay que discutir si cada uno de los desmembrados fragmentos hubiera alcanzado más tarde mayor eficacia, á fin de constituir, sin largas convulsiones, dictaduras, tiranías y guerras civiles, un Estado libre, próspero y fuerte. Sin discutirlo yo, por fe en la invicta civilización europea,

y en que la raza á que pertenezco fué y seguirá siendo una de las más hábiles y activas para crearla, conservarla y difundirla, jamás desconfié de nuestro destino; y, en los instantes más tristes y ominosos, cuando, al ver, en las nuevas Repúblicas, discordias, desquiciamiento y feroces tiranos, se pronosticaban ruinas, sobre las cuales otra raza de más valer vendría á entronizarse, jamás desesperé, no ya de la salud de la patria, sino de algo más amplio y sublime: de la salud de *mi gente*.

Por lo expuesto comprenderá V. y ponderará mi alegría, al notar la naciente grandeza, la prosperidad, el brío y el orden, que se van mostrando en algunas de las Repúblicas que fueron colonias de España. Hay en ello, para todo español, no una satisfacción, sino un enjambre de satisfacciones de amor propio: la del padre que conoce en el hijo la nobleza de su sangre, anhelando que valga más que él y le supere: la del maestro ó tutor, que, cuando el discípulo ó pupilo se luce, se engríe imaginando que es parte en el triunfo la educación que le ha dado: y para mí, además, la del vidente que se deleita jactándose de que no salieron falsos sus vaticinios.

En la situación actual de las Repúblicas hispano-americanas, y singularmente de la Argentina, concretándonos á aquella que cuenta á V. entre sus ilustres patricios, hay no poco de pueblo naciente y no poco también de prolongación de otro pueblo, que tuvo ya extensa vida y representó lucido papel en el teatro del mundo. Idioma, religión, leyes, costum-

bres, ciencias, letras y artes, todo lo han recibido ustedes de España. Este tesoro, que no debe desdeñarse para crear otro nuevo, sino aprovecharse para que crezca y se centuple, consta de dos clases de riqueza: una exclusiva y peculiar de nuestra raza: otra común á toda la civilización europea. Conato de lo imposible sería prescindir de esto ó trastrocarlo adrede para hallar la originalidad y la novedad sin precedentes. Todo esto es harto sólido para que sirva de base, sobre la cual pueda erigirse soberbio y nuevo edificio. Nada de esto debe desecharse para levantar desde los cimientos edificio nuevo.

Por lo dicho, lo primero que elogio y lo primero que me es simpático en los escritos de V. es el espíritu conservador y castizo de que están impregnados. Ni tal espíritu perjudica á la originalidad individual del escritor. Para ser original no es necesario desfigurarse, ni disfrazarse, ni descastarse, ni dejar uno de ser quien es y ser otro. Y en cuanto á la originalidad colectiva, en cuanto al sello nacional y distinto, es seguro que ha de ponerse sobre la propia y común sustancia española y no sobre otro elemento de importación ó sobre materia extraña y prestada.

La MISCELÁNEA de V. es una colección de artículos de varios géneros, pero en todos prevalece lo moral y religioso.

Más bien que de crítico-literarios pueden calificarse de filosóficos y doctrinales. En esto se asemejan, aunque van por opuesto camino, á los del ecuatoriano Juan Montalvo: á su *Espectador* y á sus

Siete Tratados. Montalvo y V. han escrito *ensayos*, como los que Montaigne llamó *ensayos*, y no como los ingleses, que suelen ser extractos y críticas de libros. Ustedes, con más libertad y sin tomar siempre ocasión de libro alguno, discurren sobre puntos diversos y componen sobre cada punto un tratadito ó disertación breve.

En las tendencias, Montalvo y V. son muy distintos y en el estilo más aún. Montalvo es artificioso y afectadísimo: V., espontáneo y natural. Montalvo aspira en demasía á decir cosas nuevas y á decirlas como nadie las ha dicho: quiere ser un primor, un dechado de forma. Usted aspira sólo á decir lo que siente y piensa, aunque sea lo que sienten y piensan los demás hombres; y á decirlo con orden y claridad, sin rebuscamiento ni rarezas.

No hay que decir que yo prefiero lo último.

Si V. tratase de ciencias exactas ó de observación, el crítico debería empezar por saber dichas ciencias, y luego decidir si era la verdad lo que V. decía. Pero las materias sobre las que V. diserta, salvo ciertos principios inconcusos, *quædam perennis philosophia*, en que debemos todos convenir y en que por dicha usted y yo convenimos, tienen tanto de opinables y de controvertibles, que sería en mí exceso de petulancia, ya el declarar á V. depositario y divulgador de la verdad, ya el impugnarle, haciendo patentes sus errores. Necesitaría yo además para esto, no componer un escrito corto, sino un libro tan voluminoso como el de V.

Si lo que V. sostiene es la recta doctrina, ya convencerán de ello las palabras de V. á quien las leyere, sin necesidad de que vengan las mías en su apoyo. Y si hubiere error en poco ó en mucho, ni yo me hallo con autoridad ni con capacidad para manifestarle, ni la misión de un *prologista* es entrar en polémica con su *prologizado*.

Lo que si me incumbe decir, y lo que puedo decir por fortuna, y ésta, á mi ver, es grande alabanza, es que V. escribe *corde bono et fide non ficta*, con la sinceridad, con la convicción candorosa, que atrae la atención de los lectores, que les gana la voluntad, que los convence á veces, y que, cuando no los convence, los interesa y conmueve, convirtiéndolos, si no en correligionarios del dogma que se predica, en amigos y parciales entusiastas del predicador.

Entienda V. bien que no quiero expresar con esto más de lo que expreso, ni mostrar mi escepticismo con reticencias. Lo único que yo quiero expresar y que expreso ahora es que, un libro que trata rápida y sumariamente sobre tantos y tan trascendentales asuntos, sería ligereza y osadía, ora que yo en todo le declarase conforme á la verdad, ora que en poco ó en mucho le calificase de erróneo.

Lo que sí puedo hacer y hago con sumo contento, sin salir de las dudas escépticas en que la modestia me ha encerrado, es calificar el libro de V. de libro sano, fruto de un entendimiento y de una voluntad sanos también ambos.

Esta sanidad es, en mi sentir, el fundamento de

toda buena obra de literatura; es la razón que ha de tener el crítico meramente literario, y no científico ni filosófico, para declarar buena la obra. Consiste dicha sanidad en no dejarse arrastrar de afectos torcidos, aunque sean sinceros; en poner por base el sentido común y no desecharle nunca, aunque sirva de trampolín para brincar por cima de él más allá de las estrellas; en no seguir una dialéctica viciosa por el empeño presuntuoso de parecer más sutil ó más profundo que el resto de los mortales; y en no incurrir en extravagancias para pasar por genios.

La insania de que hablo no impide que el escritor sea tenido por grande; pero yo no gusto de él. Tal vez lo que dice está más conforme con lo que á mí me parece la verdad que lo que dice el escritor sano: pero el error de éste es más simpático y causa menos daño que la verdad en la boca ó en la pluma del otro. Prefiero á Voltaire renegando de todo dogma cristiano á Rousseau ensalzando los Evangelios; y menos mal me parece Carducci componiendo una oda á Satanás, donde su sola afectación es llamar Satanás á la personificación del ingenio humano, que Chateaubriand levantando *El genio del Cristianismo* sobre un cúmulo de afectaciones.

Declarado ya aquí como sentencia que es V. un escritor sincero, entusiasta sin extravío y sin empeñarse en ser entusiasta, y sano además, añadiré, como parecer individual mío, que me agrada en extremo su modo de pensar de V., y que en lo más esencial siempre le apruebo y le aplaudo.

Desde luego coincidimos en nuestra estética, fundamento de nuestra crítica. Cuanto dice V., en defensa del poeta colombiano Jorge Isaacs, en el artículo titulado *El ideal del poeta*, es, bien dicho, lo mismo que yo pienso y siento. Usted niega, como yo, que la poesía sea don funesto, cultivo del dolor; y entiende que no es deformidad ó enfermedad el *genio*, sino salud más completa, fecunda y dichosa, que la salud de que goza el vulgo.

En el juicio que forma V. de Olegario Andrade estamos de acuerdo, si bien V. se muestra y puede mostrarse más severo que yo porque Andrade es su paisano.

En todos los artículos de V. de asunto religioso son de admirar la ardiente devoción, la fe profunda y la espontánea elocuencia. Y á mí me encanta asimismo que la religiosidad de V., lejos de estar reñida con el espíritu del siglo, con la creencia en el progreso y con el amor á la libertad, se combina con estas ideas y con estos sentimientos, purificándolos y santificándolos. No se funda la fe católica de V. en escepticismo y pesimismo, como la de Pascal, Bonald, De Maistre y Donoso, sino en optimismo y en confianza mesurada y justa en la razón humana. No es menester para amar á Dios odiar y despreciar al prójimo, antes por amor de Dios más se le ama y más se le respeta. Ni es menester para aceptar una revelación exterior, que viene á nosotros con la palabra, materialmente, ya por los oídos, ya por los ojos, sostener que la luz íntima, que Dios nos ha

dado, sólo sirve para descubrir é iluminar disparates.

El libro de V. es muy ameno y tan variado que no acertaré á dar idea de todo él sin pecar de prolijo. Contiene cuadros de costumbres, como *Liberato*; crítica de bellas artes, como *El dolor concentrado* y *Una estatua de Alonso Cano*; y encomios de personas ilustres, como los del Padre Jordán y de Juana Manuela Gorriti, á la cual, lo confieso con vergüenza para prueba de la incomunicación intelectual en que hemos estado, no había yo oído mentar nunca, aunque V. afirma que comparte con la Avellaneda el imperio literario de la mujer americana en la América española. Y son tales las elocuentes alabanzas que da V. á la Gorriti, que, á ser justas también, y no exageradas por generosa benevolencia, á pesar de mi admiración por la Avellaneda, tengo que conceder á la Gorriti la primacía.

En los artículos en que combate V. vicios sociales ó manías de moda, como la cremación y el suicidio, son de celebrar el saber que V. patentiza, la sencillez y el orden del estilo y el calor con que defiende sus opiniones.

A mi ver, el más bello, sabio y erudito de estos artículos filosóficos, es aquel en que critica V. la obra de José María Ramos Mejía, titulada: *Las neurosis de los hombres célebres en la República Argentina*. Da motivo esta obra para que V. niegue las neurosis invencibles que destruyen la responsabilidad, para que haga una brillante defensa del libro

albedrío y para que impugne el materialismo y no acepte el divorcio entre la razón y la fe, la religión y la ciencia.

Su libro de V., como todo libro bien escrito y lleno de saber y de talento, no sólo contiene muchas ideas, sino que las despierta en el ánimo de quien lee, ya por ampliación y deducción, ya por contradicción también; pero dejo de poner aquí las más, para que no me acuse V. de pesadez, se arrepienta de haberme confiado el Prólogo, y perjudique éste el libro en vez de favorecerle.

Baste que yo reconozca, para terminar, que el libro, por fortuna y mérito de V., y para honra de las letras españolas, en toda su amplitud españolas, no necesita de recomendación ni de apoyo.

Y si por el tomo conocido he de calcular el mérito de los cinco que no conozco aún, me atrevo á afirmar que el día de la aparición de los seis tomos será día fausto en los anales de nuestra total literatura.

Créame V. su afectísimo amigo y S. S.

Q. B. S. M.

JUAN VALERA.

San Ildefonso, 15 de Agosto de 1889.

LA VOZ DEL PRODIGIO

EN el año décimoquinto de la dominación de Tiberio César, Juan, la voz que clamaba en el desierto, anunciaba á los hombres, sumergidos en el error ó la indiferencia, el advenimiento del Redentor del mundo.

Después de la victoria de Accio, alcanzada por Augusto, hubo en la tierra, aseguran los historiadores, como un gran silencio, para escuchar la voz prodigiosa que debía transformar las condiciones morales y sociales de la humanidad, destruyendo las doctrinas filosóficas en boga, reformando el derecho predominante, trocando la corona del triclinio por la palma simbólica del sacrificio.

El siglo en que semejante transformación debía operarse, no perteneció al número de los

oscuros; corre parejas con el de Pericles, y es conocido en la Historia con el nombre de Augusto.

Habiéndose ordenado por César Augusto el empadronamiento de toda la tierra, María y José, acatando el edicto, fueron de Nazaret, ciudad de Galilea, á Belén de Judá, ciudad llamada de David. En este sitio les sorprendió el nacimiento de Jesús, teniendo que alojarse, por falta de posada, en un establo ocupado por bestias de yugo.

La persecución de Herodes obligó á los padres del recién nacido á emprender penoso viaje á Egipto. Salvado del hierro homicida, apenas salido de la infancia, abandona á sus progenitores, que podían presentarle como dechado de obediencia, penetra en el templo de Jerusalén, deslumbra á los doctores con su precoz sabiduría, y empieza á cumplir la misión que le traía á la tierra, enseñando la verdad al ignorante. Pasada la adolescencia, presentóse en el carácter con que le había anunciado el Bautista. Cada uno de sus conceptos concentra desconocida filosofía. «Conoceréis la verdad, dice á los judíos, y la verdad os hará libres». Predica abiertamente, á pocos ó á muchos, la caridad entre los hombres, la perpetuidad del matrimonio, el amor á la infancia, la obediencia á la autoridad constituida, manda á las enfermedades que salgan del cuerpo, é impera

sobre la tumba, levantando vivo á Lázaro muerto del sepulcro en que yacía.

Eligió Jesús coadjutores ignorantes y desvalidos, como para que pareciera, y, en efecto, fuera más maravilloso, el portento que debía cambiar la faz de la tierra. El poder divino suplió en los Apóstoles las luces de la ciencia y el prestigio del nacimiento y la fortuna. De la misma manera que el Padre sacó al mundo de la nada, el Hijo, por decirlo así, sacó de la nada también á los encargados de publicar el Evangelio á todas las naciones.

Pero más asombroso todavía es el hecho incontestable de haber difundido una doctrina, diametralmente opuesta á las inclinaciones y enseñanzas de los tiempos de su aparición entre los hombres. Jesús exigió á sus adeptos mortificación y caridad, y les prometió como recompensa, de parte del mundo, abrojos para la frente y calumnias para el honor. Así como al delirio de la embriaguez sucede la vergüenza del arrepentimiento, los hombres, ávidos de placeres, empezaron á despreciarlos, movidos por las ocultas fuerzas de la gracia. Con las piedras con que se golpeaban el pecho penitente, rompieron las copas del festín, en testimonio de haber conseguido sobre sí mismos la apetecida victoria.

Trescientos años de cruel persecución fueron impotentes para sofocar en el pecho de los cris-

tianos la semilla sembrada por el Salvador. El bárbaro refinamiento de Diocleciano, los encontró aún más fuertes que la maldad vulgar de sus predecesores. Cuando Constantino, guiado por el signo luminoso de la cruz, estampado en el cielo, sepultó á Magencio en las aguas del Tíber, de pie estaba la fortaleza cristiana, no cansada de combatir y preparada para la muerte como para la victoria. Luchando en buena lid ó refugiada en las Catacumbas de Roma, la Iglesia, floreciente por sus triunfos, poseía la fuerza moral que opuso, para salvar la civilización, al desbordamiento de los visigodos, hunos y alanos, á quienes, por fin, detuvo en su carrera devastadora.

Hijos amorosos de Jesús, antes que cronistas del Cristianismo, nos inclinamos más á sentir que á reflexionar en el aniversario que se acerca. Retrocedamos, pues, camino de Jerusalén.

Samuel dijo en el *Libro de los Reyes*, refiriéndose al tiempo en que los fieles tienen puesto el pensamiento, que los cielos se inclinaron y descendió la santidad y la justicia. Parece, en efecto, al repetir este admirable concepto, que á nuestra vista se hubiera producido el prodigio de abajarse el firmamento, para alcanzar cuanto de grande y de misericordioso albergaba en su seno. Pero al estupor sucede un movimiento de vergüenza: la tierra,

en vez de sentirse anonadada bajo el peso del tesoro de la divina piedad, dió cuanto ella podía ofrecer en retorno del beneficio... ¡dió muerte al Salvador!

Nos encontramos en el supremo instante de la Pasión de Jesucristo. Acaba de celebrar la Pascua con sus discípulos y de entregarse perpetuamente á sus amados en el misterio del pan y del vino consagrados, que puso el sello al Nuevo Testamento. Terminada la cena en casa de Simón, aproximándose la hora del sacrificio, va á prepararse para la muerte en el huerto de los olivos. Mientras tanto, sus discípulos, vencidos por el sueño, le abandonan en su congoja. En ese sitio le entregará Judas á las tropas de los Príncipes de los Sacerdotes. Presentanse armadas con espadas y palos, y precedidas por el discípulo traidor, que señala la víctima á la plebe con un beso en la mejilla. Arrastrada de tribunal en tribunal; en el de Caifás encuentra la calumnia acompañada del testigo falso; en el pórtico del palacio del Príncipe de los Sacerdotes, descubre la debilidad de Pedro que niega conocerle; en el Pretorio se estrella contra la cobardía de Pilatos. Azotado Jesús, vestido irrisoriamente, cubierto de polvo y de saliva, es condenado, por último, á morir crucificado, llevando él mismo, sobre sus delicados hombros, el pesado madero que representa los pecados de la humanidad. En el áspero

camino encuentra á su afligida Madre, y le salen al paso las mujeres de la ciudad deicida, ponderando su aflicción y mostrándosela con el llanto que derraman. Extendido y clavado en la cruz, suspendido, finalmente, de sus brazos, el escarnio y la crueldad aguzan todavía la saña. Un ladrón le insulta, un soldado arrima á sus labios secos hiel y vinagre, un guarda le abre el costado con la lanza, y los que pasan por el camino menean la cabeza y blasfeman. Mientras tanto que el dolor le atormenta, difundiéndole en el lacerado rostro mortal palidez, su divina boca pronuncia frases de misterioso sentido y palabras del perdón para los verdugos que le han crucificado. El globo de sus ojos se vuelve hacia el cielo, expresando la elevación del alma. Sus párpados se cierran con dificultad. Ha entregado el espíritu, y ya no puede levantarlos para mirar compasivamente la tierra ingrata. ¡Hora sagrada de la memoria cristiana! En aquel monte agreste agoniza el divino labrador de los prados; la desnudez atormenta al hilandero del vellón del Tibet; las tinieblas circundan al que encendió las lámparas de la noche, y la sed aniquila al que sacó del pedernal la corriente clara en que los pastores abrevan los rebaños de Israel. El hombre álzase airado contra su Autor, y la naturaleza protesta contra el hombre. Cubre su faz con el manto que arrebató á la Noche, gime con el

viento y el trueno, y si mira á intervalos la cima del Calvario, el cárdeno relámpago denuncia su enojo y el rayo fulminante la explosión de su cólera.

Á la sazón, flota en el templo el velo desgarrado, la muerte vencida tambalea en sus dominios, y los moradores del sepulcro arrojan el sudario con que fueron enterrados. Huyen los animales, tan despavoridos y bravíos en la tarde del Calvario, como reposados y mansos en la aurora de Belén. Deslumbrado el Centurión por la luz celestial que refleja sobre la conciencia la frente del Crucificado, en el momento en que se eclipsa el sol ante sus ojos, confiesa la divinidad del mártir, y el eco del grito con que expresa la repentina fe que le asalta, hace gemir las vírgenes de Sion. Jesús ha agotado la misericordia divina, y el judío le ha retribuído la gloria del cielo con la ignominia del patíbulo. Pero todas las grandes expectativas se han realizado, y todas las grandes promesas se han cumplido. La muerte del Hombre Dios finaliza la obra de la Redención. El mundo romano ha cambiado de nombre, cambiando de señor, y se llama cristiano.

Era la hora de nona del viernes de la semana magna del tiempo, cuando, derribados los ídolos del Paganismo, surgió la cruz de entre las sombras del Calvario, realizando el símbolo de la serpiente de bronce del desierto, cuya vista

volvía la salud á los hebreos, emponzoñados por la mordedura del reptil que sirvió de modelo al labrarla. Dentro de pocos momentos, los escombros de diez y nueve siglos acumulados al pie de ella, darán testimonio de la consistencia del trono glorioso de la verdad y del martirio. Vamos á escuchar el estrépito del mundo perverso que se desploma, confundido con el rumor del torrente, cuyas aguas, comprimidas por el despotismo imperial, fecundizarán la tierra estéril. Vamos á presenciar en espíritu el alumbramiento doloroso de la nueva vida... Descubrimos otra vez, á la distancia, un monte, una mujer, un hombre, un cadáver y un cadalso; como si dijéramos, el ara del tormento, la Iglesia constituida, la humanidad adoptada, el mártir que rescató con su sangre al pecador, y el patíbulo que aguarda á los que enseñando y propagando el bien, arrancan de cuajo preocupaciones y vicios seculares.

El sonido grave del bronce sacro, pero sobre todo la voz del prodigio, anuncian el momento preciso del gran aniversario. En la ciudad y en el campo, en el palacio y la cabaña, él habla desde la torre de la basílica y el campanario del monasterio; pero apenas se dilata su sonido en el ambiente. Esta recorre los mares, los campos, los montes, los páramos, reproduciendo en la memoria del cristiano el drama sombrío del Gólgota. Desde el nacimiento de

Jesús, á quien los ángeles arrullan en la cuna, alumbrada por estrella viajera, y adoran los reyes de diversos colores y naciones, hasta la muerte del Justo exento de la debilidad de la carne, que tomó voluntariamente, escarnecido por los hombres, maltratado por la guardia romana, abandonado de sus discípulos, la voz del prodigio repite uno por uno los detalles edificantes de la vida y pasión del Salvador. Ella describe la victoria de la cruz, plantada en el centro de la tierra, como dispuesta á escuchar el clamor de las cinco divisiones del planeta.

Jesús ha resucitado de entre los muertos. La voz prodigiosa dice entonces al mundo que el Cristianismo ha resucitado con Cristo. Habla para recordar su inmortalidad á la tierra ingrata. Cada vez que sus implacables adversarios echen sobre él la piedra del sepulcro, el ángel con alas resplandecientes como el relámpago, volverá, de la misma manera que en la mañana del domingo en que las amigas de Jesús fueron á llevarle aromas, á remover la lápida mortuoria que le cubra, sin ahogar su perdurable vitalidad.

Habla, sí, la voz del prodigio, y hablan al par de ella los hijos del prodigio. Las órdenes nacidas á orillas del Jordán, en el retiro del Profeta Elías, que extendieron y salvaron las ciencias y las artes perseguidas; las hospede-

rías de leprosos fundadas en Oriente por la piedad de San Basilio; los hospitales erigidos en América por la caridad de Pedro Betancour, para asistir á los esclavos de Guatemala; la Congregación de Vicente de Paul, que ampara todas las miserias humanas, desde la debilidad del niño hasta la decrepitud del anciano. Junto al cetro roto de los Césares que oprimían la tierra, vese el arado del benedictino que cultivaba los campos regados con sangre, y á poco trecho de la tumba del mártir americano, asoma la cabaña de otro misionero, que valeroso desdeña la muerte y convoca con el violín de Francisco Solano al indio hurraño.

La voz del prodigio gana prosélitos con la palabra, la pluma, el buril, la lira y el pincel. Pablo evangeliza con su irresistible lenguaje, comparado al filo de una espada; Tomás de Aquino, de conocimiento en conocimiento, de razonamiento en razonamiento, eleva el hombre hasta Dios; Miguel Ángel, según una expresión conocida, transfigura el Cristianismo en la fábrica pasmosa de San Pedro; Rafael expresa el ideal místico, que los griegos, engolfados en el materialismo, no acertaron á comprender; Murillo traslada al lienzo la imagen de María inmune de la culpa original; Allegri refuerza el gemido de David contrito, y Palestrina añade desolación al lamento desgarrador de Jeremías.

¡Habla todavía voz prodigiosa! Hay almas desoladas que necesitan resignación, hay corazones endurecidos que necesitan ablandarse, hay espíritus desconfiados que necesitan esperar, hay fieles que confiesan á Jesucristo y necesitan practicar sus mandamientos. Habla aún, que hay ignorantes que ilustrar, ciegos que conducir, miserables que extienden la mano en los atrios de los templos y en las plazas de las ciudades. Habla incesantemente, que la palabra de Jesús es raudal de caridad, y no puede contarse el número de los que, como ciervos fatigados, quieren aplacar la sed en esa fuente que da la paz al alma conturbada.

Jesús, pelícano divino, abrióse el pecho para fortalecer con la sangre de su corazón la virtud debilitada. Recordemos que el discípulo amado reclinaba la frente en el hombro de su Maestro, y pidámosle que durante el momento breve del descanso diario, y mientras dura el largo reposo del sepulcro, nos deje colocar la cabeza soñolienta y desfallecida bajo el ala de su misericordia... ¡Sí, ahí quiero descansar vivo y reposar muerto, esperando que Jesús ha de despertarme con acento bondadoso, al asomar el sol de cada mañana y al aproximarse la hora en que trueque la corona de espinas del Mártir por el cetro de hierro del Juez!

ECCE-HOMO

LA proximidad del aniversario de la muerte del Salvador, nos obliga á meditar en sus últimos momentos. El anunciado de los profetas de la ley antigua, el deseado de las naciones, vino á los suyos y los suyos no le conocieron. Ni se valió de los esplendores de la divinidad, ni echó mano de la fuerza de los conquistadores. Jesucristo, expone San Pablo, teniendo la naturaleza de Dios, no creyó que fuera en él una usurpación el serle igual; pero se anonadó tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante al hombre, y obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz. El pueblo hebreo sintió desplomarse la sinagoga y el tribunal, y pretendió afianzarlos con la cruz, y la cruz derribó con su peso el tribunal y la sinagoga.

Concitados por las pasiones reinantes sacerdotes criminales, jueces cobardes, amigos traidores, tendieron asechanzas al Redentor, sublevando el populacho con el temor de que aquel hombre abriese paso á las legiones romanas. Cuando la calumnia hubo cundido, los Príncipes de los Sacerdotes celebraron consejo para prender á Jesús y darle muerte. Judas, sombrío como las tinieblas de su propio corazón, se deslizó entre ellos y les exigió treinta siclos de plata por la cabeza del Justo, convertida por nuestros pecados en cabeza de los mártires.

Preparada la mesa para la celebración de la Pascua, Jesús colmó los abismos del prodigio y de la misericordia confundidos, convirtiendo el pan en su carne y el vino en su sangre. Terminada la cena legal, seguido de sus discípulos, pasó á espaldas del torrente Cedrón, y penetró silencioso en el huerto Getsemaní, donde, postrándose en tierra, se puso en oración. Al punto cubrióse de aquel copioso sudor de sangre, producido por el temor y la angustia, que la Iglesia le presenta en desagravio de los pecados del agonizante, bañado también por el sudor de la muerte. «Padre, dijo el Redentor, si es posible pase de mí este cáliz!» Entonces un ángel acudió solícito á confortarle. Los escogidos, mientras tanto, dominados por el sueño, abandonaban á aquel que les había anunciado la proximidad de su fin, el término del imperio de

las tinieblas y el principio del reinado de la eterna luz. Todavía se escuchaba la fervorosa plegaria del Redentor, cuando empezaron á cruzir las hojas secas, oprimidas por los pies de los soldados que venían á prenderle. Judas le señaló á sus perseguidores besándolo en la frente. El eco de aquel beso resonará siempre en la conciencia humana, como perdurable anatema contra la traición.

Arrastrado Jesús por las turbas penetró en el atrio del tribunal. Pedro fué el único discípulo que le acompañó hasta el pórtico. El príncipe Caifás preguntó á Jesús si era hijo de Dios. La respuesta afirmativa del Salvador, sublevó la falsa indignación de la chusma, que le golpeó y escupió el rostro. Conducido á casa de Pilatos, viéronse frente á frente la virtud resignada que triunfa en plazo más ó menos largo, y la justicia hipócrita que prevalece aparentemente, siendo, en realidad, en todo tiempo, objeto de la execración del cielo y de la tierra. Pilatos, convencido de la inocencia de Jesús, pero dominado por la gritería del populacho, lo hizo azotar para apaciguar el furor de los que exigían que le crucificase. La vista de la sangre irritó en vez de aplacar la malevolencia de la canalla. Esforzóse Pilatos recordando á la multitud el derecho de gracia que le concedía la Pascua, y le propuso la libertad de Jesús ó la de Barrabás, sedicioso y asesino á la sazón encarcelado. Pero

ella porfiada é implacable cuando delibera, impone, sentencia y ejecuta, prefirió al malvado, y dijo, refiriéndose al inocente: «¡Caiga su sangre sobre nuestra cabeza y la de nuestros hijos!» El misero juez entregó á Jesús al furor del pueblo deicida.

El Salvador, abandonado de todos, se atrajo la compasión de las madres de Jerusalén. Posee la mujer la intuición de los verdaderos caminos, velados al hombre algunas veces. María, el poema encarnado del amor maternal, puso sus pies vacilantes sobre las huellas sangrientas de su hijo. Ella representaba en aquel terrible momento el amor de la Iglesia y de la familia que la desgracia no abate, que la prueba acrisola. Pero el cáliz del Redentor contenía aún los tragos más amargos. Crucificado entre dos ladrones, el uno le vilependía y el otro le compadece. Al pie de la cruz están inmóviles María y Juan. Herida y desnuda, el dolor, el pudor y el frío de la víctima requieren algún bálsamo para las contusiones, algún lienzo siquiera para cubrirla. Pero los que la contemplan con afecto, suspendida entre el cielo y la tierra, no pueden sostenerle la cabeza que se le doblega, ni humedecerle los labios que se le secan, ni enjugarle la sangre de la frente que la enceguece.

Jesús va á morir. El hombre rebelde está amarrado al sepulcro y es necesario romper sus ligaduras. Para que esas ligaduras caigan des-

pedazadas, es preciso también que la sangre del Redentor, vertida en el Calvario, se derrame después en forma de ríos fecundantes, hacia los cuatro vientos de la tierra. Todavía no está convencido el judío de la legitimidad del poder de Jesús, y le pide sarcásticamente que opere el milagro de desprenderse de la cruz. En aquella situación insostenible, con los brazos extendidos y clavados, los pies juntos y atravesados también por el hierro, sin tener en qué reclinar la cabeza, desgarrándosele las manos por la gravitación natural del cuerpo, acribillado de golpes y de heridas, solamente el Dios de los fuertes podía con pocas palabras perdonar al pueblo parricida, constituir la maternidad de la Iglesia, adoptar la humanidad regenerada, destruir el imperio de la muerte y abrir las puertas del cielo á los justos que le esperaban en el seno de Abrahán.

Vendido por Judas, abandonado de sus discípulos en el huerto, manoseado por las turbas, negado por Pedro en el pórtico del tribunal, acusado de blasfemo por Caifás, escarnecido por Herodes, azotado por Pilatos, empuñando en vez de cetro una caña quebradiza, coronado de espinas, despojado de sus vestidos por los soldados, insultado y difamado por la plebe, con la calunnia en el alma y la saliva en la frente, parece imposible reconocer al más bello de los hombres en el más desfigurado de los reos,

en el varón de dolores del Calvario... Esperemos un momento, que aquellas heridas, que aquella sangre, que aquellas ignominias en vez de sombra que obscurezca serán luz que alumbré... Aquel cuerpo sucumbe bajo la influencia apremiante del dolor, del frío, de la sed, de la congoja, del desabrimiento; paraliza el hálito glacial de la muerte sus movimientos á despecho de la voluntad; acentúase el perfil del rostro demacrado; los ojos pierden el brillo y la mirada la fijeza; la respiración se acorta por instantes; espeso y helado sudor le empapa la frente; es perceptible el esfuerzo del espíritu por desligarse de la carne; las pupilas apagadas resplandecen ahora, los labios marchitos se mueven otra vez; han llegado juntos, de lo íntimo del alma, la última lágrima y el último suspiro; Jesús inclina la cabeza y da su espíritu...

Prestemos atención un instante más, sin detenernos á escuchar los mugidos fúnebres del viento en las breñas del Calvario... Todas las cosas embrionarias que esperaban en el principio de los vientos su palabra creadora para tomar forma, ahora ya seculares, parecen esperar su palabra de muerte para perderla y desaparecer. Pero si bien les permite dar testimonio de su omnipotencia con el sobresalto que se apercibe en la naturaleza, ni arrasará los montes, ni quebrantará los ejes de la tierra.

El luto del sol basta para acreditar de una manera sensible que va á eclipsarse momentáneamente en el sepulcro la luz increada, que había venido á alumbrar los caminos de la humanidad. Todo tiembla, todo se trastorna, todo se desquicia aparentemente; la pavora aproxima los animales á los hombres como pidiéndoles amparo; el velo del templo se rasga de arriba á abajo como para descubrir el nuevo tabernáculo; los muertos salen de sus tumbas como para repetir, en presencia del universo, la pregunta del apóstol Pablo: «¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria?»...

Aquíétanse entonces las aguas en las cuencas de los ríos y de los mares, los vientos en el horizonte, las nubes en el infinito, y aparece, en la colina del Gólgota, el patíbulo ensangrentado y la víctima desangrada... He ahí el varón de dolores, el Adán de la nueva familia, la salud y la vida, el principio y el fin, la personalidad más excelsa de cuantas contemplaron los siglos con sus ojos, abiertos en el instante mismo en que el Creador desplegara el párpado del sol... He ahí aquel de quien dijo Judit: «No consiste tu fuerza en la muchedumbre, ni tu voluntad en fuerza de caballos»... He ahí aquel que á nosotros vino, que nosotros desconocimos, que con la humanidad va á quedarse, y que otra vez en la persona de Pedro, y cien más en las de los Pontífices será escarnecido y glorificado...

¡Esclavos manumisos, mujeres dignificadas, humildes exaltados, pueblos redimidos, calumniados que pedís justicia, hambrientos que pedís pan, ignorantes que pedís enseñanza, desgraciados y venturosos, los que disfrutáis de la paz del alma ó estáis cargados con el peso de la tribulación, escuchad la palabra profética del Gobernador de la Judea, al presentarlo en el balcón del Pretorio á las muchedumbres enfurecidas: ¡Ecce-Homo!



S P E S

REMEMRE la Historia que, cuando el Redentor del mundo estaba próximo á nacer, las naciones todas abrigaban el presentimiento de que iban á contemplar el advenimiento de un personaje excepcional. Un oráculo, conservado en los libros de los sacerdotes hebreos, aseguraba que en el reinado de Vespasiano prevalecería el Oriente. Al cumplirse la divina promesa de enviar á la tierra el Salvador, viósele aparecer en el país atravesado por la cordillera del Anti-líbano, regado por el Jordán y el Geresaret, á los pies del Carmelo, del Tabor, del Olivete y del Calvario. Algunos pobres pastores fueron los primeros en saberlo y adorarle al son de los rústicos instrumentos que tañían. Detrás de ellos, guiados por misteriosa revelación, vinieron los reyes orientales, que abrieron en pre-

sencia del niño sus cofres llenos de oro, incienso y mirra. El Hijo de Dios estaba entre los hijos de los hombres.

Pasó Jesús los primeros años en el taller de su padre, carpintero en Belén, consagrado á la obediencia y al trabajo. Al aproximarse la época en que debía empezar á publicar su divina misión, desapareció un día del hogar paterno, y fué al templo á confundir con su sabiduría maravillosa la limitada ciencia de los doctores. María lo encontró allí grave como la ancianidad y resplandeciente como la Divinidad. Al entrar en la edad viril, Jesús hizo saber á cuantos le escuchaban atentos, quién lo enviaba, quién era, y á qué venía, y constituyéndose en Maestro de las gentes, escogió sus discípulos entre los más humildes hijos del pueblo. Él habló entonces como apóstol y legislador, revistiendo sus discursos con las preciadas galas de la poesía, bebida en el manantial del mismo autor de la naturaleza.

Jesús predica la verdad y enseña la caridad; socorre al anciano, conforta á la viuda, ama la infancia, condena á los que la escandalizan, santifica la unión conyugal, sana enfermos, resucita muertos, encarece á los hermanos el amor de los hermanos, perdona á los pecadores apedreados por los pecadores, arroja del recinto sagrado á los profanadores del templo, estrecha contra su corazón al pobre, al esclavo,

al desheredado, al que no tiene pan, al que carece de una piedra para reclinar la cabeza, al paria errante, al hombre de la selva vagabundo, al dolor y la muerte. También trazó al hombre el luminoso camino de la libertad, estableciéndole por límite este mandamiento: «No hagas á otro lo que no quieras que te hagan á ti»; fundó el imperio de la igualdad, llamándose padre común de la humanidad; preconizó la fraternidad perdonando las ofensas, honrando el sacrificio por el prójimo, propagando el sentimiento del mutuo respeto, acatando el principio de autoridad bajo todas las formas en que esté constituida.

Al escuchar estas doctrinas sin antecedentes, expresadas con palabras y acentos desconocidos, los hombres comprendieron que iba á desplomarse el edificio del pasado. Los Pontífices, en vista de los milagros que obraba, confesaron que si dejaban libre á Jesús, todos creerían en él, agregando maliciosamente que entonces vendrían los romanos y les arrebatrían hogar y patria. Caifás profetizó que la existencia de la nación exigía la vida de alguno. Confabuláronse entonces contra el Salvador los elementos viciados de la sociedad, desde las ideas falsas hasta la falsa amistad, desde la religión falsa, hasta la falsa obediencia, desde el patriotismo falso, hasta la falsa justicia, y el vicio, la hipocresía y el crimen disfrazados, le

condenaron á la muerte infamante de la cruz.

Cuando en Betania una mujer fervorosa derramó sobre los pies del Redentor la unción de tuberosas, los mismos discípulos de Jesús criticaron la largueza de aquella ofrenda, cuyo producto, dijeron, pudo repartirse entre los pobres. El paganismo moderno, que desdeña á los pobres como el antiguo, también condena, invocando las necesidades ajenas, los dones que la piedad depone en el arca del templo. He ahí una idea falsa, en pugna con el deber del creyente verdadero.

Los Príncipes de los Sacerdotes encontraron en el discípulo Judas, el traidor que les convenía para entregarles el Maestro. Presentóse á ellos á concertar el precio de la sangre inocente, y le dieron por ella treinta monedas de plata. Desde el punto en que el pacto fué sellado, Judas buscó la oportunidad propicia para poner al Salvador en manos de los enemigos que le acechaban. En el jardín de los Olivos lo señaló con un beso en la mejilla á los que iban á azotarlo y crucificarlo. He ahí la falsa amistad devolviendo con la traición más villana los favores de Jesucristo.

Reunido el Consejo en casa de Caifás, presentáronse dos testigos y expusieron: «Éste dijo, yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días». En este tribunal nació el celo de los impostores que condenan la

santidad y la abnegación cristiana, invocando sentimientos que jamás profesaron. He ahí la falsa religión atestiguando mentirosamente contra el Hijo de Dios.

Cuando Pedro, que había seguido al Maestro, fué interrogado en el atrio del tribunal sobre Jesús, negó conocerle. Instado otras dos veces en el mismo sentido, tornó á negar á aquel mismo á quien había prometido fidelidad aun á costa de la vida. La debilidad sofocó el propósito en su naturaleza, deshecha en llanto cuando el canto matutino del gallo le recordó que el mismo Jesús le había predicho su inconstancia. He ahí el falso afecto del discípulo, desconociendo al Maestro que le diera el Eterno.

Conducido Jesús á presencia de Pilatos, la acusación ingeniosa para encontrar medios de perderle cambió de objetivo. Ya no se le supone demolidor del templo, apóstol jactancioso, embaucador de las gentes. Ahora se trata de paralogizar al juez, presentándosele como contrario á los derechos del César. «Pervierte las gentes, decían, prohibiéndoles que paguen tributo al César». Sin embargo, él había escrito que debía darse á Dios lo que era de Dios, y al César lo que era del César. De esta manera tergiversan las opiniones los filósofos y los políticos. He ahí la falsa obediencia lucrando con la mentira en favor propio, para sacrificar al mismo que

había enseñado á respetar las potestades del cielo y de la tierra.

Sabiendo Pilatos que Jesús era galileo, envióle al tribunal de Herodes, declinando la jurisdicción con un aparente acatamiento á la forma judicial del proceso. Como el acusado se negara á responder al nuevo juez, volvióle éste al Pretorio vestido con una túnica blanca. El gobernador de Judea trató de satisfacer de alguna manera á la plebe amotinada, haciendo azotar á Jesús, porque entendía que este castigo bastaría para apaciguar la cólera popular. «Como no hallo delito en él, dijo Pilatos, le soltaré después que sea azotado». ¡Azotado! y ¿por qué causa? ¿Acaso porque era blanco de las iras de los malvados? ¿Acaso porque su doctrina contradecía las malas costumbres, anatematizaba los vicios, escandalizaba al escándalo?... He ahí al representante cobarde de la falsa justicia, sacrificando la inocencia en aras de la voluntad popular.

Pero era preciso que se cumplieran los decretos del Altísimo, y que la culpa de Adán tuviese un redentor proporcionado á la magnitud de la ofensa. Pilatos cedió al fin á la presión de las turbas y les entregó el acusado para que le crucificaran, después de lavarse las manos en señal de irresponsabilidad, como si la cobardía de los jueces fuese mancha que el agua del cielo y las corrientes del mar pudiesen borrar.

María, á quien Jesús iba á constituir en Iglesia viva, instituyéndola madre del género humano, siguióle camino del Calvario, llorando al hijo de sus immaculadas entrañas, llorando el crimen de la familia adoptada, llorando los delitos futuros de la humanidad, á quien Jesús reengendrara con su sangre en el madero de la cruz. Así como los ríos al mezclar sus aguas con las del mar pierden su nombre, de la misma manera todos los dolores pierden el suyo al confundirse en el pecho de María. ¡Aquéllos se llaman mar, y éstos se llaman el dolor de los dolores!

Consumadas las ignominias, perdonados los enemigos, adoptado nuevamente el hombre, expresada por el Mártir la sed espiritual de nuevos sufrimientos, Jesús anunció al cielo y á la tierra, á los ángeles y á los hombres, al abismo oculto y á la naturaleza visible, que había llegado el postrer momento de su existencia. Entonces un poder desconocido penetró en el templo; invisible acero dividió de un golpe, de arriba á abajo, el velo del santuario; estremeciéronse las entrañas del planeta y arrojaron á la superficie los muertos que encerraban, obligando al Centurión á confesar con voz cuyo eco repiten todavía los siglos: «¡Verdaderamente, éste era Hijo de Dios!» El sol empalideció al percibir helado el aliento de quien lo encendiera con un soplo; las esferas

celestes bambolearon en sus órbitas al apercibirse de que perdía vigor la mano que les trazara sus evoluciones, y la vida se desbordó en las regiones del sepulcro al caer sobre la cabeza del hombre la última gota de la sangre del Redentor.

Muchas décadas han corrido desde este fecundo cataclismo... Donde quiera que asoma ahora una cruz, se descubre un puerto de refugio para el pecador náufrago; donde quiera que la cruz va, lleva por cortejo la fe, la esperanza, la caridad, la civilización; donde quiera que la cruz abre los benditos brazos, se precipitan en ellos la orfandad de los niños y el infortunio de los hombres; donde quiera que la cruz resplandece, están aseguradas la gloria de los buenos y la ignominia de los malos. Pobreza, enfermedad, cautiverio, abandono, duelo, simboliza la cruz para los opresores de la humanidad. Refugio de los pecadores, sostén del inocente, protección del oprimido, simboliza la cruz para los benefactores de la humanidad regenerada. Ella es el camino, la verdad y la vida.

No hay valla para el ardor del misionero; la aridez del desierto arenoso, el calor abrasador del trópico, el hielo del polo, parecen atraerle. La cruz derriba las murallas de las naciones salvajes; la cruz es el fundamento de las ciudades civilizadas. Ella santifica el hogar, asocia los miembros de la familia, abre los labios de

los que nacen, cierra los ojos de los que mueren. Apóyanse en ella los que desfallecen en la batalla de la vida, la virtud menospreciada, y la indigencia que arrastra sus harapos sobre la tierra endurecida por la nieve del invierno y el polvo calcinado por el sol del verano.

La cruz convoca en este día en torno suyo á los que caen cual Pedro, á los que prevarican cual Pablo, y como ellos reconocen sus culpas; á los que son felices y necesitan perseverar en el bien; á los que son desgraciados y necesitan alejarse del mal; á los que acogen ideas erróneas; á los que profesan peligrosos afectos; á los que propagan hipócrita obediencia á las leyes de Dios y del César.

Contemplémosla un momento. Á su diestra se inclina reverente la tribu dichosa, con los ojos fijos en los horizontes de la eternidad; á su siniestra se agita inquieta la horda sin otro punto de mira que el sepulcro tenebroso. La cruz triunfante es el trono glorioso de Jesús y el suplicio eterno de Caifás y de Pilatos. Adorémosla una vez más, y pidámosle al que hace diez y nueve siglos murió en ella, amando y perdonando, el consuelo inefable de llevarla sobre el corazón, mientras dure el combate de la vida, y de tenerla sobre el pecho y el sepulcro después de terminada la batalla, con esta inscripción, esculpida por la fe: *¡Única esperanza!*

LA ORACION POR TODOS

EL templo obscurecido, los ornamentos negros, la cárcel engalanada en que Jesús está encerrado, los cirios que la alumbran como fúnebres blandones, el alma melancólica, y hasta el mismo ambiente que envuelve campos y ciudades, anuncian la llegada del viernes llamado Santo en los libros litúrgicos.

Comienza la Estación en la iglesia de la Santa Cruz en Jerusalén, con el cap. vi de Oseas que, refiriendo la muerte del hombre por el pecado, predice su resurrección por el sacrificio de Jesucristo, y el cap. xii del Éxodo que liga la institución de la Pascua con el Tránsito del Señor. Elévase en seguida súplica fervorosa, demandando al Eterno nos libre del malo y del inicuo, y que ponga nuestra cabeza á cubierto en el día del combate.

Bajo estas impresiones solemnes del ánimo,

comienza la Pasión, en que Juan, el discípulo amado, refiere con la sencillez de la verdad y la claridad del sol, los detalles tristísimos del juicio y de la muerte de Jesucristo. La crónica tiene un intérprete, el vocerío del populacho otro, y un tercero repite las respuestas, las sentencias y el testamento verbal de Cristo crucificado.

Recapitulemos los recuerdos de ese relato sublime. La cena pascual celebrada por el Maestro en casa de Simón; la traición de Judas; la marcha hacia el torrente Cedrón; la llegada al huerto de los Olivos de las turbas enviadas por los príncipes de los sacerdotes; la entrada en casa de Anás; la negación de Pedro; la intervención de Pilatos; la cobardía del gobernador de Judea; la pena de azotes aplicada al inocente para aplacar el furor de sus acusadores; la imposición de la clámide encarnada, la corona de espinas y el cetro de caña; la entrega de Jesús al pueblo para que le crucifique; la vía penosa desde el Pretorio hasta el Gólgota; las injurias socces de la multitud; la división de los vestidos del Justo entre los soldados; la súplica fervorosa del Mártir pidiendo á quien le envió á la tierra que perdone á sus verdugos; la institución de la Iglesia en la persona de María; la adopción de la humanidad en la persona de Juan; la palabra encomendando su espíritu; la postrera anunciando á los cielos y

los abismos que todo está consumado; la inclinación de la cabeza desfallecida sobre el pecho ensangrentado; la muerte que cubre con sus velos fúnebres el luminar desconocido de la eterna justicia; la conmoción inesperada de la naturaleza; la inhumación del cuerpo inerte é immaculado del descado de las naciones en el sepulcro nuevo de Arimatea...

Al llegar á este punto de la narración evangélica, la fe, la historia, la imaginación, la sensibilidad nos transportan en espíritu al lugar del sacrificio, y sobrecoyida el alma asiste á aquel momento terrible y tenebroso. Aun cuando el sol brille en este día con desusado esplendor, parece, amarillento y nublado, alumbrar indecisamente las colinas de Jerusalén. Vemos, como si estuvieran delante de nuestros ojos, las cruces ignominiosas de los ladrones, y clavado, en medio de ellas, el madero santo de la humana redención. La tranquilidad con que agoniza Jesús, es más patente porque se la compara con la agitación imponderable que se ha apoderado del Universo. Por primera vez la luz del sol no brilla como una ironía sobre un cadáver. Animadas pasajeramente de filial ternura las entrañas del planeta, comprenden sol y estrellas, montañas y mares, que va á morir el autor de todo lo creado. El Eterno es el sacerdote que conforta á Jesús; y el último casi imperceptible suspiro de la víctima, llena la

inmensidad. Á su contacto se amontonan las nubes desordenadamente, los muertos tornan á vivir, las piedras de los caminos se despedazan entre sí, el rayo castiga la ciudad deicida, y el huracán, sobreponiéndose á los gritos de dolor de las criaturas, parece que pretendiera sacar el globo de sus ejes, para sepultarlo como vil escoria en la nada. Pero el Mártir santo sosiega la agitada naturaleza, más sensible en ese momento que el corazón de aquellos sobre cuya cabeza acaba de caer la sangre del Justo. Disípanse las sombras, aquíétanse los vientos, y aparece, rodeada de mística aureola, en la cumbre del monte del sacrificio, el arca de la nueva alianza del cielo con la tierra.

Este es el momento solemne y propicio en que la Iglesia conmovida formula la oración por todos. Contemplad los que buscáis siquiera una palabra afectuosa, ese tesoro de amor inagotable. Comienza la plegaria pidiéndole al Señor la paz, la defensa y la victoria de ella misma; continúa demandándole la conservación de la cabeza del cuerpo místico, escarnecido con San Pedro en el monte Aventino; y prosigue presentándole las necesidades espirituales de los prelados, de los presbíteros, de los diáconos, de los subdiáconos, de los acólitos, de los exorcistas, de los lectores, de los ostiarios, de los confesores, de las vírgenes, de las viudas, y de la muchedumbre del pueblo fiel á la doctrina

de Jesucristo. Ora por la autoridad emanada de Dios, llámese monarquía ó república; porque el Señor le sujete las naciones bárbaras; pide á aquel en cuyas manos está la fuerza, que libre á América y Europa de enemigos y de guerras intestinas. Ruega por los catecúmenos, porque el Señor les abra los oídos del corazón y las puertas de la misericordia, lavando sus faltas con el baño regenerador. Ora porque el mundo sea purificado de todo error; porque las enfermedades encuentren alivio; porque el hambre desaparezca con la abundancia. Ruega porque las cárceles se abran; porque las cadenas se rompan; porque los caminantes regresen; porque los navegantes encuentren puerto seguro. Ora por los herejes y cismáticos; por las almas seducidas por la diabólica astucia; por los hijos pródigos alejados de la casa del Señor. Ora, finalmente, por los judíos, pidiendo al Eterno que les arranque el velo que les oculta á Jesucristo, y también por los paganos, demandándole que rompa sus ídolos y los convierta á la verdad.

Sólo aquel anuncio tres veces repetido: «¡He ahí el madero de la cruz!» puede sacar el alma del anonadamiento en que la sumerge tanta ternura, tanto amor, tanta caridad. Se dice que la cruz está presente, y los unos llaman á los otros para adorarla. Mientras tanto, el coro formula esta queja: «Pueblo mío, ¿qué te hice? ¿en qué te contristé? Respóndeme. ¿Porque te

saqué de Egipto, labraste una cruz á tu Salvador?» Cuando esto se canta, póstranse ante la cruz los príncipes de la Iglesia y los que gobiernan los reinos de la tierra. La cruz es desde el instante en que Jesús murió en ella, el signo del perdón y de la redención de la estirpe de Adán, el signo del combate de los mártires y de la victoria de Constantino. Los primeros defensores de la fe no aspiraron sino á morir con los brazos clavados en ella. Triunfante el Cristianismo, los reyes dignificaron con la cruz la corona de sus sienes; como honor inmarcesible lleváronla después en el pecho los que realizaron acciones meritorias; como escudo impenetrable usáronla los que abatieron la barbarie de las naciones idólatras. La cruz simboliza la caridad divina, la piedad humana, la fortuna de los desheredados, la esperanza de los que no tienen ni una piedra en que reclinar la cabeza. Ella es el más elocuente de los signos. Los labios y la sangre de Jesús pronuncian constantemente desde ese trono, las palabras de adopción y de olvido del testamento del Calvario. Colocada en el centro del anfiteatro de Roma, despojado de los cien mil espectadores que aplaudían los versos de Nerón, y aspiraban con deleite el vapor de la sangre vertida por las víctimas despedazadas por las fieras, conmemora el triunfo de la fuerza moral sobre la fuerza bruta. Vencedor el espíritu del

mal en el árbol del Paraíso, fué vencido en el árbol del Gólgota. ¡De donde salió triunfante la muerte, ha salido también vencedora la vida!

Conducida al altar la cruz que acabamos de adorar, continúa la ceremonia, renovándose el sacrificio de Jesús de una manera incruenta. Nunca se manifiesta en la medida de este día, el fervor de los que creen en el prodigio que convierte el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Salvador. La presencia real de Jesucristo, patentizada por los ritos solemnes de la semana magna, produce en el ánimo la confusión del Centurión que se consideró indigno de recibirle en su pobre morada.

Por eso los fieles se alejan del altar con la frente baja, mejorado el corazón, y llevando impresos en la retina el sepulcro santo y el madero ensangrentado. Cambiada completamente la decoración interior del templo, enlutado el altar, vedle despojado de la preciosa carga, entre ramos de palma, llamando á todos los que tienen una necesidad abrumadora, una queja amarga, un dolor excesivo, para aliviar con el consuelo el peso de la carga y el peso de la tribulación. Este es el momento decisivo de la divina misericordia.

Ahora bien: los que habéis naufragado en el mundo como en piélagos bravíos, más que una tabla salvadora, tenéis en la cruz el faro que traza el derrotero del puerto y el bajel que con-

duce á la orilla apetecida; los que habéis probado desencantos, villanías y traiciones, tenéis en ese madero un punto de apoyo para la frente abatida; los que bregáis con esfuerzo para conservar la existencia, dirigid los ojos nublados hacia las cúpulas de las basílicas, las torres de los monasterios, las ermitas de los bosques, los sepuleros de los cementerios, y encontraréis en todas partes el símbolo de la esperanza y de la vida. La cruz devuelve la mansedumbre al alma emponzoñada por el odio, la calma al corazón agitado por la venganza, la ilusión al que perdió el ideal, y la confianza á quien duda de todo menos del Redentor, si le busca en el abatimiento de su patíbulo ó en el esplendor de su trono glorioso.

Pongamos las vigiliass en que meditamos y los desvelos en que envejecemos, el ardor del combatiente y la humillación del vencido, la gloria del vencedor y el desfallecimiento del creyente, nuestras breves horas placenteras y nuestros largos días dolorosos, al pie de la cruz. ¡Cubramos, también, de flores, el trayecto recorrido por Jesús en la Palestina, y lavemos con lágrimas, como las madres de Jerusalén, las gotas de sangre que señalaron los pasos del Redentor en las calles de la ciudad de David, cuya desventura había vaticinado en sus trenos el profeta Jeremías!

PÁGINA ÍNTIMA

HABÍA llegado la época en que los dos hijos mayores de mi hermano José Manuel, debían hacer su Primera Comunión. Encontrándose accidentalmente en la villa de Luján, sus padres resolvieron que celebraran en el venerado Santuario, acto tan importante de la vida del cristiano, aprovechando para la preparación de los niños, la presencia en el Curato de los Padres Lazaristas, consagrados á esa obra de piedad tan amada del sacerdocio francés. Me refiero á la instrucción religiosa adaptada al corazón y la inteligencia de la infancia, á quien pone en contacto con el divino misterio, con tan exquisito sentimiento y apropiada manera, que jamás el hombre puede olvidar que el tiempo en que la recibió fué el más feliz de

su existencia. Como José Manuel y Miguel Salvador debían regresar á la capital apenas empezara el año escolar, su buen maestro, el Padre Salvaire, se propuso prepararlos para el banquete de los ángeles, antes del tiempo fijado en la Parroquia para adoctrinar los niños de la Villa y del Partido. Por eso, aquel pequeño curso de Religión y el retiro espiritual que le pone término, no tuvieron sino dos discípulos y dos ejercitantes. Llegó por fin el momento esperado con ansiedad por los mayores, y por los que eran objeto de su piadosa solicitud, al mismo tiempo esperado que temido, porque sabían Quién era el que á ellos venía, y quiénes eran los que á Él iban. Desde la víspera habían empezado á recibir amigos, cartas, estampas y medallas de los que, lejanos, estaban, sin embargo, presentes en Luján. El padre encargóse de los cirios labrados y del lazo blanco de los comulgantes, y la madre, á los afañes del corazón, agregó las labores manuales, preparándoles los vestidos. Cuando el alba comenzaba á sonreír en el cielo, ellos ya estaban de pie, porque el despertador del alma les había anunciado muchas veces, durante la noche, que se aproximaba el gran día de su existencia. Pálidos como la cera de los cirios, entraron en el Santuario. Algunas Hermanas de la Caridad oraban arrodilladas delante del Altar Mayor, cubierto de millares de exvotos.

Un momento después penetrábamos en el brillante y artesonado Camarín de la Virgen. Apenas se presentó el celebrante, los niños encendieron los cirios, cuya luz agitaba, á la altura de sus cabezas, el aire de la mañana, perfumado por las emanaciones de las hierbas silvestres, que penetraba por las abiertas ventanas. Aquellas llamas, figuras representativas de las almas creyentes, parecían los espíritus inflamados de los comulgantes, flotando entre el cielo y la tierra. Cuando llegó el momento de que pronunciaran los actos de Fe, Esperanza y Caridad, sus rostros tomaron ese aspecto místico, indefinible, que ha hecho inestimables y casi divinos los ángeles de Murillo. La madre derramaba copiosas lágrimas, sollozaba el padre, el abuelo se secaba los ojos á cada momento, y las Hermanas de la Caridad también lloraban. Hay emociones contagiosas, porque tienen el poder de reanimar los recuerdos de la infancia pasada, de la familia lejana y de la patria perdida. Antes de distribuirles el pan de los espíritus fuertes, el Sacerdote les dirigió una plática conmovedora. Jamás la palabra humana ha encontrado tanto eco en mi corazón. Llegó el suspirado momento, origen de tantas y tan puras lágrimas, y aquellas criaturas se transfiguraron para los que las miraban con ojos cristianos y las amaban con el más desinteresado de los afectos humanos. Echadas en

el reclinatorio, las sacó de su arrobamiento la palabra del Ministro, que las presentaba en ese momento cual tabernáculos vivos de la Divinidad, rodeadas de ángeles en actitud de adorar á Quien moraba en su pecho y las fortalecía para los combates de la vida. Cuando el Sacerdote se volvió para dirigirles la palabra, el sol naciente se alzaba en el horizonte, iluminando los campos, cristalizados por el rocío, que se extienden debajo y á lo lejos del Santuario. De regreso en casa, todos se disputaron los brazos de aquellos niños puros como el armiño, reclinándose en su pecho como en el ara de un altar inmaculado. Les esperaba un modesto desayuno, en que les fueron servidos pan y leche menos blancos que sus almas resplandecientes. En el grupo que los rodeaba había vacíos que la imaginación no podía llenar, sino suponiendo que sus difuntos antepasados contemplaban en espíritu la gloria de su casa. Terminada la refacción, yo les puse en el cuello una medalla, y les supliqué que le pidieran al Señor me concediera la paz del alma. Su padre los condujo después al Dispensario de las Hermanas de la Caridad. Allí los aguardaba también el amor inagotable de esas incomparables amigas de su familia. Pasado el mediodía, renovaron los votos del Bautismo, con las manos extendidas sobre los libros santos, al pie del mismo Altar á que se habían

acercado esa mañana. Por sus propios labios, midiendo la responsabilidad de sus palabras, repitieron lo que sus padrinos prometieron por ellos al caer sobre sus frentes el agua regeneradora. Terminada esta hermosa ceremonia, espléndida coronación de una obra sublime, parecíéronme favorecidos con mayores gracias que en las primeras horas del día, porque el acto que acababan de realizar importaba una nueva y solemne investidura del carácter de cristianos, efectuada en momentos en que era real su comunicación con el autor de la vida y el objeto de nuestro culto religioso. Al verlos dominados después por una celestial quietud, alejados de los juegos comunes, acariciando á sus hermanitos, que los miraban con cierto respeto extraño, comprendí que abundan los enemigos de Jesucristo porque escasean los padres que sepan preparar á sus hijos para la Primera Comunión. Cuando el hombre se ha acercado en la infancia dignamente á la Sagrada Mesa, aunque se extravíe más tarde en las encrucijadas del mundo, vuelve los ojos al cielo al pensar en este instante anticipado de la gloria eterna, y en ese día pasajero que le sigue, único sobre la tierra cuya memoria no cesa de atraernos al camino de la salvación!



EL SANTUARIO DE LUJÁN

Como el autor de este libro, destinado á disfrutar de religiosa y dilatada existencia, porque al propio tiempo que ofrenda del amor más acendrado á María, es monumento de erudición histórica, pusiera á prueba nuestro filial afecto hacia la Virgen de Luján, después de meditar en la debilidad de los razonamientos de que podíamos valernos para convencer á los que desconfían del prodigio, y en la palidez de las imágenes de que podíamos echar mano para encantar á los que afirman su realidad; comparando estos engendros imperfectos con los argumentos incontestables y las figuras deslumbradoras de los escritores notorios que lo han ilustrado con su crítica atildada, resolvimos dejar correr la pluma, sin ponerle otra

traba que la de negarse á formular dislates. En materias de vuelo tan encumbrado, no puede haber término medio: ó la mente se aproxima al infinito, ó el corazón que lo comprende se da por satisfecho, confesando las celestiales maravillas con la fe ingenua del campesino.

Hemos abierto los ojos oyendo referir la piadosa leyenda de Luján, y viendo encuadrada en lujosa moldura ó clavada en la pared con alfileres, en la mansión del rico ó en el hogar del pobre, la imagen de la fundadora del famoso Santuario Argentino. Por eso amamos á la Virgen de Luján como cosa nuestra. La fe nos mueve el corazón y la maravilla nos embarga la fantasía. Testigos irrecusables nos afirman lo que la fe nos induce á creer. Bastan dos siglos y medio de beneficios continuados para asegurar sin vacilación que en Luján existe una escala misteriosa que comunica la tierra con el cielo. Llegamos al pie de ella conturbados, y al punto sentimos renacer, en las mismas ruinas de la pasada felicidad, como plantas momentáneamente marchitadas, la esperanza y la paz del alma. Podemos contar entre las dichas fugitivas una duradera, porque siempre vimos, como al través de las sombras de la nube, entre las tinieblas del espíritu, brillar el faro perenne de nuestro Santuario.

Muchos años hace que traspasamos sus umbrales por primera vez, y aun percibimos en

el rostro helado por el cierzo de la tarde, la caricia del ambiente tibio y perfumado del sagrado recinto, cual bendición hospitalaria al peregrino que llegaba. Acaso temerosos de que las religiosas emociones de ese día se desvanecieran, como tantas otras impresiones que tuvieron poder bastante, aun cuando momentáneo, para conmovernos, tratamos de afirmarlas, leyendo la crónica ingenua aunque brevísima de Maqueda, y agregando á su sencillo relato algunas páginas más que la estampa dió á luz en 1867. Aparte de la pequeña imagen, que tiene por pedestal invisible pero altísimo las glorias de María, y de los millares de ofrendas con que su atribulada descendencia ha reconocido los bienes incomparables de la divina maternidad, no se separaron de nuestra memoria el reloj de la cuadrada torre del templo, ni la cruz del cementerio inmediato á la entrada del Santuario, porque la péndola llevaba con su vaivén la cuenta de las almas confortadas en sus desfallecimientos, y la parásita que envolvía el madero de la redención, cayendo desmayada sobre su base, parecía el pensamiento vencido de Juliano.

Desde entonces muchas veces dimos público testimonio de amor á Nuestra Señora de Luján, pero principalmente con motivo de la segunda peregrinación que en grupo numeroso visitó el Santuario el 10 de Junio de 1877. Un escritor

de merecida fama puso la mano sobre la tradición hermosa de Luján, pretendiendo secarla con el sarcasmo, contando con que nadie recordaría que esa misma mano, en tiempo no muy remoto, había ofrecido flores é incienso al histórico altar del Santuario. Cúpole á la literatura, pillada en contradicción, iniciar con desventaja una contienda que no ha tenido eco sino en algún inmigrante envenenado por la filosofía barata de los diarujos ó el ajenjo caro de las tabernas, rozando apenas la dura epidermis de algún mozalvete silvestre, que por echarla de mono selecto y á la moda, expulsa las necesidades ajenas y las propias en presencia de los pacíficos tertulios de las barberías de la Villa.

La fe antigua, que no ha perdido siquiera un quilate de su ley en el crisol moderno; la curiosidad comprensible de los devotos que aspiran á conocer los más mínimos detalles de la leyenda de Luján; esa misma guerra iniciada por la prensa, y, sobre todo, la falta de una crónica minuciosa de los prodigios realizados por el patrocinio de María en la renombrada Villa que la reconoce como fundadora, reclamaban una historia formal; un libro que sirviera para estimular la devoción y entretener las veladas de la familia cristiana. María de Luján había tenido su cronista en el capellán Maqueda, y debía tener su historiador en otro de

sus capellanes, porque para escribir sobre ella dignamente es necesario conocerla y amarla de cerca, contemplando hora á hora sus mercedes, viéndola realizar, por decirlo así, de su propia mano, los sorprendentes prodigios de su inefable misericordia. No importa que nosotros callemos aquí el nombre del flamante historiador de Nuestra Señora de Luján. Ella ha de llamarlo por su nombre en presencia de su Hijo, y de los ángeles que rodean su trono en el cielo y su morada en la tierra. Abramos y leamos el libro que se nos ha entregado á sabiendas de que los hijos afectuosos encuentran suavidad y alegría para el alma en la enumeración de las virtudes de sus antepasados. La *Historia de Nuestra Señora de Luján*, contiene la crónica religiosa de la familia argentina.

Monseñor Dupanloup, Obispo de Orleans, ha dicho en la célebre carta al autor de la *Vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, sobre la manera de escribir la vida de los Santos, que es indispensable, ante todo, amarlos, y después conocer á fondo su manera de sentir y de pensar, sacrificando, si necesario fuere, la retórica á la expresión verdadera é individual de su corazón y de su inteligencia. Establece como tercera regla de conducta el enlace natural y lógico de esas existencias excepcionales con la época, los acontecimientos y el medio social de su acción extraordinaria.

El ilustre Obispo piensa que la erudición suele ser un escollo para el biógrafo, pues cuando se deja absorber por los detalles, la figura del Santo queda oscurecida sin necesidad, y, lo que es más, á despecho de la intención del autor, que, á no dudarlo, debe consistir en colocarla de manera que domine la relación. Nuestro historiador ha aplicado, en cuanto le ha sido posible, estas reglas á la narración que analizamos. Compréndese su amor por María, que es mayor que todos los Santos, porque es la Madre de Jesucristo, concebida sin pecado, pudiéndosela llamar encarnación amable de la religión que diera á luz la caridad en el mismo seno tenebroso y sangriento del Paganismo. Constituida por el Salvador agonizante en madre de los pecadores, y siendo el hombre, por razón de sus debilidades, perpetuo infante en el orden espiritual, á ella tiene que volver incesantemente los ojos, ora para pedirle lo que ha menester para levantarse de las caídas, ora para solicitar su benévola mediación ante el Padre justiciero de las almas pecadoras. Esto explica ese amor inmenso á María, como el papel que ella ejerce en la sociabilidad humana, explicará también por qué el autor del libro que tenemos á la vista, le adjudica tan importante intervención en todos los hechos que propendieron á la cultura moral de la época embrionaria que comprende su estudio. Base

de toda sociedad regularmente constituida es la familia, y la familia, cortada según el padrón del Evangelio, emana del Matrimonio, Sacramento instituido por Jesucristo. El modelo de la familia cristiana fué la del mismo Salvador, que vino también á dignificar la mujer, sacándola de la condición de sierva para elevarla hasta la de compañera del hombre. Cuando los mortales meditaban en estas verdades inconcusas, era el hogar la escuela de la vida pública. El padre cuidaba de que la familia viviera en buena armonía con la Iglesia, y el gobernante se preocupaba de que la sociedad no se alejara del Altar. De esta alianza de lo individual con lo colectivo, emanaba, pues, esa unión, sostenida por la fe, que ha permitido al historiador de Nuestra Señora de Luján, abarcar en este libro la mayor parte de los acontecimientos comprendidos entre los principios del siglo xvii y del siglo xix. Sin preocuparse él de ningún modelo, ha pretendido, consiguiéndolo, levantar en alto la imagen de María de Luján, que se aparece nuevamente al lector dominando hombres y sucesos, con las ruinas de la colonia española á un lado y la obra de la emancipación americana, todavía incompleta, al otro; contemplando desde su trono excelso miserias morales y grandezas materiales, la conquista del desierto por la población, el aprovechamiento de la tierra por el cultivo, la supresión

de la distancia por el vapor, la anulación del espacio por la electricidad.

Pocos serán los que leyendo la *Historia de Nuestra Señora de Lourdes*, pregunten dónde se encuentra la gruta Massabielle, porque nadie ignora que forma parte de aquella cadena montañosa que se extiende entre España y Francia, teniendo por cabos el Atlántico y el Mediterráneo. Por eso Lasserre no se detiene mucho en los orígenes romanos de la ciudad de Lourdes, ni refiere detalle por detalle los horrores de la guerra que la asolaron, ni busca los rastros de las seis torres que le servían de defensa, ni describe el curso tumultuoso del Gave, que corre á pocos pasos de la gruta de María, arrastrando flores y guijarros desprendidos de la montaña. Ha hecho bien el cronista de Lourdes en no emplear los colores de su paleta en la pintura de los Pirineos y de sus enérgicos y piadosos moradores. La tarea de dibujar hombres y lugares correspondía al historiador de Luján, pago desconocido al comenzar su narración, asechado por los salvajes y los animales de la pampa, enclavado en el desierto, árido en tiempo de sequía, fecundo cuando las nubes lo regaban, con la casa de la posta y la cabaña del pastor de vacas, circundadas de foso, que más que posada y albergue parecían improvisadas fortalezas, en las cuales comían poco y dormían menos, sobre-

saltados por el peligro, los estantes y viandantes, que no separaban un momento el arcabuz del alcance de la mano. La óptica de la imaginación, como la de los gabinetes de física recreativa, tiene sus cuadros disolventes. Por eso, recorriendo las páginas de este libro, hemos contemplado el inmenso cuadro de la llanura de Buenos Aires, con sus ombúes escuetos, retostados por el sol, alumbrado en toda su extensión por la luz espectral de la mística aureola que circundaba á la sazón una cabaña de Luján. Los indios retroceden; la civilización avanza, y gradualmente surgen el rancho, el caserío, el pueblo, como si brotaran de semillas que dejara caer al pasar esa fila interminable de peregrinos que va desde el Plata hasta Luján, donde la América derrama sus ofrendas y el cielo abre sus tesoros.

Por el camino que de Buenos Aires conducía á los reinos de Chile y el Perú, marchaba lentamente, en uno de los días del año 1630, una caravana de carretas, que se detuvo á pasar la noche en la Cañada de la Cruz. Cuando el día inmediato amaneció, el sol alumbró un prodigio. Negábase á moverse cargado el vehículo que conducía á Sumampa de Córdoba una pequeña imagen de la Virgen de la Concepción, y echábase á andar cuando le exoneraban de aquella leve carga, que no hubiera podido encorvar las espaldas de un niño. Vióse

patente la voluntad del divino original de que ese simulacro suyo fijara residencia en tal sitio. Llamada María guía de caminantes, en memoria de la huída de Egipto, detuviéronse los conductores de la imagen en la Capilla de Morón, consagrada á Nuestra Señora del Camino, y en el Oratorio de Merlo dedicado á la Virgen del Buen Viaje, á pedirle que los acompañara en la ida y la vuelta. Caminante la imagen, detúvose también en Luján, á establecer un nuevo refugio, una posta del cielo en el sendero de la vida. ¡Cómo expresar con fidelidad la admiración de aquellos sencillos campesinos, destinados, como tantos otros de su misma condición, á esparcir la feliz nueva de pago en pago, de pueblo en pueblo, hasta que atravesando los mares llegara á oídos de los monarcas de España y le prestara atención el Pontífice de Roma! En un aposento de la estancia de Oramas, los fieles encendieron los primeros cirios de cera sin mácula, y pusieron á los pies del venerado simulacro los primeros haces de tréboles y margaritas silvestres.

El feliz depositario de la imagen de Nuestra Señora de Luján, consagró al servicio del improvisado Altar un negro de corta edad llamado Manuel. Perteneciente el modesto sacristán á una raza explotada por la avaricia de los traficantes, maltratada por la crueldad y cobardía de los amos, quiso el Cielo hacerle

digno del aprecio de cuantos le conocieron ú oyeron referir los rasgos de su vida inocente y benéfica. Cuando las libres avecillas del cielo, que anidaban en el techo de la Capilla de Luján, ejecutaban sus conciertos al empezar y declinar el día, Manuel escuchaba las querellas de sus hermanos esclavizados, y pedía á María que les permitiera romper sus cadenas y alabarla á la manera de los alados cantores de los aires. Los romeros que en no interrumpida caravana venían de la ciudad á venerar la Imagen, miraban á Manuel como un ser predestinado por el Cielo para hacer más admirable el portento de Luján. Contóse entre ellos doña Ana de Mattos.

Pertenecía esta señora á aquellas mujeres de quien á dicho la Escritura que son la gracia añadida á la gracia. Convencida de que la religión que profesaba era la única que había dignificado la condición doméstica y fortalecido la debilidad moral de su sexo, y de que el bienestar moral depende del desenvolvimiento del culto de María, vivía consagrada al servicio de Jesucristo, dos veces redentor de la mujer, y de su santa Madre cooperadora en la salvación de la humanidad. Circulaba sangre española en las venas de doña Ana, y por ello también era piadosa y franca, fuerte en el trabajo y dulce en el trato. Ella, como los demás de su linaje moral, denominaba hijos

á todos los desgraciados, que encontraron siempre abierto el pozo de agua fresca de su casa y sin cerrojos el granero de su heredad. El historiador de Nuestra Señora de Luján, refiriendo los beneficios que doña Ana distribuyó en torno del Santuario, y en el Santuario mismo transportado á su casa, ha esculpido, si nos es permitida la expresión, la estatua de la antigua madre de familia.

Á poco trecho de ella ha erigido también otro monumento no menos merecido, ni tampoco menos hermoso, perpetuando de esa manera las líneas de la austera fisonomía del primer Capellán del Santuario, don Pedro Montalbo. Buscando salud llegó ese sacerdote piadoso á las puertas de aquella entonces modesta Capilla, y habiéndola encontrado, no abandonó el altar de la Virgen de Luján, hasta que la muerte le condujo á mejor vida. Don Pedro había sido de los sacerdotes esperados como una bendición por la familia cristiana de otro tiempo. Alentado en su vocación, formóse fervoroso, abnegado, desprendido de los bienes terrenos, y moraba en espíritu más cerca del templo que de su casa, pronunciando todos los días con los labios purificados por el carbón de Isaías, las oraciones del Santo Sacrificio de la Misa. Tal fué el clérigo que llegó á Luján buscando la salud, que encontró el prodigio en su camino, y que se detuvo allí

tal vez por temor de perderle, pero, sobre todo, por gratitud á la merced que le arrancara de las agudas garras del dolor. Reprodujose su ejemplo y floreció más tarde, con mayor eficacia que el grano arrojado en tierra virgen, en el corazón de los Maqueda, los Bejarano y los Roó.

Mientras tanto, en torno del Oratorio modestísimo de doña Ana de Mattos, condensábase la población; el toldo y la tienda habían sido suplantados por la cabaña y la casa, el aduar por el villorrio, la morada de Maria por más decente y cabal Capilla, y el Ilustrísimo Obispo don Juan Arregui pretendía levantar de cimientos un templo suntuoso, proporcionado á las exigencias de la nueva y creciente devoción. Ausente el arte, faltó solidez á la nueva fábrica, y cayó al fin desplomada.

De regreso del Alto Perú, llegó á Luján en 1750, escaso de salud, como don Pedro Montalbo, don Juan de Lezica y Torrezuri, hidalgo vizcaíno dotado de todas las virtudes de su raza varonil y piadosa, que pudo decir al cerrar los ojos, dirigiéndose al Señor, lo que el mismo Salomón no pudo decirle al cerrar los suyos: «Te he edificado tres templos!¹» Favorecido por el Cielo una vez, volvió otra en solicitud de nuevas gracias, y empren-

¹ En Yungas (Bolivia), Luján y Buenos Aires.

dió la tarea de hacer renacer del polvo de las ruinas, el edificio desplomado del Obispo Arregui. Pasma, á la verdad, contemplada desde este tiempo de desfallecimientos, la fuerza de voluntad de nuestros antepasados, hija legítima de la fe que los guiaba, y de la pureza de costumbres que les impedía entregarse á la molicie.

No contento Lezica con haber acumulado uno á uno los ladrillos del Santuario de Luján, consiguió y obtuvo el título de Villa para la población que le circundaba y reconocía por fundadora á la Madre del Salvador. Extendido ese título honorífico, la vida municipal dejóse sentir en la Villa; y el Cabildo, aquel benéfico y religioso Cabildo que propendía á mantener el templo lleno y vacía la cárcel, derramó bienes de todo género en el orden social, conservando en paz el vecindario y abriendo escuelas para educar la nueva generación, que emprendía el camino guiada por la luz del Santuario.

¡Con cuánto entusiasmo, ayudado por la información de las tradiciones y de los documentos cubiertos hasta el día por el polvo de los archivos, el historiador de Luján describe aquella larga procesión que empezaba en Buenos Aires y terminaba en la Villa de María. Vemos, como al través de vaporosa nube, caminar hacia allí prelados, priores, clérigos,

frailes, generales, soldados, ciudadanos, matronas, doncellas y niños. Acertamos á distinguir el brocato confundido con el terciopelo, la seda con el sayal, la cruz en consorcio con la espada, y la mitra con el casco. Enumeramos con acierto la diversidad de las órdenes religiosas y de los estados sociales, los predicadores de Domingo, los mendicantes de Francisco, los redentores de Nolasco, los sabios de Ignacio, las vírgenes contemplativas de Catalina, las damas, los caballeros, los hijos del siglo, y los pobres de Cristo. Todos van á postrarse sobre el rostro en el Santuario, todos llevan ofrendas al Altar. El oro, la plata, las piedras preciosas, los candelabros, los pebeteros, las lámparas, la cera, la mirra, el incienso, la oveja más blanca del rebaño, la ternera mejor de la vacada, vense agrupados en el catálogo de los bienes del Santuario. Pero entre las prendas de más valía, figura el amor de los que no tienen otra cosa que el corazón que deponer á los pies de María. Cuando el historiador describe la inauguración del Santuario y las fiestas anuales de la Inmaculada Concepción, vemos acudir de todas partes, pintorescamente vestidos, los patronos y los peones, alojarse los unos en las casas de la Villa, y acamparse los otros en las márgenes del río, sombreadas por sauces que inclinan su ramaje hasta tocar el agua. Ya han salido á luz las casacas, las

chupas y los zapatos con hebilla de los cabildantes, como también las sederías y las mantillas de España de las señoras pudientes, que no han olvidado á buen seguro de engalanar la servidumbre femenina con vestidos nuevos de estameña ó angarípola. Las campanas del Santuario agitan el ambiente con sus metálicas vibraciones, estallan en el espacio los cohetes, flota el Estandarte Real, los acordes de las músicas militares imprimen solemnidad á la marcha de los cabildantes y del vecindario que les sigue de cerca, las hierbas olorosas esparcidas en el pavimento, estrujadas por las pisadas, exhalan sus acres perfumes, y el sol estival ilumina este cuadro digno del pincel de Velázquez.

Al penetrar en el templo, adornado hasta al punto de parecer, según la expresión ingenua de la crónica, una ascua de oro, la orquesta y los cantantes acallan los rumores de los que buscan y no encuentran sitio para oír la misa y escuchar el penegírico confiado á algún orador esclarecido. Edifica la fe con que los políticos y los soldados de la época colonial se arrodillaban á la sombra de aquella casa, destinada á recoger las promesas de Belgrano, el prócer de la independencia argentina, y las plegarias de Pío IX, el gran Pontífice del siglo XIX. ¡Entonces se postraban los héroes ante el trono del Señor para parecer pequeños

en su presencia, y hoy se alzan los pigmeos para parecer grandes ante la ultrajada Divinidad! Aquellas espléndidas solemnidades prolongábanse con la visita á la hospedería de peregrinos, donde la caridad abría el seno para recoger fruiciones que no comprenden los hombres de duro corazón, y la mano para dejar caer beneficios que remediaban las necesidades del prójimo desvalido. Pasadas las Cuarenta Horas, comenzaban las fiestas populares, en que diestros y aficionados alanceaban toros ó se ejercitaban en juego de cañas. La naciente Villa, según el decir de los cronistas, tomaba en la primera quincena de Diciembre el aspecto de una ciudad, tanto por la afluencia de gentes en las calles y plazas, como por la cultura que enaltece tan variados regocijos.

Los trastornos políticos y la expoliación misma del Santuario en 1822, no consiguieron apagar el fervor de las solemnidades de Luján. Ninguno de los párrocos que han tenido en esa Villa la cura de las almas, ha descuidado la benéfica y religiosa tarea de mantener encendida la lámpara del Santuario. Pero desde que el actual y dignísimo Arzobispo de Buenos Aires confió la Parroquia á los religiosos de San Vicente de Paul, ha reverdecido aquella antigua y ejemplar devoción de que venimos hablando. Las Hijas de la Caridad y los Sacerdotes de la Misión, como en Pouy de

Francia, de donde era nativo su santo fundador, han reunido en Luján casi todas las obras caritativas de San Vicente. Por eso la campana del Santuario no cesa de llamar los niños á la Escuela y al Colegio; ni la esquila de la casa de las Hermanas, de convocar á las Hijas de María á orar y trabajar, y á los pobres á edificarse entre sí y recoger alimentos y medicinas.

Entre los Padres de aquella ilustre Comunidad se cuenta el autor de la *Historia de Nuestra Señora de Luján*, cuyo estudio y cuya ciencia, ora se les encare desde el objetivo de lo sagrado, ora desde el punto de mira de lo profano, recuerdan las labores intelectuales de los antiguos monjes. Adelantándose el propio deseo á la curiosidad ó á la desconfianza del indiferente, él ha producido la más completa prueba testimonial é histórica que se pudiese desear para comprobar hechos del orden sobrenatural.

Mucho ha utilizado el narrador, en los capítulos que se refieren al presente, los Anales del Santuario que así puede denominarse el *Libro de la Virgen*, hace poco tiempo abierto, en que se consignan los beneficios de María de Luján á sus devotos, y en el cual ponen su nombre ó dejan el pensamiento que les sugiere la visita de aquellos sitios los piadosos romeros. La costumbre del Álbum, tan difundida en el mundo, tomó origen del registro, análogo al de

Luján, que existía en el convento del Monte de San Bernardo, edificado en medio de la nieve sempiterna, para servir de hospedería á los viajeros de los Alpes.

¡Qué pensamiento tan feliz el de recoger las expansiones de las almas agradecidas á las bondades del Señor! Recorriendo el *Libro de la Virgen*, encontramos oraciones, cánticos, gemidos y lágrimas. ¡Desde la mujer favorecida con la maternidad, hasta la madre que llora perdido á su hijo bien amado; desde la plegaria del tullido que pide conformidad para su noble é infatigable compañera, hasta la confesión franca y espontánea de algún hijo de este tiempo agitado, que cree y busca el reposo del labriego, que no encuentra amargo el pan ni incómoda la almohada; desde el rico que viene cargado de ofrendas, hasta el pobre que recorre á pie leguas y leguas trayendo á la Virgen una vela ó un cobre; desde al cacique araucano recién convertido, que muere cristianamente en el albergue de los «novenantes» de Luján, hasta el habitante de lejana provincia que llega al declinar el día, pasa la noche en oración, y, al asomar la aurora, vuelve á montar su caballo fatigado para regresar á su pago; todos, sí, todos, grandes y pequeños, felices y desgraciados, tienen en ese libro una página conmovedora!

¡Ah! Nosotros también hemos experimentado

los beneficios que refiere el *Libro de la Virgen*. Al reparo del Santuario pasamos las horas de aflicción de las epidemias que hartaron de cadáveres las entrañas de nuestros cementerios. En el Camarín de la Virgen gustaron por primera vez el pan de los ángeles los primogénitos de nuestros hermanos, á quienes todavía vemos arrodillados, empalidécidos por la emoción, respirando apenas el aura matutina de los campos, que penetraba por las abiertas ventanas, y sosteniendo con dificultad entre sus trémulas manos los cirios encendidos, cuyas llamas representaban los espíritus inflamados de los comulgantes, flotando entre el cielo y la tierra. También alguna vez hemos llegado en tropel, con el ánimo alegre, al pie del mismo altar, á celebrar el natalicio del jefe de la familia. Saludáronlo los nietos con palabras inspiradas por la vista del Santuario. Una de las niñas pretendió, á imitación de las palomas que rodean la estatua del frontispicio, acercarse al oído de la divina Señora á recomendarle, con la sencillez de esas avecillas, los años del abuelo. Como ella el mayor de los nietos, la dijo: «¡Cubrid, Madre mía, de bendiciones el tronco de esta familia, para que él vea florecer los retoños de sus renuevos!» Pero ¡ay! le estaba preparada un gran prueba... Antes de un año marchitábase uno de esos renuevos y se desprendía del tronco. Ni la fervorosa plegaria de sus

amados, ni la unción del aceite de la lámpara del Santuario, que á tantos ha devuelto la salud, pudieron conservar aquella vida tan estimada. María de Luján operó, no obstante, un milagro, mayor tal vez que el que se le pedía, infundiéndole esa resignación viril que comprende y calla todo, esperando que convendrá más al alma, la muerte que la vida. Prolongóse la suya hasta que el Capellán del Santuario llegó á enjugar la última lágrima del moribundo, y vino la Superiora de las Hermanas de Luján, á recibir en sus brazos los cuerpos desfallecidos de su esposa y de sus hijas. ¡Ah! sí, nosotros también sabemos que María de Luján trueca en valor el pánico de la peste, se asocia bondadosa á las santas alegrías del hogar cristiano, aclara con la luz de la esperanza las tinieblas del sepulcro!

El *Libro de la Virgen* no conservará solamente el recuerdo de las peregrinaciones individuales, sino también la crónica de las grandes peregrinaciones colectivas, iniciadas en los últimos años del Pontificado de Pío IX. Esas grandes asambleas de cristianos, ávidos de arrodillarse en el Camarín de la Virgen de Luján y de contemplar el rostro bondadoso de la imagen, después de haber dado público testimonio de su fe, han servido para contar las fuerzas diseminadas de los católicos, y descubrir una circunstancia que imprime un carác-

ter particular al Santuario de Luján. Entre todos los santuarios conocidos, exceptuado el de Lourdes, el nuestro es el único que ve postrados en sus losas desgastadas centenares de personas que dirigen sus plegarias á la Madre de Dios en todas las lenguas cultas. Debe achacarse esta peculiaridad á que Buenos Aires se ha formado por el aluvión humano de las inmigraciones. Parece que en Luján se renovara el don de lenguas concedido al Colegio Apostólico, para difundir fácilmente el Evangelio en todas partes, contrapuesto á la confusión de hablas producida cuando la soberbia humana pretendió fabricar un refugio elevadísimo, donde no le alcanzaran las aguas de otro Diluvio. Al pie de la *turrís davidica* plantada, hace dos siglos y medio, en mitad de la llanura de Buenos Aires, por disposición celestial, los católicos se entienden sin dificultad los unos á los otros, porque un sentimiento común mueve el corazón y los labios de los peregrinos.

Aquí concluye la leyenda argentina del Santuario de Luján. Ella, como los villancicos y los cantares populares, vivirá lo que viva el pueblo originario. En la estancia y en el rancho será leída diariamente, á la luz de la lámpara ó á la luz del fogón, á la familia reunida ó al pasajero que se allegue á pedir hospedaje. Pero el autor del monumento histórico no ha con-

cluido su tarea; pretende ahora su amor, todavía no satisfecho, erigir á María de Luján un Santuario Nacional, que reproduzca el diseño y el simbolismo de los magníficos edificios góticos ó romano-bizantinos de la Edad Media. Como Montalembert en su estudio sobre el vandalismo en Francia, decídese por este género de arquitectura, porque entiende que es el que más se armoniza con el carácter elevado á la vez que misterioso de nuestra Religión. «No es posible entrar en una iglesia gótica, decía Chateaubriand, sin experimentar cierta admiración y un vago sentimiento de la Divinidad. El espíritu se ve repentinamente transportado á los tiempos en que los cenobitas, después de haber meditado en los bosques de sus conventos, iban á postrarse ante el altar y á cantar las alabanzas del Señor en la calma y el silencio de la noche». Confesamos que para nosotros toda casa de oración es la *domus aurea* del alma. El ambiente fresco de la más suntuosa, templá el ardor de la frente enardecida por las pasiones, y el recinto de la más modesta, ofrece albergue seguro al corazón que llega, como el ave atemorizada por la tormenta, buscando abrigo mientras dura la borrasca. Cuando desconocidos, engañados, traicionados, secretan hiel los ojos, en vez de derramar lágrimas, en todos los altares encontramos el modelo de la resignación en la

ingratitude ó el olvido de los que se llamaron amigos. Arrodillados al pie del altar del monasterio, solitaria la iglesia, patente Jesús Sacramentado, los leves rumores producidos detrás de las celosías del coro, nos inducen á meditar en la dicha de esas almas ajenas á la agitación exterior. Recogidos una tarde en la capilla del Manicomio de mujeres, oíamos las cadencias de los gorriones en la copa de los árboles inmediatos, y el vocerío cercano, pero ininteligible, de las desgraciadas, que se estrellaba, sin apagarse, al llegar á los muros. Así, nos dijimos, las almas fieles saludan al Creador, mientras los hombres insensatos pretenden perturbar la oración de los que lo confiesan, sin reparar que sus gritos destemplados se estrellan al pie de su Santuario. Pero si bien es cierto, como se ha dicho, que toda casa de oración es la *domus aurea* del alma, no es digno de la piedad del creyente que el Hijo de Dios more siempre en el pesebre, ni que la Madre de la humanidad continúe habitando albergues parecidos á la casa de Nazaret. El honor y la gloria de ambos, requieren templos en que la filosofía brille en los conceptos de sus símbolos, y el arte ostente su poder en las líneas de la estructura, prolongándose en el espacio las torres y las flechas, hasta confundirse en el éter, como el incienso que se quema, como la oración que se eleva. Difícil es el empeño del historiador de Luján,

aun cuando después de haberle visto rematar su libro, no hay derecho para desconfiar de que deje á medio camino otra tarea.

Nos aventuramos á calificar de difícil el empeño de erigir el Santuario Nacional, no porque puedan faltarle recursos que lloverán, por decirlo así, de todas partes, sino porque no acertamos á encontrar el artista impregnado de la fe de Murillo. La ciencia y la literatura contemporáneas ahogan los gérmenes vivificantes de lo bueno y de lo bello, en todas las esferas de la vida, del pensamiento y del arte. No puede inspirar sino imágenes groseras y torpes, el torpe y grosero materialismo. Desde que pretendemos someter lo sobrenatural á la prueba á que se someten los metales, está decayendo el nivel moral é intelectual de los pueblos, día por día y hora por hora. Los que arriman la tea á los altares del templo, bañados de petróleo, parece que se hubieran propuesto asfixiar con el humo del incendio, al arquitecto que diseñaba columnas esbeltas y atrevidas arcadas; al tallista que labraba primorosos retablos; al estatuario que esculpía venerables imágenes; al pintor que cubría los frisos y las bóvedas de frescos inspirados en las más tiernas y poéticas escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento; al orador sagrado que poseía la palabra del Profeta y el acento de la tempestad; al poeta que guiado por la fe descendía

al infierno y subía al cielo, cantando las maravillas del Señor en los campos, en presencia de los ruseñores que enmudecían para escucharle, y de las estrellas que lo coronaban con sus rayos. Las obras del arte escéptico se parecen á las acciones incompletas de una familia dividida, porque reproducen el eco de un combate entre la poesía y la fe, pretendiendo la primera renovar con la segunda el fratricidio de Caín. Pero no hay que afanarse; la Virgen de Luján encontrará el arquitecto de su Santuario, como ha encontrado el historiador de sus milagros. Es posible que veamos desaparecer antes de poco tiempo la masa informe del actual templo, para ceder el puesto á la elegante nave del Santuario Nacional con sus torrecillas, sus rosetones, sus ventanales, sus vidrieras transparentes, sus hornacinas cubiertas de follajes, sus capillas profundas, su santuario misterioso, sus santos austeros, sus ángeles sonrientes, sus cuadros piadosos, sus lápidas conmemorativas, sus piedras sepulcrales, su luz velada, sus ecos simpáticos, su órgano sonoro y su coro desbordante de plegarias y de cánticos, ajustados á los modelos llanos, amplios, grandiosos de la música gregoriana.

Mayor esplendor brillará entonces en tu casa, ¡oh Madre nuestra! pero ella, si más hermosa, no será más benéfica que cuando apenas la

cubrían mal ligadas pajas, que franqueaban la entrada á las aves del cielo, á la luz del sol y á los rayos azulados de la cruz del Sud. Como ayer, mañana los mismos dolores encontrarán las mismas misericordias. El huérfano, el pródigo, el calumniado, la viuda desconsolada, la doncella burlada, la mujer desamparada, el sacerdote, el gobernante, el agricultor, el marinero, no cesarán de pedirnos amparo, consuelo, justificación, bendiciones que apacigüen el alma, que fertilicen el surco, que aplaquen la mar irritada.

Bajo otras formas allí volverán á encontrarse, asidos como antes de tu manto, el señor feudal de la provincia, el acaudalado propietario del desierto, el mísero traficante de los caminos, el adusto morador de la montaña, el desertor de la leva, el militar valeroso, y el melancólico trovador de tus amadas llanuras. Las proporciones de tu morada habrán cambiado, sí, pero no la fe de los descendientes de los peregrinos del modesto oratorio de Oramas. Ninguno de ellos trocará jamás por todos los bienes percederos tu bendito Escapulario, que humedecido por el sudor del trabajo, promete á tus devotos el pan del día venidero; que bañado por el sudor de la agonía, promete á tus amados la posesión íntegra del tesoro que apenas entrevieron en el Santuario de Luján!

EL IDEAL DEL POETA¹

LA crónica oral, la prensa periódica y el folleto que V. tuvo la bondad de mandarme, informáronme del contenido de su carta de fecha 11 de Noviembre. Marchitas ya las flores que en ella me envió, extractada su esencia por la gratitud, y guardada en el alma como un tesoro, sólo quedan ahora ante mis ojos las espigas de esas flores, que me punzan y pueden herir á quien no las vea ó no esté advertido del peligro. No obstante mi reconocimiento, aguijonéame la duda de si será justa la alabanza de V., desde que tan exagerado le advierto en la censura. Y reflexiono así, porque recuerdo que Timón ha dicho que para los hombres de origen latino no hay purgatorio, sino cielo é

¹ Carta al doctor don Nicolás Avellaneda.

infierno. El término medio, el justo término, les es completamente desconocido.

Voy á hablar á V. desde el cielo en que me ha colocado su diestra generosa, sobre el poeta á quien su injusta siniestra ha sepultado en el infierno; y si V. torna á decirme que Isaacs continuará inédito á pesar de mi esfuerzo, me permitirá recordarle que aun cuando los grandes de la tierra condecoran á los artistas que creen dignos de recompensa, los poderosos nunca silban á los que tienen en poco. Las posiciones elevadas traban la libertad concedida á los ocupantes del paraíso en los teatros, que es la única eminencia desde la cual se maneja el pito.

Como en esta ocasión V. ha puesto un pedazo de carne viva en los puntos de su pluma, han mordido el cebo peces de diverso tamaño y de calidad diversa, y con él han escapado celebrando la hazaña del pescador de voluntades, que les ha satisfecho el apetito con un buen bocado; y sábalo ha habido que con tartamuda lengua ha interpretado las intenciones de usted, arrojando aquellas emanaciones propias, que sólo el limón atenúa, sobre las tropicales flores del huerto en que V. reposa de los públicos afanes. Con entera franqueza me ha hablado usted en períodos escritos para ser leídos con su entonación peculiar, porque el movimiento de ellos reproduce el vaivén cadencioso de la péndola; y con entera franqueza voy á respon-

derle en períodos desiguales, poco armónicos, pero que es posible revelen que las cuatro ideas que forman mi capital están equilibradas por el buen sentido.

Ahora bien: el punto de partida de su carta de V. es artificioso: para que el coleccionista de las Poesías de Isaacs apareciera como un bonachón, era necesario que hiciera á sus expensas la edición del libro, y que el poeta fuera un desvalido. Sin lo primero y lo segundo, yo no habría imitado á San Vicente de Paul, y V. no habría abrazado la adarga de D. Quijote, para desfacer un entuerto contra su Dulcinea, que es la poesía coronada de pámpanos y adormideras. Pero es el caso, ingenioso crítico, que en la carátula del libro se dice, con letras gordas, que lo imprimen los hermanos Igón, y que del Proemio consta que la primera edición de las Poesías de Isaacs fué precedida de una carta firmada por trece de los más afamados literatos de Colombia, que saludaron en él la aurora de aquel astro que, poco después, brilló en *María*, único libro americano, según la expresión de Cané, que haya regado de lágrimas el espacio que separa el Plata del Cauca. Ya ve usted como no he gastado un ochavo, y como Isaacs no es un expósito de las letras. Réstame, todavía, para terminar la cuestión sobre el artificio de su carta de V., recordarle que yo no he declarado que Isaacs sea *mi* poeta; pues en

las líneas que preceden á sus versos, he confesado que algunos adolecen de incorrección, y no he afirmado que él fuera cantor de Conservatorio, puesto que he escrito estas palabras: «Hijo de la naturaleza, la ha cantado como en los diversos climas de la tierra la saludan las aves; como la celebran el ibiruajú del Paraguay y el turpial de Jamaica, obedeciendo á secretos impulsos y á inspiraciones misteriosas». El mismo Isaacs ha apreciado sus Poesías de manera que, si no por estricta justicia, por indulgencia al menos, debiera V. haber aguado el brebaje que le ha propinado. «Cuando de tarde en tarde hojeo estas páginas, dice, me parece aspirar los aromas del huerto de mis padres, y vuelven á humedecer mis ojos lágrimas de niño». Isaacs empezaba á vivir cuando escribió sus versos, sencillos como las flores de los canelos. Tal vez dedujo V. mi ciega admiración por los versos de Isaacs, de las últimas líneas de mi carta de 1.º de Noviembre, en que le pedía que me dijera, «si esas flores (las Poesías) eran dignas de aquella tierra en que todo es grande, todo, hasta el crimen». Las obras del arte, tienen como la mayor parte de las cosas, dos faces. Pueden los versos pertenecer á un género modesto, y contener profunda filosofía ó exquisitos sentimientos; de la misma manera que en un cuerpo pequeño enciérrase algunas veces un alma grande ó una hermosa inteli-

gencia. A esto aludía quien, renglón antes de las palabras copiadas, había comparado los versos de Isaacs á las flores de la corona de Ofelia, entre cuyos ranúnculos y margaritas, la sublime enamorada había mezclado inadvertidamente algunos gajos de ortiga.

Partiendo V. de la falsa base de mi inconsulta admiración por las obras extrañas, y condenando mi recomendable indiferencia por las propias, olvidó las palabras que le he copiado, y escribió las que voy á ponerle delante de los ojos, por la centésima vez. «Dejemos, dice V. á San Vicente de Paul en los hospicios, y no le traigamos al campo de las letras. La abnegación que se olvida de sí misma, excluye el sentimiento fuerte de la propia personalidad, sin el que nadie se arriesga en el peligroso campo de la producción literaria». Imposible es, amable Censor, que San Vicente de Paul no aparezca de cuando en cuando en el campo de las letras, si las letras hablan al siglo de la fecundidad de la acción humana, y de la caridad simbolizada en el pelícano que se desgarró el pecho para alimentar á sus hijos con la sangre del corazón. La abnegación propia fué en todo tiempo madre de las grandes empresas y de los grandes sacrificios, realizados en bien y honra de la humanidad. Ni el egoísmo, con la mortífera sombra del manzanillo índico, ni el amor propio, que subordina todo á su complacencia, han susci-

tado afectos duraderos ó producido obras fecundas. En un libro de crítica, que probablemente le será familiar, como todo lo bello, encontrará usted alguna página consagrada á Vicente de Paul. En ella verá como esa abnegación desinteresada que consumía el corazón del Santo, inflamaba la mente del hombre y movía su lengua, hasta el punto de arrancarle discursos, que hace doscientos años arrebataron á las damas de París, y que todavía conmueven el alma de las mujeres sensitivas en el mundo entero. La Presidenta de las Damas de Misericordia de Buenos Aires, ha de recordar aquellas memorables palabras con que Vicente de Paul convertía en madres de los niños abandonados á la Marillac, á la Traversai, á la Miramion, ornamento del hogar francés y gala de los salones de París, en momentos en que aumentando los expósitos y escaseando los recursos, amortiguábase la caridad de tan dignas matronas. «¡Ah! señoras, las decía, la compasión, la caridad, os han hecho adoptar estas criaturas desvalidas por hijos vuestros. Habéis sido sus madres según la gracia, desde que sus madres según la naturaleza, las abandonaron... Ved si ahora queréis abandonarlas también... Dejad de ser sus madres para convertirlos en sus jueces; su vida y su muerte están en vuestras manos... Voy á recogeros los votos sobre su suerte... Ya es tiempo de que pronunciéis la

sentencia y de saber si dejáis de ser misericordiosas con ellas...» Á estas palabras respondió un lamento arrancado del corazón de Paris, y las «Damas de la Caridad» propagáronse como el grano de mostaza. ¡Santa abnegación la de Vicente de Paul! ¡Bendito olvido de sí mismo, producido por el amor del prójimo! ¡Elocuencia arrebatadora no enseñada en las Academias, que transforma el acerbo dolor en dulce melancolía, hasta el punto de que la pena consolada parezca hermana de la dicha soñada!

Buscó V., doctor, un cómplice de sus opiniones sobre la abnegación mía, y lo encontró en Pedro Goyena, quien en su sentir, al menos lo supongo, debía acompañarle también á firmar la reclusión perpetua de las Poesías de Isaacs en los estantes de Igón. ¿Ignoraba V., señor, que los pueblos siempre se manifiestan curiosos de conocer los objetos en que ponen su desdén los grandes? ¿Olvidóse de que Goyena aventaja á la mayor parte de los críticos argentinos, en mirar las cosas desde el punto de vista conveniente? Anúnciole antes de pasar á demostrarle que su crítica de las Poesías de Jorge Isaacs y las conclusiones á que ha arribado son injustas, que Pedro Goyena entiende que merezco el aplauso de mis compatriotas por haberles dado á conocer un poeta americano, tierno y amable, cuyas obras pueden servir de correctivo á las exageraciones de forma, fondo y colorido, en

que incurren la generalidad de los escritores en verso de estas queridas regiones, donde V., escritor laureado, político satisfecho, ciudadano elevado á la Presidencia de la República en temprana edad, pretende, por una anomalía inconcebible, que no es término digno de un poeta cultivar la tierra, porque su misión consiste en cultivar el dolor! ¡Cómo se conoce que V. habla de oídas! Si alguna vez hubiera experimentado un verdadero dolor, no habría escrito tales palabras. No cultivan el dolor quienes lo experimentan real y verdaderamente. Prodúcelo la adversidad, y no hay fuerza humana que pueda eludirlo. De esta condición real del dolor del alma, no del dolor ficticio, emana la simpatía en favor de quien experimenta su avasalladora influencia. ¿Sabe V. quiénes cultivan el dolor?... Las plañideras en los entierros de los muertos sin memoria, y los poetas que se empalidecen con vinagre, se revuelven la cabellera con el peine, y se pican la yema de los dedos para escribir epístolas «con la sangre de sus venas». Si cultivar la tierra no es desenlace para un poeta, menos lo habría sido para políticos como Cincinato, el cónsul romano, y Wáshington, el fundador de la República en América. Pero la crítica no ha separado al hombre del político ni del poeta; y por eso ha entendido que el trabajo es digno desenlace de la vida excelsa del gobernante y

de la brillante carrera del artista; porque él limita las ambiciones y las encierra en su natural esfera, en el primer caso, y en el segundo satisface honestamente las ilusiones del corazón, haciéndole amable la vida, que es odiosa para quien la pasa en claro, levantando delezna- bles y fantásticos palacios, y sólo reposa narcotizándose con los vapores de la buena mesa y los perfumes falsificados del serrallo oriental.

Esta digresión, doctor, ha terminado por traerme al terreno en que le anuncié que iba á entrar; y era, si no estoy equivocado, averiguar si Jorge Isaacs (de quien V. ha tomado algunos de los versos más incorrectos, como modelo de lo mejor, á pesar de que después confiesa que *La Vuelta del Recluta* encierra algunas bellezas), averiguar, decía, si Jorge Isaacs es merecedor de su catilinaria. Pero antes de pisar ese terreno, á propósito de su opinión sobre *La Vuelta del Recluta*, y estableciendo las debidas distancias, le copiaré algunas palabras de Lamartine, como modelo de las apreciaciones conocidas vulgarmente con el nombre de *absolutas*. «La inmortalidad de que disfruta el Dante, estriba sobre todo, en los pocos versos del episodio de Francesca de Rímimi. Difunto yace, agrega, el poeta de la teología, más inmortal descuella el del amor.....»

Y ahora disculpe mi desaliño, aquel cuya frase parece gala de mujer acicalada. He apren-

dido que la crítica consiste en el juicio de las cosas fundado en las reglas del arte y del buen gusto; que tiene por base el sentimiento íntimo, el análisis y la conciencia de lo bello; que ella importa, en fin, el ejercicio activo, pero discreto, de aquella parte de la ciencia filosófica conocida con el nombre de Estética. «Si el secreto del arte reside, como decía Roscius, en agradar, y ésta es la única cosa que el arte no enseña», el secreto de la crítica consiste en enseñar, y esto es lo único que V. no ha hecho en su carta, aun cuando haya recompensado generosamente mis humildes escritos. El crítico que analiza una obra, debe tener presente el género del trabajo, el medio en que fué producido, y la idiosincrasia del autor. Véole sonreír y óigole replicar que las Poesías de Isaacs no merecían tan ardua fatiga; y sonrió á mi vez, y respóndole, que V. ha dado lugar al cargo. Solamente los desocupados ó los espíritus ligeros tratan de las cosas de poco momento. Usted es Presidente de la República y espíritu serio.

En la Introducción de las Poesías de Jorge Isaacs dije, como V. recordará, que una parte de ellas pertenecía al género campestre ó pastoril. La poesía lírica se destinaba antiguamente al canto, pero en la actualidad se consagra á la lectura, por lo cual los maestros incluyen también en el género las bucólicas. La Égloga describe los campos y las costumbres rurales, pero

es generalmente la forma del dúo de los pastores; el Idilio, más delicado que la Égloga, consiste en un tierno soliloquio del poeta campesino.

«El tipo del poeta no es la rubia Ceres, dice usted, ni el festivo dios Pan, que no inventó la lira, sino el caramillo para asociar sus desaparecibles soncs á las tareas rústicas». El griego Teócrito, el mantuano Virgilio, el latino Horacio, el alemán Gesner, el italiano Tasso, el español Garcilaso, han alzado la cabeza y han hecho una mueca de asombro, mi buen doctor. Horacio cantó la felicidad de aquel que «con sus bueyes cultiva—De usura libre, el suelo que ha heredado»;—y Virgilio ha puesto en boca de Melibeo estos versos, que V. habrá leído muchas veces en la primera de sus Églogas: «¡Títiro! tú, recostado á la sombra de esa frondosa haya, meditas pastoriles cantos al son del *blando caramillo*: yo abandono los confines patrios y sus dulces campos; yo huyo del suelo natal, mientras que tú ¡oh, Títiro! tendido á la sombra, enseñas á las selvas á resonar con el nombre de la hermosa *Amarilis!*»

El género pastoril, como V. ve, no carece de honrosas tradiciones, puesto que el tronco de su árbol genealógico lo forman los primeros cantos del hombre, y son sus principales ramas las Églogas y las Geórgicas de Virgilio.

La historia del arte nos revela una observación que V. ha descuidado al ocuparse de las

Poesías de Jorge Isaacs, y que le habría explicado el amor de éste por la diosa Ceres. Usted se halla familiarizado con la historia de Colombia, y debe haber averiguado la época en que el autor de *María* empezó su carrera literaria. Pues bien: «Obsérvase, escribe el profesor Cano, que el género pastoril es cultivado en épocas de adelanto y apogeo intelectual, y en aquellas que han seguido á un período de guerras y conquistas, lo cual se explica por una especie de reacción y contraste. Después de un gran refinamiento social, acompañado generalmente de corrupción de costumbres, los hombres se han complacido en representarse la amable paz de la vida campesina, más libre de cuidados y de crímenes; pasado el estruendo de los combates, han gustado de recordar el sosiego y bienestar de los pastores, así como cierta ternura y espontaneidad de sentimiento que en ellos suelen encontrarse. Se buscaron entre los personajes del campo amores inocentes, placeres puros y delicados, por oposición á las miserias, ambiciones é inquietudes de las ciudades!» Oiga V. un momento á Sileno en la *Égloga* IV de Virgilio, porque él va á enseñarnos, en nombre de Apolo, lo que de su cuenta acaba de decirnos un profesor de literatura. «Mi Musa, cantaba, se estrenó con el verso siracusano, y no se avergonzó de habitar en las selvas. Cuando iba á cantar los reyes

y las batallas, Apolo me tiró de la oreja y me dijo: «Títiro, atiende el pastor á apacentar un »lucido rebaño y cante versos humildes; por »eso ahora cultivaré la poesía campestre al »son del blando caramillo, ya que te sobrarán »¡oh, Varo! quienes aspiren á decir tus loores »y á cantar las tristes guerras». Todo aquel que comprenda los sufrimientos del colombiano, justificará la inclinación poética de Isaacs, y quien haya calado un poco en las cosas, se explicará la aversión de V. por el género campestre, por medio de estas palabras de un crítico moderno: «La poesía bucólica no puede satisfacer á los pechos agitados por las tormentas sociales». Cuando pase la agitación del suyo, relea las Poesías de Jorge Isaacs, cuyo género favorito ha desdeñado V., sin darse cuenta del momento histórico en que él apareció en Colombia, ni del medio social, ni de las peculiaridades del poeta.

Echa V. de menos gritos, imprecaciones y gemidos en los versos de Isaacs, y acúsales de no reflejar la naturaleza colombiana. Voltaire pensaba de la canción algo que puede aplicarse apropiadamente á los versos de Isaacs. «Para sobresalir en este género, escribía, es necesario poseer un talento delicado y sentimental, tener mucha armonía en la cabeza, no elevarse ni bajarse demasiado, y saber no alargarse mucho». Cicerón, en la oración *Post redivitum ad*

quirites, demostrando que después de haber regresado del destierro le eran más gratas las cosas de que antes disfrutaba, como la compañía de sus amigos, el lujo de Roma, las perspectivas de Italia, valiase de esta comparación: «Así como la salud causa más placer al que acaba de salir de una grave enfermedad, que al que nunca estuvo enfermo, del mismo modo todas estas cosas deleitan más cuando uno ha carecido de ellas por algún tiempo, que cuando las disfrutaba sin interrupción». Ha hecho bien Isaacs en no elevarse ni bajarse demasiado, y explícome, después de leer las palabras copiadas, la causa de la tacha que V. pone á sus versos. Los napolitanos miran con indiferencia el Vesubio, porque están familiarizados con sus monstruosidades, mientras los viajeros de todo el mundo contéplanle absortos. Cuando las plantaciones de árboles atrajeron el riego de las nubes sobre la ciudad del Cairo, los extranjeros compartían su admiración entre las fábricas de la arquitectura oriental y los árabes sorprendidos por el fenómeno de la lluvia. Un vendedor de frutas del Mediodía de la Europa, atrac en torno suyo, en Moscou ó Petersburgo, más curiosos que la persona del Czar.

Cuando la última vez que visité á V. vi sobre su bufete las Poesías de Isaacs, oprimidas con un tomo de Alfredo de Musset, comprendí que no debía ser acertado el juicio que sobre ellas

emitiera, el que iba á juzgarlas desde los puntos de mira del poeta francés. Quien no se da cuenta de los diversos géneros de pintura y aplica al juicio crítico de las aguadas el criterio con que juzga los lienzos de Miguel Ángel, tiene que desdeñar los cartones de los paisajistas ingleses. Aquéllos son estudios completos de la naturaleza humana; éstos apenas son auxiliares de la memoria y la imaginación para recordar un lugar pintoresco. No se ha escapado á Miguel Ángel ni una fibra del cuerpo de sus héroes, y en la aguada que contemplamos, el pastor que escala la montaña ha sido representado con tres manchas combinadas. Esa ave de paso, diría V., juzgándola, está formada por dos líneas cruzadas. Es verdad, se le podría responder; pero dése cuenta del género, busque el punto de vista conveniente, y esas dos líneas traeránle el recuerdo de la alada viajera que al declinar el día va huérfana, viuda ó desterrada, sin grano y sin nido, á morir de hambre ó de fatiga en una playa melancólica y árida. La imaginación del espectador colabora con el pincel del pintor, y acentúa ó termina su cuadro. No hay género que pueda desdeñarse por pequeño, como no hay en la naturaleza ser alguno que no sea una viviente maravilla. El doctor Burmeister calificaba un día á un entomólogo de *hombre grande en lo pequeño*; y él mismo desciende de las eminencias de la historia natu-

ral, de departir sobre las edades antediluvianas con su milodón, á los valles del reino de la naturaleza, á observar la sorprendente estructura de un mosquito contemporáneo. El mundo invisible, como llamamos á la creación que adquiere formas tangibles debajo de la lente biconvexa del microscopio, es tan digno de observación como el visible universo. El poeta que V. empequeñece, por la comparación inaceptable con los maestros de su predilección, es un pintor de acuarelas. Sus cuadros sencillos, de formas vagas é indecisas, son buenos en el género. Hase llamado á los versos de Isaacs *la aurora de su talento*; y aurora fueron de la inteligencia que brilla en *María* desde el cenit. Tienen los impalpables contornos de las imágenes del alba, percíbese al leerlos las emanaciones de los campos, respírase una atmósfera pura, óyense preludios de aves canoras, el murmullo de la fuente llega apagado hasta el oído, asoma en el horizonte el humo de un hogar... Y si se vuelve la hoja y la página es sombría, los versos del poeta colombiano obligannos á pensar en otra hora indecisa, en el triste crepúsculo de la tarde. Usted no hallará en esa página la sombra acentuada de la noche plena y borrascosa, pero volverá á encontrar al paisajista de la aurora, dibujando con delicada mano las imágenes vagarosas que cruzan los campos, la silueta fantástica

del árbol solitario, ó el perfil de la empinada montaña.

Pero es difícil que V. encuentre mérito de ninguna especie á quien, ni por la gravedad del carácter de Patrono de la Iglesia que V. inviste, ha perdonado siquiera que tome sobre su conciencia y á lo serio el papel de esposo. ¿Le parece á V. ridículo que el poeta cante el amor de su esposa, el humilde hogar, la perdida felicidad doméstica, porque se lo imagina sentado junto á Felisa, devanando alguna madeja hilada en la rueca de los campesinos?... Usted escribió en época en que no era Presidente de la República, un hermoso capítulo llamado *El hogar*. Présteme atención un momento, en obsequio á V. mismo. «La casa, decía, se construye; el invierno pasa, la primavera viene; y al penetrar en la espesura del bosque, se escuchan las palabras inarticuladas de un niño, mezclándose al grito jubiloso de los pájaros»... Pues vea V., á mí no me pareció ridículo que el *pionneer*, el hombre de la selva, dejara el hacha para acariciar al hijo; ni que V. reprodujera emociones personales, recordando tal vez haber paseado en brazos á alguno de sus hijos desvelado ó enfermo. Los sentimientos domésticos tienen para mí tiernísimo encanto, porque he tenido la suerte de que mis padres me amaran; porque lo poco bueno que poseo lo debo á su ejemplo; porque he aprendido en esa escuela que no

hay tesoro comparable á una esposa cristiana.

Ha aseverado V. que Ceres no es el tipo del poeta, y se lo ha representado en Orfeo, descendiendo á los infiernos, venciendo con la lira á las fieras, volviendo á la Tracia y muriendo «despedazado por las bacantes, es decir, por las pasiones bravías que él mismo habia suscitado con sus cantos». Conviene recordar, señor enemigo de la poesía campestre, que la historia de Orfeo fué narrada por Virgilio en el libro IV de las Geórgicas, consagrado á describir las costumbres y propiedades de las abejas. Proteo explica al pastor Aristeo la causa de la epidemia que destruye sus colmenares, y la adjudica á una venganza de Orfeo, cuya peregrinación al infierno le refiere en magistrales versos. Recuerde V., señor enemigo de los poetas que llevan sobre su conciencia la condición de maridos, estas palabras de Proteo: «El, dice, consolando con la cítara su amorosa pena, á ti, sólo á ti, dulce esposa, cantaba en la solitaria playa, al rayar el día y al caer la noche». Proserpina devuelve á Orfeo su amada Eurídice; la curiosidad de contemplarla le vence, y vuelve á perderla, arrebatada á su amor por los hados. Desesperado, detiénese muchos meses á la margen del solitario Strymion, amansando á los tigres y arrastrando tras sí á las selvas con sus cantos. «Para Orfeo, continúa el narrador, ya no hay amor, ya no hay himeneo que captive

su corazón en las heladas regiones hiperbóreas, el nevado Tanáis y los campos de Rifeo. Menospreciadas de él, por efecto de aquel grande amor, la mujeres de los Cicones despedazaron al mancebo, en medio de los sacrificios de los dioses y de las nocturnas orgías de Baco, y esparcieron sus miembros en los campos; y aun cuando ya el Hebro eagrío arrastraba entre sus ondas su cabeza arrancada del alabastro cuello, todavía su voz, todavía su helada lengua iba clamando con desfallecido aliento: ¡Oh, Eurídice! ¡Oh, mísera Eurídice! y ¡Eurídice! Eurídice! repetían en toda su extensión las márgenes del río».

Refiere una tradición, recogida por Marcellus, que «Orfeo, el primer poeta griego que cantó en verso himnos á los dioses, fué hecho pedazos por las mujeres del monte Rhodopo, irritadas porque hablaba de divinidades mayores que las suyas; que arrojada su cabeza al mar, las ondas la llevaron hasta la embocadura del Meleo; que detenida cerca de la pradera donde Critheis dió á luz su hijo, transmitió su alma y su inspiración á Homero; y que cerca del lugar de su tumba, los ruiseñores cantan más melodiosamente que en otros sitios».

Que no es impropio celebrar los encantos y el amor de la esposa, pruébanoslo el sabio Salomón en el «Cantar de los Cantares», inspirado en la celebración de las bodas de los judíos; y

el sabio Michaélis, citado por los comentaristas, dice que en ese libro píntase el amor de dos esposos unidos ya de mucho tiempo con el vínculo del matrimonio.

Creo haberle demostrado con su propio Orfeo, que el amor más digno de un poeta es el de su esposa, y que si se atiende á las leyendas citadas, fué gloriosa su muerte, porque prodújosela el culto severo de un ideal purísimo, que sublevó en contra suya innobles apetitos, desdeñados por el más excelente de los cantores.

La misión del poeta no consiste en suscitar las pasiones bravías, para morir arrastrando muletas ó víctima del *delirium tremens*. Si él no tuviera otro objetivo, fugitiva sería la vida del verso. La poesía sensualista, cual la voluptuosa reina de Egipto, reproduce en los corazones que se le entregan, la fascinación que enervara la virilidad de Marco Antonio; y como Cleopatra, muere destronada y mordida por el áspid que nutrieron los frutos de su propio huerto. Con más razón que Margarita, la noble poesía puede repetir respecto del supremo bien, al cual debe acercarnos el arte, estas palabras del primer *Fausto*: «¡Doquiera no esté él, está mi sepulcro; sólo donde él reina, reina la vida!»

Ha insinuado V. que para ser poeta es necesario morir bajo el desgarramiento de las propias emociones; y en seguida me ha recordado

á Byron y á Musset, y la última noche de placer y de vida de Rolla. «Así mueren todos, agrega, desesperados y jóvenes, los que han recibido como un poder mágico y como un anatema, este *don suicida* de convertir la palabra en gemido». Tal es, indudablemente, la muerte que aguarda á los que, repito sus palabras, «cultivan el *dolor*, la *duda* y la *desesperación* en su mayor expresión humana». Pero no puedo admitir, y discúlpeme V. la repugnancia, que ninguna criatura reciba del cielo presentes mortíferos. Imagínome que en esta frase hase deslizado un error de imprenta, que es conveniente enmendar. Un *don suicida* sería un don muerto, incapaz de convertir la palabra en gemido. Califiquemos ese don de *homicida*, y á pesar de emplear la palabra conveniente, resultará inexacto el pensamiento. ¿Qué es lo que hace ese don maligno?... Convierte la palabra en gemido; pues bien el gemido alivia el alma, porque expande el dolor comprimido... Créalo, lector mío, el gemido no mata á los poetas, porque todos gimen y lloran. Averigüe la causa de la prematura muerte de los que usted cita, y la encontrará en la duda, en la desesperación, en los vicios. Yo también admiro á Lord Byron, pero lo contemplo hermano gemelo del ángel de las tinieblas de Milton, poeta que no murió joven ni desesperado; le contemplo hermoso, pero caído. Yo también

admiro á Alfredo de Musset, pero recuerdo continuamente estas palabras de Henry Tayne: «Exigió demasiado á las cosas; quiso beber de un sorbo la vida entera; no la recogió; no la gustó; la arrancó como un racimo; la machucó, la retorció, y quedóse con las manos sucias, y tan sediento como antes». Todavía más: conceptúo exacto el siguiente juicio de Lamartine sobre *Rolla*. «Esta obra, dice, es en nuestra opinión, el apogeo del talento poético de Musset. Pero ¡qué uso del talento revela ese poema! Un joven licencioso y de costumbres relajadas, ha disipado su vida, su alma, su fortuna, en algunos años de libertinaje. Corrompido hasta la médula de los huesos, su deseo constante es inficionar toda clase de inocencia que pueda encontrar en su camino, anhelando que su último suspiro arguya un crimen postrero, y una desgracia póstuma. A este efecto, compra de una madre infame una pobre víctima sacrificada por la miseria, combinada con la perversidad, y cuando no le queda el menor recurso pecuniario, saborea un infame suicidio en los brazos de la cortesana involuntaria, cuya alma destruye el libertino antes de darle la muerte, legando su cadáver á un lugar de perdición». Pues bien: cuando en ese libro que V. mira con benignidad, leo estas desoladoras preguntas: «Y ¿qué nos queda á nosotros los deicidas? ¿Para quién trabajáis, estúpidos demoledores,

cuando disecáis el Cristo sobre el altar?», confiésole que me asoman las lágrimas á los ojos. Y si leo más adelante: «Los montes han sido nivelados; hállese despejada la planicie; habéis derribado sabiamente el árbol de la vida; todo ha sido arrebatado por vuestros ferrocarriles; grande es todo, todo es bello, pero vuestra atmósfera asfixia», entonces, doctor, maldigo la enseñanza que pervirtió al desventurado, y prometo á las cenizas de Alfredo de Musset hacer cuanto de mí dependa porque el perfume de sus versos no envenene el alma de la juventud de mi país.

La poesía y la música compusieron el primitivo idioma del hombre. Ambas artes vincúlense á la primer criatura, á la sociedad primera, á las más antiguas ciudades, á las civilizaciones más remotas. Buscar su origen y buscar la primer plegaria elevada á Dios, son dos operaciones que conducen al mismo resultado. «Y á la verdad, pregunta Jugmann, condenando la poesía escéptica, ¿habrá de ser más sublime, más digna de perfección la rebelión contra Dios, que la más bella energía del bien? ¿Es posible que el pensar que el hombre puede en razón de su libertad, oponerse á Dios, tenga algo de sublime, y que ese poder se funde en la grandeza del hombre? ¡Triste grandeza el poder divorciarse del supremo bien! Desdichado poder el estar dispuesto á caer el que lo usa, más

bajo que la nada, y en labrarse á sí mismo su propio sepulcro!» «Los vicios, mirados bajo cierto aspecto, pueden, como discurre Taparelli, tener alguna apariencia de sublimidad, capaz de interesar á quien posea más imaginación que juicio. Sirvan de ejemplo las impiedades de Prometeo y Ajax, que refiere la fábula, aun cuando la condición mitológica de los dioses, atenúe en el caso la deformidad del crimen y la vana demencia de la empresa. Lo sublime verdadero no puede manifestarse en el crimen». «Por esto, observa Pianciani, citado por Jugmann, el Dante anduvo tan lejos de revestir de sublimidad moral á Lucifer. El Satán de Milton es, si se quiere sublime, desde el punto de vista físico, pero inspira horror moralmente considerado».

Horacio exigía al poeta «la mente divina», *mens diviniór*, el poder creador, el sublime entusiasmo. Víctor Hugo en su canto «El poeta á sí mismo», ha sintetizado de este modo la misión del poeta: «Tú, poeta inspirado, derrama tus cantos sobre el niño, la doncella y el anciano. Señala el apacible puerto á los que perdieron el rumbo en el mar de la vida; á la tímida virgen, la inocencia, astro feliz en las revueltas ondas; á las creyentes turbas, los altares que la impiedad cubre en vano con denso velo; el porvenir al joven; al viejo la inmensa eternidad. Haz que tu razón se infiltre en la

humanidad, y que los que piensen encuentren en ti lo que afanosos buscan. ¡Haz que Dios penetre en todo corazón!» La poesía, señor doctor, no se circunscribe al dolor. Goyena nos recordaba en un hermoso artículo, que ella enlaza las tradiciones de los pueblos, ilustra el derecho, revela los misterios de la civilización antigua con Homero y Virgilio, ilumina la Edad Media con el Dante, profundiza y sondea el corazón con Shakespeare, y hermana de la religión y de la ciencia, descubre á los hombres el infinito. Y Schiller, citado por V., preséntala con este pomposo y sabio discurso: «No hay, dice, vínculo ni límite alguno para mí: libremente recorro los espacios. Mi reino es inmenso, y mi alado instrumento la palabra. Cuantas cosas se mueven en el cielo y en la tierra; cuanto oculta la naturaleza en el seno de las montañas, debe revelarse y estar patente á mi vista, porque no hay barrera que limite mi libre acción, si bien entre las cosas que puedo cantar, ninguna encuentro más bella que un alma hermosa, revestida de hermosas formas».

Usted que nació poeta, V. que es oído con cariño, se halla autorizado para encaminar á la juventud en el sendero opuesto al que lleva á la desesperación y al suicidio. Su propia vida contiene enseñanzas más saludables que las que podemos recoger en las páginas de *Rolla*. Huér-

fano, no le faltó apoyo; desconocido, se abrió camino, salvó las hondonadas, y alcanzó á colocarse en una eminencia del valle de la vida, desde la cual dióse á conocer; pobre, estudió, fué coronado en las aulas, y atesoró el oro que se gana con el noble sudor de la frente; abogado, orador, hombre público, escaló el Poder; y para que nada le faltara, dado le ha sido satisfacer á los que había descontentado, y alcanzar días tan bonancibles que le permiten agujonear con su pluma un libro de versos, humildes como el Numen que los inspirara. Usted ha luchado como bueno y ha visto que la vida no es tan amarga, como el vinagre y la mirra reservados al Redentor, que la dignificó con su ejemplo y su doctrina. ¿Por qué condensa ahora las nubes de la misantropía, sobre las frentes de los que lo escuchan, V. que no puede hacer otra cosa que bendecir la vida, porque ninguna cosecha se le ha malogrado? ¿Por qué exhala palabras de desaliento, aquel que en los momentos de pasajera prueba, cantó himnos de esperanza, y cual Orfeo de la política, acudió á la lira para propiciarse los corazones endurecidos?... La ponzoña del escepticismo, que saturó los cantos de Byron, fué formada por las heces de la vida, y por eso merece compasión el hombre á quien el poeta escudó un tanto con su genio del desdén de la

posteridad. Pero créalo V., no habrá poeta que defienda al hombre que recorra el sendero de Lord Byron, empujado por un escepticismo puramente artístico, inspirado por un dolor cultivado en invernáculo. La sociedad á cuya cabeza se halla V., necesita otros ejemplos que los que pueden presentarle los poetas que «mueren jóvenes y desesperados». Mícala ya el desaliento, y se inclina demasiado hacia los bienes positivos. Empieza la vida, y debe creer, amar y esperar. Una gran virtud tiene: el amor al trabajo. Cultive V. esa inclinación en el campo de las letras y de la filosofía, grabe en su conciencia «el salmo de la vida» de Longfellow, y enséñele á luchar contra la fatiga del cuerpo y el cansancio del alma, contra el sensualismo y la adversidad, y á demandar al Cielo luz para vivir, como demandábale Goëthe luz para morir.

Una palabra más, y termino. El poeta ha descendido á la arena, trayendo en la mano un ramo de rosas con espinas... A él le entrego esta misiva, que va dirigida también al Presidente de la República. Lo dicho no es materia de Memorial, y esta convicción me alienta en la esperanza de que S. E. no hará textar la parte en que le hablo como consejero oficioso, recordando que él me ha enseñado que la cortesía y las letras aproximan las distancias.

Cuente V. siempre, atildado poeta, con un lector asiduo, que vivamente desea verle recorriendo con la palabra alada los vastos dominios del arte, pero especialmente el espacio en que alientan las almas hermosas revestidas de carne mortal.



OLEGARIO V. ANDRADE

El Nido de Condores.—El Arpa Perdida.—Prometeo.
San Martín.

El querer producir en nuestro ánimo sentimientos alambicados, que el corazón no siente, y hacernos gustar por tal medio el placer de la belleza suprasensible, parecen que es desfigurar horriblemente la belleza misma, y como atentar contra la misma naturaleza.

JUNGMANN.—*La Belleza y las Bellas Artes.*

I

PREÁMBULO

ESTAMOS en desacuerdo con los que niegan á la crítica un puesto de primera fila en el campo del pensamiento, y con los que pretenden hacerla callar en presencia de ciertas obras literarias. La crítica no es la murmuración escrita ó hablada, sino el análisis razonado, que tanto aplau-

de las obras del espíritu humano cuando son hermosas, como las vitupera cuando se apartan de su objeto. Procede del sentimiento y del juicio y es, como enseña un maestro, inseparable de las letras, porque de su estudio deduce reglas, busca por la comparación su conformidad con los preceptos; señala defectos, descubre méritos, ilumina las sendas de la inteligencia, y coronando á los que merecen aplauso, estimula á todos los que se afanan en las nobles tareas de la inteligencia.

Sólo las obras menguadas de que nadie puede reportar provecho, merecen y justifican ese desdén.

La crítica no puede guardar silencio, por ejemplo, ante los cantos del poeta don Olegario V. Andrade, cuyo espíritu ilustrado, pero indisciplinado, promete remontarse á eminente altura el día que ejercite sus recomendables cualidades artísticas en una esfera propia, desentendiéndose de las inspiraciones de su pertinaz memoria. De esta manera hemos pensado cada vez que escritores competentes, pero admiradores benévolos del poeta argentino, han refrenado las exigencias de su juicio, con el deseo de estimularle, al que tampoco somos extraños, si bien nos dirigimos al mismo fin por diverso camino.

Los maestros antiguos como Virgilio y el Dante, y los poetas modernos como Byron y Hugo, verdaderos creadores, y creadores verdadera-

mente inspirados, han pasado por el crisol de la crítica; y las excentricidades y desvaríos de todos ellos han sido censurados, á pesar de la aureola que circundaba á unos y que empalidece ahora en torno del último.

La inspiración es un estado febril de la inteligencia, más ó menos intermitente, producido por la percepción lúcida de las cosas, á cuyo período agudo sólo llega el genio. En este período sobreviene algunas veces el delirio.

El desenfreno permanente de la inteligencia, sólo puede disculparse en los talentos extraviados ó incultos, y la admiración que le cuadra es la que prestamos al potro desbocado en la pampa desierta.

La crítica discreta va apreciando la inspiración á medida que, como el corcel del hipódromo, va mostrándose obediente á la brida y á la voz.

«La poesía, ha dicho Cousin, tiene por instrumento la palabra, que idealiza para convertirla en expresión de lo sublime. Es un arte intermedio entre la voz y la música, y participa á la vez de lo material y lo inmaterial. La palabra transformada por la poesía, es el símbolo más enérgico y más universal. Provista de un talismán propio, refleja todas las imágenes del mundo corpóreo, é inspira el sentimiento con todas sus modificaciones. Ella expresa igualmente el pensamiento que no tiene forma, que no tiene

color, el pensamiento que no deja escapar ningún sonido, que no se manifiesta á ninguna mirada, el pensamiento en sus más elevadas abstracciones».

Un arte que, por decirlo así, resume la potencia de todas las artes, está llamado á ejercer naturalmente una influencia imponderable sobre el espíritu humano.

«Pero la poesía para ser grande y apreciada, escribe Núñez de Arce, debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva, extraño á cuanto le rodea y siempre lo mismo. La época presente reclama de sus poetas algo más que versos sonoros, imágenes deslumbradoras, recuerdos históricos y sentimientos de pura convención».

Ahora bien: entendemos que don Olegario V. Andrade, se ha dado cuenta cabal de la alta significación de la poesía, tal cual la concibe Cousin; pero que al seguir el consejo de Núñez de Arce, ha olvidado que la misión del poeta en las épocas de epidemia moral, es parecida á la del médico en los tiempos de peste; pues ambos, si bien llamados á ocuparse de las necesidades del momento, deben preocuparse de poner remedio al mal para evitar su propagación.

También somos de parecer que nuestro poeta no puede llamarse creador, porque gira, con habilidad y lucro, capitales ajenos; y por últi-

mo, que el autor del *Prometeo*, desconfiando de sus propias fuerzas, sigue á ciegas la escuela fundada en España por Góngora, que «empleó, como dice el profesor Cano, metáforas y figuras intrincadas, alusiones remotas y eruditas, voces extrañas y trasposiciones violentas; apartándose de la naturalidad y sencillez, usadas por los demás poetas;» escuela engrandecida por el genio colosal de Víctor Hugo, cuya luz hace irradiar el cristal, cual si fuera brillante de innumerables facetas.

De lo dicho dedúcese fácilmente, que sin negar á don Olegario V. Andrade las prendas relevantes que le constituyen uno de los primeros poetas del Parnaso Americano, objetamos el fondo y la forma de sus recientes y celebradas obras; y que, en obsequio de los fines morales y artísticos que es dado exigir á los trabajos literarios de un hombre dotado de inteligencia y sensibilidad, desearíamos ver modificadas las tendencias que va descubriendo.

Pertenece á la escuela filosófica que subordina la luz tenne de la razón humana, á los vividos destellos de la divina revelación; que rechaza la necedad del siglo pasado, que pretendía al genio engendro de la duda, y hacía consistir la sabiduría en la negación de cuanto los libros sagrados y la historia verdadera enseñaban; escuela que presenta la poesía como aliada natural de la fe ilustrada, cuyos modelos son los ver-

son inspirados de los cantores del Antiguo y del Nuevo Testamento; que exige, en fin, á los poetas que levanten las almas abatidas por 'el desaliento y el escepticismo, sin más esperanza que el suicidio ó la rebelión de los ángeles caídos.

Nuestra escuela literaria diferénciase también en la forma de la que cuenta á don Olegario V. Andrade en el número de sus esclarecidos adeptos, aunque no incurra, cual la favorita de los griegos, en el defecto capital de sofocar el pensamiento entre las líneas insalvables del clasicismo.

Cristianos, aceptamos la transformación del arte que sometió la forma al pensamiento, encaminándolo hacia el ideal de lo verdadero y lo bueno. Somos románticos con los que aman las tragedias de Shakespeare, expurgadas de las ofensas al buen gusto que contienen algunas de ellas, y que son como el sello que recuerda la época en que se escribieron; y por esto no simpatizamos siempre con los discípulos apasionados de la escuela moderna francesa, que tiene á Víctor Hugo por sumo sacerdote.

Sería empeño temerario en quienes poco valen, desdeñar el poderoso ingenio del poeta francés, que admiramos cual los maestros que le han distribuido sus laureles con recto criterio; y creemos, como ellos, que es un modelo peligroso aquel que, escudado por el genio, se ha dejado dominar muchas veces por una musa caprichosa.

Víctor Hugo abusa del antítesis. Parece que su numen se embriagara algunos momentos con el licor de los dioses. Tiene nebulosidades apocalípticas y excentricidades realistas. En su paleta brillan los colores del prisma en toda su pureza; ¡pero escasean las medias tintas que abundan en la de Lamartine. Tiene mucho de Miguel Ángel y poco de Rafael.

Los sectarios de Víctor Hugo, como los de Lamartine, están expuestos al mismo peligro que los de Miguel Ángel y Rafael. Los unos han incurrido en la grosería; los otros en el afeminamiento.

Fundados en estos principios y antecedentes, aceptando el punto de partida del arte cristiano, abrigamos la convicción de que el artista de nuestros días, debe consagrarse al cultivo de la crítica, á la comparación acertada de los modelos, á deducir de ese estudio las reglas del buen gusto, formándose un caudal de conocimientos estéticos; y por último, á desarrollar las propias fuerzas, ejercitando desembarazadamente la inspiración con que le favorezca el dominio pleno de la naturaleza física, y la percepción clara de los fenómenos de la inteligencia y el corazón.

Sólo así podremos crearnos un arte original, desde el punto de mira del individuo y del medio social en que le cupo en suerte nacer.

Nuestros lectores ajustarán á este criterio moral y artístico, las observaciones que vamos

hacer á algunos de los más celebrados cantos del poeta argentino don Olegario V. Andrade; en quien, como ya hemos dicho, reconocemos una naturaleza feliz, llamada como pocas á dar gloria al Parnaso de las nacientes letras americanas.

II

EL NIDO DE CONDORES

La hembra del conder deposita sus huevos en la desnuda superficie de la roca.

A. HUMBOLDT.

Aun cuando el señor Andrade había escrito antes varias composiciones, puede decirse que su fama de poeta empezó el 25 de Mayo del año 1877, en la función literaria celebrada en el teatro de Colón, con el objeto de contribuir á aumentar el fondo destinado á costear la repatriación de las cenizas del General San Martín. El último trabajo leído ese día fué *El Nido de Condores*. La novedad del título cautivó desde luego la atención del auditorio, que inmediatamente pasó de la curiosidad al entusiasmo, seducido por el brillo y vivacidad de las imágenes, encantado por el ritmo musical de las estrofas. Cuando nos asalta el entusiasmo en los torneos de la inteligencia, el sentido crítico pierde la facultad analítica, y todo pasa como revestido de formas perfectas y recamado de intachables pensamientos. El monstruo de millores de cabezas, aceptó por aclamación *El*

Nido de Condores; pero una parte de los oyentes, aunque indudablemente satisfecha de la aparición y triunfo del poeta, se reservó el derecho de analizarlo antes de concederle inmarcesible palma.

A la caída de una de las tardes melancólicas de los Andes, un anciano y un niño descienden por la pendiente ladera, conversando entre sí sobre el próximo regreso del hombre grande, que en otro tiempo desplegara flamante bandera en las cumbres nevadas é inaccesibles. La referencia de esos viajeros, que representan los opuestos polos de la vida, despierta en el condor, morador de los Andes, el recuerdo de un intrépido varón, que atravesara la Cordillera para librar batallas en favor de los pueblos que yacían oprimidos en los valles occidentales de aquel vasto sistema de montañas. El cronista del alado patriota, enumera los grandiosos hechos que presenció, reproduciendo las imágenes evocadas en su memoria, hasta que, reconociendo en el hombre excelso del anciano viajero, el invicto capitán que llamara grande en glorioso día, le lanza al espacio, siguiendo el rumbo que conduce al mar que baña las costas de la Patagonia, donde posará su planta, para ver pasar el cadáver del héroe desconocido por sus contemporáneos y glorificado por la posteridad.

Es regla del análisis crítico buscar antes que

todo la idea madre de los trabajos literarios, de ordinario enunciada por el título mismo de la composición. *El Nido de Condores*, cuyo nombre anuncia un capítulo rimado de historia natural, apenas tiene punto de contacto con el albergue de las aves andinas. Suspendido de un peñasco, cual el nido del loro en las ramas de los árboles, para que palpite en un momento dado, «como el corazón enfermo del abismo», no desempeña otro papel en la composición, que debió llamarse, si no estamos equivocados, *El Condor de la Independencia*. En una época en que los inspirados penetran en los dominios de la poesía, llevando á la espalda el crisol y en la mano el microscopio, estáles vedado inventar ó desnaturalizar nidos. Una de las peculiaridades del condor, según Humboldt, consiste en no tener nido, «pues la hembra se contenta con depositar los huevos en la desnuda superficie de la roca». Mr. Leybold refiere que «el *Sarcoramphus Grippus*, vive en familia de dos individuos; pero que de noche se reúnen muchas parejas para dormir en sociedad y al reparo de los grandes farellones de la Cordillera.» El alimento ordinario del condor, lo forman los animales muertos ú otros restos análogos. Devora también los ternerrillos, los animales que se despeñan ó los que se echan en el suelo por cansancio ó enfermedad. El poetizado condor, en una palabra, es un ave carnívora,

salvaje, y tan salvaje que no se la puede domesticar. Cautiva, la mata el dolor de haber perdido la libertad. El señor Andrade ha escogido por héroe de su composición á este viviente vagabundo y perezoso, sin nido y desafecto al hombre. En su pico saturado de carroña, sueñan tan mal los conceptos patrióticos y piadosos, que es imposible reconocerle como intérprete digno del sentimiento nacional; y parécenos desacertado que el poeta lo encamine hacia el mar patagónico á recibir los restos del General San Martín, porque nos asalta el temor de que vaya atraído por el olor del cadáver.

El eminente poeta venezolano don Andrés Bello, criticó graciosamente una de las más felices composiciones del General Mitre, recitada en el palacio de Gobierno de Santiago, y que figura entre sus *Rimas* con el título de «El Condor de Chile». El sabio maestro motejaba dos de los principales defectos de la poesía moderna: la exageración y la inexactitud de la expresión. Escrita en forma de diálogo, discurren el poeta y el condor, desempeñando el segundo las veces del recto criterio. Así, por ejemplo, el primero dice lo que va en seguida, y el segundo replica lo que se verá:

POETA

.....tú hurtaste al cielo, ave altanera,
En pro de nuestros padres, la primera
Chispa de libertad que en Chile ardió!

CONDOR

¡Falaz leyenda! ¡apócrifa patraña!
Robaba entonces yo por valle y cumbre
Según mi antigua natural costumbre;
Monarca de los buitres, era yo....
Años después llamáronme, y conmigo
Vino esa pobre y tímida alimaña,¹
De los andinos valles ermitaña,
Y el paladión nos dieron á guardar.
Mal concertada yunta; que algún día
Recordando los hábitos de marras,
Estuve á punto de esgrimir las garras,
Y atroz huemulicidio ejecutar!

¡No se necesita tener perspicacia de sobra, para presumir el efecto que habría producido al eminente crítico, un condor épico y cristiano, convencido de que es obra de misericordia sepultar los muertos, y prueba de justiciero civismo cantar las hazañas de los patricios americanos!

Por nuestra parte, sólo admitimos los animales parlantes, y eso los que hablan según sus instintos, en las fábulas literarias ó morales, que tienen por objeto poner al alcance de la infancia, máximas útiles ó elevadas sentencias. Y aun en este caso procedemos con cautela, porque nos parece peligroso enseñar al hombre sus deberes, por medio de ejemplos artificiosos tomados de seres irracionales.

¹ El huemul.

El pensamiento dramático que domina en *El Nido de Condores*, está desenvuelto por medio de dos sujetos: el anciano, que es la edad pasada, habla al niño, que es la edad presente, de un hombre favorito de los Andes; y el condor, morador de la montaña, descubre en el libertador de tres repúblicas, el carácter del héroe de América.

Prestemos atención al condor que, en la soledad de los Andes, acaba de reconocer y pregonar al gran Capitán:

El condor lo miró y voló del Ande
 Á la cresta más alta, repitiendo
 Con estridente grito: ¡éste es el grande!
 Y San Martín oyendo,
 Cual si fuera el presagio de la historia,
 Dijo á su vez: ¡mirad!... ¡ésa es mi gloria!

El poeta español don José Zorrilla, en su brillante canto á Napoleón, ha dejado la semilla de esta estrofa.—Escuchémosle:

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
 Los dos en el desierto se encontraron,
 Cuando grandes los dos se concibieron
 De hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pie del monumento,
 Y el monumento dijo: éste es el hombre;
 Y el hombre al verse, desde tan alto asiento,
 ¡Ésta es, dijo, la cifra de mi nombre!

De sus cañones el disorde arrullo
 Su altivo ser le trajo á la memoria:
 Aquí debí nacer, — dijo su orgullo,
 Aquí debo morir, — dijo su gloria.

El Nido de Condores abunda en exageraciones é inexactitudes de expresión, compensadas por la elegancia de la forma, el brillo de algunos versos y la entonación musical y elevada del conjunto, prendas artísticas que el autor ha sabido aunar á una rara habilidad para concretar los episodios guerreros, que el lector ve sucederse con claridad á pesar de la sobriedad de las líneas y de los colores. Como ejemplos de la impropiedad de expresión, de la galanura de algunos versos, y de la exageración de ciertos conceptos que acabamos de notar, copiaremos tres estrofas, en las que los lectores hallarán, en el orden que acabamos de enunciarlos, virtudes y defectos.

El poeta comienza hablando del peñasco en cuyo seno yace el nido de condores, y prosigue:

I

Blanca *venda de nieve* lo circunda.
 De nieve que gotea
 Como la *negra* sangre de una herida
 Abierta en la pelea.

II

¡Todo es silencio en torno! hasta las nubes
 Van pasando calladas,

*Como tropas de espectros que dispersan
Las ráfagas heladas.*

III

¡Todo es silencio en torno! Pero hay algo
En el peñasco mismo,
Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo.

Basta haber visto un dibujo cualquiera representando un cerro nevado, para confesar la inexactitud de la primera imagen; y recordar el color habitual de la sangre, para tachar el adjetivo con que el poeta califica á la que se derrama en los combates. Pero en cambio, sólo habiendo cruzado las montañas en las tardes otoñales, con el ánimo prevenido para acoger todo lo fantástico, puede apreciarse debidamente la maestría con que él describe la marcha tumultuosa de las nubes, verdadera legión de espectros precipitada en la nada por el empuje violento de las silbadoras ráfagas. El abismo considerado como caos ó como infierno, no puede tener corazón, y si lo tuviera, sería entraña pequeña para él un problemático nido de condores, reconstruido de manera que pueda afectar la forma del órgano distribuidor de la sangre. La tercera estrofa constituye, en todo sentido, una verdadera exageración de concepto.

Dejemos ese nido, cuyos latidos de corazón truécense inmediatamente en el *balanceo* que el

viento imprime al pendón flotante, y dejemos también rodar por donde puedan los *témpanos de llama* del volcán, porque es tarea más dulce para los espíritus desprevenidos señalar bellezas, que descubrir defectos en las obras del arte. Una nube de sublime aurora y una estatua de Cánova, nos revelarán que los detalles de las composiciones de Andrade, superan á los conjuntos. Veamos colores y escuchemos armonías del ciclo del Sud:

No sueña en la nube voladora
Que pasó en la mañana,
Arrastrando en los campos del espacio
Su túnica de grana.

La impresión que deja el pasaje de la aurora, se enseñorearía del espíritu hasta el final del canto, si el poeta no evocara ante nuestros ojos la imagen austera del héroe silencioso y reflexivo, que debió su gloria á saber pensar y callar á tiempo. Parécenos contemplar á César ó Napoleón, á la cabeza de sus legiones, al leer esta gráfica como sobria descripción:

¡Pensativo á su frente, *cual si fuera*
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal!

III

EL ARPA PERDIDA

La imitación es la peste de la elocuencia como de la literatura. Jamás se imita el talento, que es don individual, sino los giros raros, caprichos que, siendo defectuosos en el maestro, son ridículos en el discípulo. Sed como la naturaleza y la educación os han formado; hablad enal sentís y siempre se os escuchará con placer.

LAROUSSE.—*Retórica epistolar.*

El Arpa Perdida sucedió al *Nido de Condores*. El señor Andrade la precedió de la siguiente advertencia: «Esta fantasía tiene por base un episodio histórico. En el mes de Marzo de 1824 naufragó en el Banco Inglés del Río de la Plata, el bergantín la *Agenoria*, que conducía al doctor don Valentín Gómez, Ministro argentino cerca de la corte del Janeiro, y á su secretario el poeta don Esteban Luca y Patrón. La mayor parte de los pasajeros se salvaron permaneciendo á bordo hasta que fueron socorridos por un buque mandado de Buenos Aires. Sólo el poeta Luca se embarcó en una débil angada,

formada de tablas, y pereció en el río, sin que se llegase á encontrar su cadáver». Luca había cantado en magníficos versos la victoria de Chacabuco, los triunfos de Cochrane en el Pacífico, y la libertad de Lima, en aquella oda inmortal que empieza así:

No es dado á los tiranos
Eterno hacer su tenebroso imperio.

El Arpa Perdida, consagrada en su mayor parte á describir la lucha de una nave con las ondas irritadas, á la vez que recuerda esos combates en que Víctor Hugo pretende animar los objetos infundiéndoles sensibilidad é inteligencia, patentiza que el señor Andrade tiene en la memoria un verdadero enemigo de su buena fama, que para el poeta no sólo consiste en usar con acierto las reglas de la medida y la armonía, sino también en expresar sus ideas de una manera peculiar.

En los adjetivos reside gran parte de este secreto. Los de Víctor Hugo, por ejemplo, son tan originales, que es difícil que nadie los emplee sin darse á imitarlo ó copiarlo.

El Arpa Perdida comienza con este verso, cuya fuerza reside en el adjetivo:

La ráfaga lasciva

Víctor Hugo ya había dicho: «Los vientos, corren, vuelan, se abaten, concluyen, vuelven

á empezar, se ciernen, silban, mugen, ríen, frenéticos, *lascivos*». ¹

Pasemos por alto los estrofas II y III, que recuerdan, aquélla la melancólica entonación del primer canto de *La Cautiva* de Echeverría, y ésta alguna situación de *El Peregrino* de Mármol, y detengámonos en la VI, que comienza con un pensamiento que fué muy celebrado y dice:

Algo como el murmullo
Del enjambre interior del pensamiento.

Un poeta español de nuestros días ha escrito:

Cual enjambre de abejas irritadas,
De un obscuro rincón de la memoria
Salen á perseguirme los recuerdos
De las pasadas horas. ²

La estrofa VIII contiene esta imagen, empleada con anterioridad por otro poeta de nuestra habla:

¡Adiós al mar! la fiera encadenada
Que revuelve en la sombra la pupila.....

Dice don Pedro Antonio de Alarcón en su oda
Al Océano Atlántico:

Aun como tigre que durmiendo acecha,
Revuelves en la sombra la pupila. ³

El autor de *El Arpa Perdida* completa en la

¹ *Trabajadores del Mar*, tom. I, lib. III, pág. 188.

² *Rimas de Bocquer*, pág. 301.

³ *Poesías Serias y Humorísticas*, pág. 51.

misma estrofa el paralelo entre la fiera y el mar, de la siguiente manera:

Olfateando la tierra descuidada
Que eternamente afila
El peñasco sombrío,
 Hambrienta y negra garra
 Con que amenaza al cielo en sus enojos,
 Y cuanto pasa á su alrededor desgarra!

«La configuración de los escollos, escribe Víctor Hugo, cambia; las olas y las mareas desempeñan el oficio de sierras ó de cuchillos». ¹

Veamos la estrofa X.

El Plata se adelanta
 Con impaciente y turbulento paso,
 Á recibir la nave que despliega
 En el alto mástil la enseña santa—
 La enseña que paseó por sus llanuras,
 El viejo Brown, en raudó torbellino—
 La enseña de los déspotas odiada,
 Que parece, flameando en las alturas,
Blanca nube que cuelga de los cielos
Con un jirón del firmamento atada!

Esto cantaba en 1877 el señor Andrade, y en la edición de las poesías del malogrado poeta español don José Martínez Monroy, leíamos en 1864:

El mar, undoso ceñidor celeste
 Que con sus lazos la tierra abarca,
 Y colgada, en los cielos la suspende,
Con un jirón del firmamento atada! ²

¹ *Noventa y tres*, tom. I, pág. 90, edición de Madrid.

² *Poesías de Monroy*. Edición de Madrid, 1861, pág. 49.

Léese en la estrofa XII:

¿Quién hace ahullar las olas
 Como hambrientos lebreles
 Y azota con su látigo de fuego
 Las rocas y los frágiles bajeles?

El doctor don Eduardo Wilde, en su *Fisiología de la Ristori*, enunciando los fenómenos de la sensibilidad, se ha valido de esta expresión: «Cuando un vívido relámpago castiga con su látigo de fuego el horizonte lejano, la pupila dilatada devora el espacio inmenso y recoge en los confines del mundo un rayo de luz para retratarlo en la retina tan grande, tan claro tan rápido y chispeante como es». ¹

Empieza de esta manera la estrofa XIV de *El Arpa Perdida*:

¡El huracán! ¡que llega
 A disputar su presa al Plata inquieto!
 El huracán, pirata del abismo,
 Que con la voz del trueno
 Lanza á los cielos insultante grito,
 Y celoso de Dios que lo perdona,
 Pretende en su locura
 Ahogar con mano impura
 La centellante luz de su corona!

Víctor Hugo escribe en uno de sus celebrados libros: «La tempestad se conduce como una

¹ *Revista Argentina*, tomo II, pág. 33.

cuadrilla de piratas»; ¹ y Alarcón en el ya citado canto al mar Atlántico:

Son tus arterias los cansados ríos,
 Tu vida el huracán, tu voz el trueno
 Y la luna tu amor..... Tus fieros bríos
 Calmas con verla, y al dormir sereno
 De la alta noche en la quietud tranquila,
 Palpitante por ella el ancho seno,
 Aun como tigre que durmiendo acecha,
 Revuelves en la sombra la pupila.....
 Mas si muerta la lloras, ó, *de nubes,*
Su faz velando, te la roba el cielo,
Al cielo en busca de tu amada subes
 Gritos lanzando de furor y duelo! ²

Dice Andrade en la estrofa XV:

La nave va saltando de ola en ola,
Como corcel herido
que lleva en los hijares la cornada.

Víctor Hugo describe en estos términos la agonía de la *Duranda*, víctima de la tempestad y de los escollos de los Douvres: «La noche llegaba; la *Duranda* se sumergía por la proa. *Era el caballo que lleva en las entrañas la cornada del toro*». ³

La nave de Luca quiere emprender la huida en la estrofa XIX, pero

Una mano férrea la sujeta,
La zarpa del abismo,

¹ *Trabajadores del Mar*, tom. II, lib. I, pág. 18.

² *Al Océano Atlántico*, pág. 51.

³ *Trabajadores del Mar*, tom. I, lib. V, pág. 308.

Que juega con las naves, como juega
 Con el carro ligero
 El brazo formidable del atleta.

Esta línea de *Los Trabajadores del Mar*, es el soplo vital de los versos que acabamos de copiar: «El Océano tiene la *misma zarpa del león*».

Prestemos atención al poeta argentino, porque va á referirnos, en la estrofa XX, las últimas injurias de las olas al bajel de Luca:

En vano se retuerce y forcejea,
 El escollo la estrecha entre sus brazos
 Y el huracán feroz la abofetea.

Víctor Hugo ha pintado así la situación desesperante de la corbeta *Claymore*, combatida por el crucero de la República y amenazada también por las corrientes. «La corbeta, dice, ya no obedecía á la barra, era arrastrada y *abofeteada por las olas*». ¹

¿Encontraremos algún pensamiento original en la última estrofa de *El Arpa Perdida*, que ya toca á su término? Veamos:

Desde entonces el viajero
 Oye en la noche plácida y serena,
 Ó entre el rumor de la tormenta brava
 Como el eco de dulce cantinela
 Que de lejos lo llama.....
 Es el arpa perdida,

¹ *Noventa y tres*, tom. I, pág. 81.

El arpa del poeta peregrino
Casi olvidado de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata.

Así como la base del canto es sillar sacado de la montaña de la patria historia, el pensamiento que corona su estructura pertenece á las numerosas é idénticas leyendas de poblaciones sumergidas en las aguas por algún cataclismo, que son del dominio de la crónica universal. En la margen de la laguna Ipacaray, con los ojos clavados en la cordillera paraguaya, estremecida entonces por el trueno del cañón, hemos oído referir que durante la noche se escuchan allí cantares y músicas de inexplicable ternura, que incesantemente lamentan la desgracia de un pueblo que yace debajo de aquella tranquila y azulada corriente, que refleja como bruñido espejo la luz del ciclo intertropical.

El Arpa Perdida, desprovista en todo sentido de originalidad, es, salvo algunos giros que traban al lector, si no es muy diestro, una composición escrita con elegancia y facilidad, que acaricia el oído, pero que revela la tendencia del autor á penetrar en el áspero terreno, que sólo Víctor Hugo puede recorrer con éxito feliz, porque muévenle las alas de un genio poderoso.

IV

PROMETEO

¿Moráis perdido el tiempo bonancible
 en que un mundo de dioses respiraba
 en el cielo sereno y apacible,
 manto azul que la tierra coronaba?

.....
 ¿Ea el que no contó ni un solo ateo
 de mil dioses la extirpe soberana,
 y en el que siendo hasta el dolor divino
 era feliz y venturoso todo,
 excepto Prometeo,
 primer Satán entre la raza humana,
 y á quien como él precipitó el deseo?

ALFREDO DE MUSSER.—*Rolla.*

Le llega ahora el turno al canto titulado *Prometeo*, que es la obra de Andrade que más ha preocupado á la crítica, aun cuando para juzgarle se despojara de su severidad y se dejara arrebatado por el más apasionado entusiasmo. Andrade ha tenido á la vista, al escribir su composición, los estudios de Quinet y de Renaud. Comienza el canto con un cuadro que representa la caída de los gigantes, y pasa á la segunda parte, que empieza por presentar á Prometeo amarrado por los cíclopes, que continúa con una descripción de su suplicio, y que termina con una larga imprecación contra Júpiter, en la cual anuncia la futura venganza del *Titán inmortal del pensamiento*. En la parte tercera

vese aparecer el coro de las oceánidas, que predicen á Prometeo un acontecimiento que debe conmover la tierra y el Olimpo. Ha corrido el tiempo en la parte cuarta, y el inopinado desconcierto que se escucha, cesa cuando las gentiles hijas del mar anuncian al cautivo que asoma en las lejanas cumbres un nuevo sol. El gigante aparece empinado sobre el Cáucaso en la parte quinta, contemplando á la distancia, en medio del espanto, la imponente silueta de la cruz, de cuyos brazos penderá en el porvenir aquel que, según el poeta, nacería de Hesione, la esposa del prisionero, en cuyo seno sintiera palpitar, para su consuelo, *el feto colosal de las naciones*. Prometeo ve el planeta que aparece sobre los montes de la Judea, y reconoce en él la encarnación gigante de su raza, *la raza prometeana*. Lo contempla y muere, cayendo como la encina que corta el labrador. Entonces aparecen otra vez las hijas del Océano, y encienden en torno del cadáver una hoguera de perfumadas leñas. La sexta parte está consagrada á la misión redentora de Jesús; á su empuje rechinan las puertas del pasado, se alzan las razas extinguidas, la ciencia lee el verdadero Génesis del mundo *falseado* por la *leyenda bíblica*, y se establece esa fraternidad que asocia en la fe, el dolor y la gloria á los que mueren en el Gólgota, apuran la copa de Sócrates ó desafían el fanatismo como Galileo. El canto termina con un grito de aliento

y una palabra de estímulo dirigidos á los pensadores, hijos de esa raza inmortal que lleva por celeste distintivo la chispa de la audacia en la mirada, triunfadora de la hoguera y del cadalso.

Hasta aquí el argumento del canto de Andrade. Penetremos ahora en el fondo de la leyenda que constituye el asunto del poema, como se ha convenido en llamarle.

Refiere César Cantú, apoyado en la autoridad de Herodoto, que el Norte era la tierra más poblada después de la India, y que de allí viene Prometeo, carácter ideal, que representa á los primeros civilizadores, que desterraron de Grecia la infame comunidad de cosas y mujeres. El Padre Baltasar de Victoria, en su *Teatro de los Dioses* ¹, dice que Prometeo fué hijo de Japeto y nieto del cielo y de la tierra, «y su padre uno de los titanes, y él fué también en la conjuración que hubo contra los dioses. En quien fuese su madre hay variedad de opiniones entre los poetas y mitológicos: unos dicen que la ninfa Asia, de quien tomó nombre la cuarta parte de la tierra; otros que Esopa; otros que la diosa Temis. Hesiodo tiene que fuera Clymenes». Natal Comitís ², siguiendo el dictamen de Herodoto, dice que tuvo por esposa á Asia, y el de Yacio, que también reconoció como tales á Hesione y Aristhea. Jamín adjudica la persecu-

¹ Capítulo XXII, libro V. de *Prometeo*.

² *Mitología*, 1838.

ción de que fué víctima Prometeo, á sus pretensiones sobre el corazón de Palas; y Menandro niega que le signiera perjuicio por el robo del fuego, y achaca sus desventuras á haber él inventado la mujer, fuente de todos los males. Hesiodo, cuya autoridad invoca el historiador Victoria, entiende que fué el robo del fuego lo que atrajo sobre él las iras de Júpiter, como también el haberle escalado su santo cielo; y Polidoro Virgilio, citado por el mismo, se inclina en favor de esta creencia, agregando, que en castigo lo hizo aprisionar en el monte Cáucaso, y le supone libertado por el mismo Juez, luego que el reo le anunció, que si se unía con Tetis, naceríale un hijo mayor que su padre. Cuenta que Prometeo, para perpetuar la memoria de tan famosa libertad, hizo un anillo sacado de uno de los eslabones de su cadena, en el que engastó un pedazo de la piedra á que había estado sujeto, colocándoselo en el penúltimo dedo de la mano izquierda, que se llama del corazón, y fué el origen de la costumbre de usarlo los prometidos esposos. Prometeo, dice un biógrafo, era uno de los titanes, hijo de Japeto y de la oceánida Clymenes, ó de Temis, hermana de Epimeteo, padre de Deucalión. Arrojado del cielo por Júpiter, á quien sirviera en la lucha contra los gigantes, irritó más al dios robándole la chispa etérea, para animar á un hombre de arcilla. Á consecuencia de haber chasqueado á Júpiter con la prueba de los bue-

yes, y posteriormente cuando le envió á Pandora, hízole amarrar en el Cáucaso, en donde un buitre debía devorarle el hígado durante treinta mil años. Prometeo fué libertado por Hércules al cabo de treinta años. La tragedia de Esquilo, particularmente, es lo que lo ha hecho notorio. Otro autor agrega que el célebre maestro de la tragedia griega, inventada por Tespis ¹, no por Esquilo, como se ha dicho, presenta á Prometeo en su trilogía con todos los rasgos de un civilizador. Haciendo notar de paso que están plagados de contradicciones los estudios publicados sobre este famoso personaje, pasaremos á ocuparnos someramente de la tragedia que lo ha inmortalizado, para buscar la verdadera significación de la fábula de Prometeo, dejándonos guiar por el esclarecido filósofo Augusto Nicolás. ²

Esquilo escribió tres tragedias, en las cuales presentó las tres grandes fases religiosas de la humanidad purificada.

Llamábase la primera *Prometeo robador del fuego*, la segunda *Prometeo encadenado*, y la tercera *Prometeo libertado*. ³ Estos tres cuadros

¹ Véase PRIBOX, *Historia de la literatura griega*.

² AUGUSTO NICOLÁS, *Estudios sobre el Cristianismo*.

³ Calderón escribió una comedia titulada *La estatua de Prometeo*; Schelty compuso un poema que lleva su nombre; Rivera pintó un lienzo inspirado en el héroe griego; Beethoven dejó una sinfonía llamada *Prometeo*; y Saint Saëns ha escrito una sonata dedicada á las bodas del fabuloso titán.

compendiaban y descubrían los restos de las tradiciones primitivas, sepultadas por la raza sacerdotal bajo el secreto de los misterios de Eleusis, indiscreción que le valió á Esquilo ser perseguido y casi morir á manos del pueblo; término que eludió, con la fuga y la proscripción, como puede verse en los *Viajes de Anacarsis*. Desgraciadamente, no ha llegado hasta nosotros sino la segunda de esas tragedias, y un verso de la tercera, conservado casualmente por Plutarco. No obstante las reducidas proporciones de este monumento, él despide, al través de la obscuridad que le rodea, algunos rayos de luz, suficientes para descubrir la noción del dogma cristiano entre las sombras del pasado pagano.

«Tomando en su conjunto, dice Augusto Nicolás, la fábula de Prometeo, se descubren con facilidad los grandes lineamentos de esta verdad: Prometeo quiso hacerse semejante á Dios, y fué condenado á un espantoso suplicio, en medio del cual alimentó la esperanza de un libertador. La mujer comparte con el hombre este doble y cruel destino, y de ella, solamente de ella, saldrá el libertador de entrambos. La procedencia de este libertador debe tener, efectivamente, un carácter milagroso: la mujer debe dar á luz un hijo, que será á un tiempo hijo de Dios é hijo de la mujer, y por consecuencia Dios y hombre. Este niño desarmará la justicia de su eterno padre, irritado contra el hombre, y aterrará al autor de

su mal. El enemigo será destronado, y se verá cumplida la promesa de humillarlo que Dios hiciera en el principio. En el drama *Prometeo encadenado*, que podría llamarse *La expectación del libertador*, encuéntrase el doble carácter del Mesías, triunfante y víctima á la vez, de donde se infiere que el asunto que lo forma no es más que una falsa copia de la verdad fundamental de nuestra religión, cuya antigua y poderosa realidad brilla en medio de las diversas invenciones del espíritu humano.» «La creencia sobre el pecado y la degeneración del hombre, escribía Voltaire, ¹ se halla en todos los pueblos antiguos; y principalmente, agrega otro filósofo, en las ficciones de Pandora y Prometeo. Pandora, joven hermosa é inocente, es la depositaria de una caja que se le prohíbe abrir; la curiosidad la vence, desobedece, y en el mismo instante los males se esparcen sobre la tierra, pero queda la esperanza en el fondo de la caja misteriosa. Castigada la arrogancia de Prometeo, amarrado á un peñasco, sus entrañas son pasto del buitre nacido de Shidna, mitad hombre y mitad serpiente, pero él confía en un libertador. Una de las principales pruebas, para el autor de los *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, de que la ficción de Prometeo es la verdadera historia de la redención cristiana, enredada y confundida

¹ *Ensayo sobre las costumbres.*

con varias invenciones, consiste en que junto al oráculo de la víctima, que figura al libertador como un vencedor desarmando á su enemigo, se halla Mercurio, que lo representa como un Dios, haciéndose víctima por el pecado del hombre. Del siguiente fragmento de la tragedia de Esquilo puédesse decir, como de toda la fábula que lo contiene, que no es más que una reproducción desfigurada de los oráculos del Espíritu Santo. «Tu suplicio, dice, no tendrá término hasta que un Dios se ofrezca á reemplazarte en tus sufrimientos, y quiera descender por ti á los infiernos».

El límite señalado á este escrito, no nos permite continuar en nuestras investigaciones, y sólo nos resta decir que la fábula de Prometeo representa la caída del hombre, y contiene el presentimiento de la redención humana, prometida en el Génesis, ratificada por los profetas y confirmada por la aparición, vida y muerte de Jesucristo.

El señor Andrade, al apoderarse de la fábula griega, que consiste en la adulteración de la historia del primer hombre, narrada con acierto por el Antiguo y sellada por el Nuevo Testamento, ha desfigurado y confundido la misma ficción de Prometeo. Nuestro poeta no sólo disculpa su impiedad, sino que la justifica, dignificando la rebelión contra Dios, y proponiéndola como ejemplo y modelo á la humana

razón, desde que la llama á combatir por su absoluta y letal independencia.

Hemos recorrido los grandes maestros, desde Homero hasta Milton, y ninguno celebra la rebelión contra los cielos, expresándose todos como Moisés sobre la caída de Adán, y del mismo modo que San Pedro y San Judas ¹, sobre el alzamiento de los ángeles. Homero canta las desventuras de los aqueos, castigados por el hijo de Latona y de Júpiter en razón de haber ofendido al sacerdote Crises ². Horacio pone entre sus odas la retractación, de quien, mezquino y poco respetuoso con los dioses, vuelve velas hacia atrás y toma de nuevo las sendas abandonadas ³; Virgilio coloca en el Averno á los dos hijos de Aloes, enormes gigantes que intentaron quebrantar con sus manos el cielo y precipitar á Júpiter de su excelso trono ⁴; Dante descubre en el centro del hielo subterráneo, incrustado hasta la mitad del cuerpo y sacudiendo el ambiente con sus grandes alas de murciélago, al príncipe de los ángeles rebeldes ⁵; Milton canta al Hijo de Dios glorificando al Padre y agradeciéndole el haber perdonado al género humano; pero el Todopoderoso manifiéstale que la justicia divina exige una satisfacción, porque ya que el

¹ Véase el Génesis, y las epístolas de San Pedro y San Judas.

² *Iliada*, lib. I.

³ Odas de Q. Horacio.

⁴ Virgilio, *Eneida*, lib. VI.

⁵ *Infierno*, cant. 34.

hombre ha ofendido á la majestad suprema al aspirar á igualarse á ella, debe morir con toda su posteridad, á menos que haya alguno que siendo capaz de expiar la ofensa del hombre, sufra su castigo. ¹

Como acabamos de ver, el señor Andrade no encontrará en los grandes poetas documentos que lo autoricen para repetir á los hombres las célebres palabras de la tentación de nuestros primeros padres: «¡seréis como dioses!» y con dificultad ninguna que, después del triunfo del Cristianismo, coloque á Prometeo cual precursor y maestro de Jesús, violentando la razón, la verdad y las interpretaciones admitidas de la fábula griega. Parécenos inadmisibile también su paralelo entre el Salvador y Sócrates. Este filósofo, en primer lugar, no es, como ha dicho Lamartine, ² un profeta, no es un revelador, ni el fundador de una religión ó de una secta. Sócrates, en segundo lugar, pagó su tributo á los errores de su tiempo, á los excesos de una época en que era desconocida la verdadera moral, como lo asevera Ventura de Ráulica, ocupándose incidentalmente de este hombre ilustre, en su famoso libro sobre la familia cristiana. ³ Jesús no sólo se diferencia de todas las criaturas por su carácter divino, sino que se diferen-

¹ *Paraiso Perdido*, lib. III.

² *El Civilizador*: SÓCRATES.

³ *La mujer católica*.

cia substancialmente de los filósofos de la antigüedad, en haber encarnado y practicado él mismo su severa doctrina. ¿Pero qué extraño es que Andrade incurra en esta falta, si con una convicción que pasmaría á quien no estuviera acostumbrado á vivir en Buenos Aires, asegura proféticamente que la leyenda bíblica falsea el verdadero Génesis del mundo?.... Días pasados leíamos en un diario argentino un juicio sobre las obras de Darwin, «aquel, decía, que ha pronunciado la última palabra de la ciencia sobre el origen del hombre». El diarista ignoraba que casi todos los naturalistas doctos, sin distinción de creencias religiosas, contradicen ese sistema, y que entre ellos se cuentan los nombres de D'Agasis, Altum, Barrande, Brogniard, Burmeister, Deshayes, Edwards, Flourens, Gliningello, Hochen, Hoffmann, Janet, Leconte, Meyer, Mirart, Müller, Owen, Quatrefages, Ralhusius, Wagner, Weld y Virchow. El señor Andrade ha lanzado contra los libros mosaicos un verso, que no sabemos si durará más que los ochenta extintos sistemas, que, desde Buffon hasta la fecha, pretendieron borrar la enseñanza de Moisés. Las Casas, De la Béche, Dolomieu, Cuvier, Buchland, Demerson, D'Aubuisson, Bertrand, Margerin, Du Clot, Newton, Pascal, Chanfard, Le Verrière, Quatrefages, Cantú y Secchi, suministran razones para opinar de diversa manera que el señor

Andrade... El nombre de Galileo no podía faltar tampoco en una composición dirigida á Prometeo y enderezada á negar la antigua revelación, sustituida por una moderna revelación que asegura que el libertador del hombre descende en línea recta del hombre mismo rebelado contra el Dios verdadero, que á la fecha debe estar convencido de que él no puede disgustar impunemente á sus criaturas, porque de ellas saldrá el ser destinado á confundir su pretendida omnipotencia. El señor Andrade, tan ilustrado como anheloso de instruirse, debería recorrer despreocupadamente desde el Diccionario de Gregoire hasta la Historia de César Cantú, desde Biot hasta Franco, desde Marini hasta Alberi, y sin duda modificaría su juicio, porque veria desvanecerse ante sus ojos la sangrienta tortura y el horrible calabozo, con que se pretende que fué recompensado el astrónomo ilustrado pero díscolo, el cosmógrafo audaz pero desagradecido, el sabio esclarecido pero orgulloso.

Ahora bien: *Prometeo*, anunciado por la prensa como un canto escrito en contraposición á la tendencia manifestada por don Ricardo Gutiérrez en su composición *El Fraile*, no ha sido templado al calor de la verdadera ciencia. Si el poeta *busca, hallará*, y cuando encuentre el filón, querrá borrar los versos en que llama á la arena á los pensadores, que nadie persigue

ni aprisiona en la República Argentina, aun cuando así lo sueñen dos ó tres jóvenes brillantes, y otros tantos hombres maduros, adiestrados en la Enciclopedia, que ya que no pueden incendiar el campo católico, tratan de introducir el gorgojo en la mies de la Iglesia.

Pasemos ahora á analizar brevemente la forma del canto de Andrade. Horacio cita en el *Arte poética*, los dos primeros versos de la Odissea de Homero, para alabar su claridad, su sencillez, su entonación perfecta y su exquisita propiedad, que casi son las principales dotes del verso llamado á merecer los honores de una fervorosa admiración; pero entre ellas falta la originalidad del pensamiento ó cuando menos la novedad de la expresión. Si bien es verdad, hasta cierto punto, que no hay nada nuevo debajo del sol, también lo es que se puede proceder de manera que parezca tal aquello que existe esperando desenvolvimiento ó cultivo. El *Prometeo* de Andrade forma una artística y elegante confusión de paganos y cristianos gustos, de conceptos claros como la luz del día y de frases veladas como el crepúsculo vespertino, de imágenes impropias y de figuras apropiadas, de clásicas líneas y de adornos churriguerescos, de imitaciones y antítesis, cuyo conjunto, como nos lo ha hecho notar un crítico de buena ley, ha sido dominado por dos detalles: la aparición y la enseñanza del Cristo, que envuelven en la

sombra la rebelión y la cólera del héroe de la fábula griega. El cantor de Prometeo, escribíanos otro inteligente observador, es un águila de poderosas alas, pero con un ojo nublado, que le impide volar en línea recta hacia el sol de la verdad, y que la obliga á posarse en sitios que por bajos no le corresponden.

Andrade empieza su canto con el asalto del cielo por los titanes, que *cabalgan en corceles de granito*, especie de Clavileños de piedra, que nadie puede suponer dotados de movimiento. La fábula refiere con más visos de verdad, reproduciendo imperfectamente la tradición de la Torre de Babel, que los titanes pusieron unos sobre otros los montes Osa, Ida y Pelión, y que en seguida de ordenarlos en esa forma, intentaron subir por ellos y penetrar en el Olimpo. Empieza la lid referida por Andrade: los asaltantes armados de piedras, como el Héctor de Homero, baten los pórticos del cielo, y al fin ceden precipitados por el vengativo Júpiter, que convierte los corceles de granito *en salvajes é inmóviles montañas*, entre las cuales encuéntrase el Cáucaso. Parécenos que la fantasía de nuestro poeta, menos exigente que su razón cuando del Génesis mosaico se ocupa, ha ultrapasado las exigencias de la misma ficción, inventando la formación de un sistema montañoso que reconoce por base el caballo, si bien es cierto que abona en su favor la circuns-

tancia de tratarse de una raza de corceles de granito.

En el momento que Jove iracundo va á precipitar los titanes, preséntanoslo el cantor de Prometeo *blandiendo el hacha del relámpago, que hiere, como á una vieja selva, las esferas*. Encontramos forzado y falso el símil del relámpago y el hacha. El primero no ofende, porque es solamente heraldo del trueno ó mensajero de la chispa eléctrica, que es el agente destructor que brota del choque de las nubes. Además: el hacha hiere como instrumento cortante, mucho menos que la chispa eléctrica como rayo; y es sabido que cuando se trata de realizar una cosa ó de ponderar una acción por medio de un símil, el punto de comparación no debe ser inferior al objeto ú hecho comparado. La extravagancia del pensamiento y la altisonancia de la expresión, incluyen la siguiente estrofa en el género literario de la fábula de Polifemo: ¹

Sobre la negra espalda,
Y entre el espeso matorral de rocas,
Que fueron la melena sudorienta
Donde cuelgan las nubes vagabundas
Sus desgarradas tocas,
Y en la noche descende
A dormir fatigada la tormenta.

No comprendemos como Prometeo pudiera estar tendido sobre la negra espalda del Cáu-

¹ Original de Góngora.

caso, porque ignoramos el punto de mira desde el cual lo habrá contemplado el poeta, ni entre un *espeso matorral de rocas*, porque no nos damos cuenta de tan extraña vegetación, y mucho menos de que esos agrupados peñascos fueran perchas en que las nubes colgaran sus desgarradas tocas, como tampoco que pudieran servir de dormitorio á la tormenta, que nace y vive pasajeraamente en el último piso de la Creación. El Cáucaso, *con el cuello estirado, cual si fuese á beber en el cauce turbulento del piélago bravío*, tiene más de jirafa sedienta que de monte asentando sobre firmísimo fundamento; *el pecho de Prometeo, jadeante como cráter hirviente*, parécenos expresión inadecuada, porque los volcanes no respiran dificultosamente por razón de cansancio; la caducidad de Júpiter, que varias veces le echa en cara el cautivo, y aquella provocación para que *desate la turba ladradora de los vientos y sacuda los andrajos de las nubes*, á la vez que sin razón degradan á la divinidad triunfante, la convierten en una especie de mendigo andrajoso y rodeado de perros; *la copa de aromas del ambiente*, es metáfora des-acordada, porque no existe analogía posible entre una vasija y el éter que nos envuelve; el llanto del condenado que corre por la ladera *con ruido de cascadas*, es intolerable por abundante y estrepitoso; *el bridón de llama*, tráenos á la memoria la travesura de los chiquillos mal

intencionados que suelen soltar algún animal empapado en alcohol encendido; *los semilleros de auroras, las semillas de volcán, el germen de hogueras y las cadenas de asombro*, son objetos dignos de figurar en una exposición de exageraciones, destinada á servir de correctivo, enseñándonos á odiar la deformidad literaria en cabeza ajena.

¿Pero cómo, podría preguntársenos, ha deslumbrado tanto el canto de Andrade?... Una de las propiedades del género llamado *barroco* por los arquitectos, consiste en imponerse á primera vista, como la fachada del San Pedro dibujada por Vernini. La sencillez sublime que en el arte dramático tiene un modelo en el monólogo de *Hamlet*, y en el lírico otro en la plegaria del *Moisés*, pasa desapercibida de la generalidad. Pero la súbita y agradable impresión del arte falso desaparece rápidamente, mientras que la admiración aumenta á proporción que observamos el arte verdadero; ó, hablando con más propiedad, el artificio deslumbra un momento, el arte encanta siempre.

Aquellos que hayan admirado, como nosotros mismos, el elocuente, calculado y extenso apóstrofe que Prometeo dirige á Júpiter, le retirarán su aplauso si reflexionan que los dioses no pronuncian discursos, y mucho menos discursos líricos interminables, que, por otra parte, forman la cotidiana delicia de los presidentes de

algunas Repúblicas. Los que mucho piensan hablan poco, concretan sus pensamientos, y emplean términos imperativos y sencillos. El Prometeo de Andrade no parece que hablara desde el monte Cáucaso y con el hígado desgarrado; él recuerda más bien un preso político, detenido en la cárcel de la Policía, que suelta la lengua y se deshace en improperios contra el juez que lo priva de su libertad.

Andrade descuella indudablemente por una gran aptitud artística, aliada á una poderosa facultad asimilativa, que le permiten pintar bien sobre ajena tela con colores propios ó prestados. Cuando en *Prometeo* anuncia el advenimiento de los nuevos días, el lector recuerda al instante la descripción de la primavera de Víctor Hugo en los *Trabajadores del Mar*, que vamos á compendiar rápidamente. «Aquella mañana, dice, tenía algo de nupcial; la creación no se proponía al parecer otro objeto que darse una fiesta y ser feliz. Bajo todos los rumores, los del bosque como los de la ciudad, los de las olas como los de la atmósfera, había un arrullo. Parecía que el sol no había servido nunca. La profunda canción de los árboles era cantada por pájaros nacidos el día anterior. Es probable que la cáscara del huevo roto por su pico, estuviera todavía en su nido. Escuchábanse ensayos de alas debajo de las hojas tem-

blorosas». Oigamos ahora dos estrofas de Andrade.

Hoy la tierra está viva: ¡alguien habita
 El fondo de los mares;
 Germen de vida y juventud palpita
 En sus bosques de acidias y corales.
 No es el viento el que gime en la maraña
 De las selvas sonoras;
Ruido de alas abajo, y en el cielo
 Parece que revientan
 Semilleros de auroras!

—
 ¡Júpiter! ¡aturdido con tu gloria,
 Embriagado de orgullo,
 No sientes en los senos del abismo
 Lo que siente arrobado Prometeo!
¡Algo como un arrullo
En el nido de nieblas del vacío,
Del misterioso enjambre el aleteo,
 Cual si bandas de estrellas *ensayaren*
Su plumaje de luz, para lanzarse
 A lucir en los campos del espacio
 Su espléndido atavío!

«Había himno en la flor y resplandor en el ruido», dice Hugo; y Andrade, refiriéndose á la frente del hombre redimido:

¡Hay luz y voz en ella!

El adjetivo *prometeana* empleado por el poeta para calificar la raza que debe nacer de Hesione, y que tiene á Jesús por primogénito, es de la invención de Víctor Hugo, quien, describiendo

la poderosa sinfonía de la tempestad, lo ha empleado como va á verse. «Los vientos, escribe, soplan en la nube como en una trompeta, soplan en el espacio y cantan el infinito, con todas las voces amalgamadas de los clarines, de las bocinas, de los clarinetes, de los trombones, una especie de tocata *prometeana*». Este adjetivo que califica bien un acto de salvajismo de la naturaleza, es una especie de nota desafinada en el canto de Andrade, porque introduce confusión, y disuena como humorada impertinente de escritor travieso.

Andrade ha rodeado á Prometeo, en el momento de su desamparo, de aves hostiles, y lo ha circundado, en el momento de su triunfo, de aves amigas: los buitres forman el antítesis de las águilas. Convidados hambrientos los primeros, Júpiter los envía á desgarrar sus entrañas: amigas piadosas las segundas, vienen á secar con sus alas la ensangrentada faz del condenado. ¹ Encuéntrase este contraste en una composición traducida por el poeta chileno don Hermógenes Irrisari, y dedicada á los últimos momentos del Salvador, y también en los *Trabajadores del Mar*, en el momento en que Gilliat

¹ La Escritura Santa pondera la conducta de Respa, que, vestida de luto, permaneció tres meses al pie del suplicio de sus dos hijos, sacrificados por los Gabaonitas, espantando durante el día las aves de rapiña, y durante la noche impidiendo que las fieras devorasen sus cadáveres.

cae de espaldas sobre los Douvres, rendido por la lucha con la última tempestad. El poeta polaco se expresa en estos términos:

Y cuando sobre el Gólgota que puebla
 Gente feroz, el buitrc
 Sus negras alas con fragor agita,
 El cadáver husmeando,
 Del pie de la colina,
 En medio la floresta,
 Una silvia peregrina
 Vino á posarse en la sagrada testa.
 Olvida por la cruz su nido y rama,
 Y pía y gime, y afanosa en vano,
 Con su pico piadoso
 Pugna por arrancar la aguda espina
 Que en roja se tiñó, sangre divina.
 La irónica diadema
 Mayor dolor al moribundo daba...
 Y Jesús sonriendo,
 Con mirada suprema
 Es fama que á la silvia así le hablaba:
 —¿A qué bañarte en mi divina sangre,
 A qué en los clavos de mi cruz te posas,
 Si cual la frente el alma está pasada
 Por la espina del mal que me devora?
 ; La tempestad que brama y me circunda
 Tus plumas y tu voz al viento arroja,
 Y tu estéril esfuerzo, sin moverla,
 Añade nuevo peso á mi corona! ¹

He aquí la descripción de Víctor Hugo. «Las aves marítimas que conocían á Gilliat, se cerñían inquietas sobre él. Su inquietud no era ya

¹ Véase la *América Poética* de Cortés.

la inquietud salvaje. Tenía no sé qué de tierno y fraternal. Las pobres aves gritaban débilmente. Parecía que llamaban á Gilliat. Una gaviota, que sin duda lo amaba, se permitió la familiaridad de acercársele y hablarle, y como al parecer no la oía, se le puso encima del hombro y le picó los labios cariñosamente. Las aves alegres y ariscas se fueron».

Como el poeta polaco escribió sus versos antes que Víctor Hugo, alguno podría citar las palabras copiadas del maestro francés, para disculpar á Andrade, pues todos los poetas están expuestos á incurrir en coincidencias de este género... Á tal observación replicaríamos solamente, que el autor de *Prometeo* es el poeta de las coincidencias.

Más adelante el señor Andrade escribe en el *Prometeo*:

Si se posa en la cumbre,
La cumbre se despierta sonrosada,
Como al ósculo tibio de la aurora
Despierta enrojecida la mañana.

Alfredo de Musset escribió en *Rolla*:

«Cuando el sol se levanta en el Otoño, rasgando el manto de la noche, al beso que le imprime, *de encendido rubor se cubre el día*».

Tócanos ahora tarea más agradable: señalar algunas de las bellezas del canto de Andrade, declarando que preferimos aquellas que, por

ignorancia ó falta de memoria, no recordamos haber visto en otra parte.

Maestramente pinta la siguiente octava la persistencia noble de los fuertes, y la inquebrantable fatalidad del suplicio de Prometeo:

¡El titán no se abate!
Es que el dolor enerva á los pigmeos
Y á los grandes infunde nuevos bríos.
Cada día es más bárbaro el combate
Y más ruda su saña;
Si afloja un eslabón de la cadena,
Un martillo invisible lo remacha
Sobre el yunque infernal de la montaña.

El poeta expresa con términos felices y apropiados la eterna lucha de la verdad con el error, en los versos que suceden á la estrofa en que se ve descender los buitres sobre la cabeza de Prometeo.

Así en la larga noche de la historia
Bajan á escarnecer el pensamiento,
Á apagar las centellas de su gloria
Con asqueroso aliento,
Odios, supersticiones, fanatismos;
Y con ira villana,
El buitre del error clava sus garras
En la conciencia humana.

¡Cuánta poesía, cuánta delicadeza encierra la nube que trae al prisionero los mensajes de Hesione!

Escuchemos la grandeza de un rumor, y midamos la inmensidad de una sombra :

Ayer la tierra muda
Flotaba en los abismos de la nada,
Como una urna vacía
Al soplo del azar abandonada ;
Y en sus hondas y frías cavidades,
Sólo el eco se oía
Del monólogo eterno de las sombras,
Y el rumor de las roncadas tempestades! ¹

Contemplemos la resignación del héroe extraño al egoísmo, vencido por la fuerza y futuro triunfador de la idea :

Dijo y calló: no ya desesperado,
Torva la faz, revuelta la pupila,
Sino grave, sereno, resignado,
Como quien sin vencer, sabe que es suya.
La victoria final y no vacila.

Recojamos cariñosamente en el corazón estos acordes sentidos, pero más que sentidos verdaderos, que se deslizan con la parsimonia de un dolor sin esperanza, que parecen crecer como los ríos al entrar en el Océano :

Y descendió el Araxa
Con torpe pesadumbre,
Á arrastrarse callado en la llanura,

¹ El señor Amunátegui, don M. L., en su discurso al inaugurar la estatua de Cochrane, describiendo la situación de la colonia española en Chile, terminaba con estas palabras: «El Pacífico no traía entonces á las costas de estas comarcas, más que las olas y sus ruidos eternos».

Como del alma en el profundo cauce
Desatan en silencio los recuerdos
Sus ondas de amargura.

No acertamos á expresar si la estrofa que vamos á repetir es un murmullo de las florestas apacibles del Edén perdido, ó una lluvia de bendiciones enviada á la tierra por los ángeles del consuelo:

De vez en cuando oía
Como ruido levísimo de espumas
En las inquietas algas detenidas,
Como el roce ligero
De fantásticas plumas
Que tocaban su sien calenturienta;
Murmullo blando de hojas
De un árbol invisible desprendidas
Después de la tormenta.

Admiremos ahora aquella imagen ante la cual desaparece el rebelado Prometeo, sin igual ni parecida, porque es divina su genealogía. Andrada la ha colocado en su canto, como en un Museo, junto á un héroe pagano. Ella acierta á dar idea del aprecio en que él la tuvo antes de abandonar la bienhadada barquilla de los náufragos, para embarcarse en el buque de vapor, pero sin timón, de una filosofía condenada á navegar eternamente en busca de la zona en que la razón humana puede declararse infalible, dejando de escuchar el ¡anda! ¡anda! del juicio vagabundo. Inclinémonos con religioso respeto ante el Cristo, porque

El es el soberano, el heredero
Del cetro de la tierra,
Por su inmenso poder trasfigurada!
No hay piélago ni abismo
Que no rasgue su seno á su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
Destronó el Paganismo,
Y rompió las cadenas que arrastraba
La pobre humanidad esclavizada.

Y perdónenos Andrade una vez más: ni la tierra, ni el cielo podrán llamar nunca *prometeana* á la raza que

En la cruz, en la hoguera,
En el árido islote, en el desierto,
En el claustro sombrío, donde quiera
Vierte su sangre á mares
Que los helados páramos caldea,
Su sangre, que en los cauces seculares
De la historia, desata
Las corrientes eternas de la idea.

No es cuestionable si el *Prometeo* de Andrade tiene ó no tiene por objeto provocar la emancipación del hombre de las leyes impuestas á su falible razón, presentándole como símbolo de su independencia la rebelión del titán griego. El escalamiento del cielo por los gigantes, corre parejas con el robo del fuego practicado por el prisionero del Cáucaso. Pues bien: Andrade ha faltado á la lógica, como el héroe de su fábula, á quien unas veces encontramos al servicio de Júpiter, y apercibimos otras en ademán de desafío contra la misma Divinidad. El poeta

argentino ha condenado la empresa de los titanes en la introducción de su poema, como un acto de *loca soberbia*, y ha dicho también en la parte tercera del canto, hablando de *Prometeo*: «No volvió á retumbar el grito del Titán *retando al cielo*». El mismo ha establecido la analogía entre la acción de aquéllos y la de éste, pero ha sacado diversas consecuencias de una y otra; y por esto falla el canto por su base, desde que el lector no sabe á qué atenerse en materias de rebelión. Andrade ha procedido como los partidos que piden la horca para los *rebeldes* sus contrarios, y la silla del foro para los *revolucionarios* sus amigos. Quien ha llamado *turba impia* á la legión de los titanes, no ha podido, procediendo en buena lógica, enaltecer la acción de Prometeo, en la cual ve también un desafío al cielo. El Prometeo de Andrade parécenos semejante al Satán de Milton, en el instante de lanzar su imprecación al Sol. Pero el poeta inglés, *que era un ciego que veía*, ha puesto en boca de Luzbel estas palabras, que son las que cuadran al héroe de Andrade, no al hombre caído pero redimido de la fábula griega: «Adiós esperanza, adiós temor, remordimiento importuno, adiós!... Todo está perdido para mí... ¡Mal, sé mi bien!...¹»

¹ MILTON.— *Paraíso Perdido*.

V

SAN MARTÍN

Pensativo á su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal!
O. V. ANDRADE.—*El Nido de Condores.*

La última composición poética de Andrade, escrita con motivo del centenario del general San Martín, lleva el nombre del esclarecido capitán argentino. *San Martín* adolece de los mismos defectos que las anteriores obras del autor, aun cuando las expresiones parecemos menos exageradas, y no tan frecuentes las reminiscencias de otros poetas, si bien reconocemos que él empieza á inspirarse en sus trabajos anteriores. Andrade giró antes con provecho capitales ajenos: ahora ha puesto en circulación las ganancias. El poeta hace gala en el reciente canto, de un liberalismo extemporáneo, que nos contraría tanto como las protestas de honradez, que algunos hacen en momentos en que nadie pone en duda ni mancilla su reputación. En la célebre peste de Milán, historiada

por Alejandro Manzoni,¹ el vulgo suponía que el virus mortífero era propagado por unos individuos á quienes llamaba *untadores*. No vemos dificultad mayor en explicar de esta manera, ó por parecidos modos, los males físicos y morales que afligen á los pueblos. Andrade, usando del derecho de pensar libremente, *que funde las coronas*, y desplegando los recursos de *esa ciencia que funde los errores*, ha reconocido en los misioneros los *untadores* del indio americano, que ¡ojalá pudieran ungirlo con el óleo de la tolerancia!

El retrato poético de San Martín es inexacto. El vencedor de los Andes no tiene la menor semejanza con el carácter pintado por Andrade. Compárale el poeta *con el torrente que nace en agreste cumbre, y se derrumba por ignotos y lúgubres senderos*. Al nacer, el héroe comete inconscientemente un grave delito, que, según el criterio con que el padre de Segismundo juzgaba, en la tragedia de Calderón, á su hijo, debió influir de una manera funesta en los actos posteriores de su vida. El misionero, que *abría con el hacha y la cruz vasto sendero, tembló de indefinible espanto, como si hubiera escuchado el eco fúnebre de una campana de agonía*, al venir al mundo el que más tarde fué llamado «padre de tres repúblicas». El torrente de Yapeyú,

¹ *Los prometidos esposos*.

después de arrastrar en su carrera á los vencidos de San Lorenzo, desciende de las barrancas del Paraná, atraviesa las pampas, baja la cuesta de Chacabuco, invade el llano de Maipo, é inunda con sus aguas la República del Perú. Una vez extinguido en extranjera tierra, Andrade imagina que el polvo que él dejara, debió estremecerse al sentir caer la Francia bajo los cascos del corcel germano, ya enjaezado para llevar sobre sus lomos al enemigo de la raza latina, que tiene la desgracia de abrigar en su seno innumerables soñadores, que servirán á aquél de palafreneros, y le abrirán camino, propagando las ideas que constituyen el móvil de los conquistadores prusianos. Preséntanos Andrade, en el momento de la apoteosis, como resultado favorable de la acción social del general San Martín, *el silencio del indio, que ya no alza el fiero grito, perseguido por la fe implacable del misionero*, y la avaricia cruel de sus antiguos señores.

Tenemos, pues, un torrente devastador y un indio redimido, dos ficciones poéticas de Andrade. Quién no conociera al general San Martín, deduciría, leyendo el canto lírico que nos ocupa, que tan famoso capitán fué un émulo de Murat. San Martín era algo más que un torrente despeñado, y muchísimo más que un oficial açuchillador. El general Mitre ha dicho en el hermoso discurso que pronunció al inau-

gurar la estatua ecuestre que Buenos Aires le erigió, «que la justicia póstuma de los pueblos había reconocido al fin en el gran capitán y hábil político, al hombre superior á las ambiciones vulgares, que supo dirigir la fuerza con inteligencia y vigor, y usó del poder con moderación y firmeza, para hacer servir todo al triunfo de la grande y noble causa á que había consagrado su espada, su corazón y su cabeza».

«San Martín, según el mismo historiador, templó las armas argentinas por medio de una disciplina severa, unida á la consumada ciencia del militar aguerrido, y fué el representante de la acción externa de la revolución, concretada en un vasto plan de campaña, que abrazaba toda la América del Sud». Si es verdad, como decía Napoleón I, que una firme resolución revela la más alta sabiduría, San Martín fué un sabio en la más lata extensión de la palabra. Él divide con Bolívar la gloria de la Independencia; aun cuando, según discurría el Arzobispo de Lima Luna Pizarro, Bolívar, que se expresaba con más brillo que el general argentino, no le igualó en la concepción de los planes militares.

Desde que San Martín, inspirado por el patriotismo y la estrategia, organizara en el valle de Mendoza el ejército y el plan de campaña que triunfaron en la cuesta de Chacabuco, hasta que conquistara en Lima el estan-

darte de Pizarro, la astucia fué el vaqueano que lo guiara en los caminos de la victoria. La acción de San Martín obedece á reglas matemáticas: el torrente del poeta no conoce cálculo, rienda, ni brújula, porque representa la fuerza empujada por la indignación. Maravillanos que Andrade, tan aficionado á reproducir lo bueno, no haya desenvuelto en el canto á San Martín. al dibujar la fisonomía del héroe, aquel pensamiento suyo que ya hemos copiado, y que da una idea acertada del carácter del gran capitán: «Pensativo á su frente cual si fuera — en muda discusión con el destino, — iba el héroe inmortal!» Esos versos, que presentan al general San Martín frente á frente de la esfinge militar de América, contienen la silueta de su cuerpo y la línea más acentuada de su carácter, como estos otros, del canto llamado *La Expiación*, que tomamos de *Les Châtiments* de Víctor Hugo, reproducen la actitud plástica y el alma agitada de Napoleón, cautivo en Santa Elena: «Á la orilla de los mares, en la hora en que el viento del Norte se apacigua, cayendo en las escarpas cual negros escombros, *él marcha solo, pensativo, esclavo de las vagas sombras*, sobre los ríos, sobre los montes, sobre los cielos. *Triste y fiero*, con el ojo todavía deslumbrado por las batallas de ayer, *deja correr su pensamiento á la ventura*».

Pero si Andrade ha estado desgraciado al

trazar el carácter del general San Martín en su último canto, infortunadísimo lo hallamos en la apreciación del misionero americano, á quien supone herido de muerte á la sola aparición de nuestro héroe legendario. Recorriendo las páginas de Marmontel, Chateaubriand, Quakenbos, Barros, Arana y Errázuriz, la novela y la historia contemporáneas, sin penetrar en otras honduras, Andrade verá destacarse las venerables figuras de los santos amigos de los indios; oirá decir á los unos, que tales misioneros fueron sabios celosos; á los otros, que esos sacerdotes fueron insignes civilizadores, y á aquellos, por último que los indígenas de ciertas regiones de la América septentrional, todavía conjuran las tormentas evocando el espíritu de los ministros de Jesucristo, que, devorados por la fe, por la implacable fe del mártir, murieron sacrificados en aras de la barbarie más sangrienta. Los que hoy penetran en la Pampa, no encuentran, en efecto, ni misioneros católicos ni conquistadores españoles, pero escuchan los fieros gritos de los bárbaros que traen su *malón* á los cristianos que les temen, y á los mercaderes que les venden aguardiente, quienes á su vez llevan también el *malón* á sus miserables y hediondas tolderías. Las ciudades han adelantado desde que el coloniaje desapareció de América; pero esos salvajes, poetizados por los cantores en el aniversario de nuestra Inde-

pendencia, continúan sentados á la sombra de la muerte, bárbaros como antes, y como antes perseguidos por otros conquistadores de sangre española, mezclada con americana sangre. La fe del misionero no ha abierto la sepultura de cien leguas en que vamos á enterrar las hordas pampeanas, cuya rapacidad amenaza constantemente la vida y la propiedad de los habitantes de estas vastas llanuras. Cuando los indios hayan desaparecido del haz del desierto, el poeta cristiano podrá entonar una sentida elegía, y cantar en ella, con fúnebre y apropiado verso, el silencio pavoroso de la pampa y la triste suerte de los que murieron con la mente obscurecida por la ignorancia, embrutecidos por los vicios, con el cráneo partido á sablazos, y alejados de la cruz del misionero, que en otro tiempo convocara á sus mayores, valiéndose de los plañideros acordes del violín, á formar familias y pueblos religiosos y felices, prósperos é ilustrados. Si Andrade escribiera ese canto, nadie podría acusarle de errado é injusto, como ha sido tachado el poema consagrado á celebrar las famosas hazañas del general argentino don José de San Martín.

CONCLUSIÓN

Antes de terminar, recordaremos al distinguido poeta argentino don Olegario V. Andrade, valiéndonos de las palabras de un crítico moderno, que «la poesía está formada de presentimientos y recuerdos, porque es llanto y plegaria en la mayoría de los casos». Como él abraza el convencimiento de que el poeta tiene que incorporarse á los afanes de la época en que vive, debe inspirarse en los grandes dolores de estos tiempos, emanados del escepticismo, y en vez de acoger con benignidad á los espíritus rebeldes, enseñarles el verdadero camino, alentando su fe desfalleciente, y robusteciendo su corazón por medio de la plegaria, preferible á la blasfemia. Habiéndole favorecido la naturaleza con un claro talento, el sentimiento de lo bello y un oído verdaderamente musical, debiera preocuparse de romper la estrecha amistad de la imaginación con la memoria, en la medida necesaria para que en sus obras no se confundan las ideas propias con los pensamientos ajenos. Mazzini, cuyo credo político social

no es de nuestro agrado, pero cuyos escritos puramente artísticos admiramos por la claridad del pensamiento y la nitidez del estilo, ha escrito, refiriéndose á los compositores de música: «Lo nuevo no se ha revelado ni se revelará, mientras que los jóvenes escritores se obstinen en trabajar sobre lo antiguo; hasta que la inspiración no descienda de otro cielo inexplorado, la música permanecerá desheredada de la potencia creadora, las escuelas lucharán sin tregua y sin éxito favorable, los artistas vagarán en la incertidumbre, entre diversos sistemas y tendencias opuestas, sin intención ni propósito deliberado, sin esperanza de mejoramiento, y cifiendo la guirnalda que los hombres conceden á los imitadores, de vívidos colores, pero que caduca y se marchita en el breve espacio de un día». ¹

La palabra *arte* equivale, en su sentido filosófico, á *creación*; y en la intencionada lengua de los indígenas cultos del Perú, la palabra *hara-vicus*, con que se designaba á los poetas, correspondía á la castellana *inventores*. Meditando seriamente en estas acepciones, el hombre dado á los estudios estéticos concluirá por afirmar que el poeta no entrará en los dominios de la inmortalidad, como la avutarda de Iriarte, empollando huevos ajenos, echando á volar

¹ Véase MAZZINI, *Filosofía de la Música*.

pensamientos de autores conocidos. La gloria, caprichosa cual la mujer, no acepta de buen grado sino á aquellos que le declaran su afecto con palabras que no oyó de otros labios, y excluye del número de sus favoritos á todos los repetidores, exceptuados, bien entendido, los ecos de una fama honesta y merecida.



PALERMO

HACE veintiséis años que con la curiosidad propia de los niños, veíamos flamear las banderolas azules de los soldados de la libertad, entre los árboles á cuya sombra, pocos días antes, habíamos visto disciplinar los batallones de Rosas.

En medio de una nube de polvo, levantada por el galopar de gruesas caballadas, brillaban los colores de la bandera manchada con sangre por la Mashorca, y en ese día desplegada al viento por la Victoria.

Las dianas de los clarines habían sustituido al galope pausado del tambor, que marcaba el paso á los reclutas, y á las descargas de los batallones que tiraban al blanco ó hacían ejercicio de fuego.

Acababa de operarse un cambio completo en los destinos de la República Argentina. El tirano, perseguido por el empuje de los pueblos armados, había ido primero á golpear las puertas de una Legación, pidiendo amparo al extranjero para su vida amenazada, y en seguida, cubriendo sus entorchados de General, con el burdo vestido del marinero, había tomado el camino del destierro.

Una ciudad civilizada iba á incluirle en el número de las fieras humanas, más fieras que los animales salvajes, despojadas de las garras en los jardines zoológicos.

El pueblo que había pasado por delante de la guarida del tirano y recorrido los aduares de sus tribus, con la sonrisa en los labios, el alma empapada en amargura, y los ojos encendidos de llorar, se agrupaba á saludar á sus libertadores en aquellas avenidas, poco antes obscurecidas por el vapor de la sangre, é infestadas por los miasmas de la muerte.

Palermo no presentaba ya el aspecto de otros días: las flores abandonadas que nadie se atrevía á tocar, como si encerraran en el cáliz una voz delatora, habían desaparecido de las plantas; los árboles estaban cubiertos de polvo; el pueblo se acercaba á aquel fantasma, palpaba sin miedo las paredes de esa casa de escándalo, habitación del crimen, donde tanto hombre había sido sentenciado á muerte, donde tanta

espalda había sido despedazada por el látigo, donde tanta madre había regado la tierra con el llanto de sus ojos, donde tanto infeliz había gemido en el cepo y las cadenas, donde tanta honra había sido mancillada!

Desde el día en que la justicia de Dios derribó la iniquidad; desde la hora en que se escapó de las manos de Rosas la pluma con que decretaba la ignominia de su pueblo, el cuchillo con que degollaba á sus hijos, y el rebenque con que flajelaba á sus mujeres, pesa sobre Palermo la maldición de los hombres.

La pública indignación lo ha respetado, lo ha dejado ahí, silencioso y lúgubre, para que el pasajero lo mire con horror; para que el viajero que recorra sus alamedas, maldiga á los tiranos, al confundirse con las libres muchedumbres.

Es incuestionable que los monumentos reflejan el carácter de las sociedades. Los templos erigidos por la fe, revelan elocuentemente el entusiasmo religioso del tiempo de su fundación, y el grado de adelanto que á la sazón reinaba.

Palermo explica el carácter de su dueño: más cuartel que palacio, manifiesta un gusto estragado: con sus arcos sin gracia, elevados en un terreno anegadizo, añade una página elocuente á la historia del tirano pampeano, habituado á vivir en medio del lodo.

Palermo cuesta á Buenos Aires más lágrimas y más vidas, que hojas tienen sus árboles.

Los servidores de Rosas á quienes la desgracia llevaba allí, han llorado copiosamente el más leve descuido; sus soldados han sentido los huesos molidos por el palo de los cabos; las madres que demandaban gracia, han temblado bajo sus corredores en las horas de espera; ahí, en fin, junto á esos cimientos, ha gemido un pueblo maniatado, pidiendo justicia y libertad.

Desde el más alto hasta el más bajo, todos han pasado por delante de esa casa, cautelosos y desconfiados.

Palermo ha sido una cárcel, un suplicio y un sepulcro.

Si pudieran hablar sus árboles, ellos narrarían historias espantosas, historias que helarían el corazón; si sus galerías pudieran referirnos las escenas que presenciaron, contaríamos á millares los ancianos que pasaron á su sombra días enteros, helados de frío y debilitados por el hambre, para escuchar de los labios del verdugo las palabras con que Dante cerraba á los condenados las puertas del infierno.

Palermo aterroriza como los calabozos del Temple, en que gimió la familia de Luis XVI, ó remontando la corriente del tiempo, como el sombrío castillo de Luis el Onceno. Sus inmundas prisiones, recuerdan las Galeras de Marsella en el siglo xvii.

Todo lo que hay de degradante, de inmundo, de horrible, ha tenido en Palermo su representante.

La crueldad, la impureza, el robo, los castigos, encontraron asiento en ese campo, donde la hierba que el sol seca de trecho en trecho, parece señalar el lugar de una sepultura; donde el ruido del viento simula los quejidos de las víctimas; donde las brumas que se levantan en el horizonte en los días de tormenta, parecen sombras de muertos; donde ni las lluvias del cielo, ni las aguas del Plata han podido borrar las manchas de sangre.

La imaginación supone á Palermo uno de los sitios diabólicos que inspiraron los cuentos de Ana Radcliffe, y que habrían estimulado hasta el delirio la ardiente fantasía de Póe ó de Hoffmann.

Pasad por Palermo al caer la tarde de un día brumoso de invierno, y veréis alzarse millares de luces, que parecen espíritus errantes.

Pasad por delante de Palermo, y veréis una sombra que asoma por detrás de alguna de sus ventanas: la sombra de un hombre que levanta la mano para limpiar el vapor de los cristales y mirar con sus ojos de demonio.

La hora, el recuerdo, el lugar, os harán temblar con más violencia que la que el viento imprime á las hojas amarillas de los árboles que rodean la casa de Rosas. Su espectro, presente

en el fondo de las galerías de Palermo, parece alma desprendida del cuerpo, y condenada por Dios á vagar eternamente en el teatro de sus iniquidades.

Palermo, como el Circo romano, es el monumento de una época de horror y de barbarie.

Todo inspira repugnancia en sus bosques: las rosas que los adornan, parecen pintadas con sangre; el paseante no lleva á la boca sus rojas fresas, porque teme percibirles sabor á sangre; de los granos rojos de sus granadas abiertas por el sol, vese destilar sanguinolento humor.

Puede decirse que un vapor de sangre se alza constantemente de los campos de Palermo.

Las nubes del crepúsculo de la tarde, como las rosadas tintas de la mañana, no inspiran en ellos ideas risueñas, porque parecen formadas por el reflejo de la luz, quebrada sobre un charco de sangre.

Hemos recorrido las galerías de Palermo, en una de esas tardes lúgubres en que el viento del Sud conduce hasta ese sitio, el tañido de la campana del Cementerio.

Los desnudos árboles, la vaguedad de los colores del cielo, nublado como los ojos de un moribundo, y el ruido formado por la llovizna que humedecía las hojas secas que alfombraban el suelo, predispusieron nuestro espíritu para contemplar, como en una exposición de horro-

res, todos los cuadros de la tragedia en que había sido actor Juan Manuel Rosas.

Parecíanos que enfrente de nosotros ardía una hoguera, al amor de cuya lumbre se calentaba un soldado: la llama que el viento retorció, se reflejaba en su rostro, inquieto como el del montonero, que teme ser descubierto, y en sus ojos, brillantes y movibles como el azogue.

Nos recordaba la gama perseguida, que husmea, para no ser descubierta, al mismo tiempo que se deja caer rendida por la fatiga, y al ratón cauteloso del gato que lo asecha.

Era la imagen del soldado de Rosas, más preocupado de defenderse de su jefe, que de defender á su señor.

Palermo abandonado, arranca una maldición contra los tiranos, pero también parece exigir que se le regenere, convirtiéndolo en un asilo de caridad.

Esa mansión solitaria, con las puertas desquiciadas, con los pórticos cubiertos de maleza, con los árboles desgajados, con la techumbre filtrada por los aguaceros, con las columnas rematadas por la lechuza con los nidos de sus crías, presenta un espectáculo elocuente, porque es una ruina que habla de otra ruina. Pero transformada en asilo de expósitos, de convalecientes ó de inmigrantes, además de poner de relieve la ruina de la barbarie, representaría la acción del progreso, borrando con

la mano de la caridad las manchas del crimen.

Cuando la Hermana de la Caridad suspendiera la imagen de Jesucristo de los muros en que pendían *maneadores* de piel humana; al escucharse la voz agradecida del pobre, donde resonaron los lamentos del prisionero; al oír en aquellos pórticos, en cuyas piedras se aflaban puñales para degollar hombres, el tañido de la campana que llamaría á la oración ó marcaría la distribución del tiempo, las matronas argentinas volverían á llorar en los atrios de Palermo, pero las lágrimas les serían arrancadas por el tierno contraste que forman el odio y el amor, el dolor y el consuelo, la muerte y la vida.

Entonces nuestra fantasía no vería en las olas del río que suele bañar los campos de Palermo, el llanto desbordado del pueblo argentino, que viene á socavar sus cimientos, sino las aguas fecundantes con que el cielo riega las semillas y hace brotar las flores.

Hoy que un ferrocarril cruza esos campos, y que la planta del esclavo, convertido en dueño, los oprime, la caridad debiera ahuyentar con sus exorcismos el espíritu maligno del tirano.

Cuando ese día llegara, un solo pensamiento entristecería nuestro espíritu: algunos de nuestros mayores no presenciarían el nuevo triunfo de la civilización cristiana.

En todas las grandes solemnidades del pueblo

ó de la familia, las sombras de los muertos amados perturban nuestra alegría. Cuando vemos cruzar por delante del viejo solar de los abuelos los trenes de un ferrocarril, buscamos, en vano, en los balcones donde solían asomarse, las blancas cabezas.

Muchos años atrás, pasando algunas madrugadas por delante de Palermo, veíamos desaparecer la sonrisa de los labios de nuestra madre. Daríamos ahora todos los años floridos, por verla cruzar esos bosques en el ferrocarril que los atraviesa, con la frente levantada y los plateados cabellos mecidos por el viento de la libertad.

¡Cuán felices seríamos viéndola también contemplar en los corredores de Palermo, con los ojos encendidos por la vigilia en las noches ominosas de los degüellos, los pobres asilados en la guarida del tirano de la República Argentina!

Catorce años van corridos desde la tarde melancólica en que un capricho nos condujo á Palermo, y en que estas reflexiones acudían á nuestra mente.

El edificio de Palermo fué destinado después á una Escuela Militar, y más tarde sus bosques á un Parque público, donde la sociedad de Buenos Aires encuentra solaz en las tardes calurosas de verano y en las mañanas templadas de invierno.

La que ayer era cueva del opresor, es hoy escuela de los defensores de la patria, y los campos de la esclavitud, el lugar en que se solaza un pueblo libre. ¡Justicia de Dios!



LIBERATO

(BOCETO DE COSTUMBRES)

LA siguiente narración, que no es cuento sino caso, está formada con los apuntes de un diálogo habido entre dos amigos, graso el mayor, magro el menor, y observadores ambos de las miserias, parvas y magnas, de la humanidad.

Don Cándido Cuestabajo, flaco de cacumen y ancho de espaldas, era un hacendado de tomo y lomo. Su esposa doña Lucía, dada á lecturas de folletines, parecíase á la santa cuyo nombre llevaba, en la ceguera, aun cuando la desgracia afectábale los ojos del espíritu. Ambos cónyuges, que aprendieron á silabar en silvestres escuelas, apenas conocían de la vida las necesidades materiales, y en satisfacerlas cifraban la ilusión dorada y el tenaz empeño de sus sabrosos días. Don Cándido conoció á doña Lucía en

momentos en que, con un libro puesto lo de arriba abajo, cazaba voluntades, como quien caza grillos, desde la ventana del paterno hogar. Tratólo la romántica doncella, encontró en él un buen cacho de pambazo soso, se entendieron en un dos por tres, y treinta días más tarde brillaba en uno de los dedos de la novia, un diamante como un cascote. Las vecinas pusieronle apodos, los amigos dijeron que olía á vellón, un tinterillo imprimió alguna pulla; pero los prometidos, paso tras paso, fueron á dar en la Notaría Mayor, donde les tomaron los dichos; y como del «dicho al hecho hay poco trecho», descendió la bendición nupcial sobre la coronada frente de doña Lucía y la sudorosa de don Cándido, quienes inmediatamente se instalaron en una casa, edificada á costa de la fecundidad de las vacas del desposado masculino, y aderezada según las costosas inspiraciones del mueblero y del tapicero más en boga á la sazón. En ese albergue, marchitado por el uso, nacieron Abigail y Liberato, en el orden en que van nombrados, pasando la primera, con nodriza y cuna, á poder de la madrina, y el segundo, con encerado y ama de cría, á habitar en el segundo patio de la lujosa morada de Cuestabajo.

Creció Liberato entre húmedas franclas, sin que la madre, que era delicada, y que tenía que atender á las obligaciones del bien parecer, se preocupara del niño, que llamaba mamá á la

vasca, en cuyo favor renunciara doña Lucía tan dulce título. Como Liberato dispusiera de un apetito devorador, llevaba á la boca cuanto veía, y tropezaba con indigestiones, que la madre hallaba curadas al volver del baile ó del teatro; y á pesar del sarampión, que á nadie contagió, gracias á no acercársele, y de las viruelas, que le dieron porque los parientes no tuvieron la ocurrencia de vacunarle, llegó á los ocho años maltratando los muebles de la casa, aporreando á los chiquillos de la vecindad, jurando como un carretero, chapurreando la lengua como un gañán, jugando á los novios, y mortificando de todas maneras á su pobre hermana, especie de «Cenicienta» en aquel teatro de las famosas é infantiles aventuras de Liberato. El niño sabía reñir, y el padre festejaba su valor: ensayaba el uso del cigarro, y el padre no lo sabía. Como para ponerlo en orden, cuando pasaba la raya, el ama que lo crió le hablara de la *viuda*, mujer maligna, de elevada estatura, vestida de negro, que recorría las calles comiendo los niños malos, Liberato cogió ojeriza á un clérigo que solía pasar por delante de la casa, pues parecióle que la figura de ese buen señor convenía con el retrato del fantasma de la vasca. El vecino rapabarbas, en cuya tienda se rasuraba don Cándido, que era un librepensador á la rosa, y francés por más señas, festejaba esa antipatía, la estimulaba, y viendo en

la criatura los gérmenes de un reformista, púsole el apodo de «Luterito», que la madre acogió con francas risotadas, á las que hizo coro el basto padre, así que le explicaron la malicia del barbero.

Luego que don Cándido, que era uno de los cuartos traseros de la insuficiencia, encargado de hacer papeles de estraza en el seno de la familia, se apercibió, por insinuación de doña Lucía, primera actriz y directora de escena, de que Liberato ó Luterito, no conocía la O por redonda, ambos resolvieron enviarlo á cierto colegio inglés, en el cual se daba, á estar al Programa, una educación «internacional y positiva». El día en que el niño renegó en inglés, el papá le regaló un reloj.

Otro episodio de la vida del párvulo Cuestabajo. Una tarde que bailaba en la calle el mono del napolitano, Luterito lo besó en la frente como á un parientito pobre. El barbero que lo veía, corrió á la ventana, donde asomaba el vientre del padre, y le dijo: «Señor, este niño será un partidario de Darwin: encuentra en el mono algo del hombre». Don Cándido, que ya había oído un repique confuso sobre el sistema de la selección de las especies, conmovido por el vaticinio, y lleno de júbilo paternal, sacó la petaca y obsequió á Liberato con un cigarro y un fósforo.

La señora doña Lucía barnizaba, de cuando

en cuando, el liberalismo fofa de la familia, con algunos actos que la acreditaban, ante ella misma, de buena cristiana. Tenía un rosario de perlas, que su esposo miraba respetuosamente, aun cuando se reía del uso á que parecía destinado, con la altura de un proveedor racionalista, de un hombre libre, amante de su siglo, del que apenas conocía los años de buena y mala cosecha, en que había perdido ó ganado. Mamá llevaba á Misa de una á Liberato, cuando le estrenaba traje: papá lo dejaba llevar, pero no iba con él á la iglesia sino el 25 de Mayo, ó cuando lo elegía padrino alguno de sus amigos, para lo cual había repasado el Credo.

Llegó por fin el momento en que era necesario dar una carrera á Liberato, ó en que el niño debía tomar las de Villadiego. Inscrito el nombre de pila de Luterito en la matrícula de la Universidad, á los quince años fué ciudadano estudiante. En los días de buen humor, él rumiaba cortezas de filosofía, recogía virutas de matemáticas, y disolvía en tintura de gacetilla raspaduras de historia. En los días de mal humor, tiraba rábanos á los profesores, y miraba de soslayo al doctor Larsen, á quien no perdonaba el delito de haber vestido sotana en el noviciado de la Compañía de Jesús. Si Liberato sucumbía en los exámenes, papá tomaba el cielo con las manos, y le daba dinero para pagar comunicados contra los examinadores. Cuando

llegaba á la playa, como un gato náufrago, los amigotes de los diarios escribían: «Ayer rindió un notable examen el ilustrado joven don Liberato Cuestabajo».

En esta época, compraba bastones con Venus y le regalaba á mamá novelas de Murger. Acicalado á la rigurosa moda, no faltaba á las fiestas religiosas. Iba á conversar en el templo, y á adorar el ídolo de la mujer. Cuando se fatigaba del plantón, salía á fumar al atrio, hasta que las niñas empezaban á desfilar. Reuniase entonces á los gallipavos, formaban éstos dos alas, y comenzaban á arrojar al ídolo, en vez de incienso, humo de tabaco.

Como ya no hay niños, á los diez y siete años Liberato era funcionario público. Tenía peculiar castrense. Pasaba también en la cuenta de elector, de secretario de club, de orador, de filósofo, de propagandista de los inmortales principios del 89, de heredero de Voltaire, de discípulo de Mazzini, de admirador de Víctor Hugo. Un año más tarde, quemó los libros y se metió á periodista, ensartaba aforismos y dislates, lanzaba al viento palabras y globulillos de jabón. Llegado á este punto, mamá iba sola á la Misa de una, y papá no decía esta boca es mía en presencia de Liberato.

La sequía, la crisis, el derroche y la política, han mermado la fortuna de los señores Cuestabajo, pero no han llamado al buen camino á

Liberato, que acaba de cumplir veintidós años, que es Diputado, y que... ;Dios salve á la patria! continúa aspirando, y agrupándose con los que aspiran... Joven *bien*, como denomínasele en cierta jerga femenina, á pesar de odiar el absolutismo, por razones que él y nosotros sabemos, inclina ahora la cerviz bajo el yugo del jefe de un partido personal; mañana será otra cosa, alzará la abatida frente, y tal vez gobernará en nombre de los principios eternos, subordinados en nuestro tiempo á los fines momentáneos.

Habíamos dejado entrever que Liberato Cuestabajo había recibido el agua bautismal, y como la crónica no lo decía, callamos detalles, que ahora sabemos, sobre su primera Comunión: ;la primera Comunión de Liberato ha sido transferida para el día del Viático!



EL PADRE CAMILO M. JORDÁN

LA oratoria sagrada, desconocida en la antigüedad, es fruto del Cristianismo, propagado en todo el mundo por medio de la palabra de Jesús y de sus Apóstoles.

El arma más poderosa de la nueva religión fué necesariamente la elocuencia.¹

La elocuencia en su sentido más elevado es el arte de exponer con la palabra el bien del orden moral, de modo que esa exposición consiga mover la voluntad del auditorio á amarle animosamente, y á adquirir ese amor como fuerza impulsiva de las acciones y de la vida entera.

¹ Véanse JUNGMANN: *La Belleza y las Bellas Artes*.—KRAUSE: *Estética*.—CANO: *Lecciones de Literatura*.—COUSSIN: *De lo bueno, de lo bello y de lo verdadero*.—PELLISIER: *Método de composición literaria*.—LAMARTINE: *Bossuet*.—GIL DE ZÁRATE: *Manual de Literatura*.—TIMÓN: *Libro de los Oradores*.—ASÓNIMO: *Lectura en voz alta*.—CHATEAUBRIAND: *Genio del Cristianismo*.—EL DOCTOR DON PEDRO F. GOYENA: *—NIETO: Realismo*.—FETIS: *Biografía de Músicos*.—NOMBELA: *De la Música*.—D. SEGOND: *Higiene del Cantante*.—CICERÓN: *De Oratore*.

La primera condición para producir lo bello es la inspiración del artista, es el entusiasmo. Pero la producción de cualquier obra de arte requiere el armónico concurso de todas nuestras fuerzas intelectuales y afectivas; de la razón, como facultad de conocer las ideas; del entendimiento, que dando á la intuición de las ideas interior determinación, desplegando su contenido ordenadamente y conociendo las relaciones de aquéllas entre sí, constituye la belleza, armonía y variedad de la obra y dirige su composición; y, por último, de la fantasía, cuyo vigor, energía y riqueza revela el genio artístico.

La elocuencia, en general, requiere varias condiciones, adquiridas unas, naturales otras. Supone talento, pero exige también arte y estudio. El orador debe poseer un entendimiento claro, ardor, viveza, juicio maduro, conocimiento exacto de la materia que trate, y el mayor número de noticias de las cuestiones relacionadas con ella. El estudio del corazón humano, el dominio de la acción, la gracia de la recitación y de la pronunciación, también le son necesarias. La presencia, la voz, el gesto, y, sobre todo, la probidad, son también condiciones esenciales del orador.

El fin directo de la elocuencia, y que no puede subordinarse á otro, es el convencimiento, la persuasión. La elocuencia tiene un

cliente á quien debe salvar y darle la victoria. Importa poco que este cliente sea un hombre ó sea un pueblo.

Todo discurso debe agradar y seducir con el exordio, convencer con la demostración, arrebatarse con la peroración.

El púlpito domina todas las tribunas y todas las cátedras. El púlpito es un trono, dice Lamartine. Para el sacerdote de genio ese trono es más elevado que el de los reyes, porque desde él reina sobre el mundo de la conciencia.

La cátedra sagrada demanda mucha dignidad y nobleza en el estilo. Las expresiones débiles y los modos de hablar vulgares son intolerables. La elevación del lenguaje es muy compatible con la claridad y sencillez. Las palabras pueden y deben ser usuales para que todo el mundo las comprenda, pero es menester que el estilo no decaiga. El orador sagrado nunca debe olvidar que si habla á gentes sencillas é ilustradas, también trata materias altas y sublimes que exigen respeto y dignidad.

Á la voz fulminante del orador sagrado, tal cual lo quieren los maestros, dice Timón, la conciencia se espanta, el estremecimiento del terror corre de vena en vena, arrodíllase el criminal, despiértase el remordimiento. Entonces el predicador, inclinándose desde su sagrada cátedra, toma, por decirlo así, todas las armas en sus manos, las intimida, las consuela, las

precipita, las lleva sucesivamente del temor á la esperanza, de la vida á la muerte; y después de haberlas juntado y confundido, las suspende todas como anillos misteriosos de esa cadena de oro que une el cielo con la tierra.

El fuego de que se supone inflamado el predicador, escribe un crítico, y la importancia de las materias que trata, justifican hasta cierto punto las expresiones ardientes, y hacen á veces muy naturales las personificaciones, las metáforas, las exclamaciones, y todas las formas propias del lenguaje de las pasiones; pero esto ha de ser solamente cuando el asunto lo reclame y cuando el orador se halle naturalmente agitado y conmovido.

Además del tono general que debe predominar en un discurso, cada frase y hasta cada palabra tienen su tono particular, según su sentido. La voz debe subir y bajar en armonía con el pensamiento, y de aquí la división de los tonos. El mediano sirve como de clave y fundamento, y á él vienen á referirse los demás; el agudo, rápido y brillante, expresa los afectos más vehementes; el bajo, cuyo sonido es grave y de poca vibración, conviene á las situaciones patéticas y solemnes. El amor requiere un tono dulce, tierno, afectuoso, prolongado; el odio exige un tono sombrío á la vez que animado; la indignación pide un tono fuerte, rápido, vivo, ya ahogado, ya brillante; la cólera se manifiesta

con un tono parecido al de la indignación; el color, por último, revélase con un tono ora vivo, ora lento, por lo común entrecortado, tembloroso, velado, y á veces fuerte y brillante.

Blair recomienda á los predicadores que no imiten servilmente el modo de predicar de orador determinado, y que no tomen por modelo ninguno de los estilos que alternativamente están de moda, porque «esto es un torrente que se hincha por la noche y que á la mañana se encuentra seco».

Grecia cultivó eficazmente la elocuencia. Roma, exceptuado Cicerón, no alcanzó á llegar á la misma altura. Un pueblo conquistador no podía apasionarse de esa arte.

La oratoria sagrada es obra cristiana, por ser esencialmente espiritualista, y el medio de propaganda escogido para difundir la nueva doctrina del Crucificado.

Francia é Italia cuentan excelentes modelos de oradores sagrados. Bossuet y Séñeri representan dignamente la oratoria de esos dos grandes países, y cada uno de ellos vale tanto como una hueste formidable de oradores de primer orden. España no puede presentar modelos parecidos á los franceses, porque sus predicadores no se han cuidado tanto de la composición de sus discursos como del efecto moral que trataban de conseguir en los fieles que los escuchaban. La excusa no nos parece atendible: el

efecto práctico pero momentáneo de un discurso mal compuesto, nunca podrá competir con el efecto práctico, también, pero duradero y universal de una obra maestra. Comprenderíamos que se sacrificara la elocuencia en el caso de que ella pudiera servir de obstáculo al resultado moral que busca el orador sagrado; pero de ninguna manera nos haríamos cómplices de semejante sacrificio estando persuadidos de que la elocuencia es el arte de convencer y de inclinar el alma á amar lo bueno.

La religión, y las cuestiones de orden filosófico ó teológico relacionadas con ella, son temas tan fecundos en ciencia, poesía y sentimiento, que cualesquier orador puede sacar de ellos honra para su persona y provecho para el corazón de los fieles que le escuchen. Compárese á Cicerón con Massillón, ó á Bossuet con Demóstenes, y se hallará siempre, entre su respectiva elocuencia, que la de los oradores cristianos comprende un orden de ideas más general, un conocimiento más profundo del corazón humano, razonamientos más claros y mejor enlazados, un acento religioso y melancólico, y un cúmulo de sentimientos y pensamientos desconocidos en la antigüedad. El Obispo de Meaux crió una lengua que nadie habló sino él; y, por lo común, el término más simple, la idea más elevada, la expresión más común y la imagen más terrible sirven, como en la Escri-

tura, para proporcionar al asunto dimensiones enormes.

Los discursos sagrados se dividen en dogmáticos, morales y panegíricos: en los primeros se expone ó ilustra alguna verdad dogmática; en los segundos se recomienda la práctica de alguna virtud, se atiende á la mejora de las costumbres ó se combate algún vicio opuesto á la perfección cristiana; en los terceros se refiere y ensalza los méritos y virtudes de los Santos, presentándolos á los fieles como modelos dignos de imitarse. En este último grupo están incluídas las oraciones fúnebres. La conferencia es una creación francesa, que participa de los caracteres del discurso dogmático y de la homilía.

Acabamos de ver sumariamente lo que se entiende por elocuencia; de conocer los elementos que intervienen en toda obra del arte estético, y de analizar las condiciones principales de la oratoria y del orador sagrados, para preguntarnos en presencia del Padre Camilo Jordán, si el hijo de Roma, formado en las aulas de Caretti y Secchi, es merecedor del aplauso que se le tributa en Buenos Aires, cada vez que dirige la palabra al pueblo cristiano.

Si se compara el Himalaya con el nevado Aconcagua, resultará el primero más elevado que el segundo; pero ambos serán considerados siempre como puntos culminantes de los diver-

sos sistemas montañosos de la tierra. Desde las cumbres prominentes del genio, hasta las llanuras ligeramente accidentadas de una inteligencia clara, hay alturas que no le es permitido escalar al hombre vulgar. Los talentos superiores no se hallan colocados á larga distancia de las sublimes inteligencias. El Padre Camilo Jordán no es el águila de Meaux, pero tiene mirada de águila y alas de condor.

Italiano y artista son sinónimos. El Padre Jordán ha bebido la ciencia en los Colegios de la Compañía de Jesús, y ha respirado el gusto artístico, la poesía y el sentimiento al abrir los ojos bajo el cielo de la Italia. ¡Bienvenido sea quien nos trae ciencia y arte armonizados, belleza en las obras de su ingenio, enseñanza y ejemplo en su vida humilde y laboriosa!

El Padre Jordán ha cultivado preferentemente el estudio de la filosofía, que es la ciencia de la verdad y el estudio de la historia, que no cuenta por contar, que no pinta por pintar, sino que cuenta y pinta lo pasado para que sea lección viva. Esta inclinación de nuestro orador nos excusa el trabajo de demostrar que sus discursos tienen por campo la vida, que es campo de combate. El Padre Jordán es polemista, es combatiente, es propagandista. Expone doctrinas, discurre sobre ellas, demuestra su bondad, deduciéndola de principios filosóficos, combate las teorías opuestas á las que él estima buenas,

las confunde con la autoridad de la historia, deduce consecuencias, epiloga con claridad el tema desenvuelto, exhorta y conmueve el corazón de su auditorio.

Un crítico discretísimo, dotado de irreprochable gusto, ha dicho que el Padre Jordán domina siempre el asunto que trata; y ha agregado que sus discursos ocultan debajo de una mórbida carnación una estructura huesosa perfectamente constituida y proporcionada.

La fe que anima al Padre Jordán mueve su lengua. Pero más elocuente que su lengua es su misma vida, que imprime á los discursos que él pronuncia el sello de la autoridad moral. Dice Winkelman, describiendo una antigua estatua de Apolo, que el escultor ha expresado en ella el desdén por medio de una ligera elevación del labio inferior. El Padre Jordán produce involuntariamente el mismo gesto cuando se le habla de las vanidades humanas, entre las cuales coloca el aplauso de algunos, dirigido puramente á la parte literaria de sus oraciones, desatendiendo el fondo del discurso, sin preocuparse del propósito que le conduce al púlpito.

En el desapego que por sus obras manifiesta el orador que nos ocupa, ha de intervenir también otro sentimiento inherente al artista verdadero. No es fácil que un artista quede plenamente satisfecho de sus obras por perfectas que sean, porque nunca alcanzará á llenar con

la imagen concebida la necesidad suprema que simboliza lo bello absoluto, ni á reflejar en la materia la delicada idealidad de esa imagen. Es destino de lo que se va realizando mostrar mayor imperfección conforme adquiere determinaciones más y más estrictas. Méhul, citado por Fetis, dice que el verdadero artista no se manifiesta nunca satisfecho sino de la obra que va á empezar.

El Padre Jordán conoce profundamente el idioma castellano, y lo acredita valiéndose de un estilo escogido y numeroso. Á pesar de que este idioma no es el suyo, lo maneja y pronuncia con una facilidad y una corrección que difícilmente se encuentra en los mismos predicadores españoles. El estilo del Padre Jordán patentiza riqueza de fantasía, buen gusto literario y conocimiento pleno de los efectos oratorios. Si la situación lo pide, ese estilo es pomposo, algunas veces oriental, otras grandilocuente. Cuando conviene al asunto, su frase revela la agitación del alma del orador.

Él emplea con acierto los colores del pintor histórico, y maneja valientemente el pincel del paisajista. Ha pintado algunos cuadros del Calvario dignos de la escuela flamenca, en contraposición á escenas religiosas de la escuela de Rafael.

Los fragmentos en que el Padre Jordán sintetiza alguna doctrina, ó en que resume alguna

larga exposición de hechos históricos, son trabajos de concreción que recuerdan al fruto precioso de la madre perla. Nuestro orador traza con mano segura la línea griega, y esparce, cuando quiere, con suma gracia, las flores y los perfumes de la Biblia y del Evangelio.

El Padre Jordán ha innovado, entre nosotros, hasta cierto punto, la tradicional manera de recitar los discursos sagrados. La entonación de leyenda piadosa, monótona y falsa, cuenta todavía numerosos apasionados, que opinan que el Padre Jordán «declama sus discursos». Y, en efecto, eso es lo que él hace. La declamación consiste en recitar la prosa ó el verso, distribuyendo apropiadamente las inflexiones de la voz, la acción y el gesto, sin lo cual la composición que se recite carecerá de expresión, languidecerá, morirá ó se hará insoportable. Bossuet, para formarse voz, actitudes y gesto iba al teatro á escuchar á los actores trágicos que recitaban los diálogos y arengas de Corneille y de Racine.

El no buscaba en el teatro el vano efecto de una declamación cadenciosa, sino los modelos de la dicción oratoria. «Declamar, dice el Diccionario italiano de la Crusca, es arengar, y arengar es hablar desde la cátedra». Domínguez define el verbo declamar de esta manera: «Leer, recitar, orar, y perorar en voz alta y con cierto

énfasis, dando á los pensamientos y á las palabras del discurso el tono y la expresión necesarios para engendrar en los ánimos los efectos que se desea». El gesto y la acción contribuyen poderosamente como auxiliares de la tonalidad, á producir esos efectos, que buscarán en vano los predicadores que hablen desde el púlpito con el tono monótono, pausado, cadencioso, nasal, empleado por los que leen algo que debe ser repetido automáticamente por los asistentes, sin preocuparse de las protestas, de la sintaxis y de la prosodia. Consultado tres veces un grande orador sobre cuál era la dote principal de los que practicaban su arte, respondió que la acción. El que pronuncia sus discursos sin declamarlos, puede estar cierto de que su palabra pasará como el momentáneo ruido del viento, sin estremecer una sola fibra del corazón humano.

«El estilo, ha dicho Campoamor, es el talento, pero la voz es toda el alma». «Si las palabras, escribe un filósofo, son signos representativos de ideas, el tono de la voz interpreta los sentimientos». La voz es el resultado de una percusión del aire, producida por el alma. Ella se presta á infinitas combinaciones de color, cuando se manejan con destreza las tintas obscuras, medias y blancas. El arte, y el sentimiento, principalmente, pueden modificar esas combinaciones hasta el punto de producir ver-

daderas y desconocidas maravillas. «Si oyendo á este predicador me duermo, dice Segond, y tal profesor me fastidia, debo achacarlo á que ambos han adoptado exclusivamente en sus discursos un timbre de voz en oposición muchas veces con las ideas que expresan. De estas personas suele decirse que hablan siempre en el mismo tono». La voz de Bossuet, refiere Lamar-tine, no emanaba de un papel, venía del alma.

El Padre Jordán posee un órgano simpático, pero desagradable cuando descuidado lo fuerza. La voz que nos ocupa es de timbre tenoril, metálica, un tanto velada en las notas bajas, que son, á nuestro juicio, las mejores, y con las agudas apoyadas en la garganta. A este defecto debe achacarse ciertas desafinaciones, producidas por el cansancio ó la inflamación de las glándulas, irritadas por el esfuerzo. El Padre Jordán debiera dedicarse á estudiar la extensión y fuerza de su órgano, para evitar que la voz le flaquee en los momentos críticos, cuando animado por el calor del combate, debe remedar con ella el trueno de la divina justicia, ó lanzar bajo la bóveda santa el grito poderoso del triunfador.

El Padre Jordán tiene una fisonomía inteligente, severa, mística. Este género de expresión era el más poderoso auxiliar del talento del Padre Ravignan. Refiere uno de sus biógrafos que cuando después de haber echado en cara al

auditorio sus prevaricaciones, alzaba los ojos y cruzaba los brazos sobre el pecho, en actitud de pedir misericordia para sus oyentes, era imposible que dejara de sentirse conmovido el que le observara atentamente. Parecía en ese momento el hombre de la fe interponiéndose entre el cielo y la tierra, capaz de ofrecer la vida por la salud de sus hermanos.

Cuando nuestro orador comienza á hablar se le advierte cierta vacilación; á la cual sucede, luego que logra entrar en materia, el gesto acentuado del que pisa en terreno conocido. Paulatinamente vase engolfando en el asunto, hasta que llega algún momento culminante. Entonces su frente refleja las nubes que se aglomeran en su cerebro. El interés del espectador aumenta cuando presiente la gestación que se está operando. En esta oportunidad compréndese sin trabajo que el arte es una verdadera creación. Parece que los elementos constitutivos de las imágenes estuvieran en estado de fusión, que el orador vaciara el metal líquido en el molde, y que al ponerse en contacto con el aire las enfriara y endureciera.

La naturaleza del Padre Jordán es progresiva. El ejercicio desarrolla en él las facultades morales y físicas, estimulándole á adquirir nuevos conocimientos, que á la vez que lo ilustran personalmente, lo habilitan para tratar asuntos variados, para dominar los temas conocidos

desde puntos de vista originales, para abarcar los nuevos horizontes de la ciencia y demostrar que el verdadero soldado de Cristo no huye de la luz, sino que por el contrario ama y busca la luz. Las naturalezas constituidas para el trabajo y la lucha del espíritu, siempre son progresivas. El rápido agotamiento de las fuerzas es indefectible en las naturalezas mediocres ó pequeñas. La repetición, la monotonía y el desfallecimiento siguen de cerca al primer período de su vida literaria ó científica. Los hombres de espíritu elevado, por el contrario, son exploradores infatigables y descubridores felices en el orden moral, que encuentran el vigor, como el fabuloso Anteo, en la misma tierra del combate.

No podemos reproducir ningún trozo de los discursos del Padre Jordán, porque él no publica sus obras; pero habiéndole oído repetidas veces, porque el espíritu del hombre no se abarca, como la fisonomía, con una sola mirada, podemos asegurar que él recorre felizmente todos los géneros de la oratoria sagrada, desde la elevada conferencia hasta la sencilla homilía.

Dijimos al comenzar que la religión cristiana se había propagado por medio de la predicación, y que la palabra fué el vehículo de la verdad evangélica. La idolatría, el politeísmo y las teorías paganas no se propagaron por la elocuencia. «El libre examen, escribe un profesor,

erigido en único criterio y norma suprema de conducta, esteriliza la predicación, á lo que debemos atribuir que la elocuencia sagrada apenas dé señales de vida entre los protestantes». La elevación de los asuntos que son del dominio del púlpito, no sólo demanda el conocimiento de las ciencias morales, sino también el de la mayor parte de las que se relacionan con ellas. Cicerón decía que el ejercicio de su profesión exige perfecta facilidad para hablar con abundancia, precisión y amenidad de cualquier asunto que se presente; de donde infiere un comentarista del maestro romano, que el arte del orador comprende en sí las demás artes liberales, y que nadie le poseerá sino á condición de conocer cuanto hay de grande y de laudable en el Universo.

El Padre Jordán, orador por vocación, entiende de esta manera el arte que profesa, y reúne en su persona, en el grado á que puede alcanzar un hombre que empieza su carrera, sobrecargado, además, con las tareas del profesorado, todos los conocimientos que deben adornar al que ocupa la cátedra del Espíritu Santo. La razón, la imaginación y la sensibilidad colaboran en los discursos del joven sacerdote; y cada una de estas facultades, auxiliada por la ciencia, asoma y descuella en el momento oportuno. La composición del Padre Jordán no tiene soluciones de continuidad, porque todas

sus partes se reúnen sin esfuerzo, presentando en el conjunto pureza en las líneas, morbidez en los contornos, y armonía en todos los detalles.

El Padre Jordán puede disputar con los doctores, esgrimir, aun cuando sea momentáneamente, la espada de Pablo, y verter bálsamo sobre el corazón llagado. El Evangelio ilustra su mente, la filosofía le descubre la verdad, la historia apoya sus especulaciones en la experiencia de la vida de los pueblos, la pintura le presta su paleta, la poesía, en fin, comunica á sus obras la magia del acento inspirado de los bardos.

¡Bienvenida sea esa elocuencia viril, pródiga de sentimiento, ataviada con las galas de la imaginación, en época, como la presente, de realismo y decadencia, en que priva una literatura clorótica, cuyas producciones ocultan la palidez enfermiza con los pámpanos de Baco, el colorete y los lunares postizos de las cortesanas de Luis XIV!





EL DÍA DE DIFUNTOS

APENAS empiece á circular esta hoja, las campanas de los templos anunciarán el funeral de todos los finados. El que está engolfado en las vanidades de la vida, vuelve en sí como despertado por el tañido de los bronces, echa una mirada al camino que deja atrás, lo ve sembrado de sepulcros, su memoria recuerda padres, hermanos y amigos extintos, sus pies tropiezan con féretros, y la ilusión terrena se desvanece como leve vapor en el fondo de la vía dolorosa.

Todo se inclina ante la tumba el día en que unas mismas exequias reúnen en una sola familia á los amos y á los siervos, á los grandes y á los pequeños que profesaron aquella religión que, como ha dicho el poeta, disfruta de la virtud necesaria para ensanchar el corazón de

los vivos, de tal manera que pueda contener tantos suspiros como muertos tiene que honrar.

Hay gentes, escribe el Vizconde de Walsch, que no se ocupan de la Navidad ni de la Pascua, que no celebran el nacimiento y que no confiesan la resurrección de Jesucristo, pero que se ven obligadas á creer en la muerte de un padre, de una madre, de sus hijos acaso....

La visión de Ezequiel referida en el oficio del sábado santo, tuvo su cumplimiento en el Bautismo. Aquellos huesos que se juntan y se revisten de carne, y aquel soplo que los anima y viene de los cuatro vientos, representan los hombres que salen de las sombras de la muerte, y á quienes el Señor les infunde vida nueva por la comunicación con su espíritu, poniéndolos en el camino de la patria celestial.

Transmitida á la familia humana la culpa original, el Bautismo la redime del pecado de Adán, y Jesús vence á la muerte su consecuencia, muriendo en el Calvario y saliendo triunfante del sepulcro abrupto de Arimatea. Profundo es el misterio de esta resurrección, como se los dice á los de Corinto el apóstol Pablo. «Si los muertos no resucitan, escribe, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, porque permanecemos en pecado».

La luz de la resurrección que deslumbró á las santas mujeres que se acercaron al sepulcro del

Salvador, y el testimonio ocular de sus discípulos, son pruebas menos poderosas que los efectos mismos del misterio. Enséñanos el citado apóstol, que lo que se siembra en corrupción, resucitará revestido de incorruptibilidad; que lo que es sembrado en envilecimiento, resucitará en gloria; que lo que se siembra en flaqueza, resucitará lleno de vigor. El primer Adán fué formado en alma viviente, y el postrer Adán formado será en espíritu vivificante.

La semejanza de Dios disfruta como el modelo y el creador de ella misma, de eterna vida. Dios y vida son sinónimos, como son términos opuestos la muerte y la inmortalidad. Por eso la justicia divina premia ó castiga eternamente. La consideración de esa vida eterna de la gloria y de esa vida eterna del dolor, debería anonadarnos. Pero la esperanza consuela y fortalece el espíritu humano. La justicia de Dios que arrojó á nuestros padres del Paraíso, no es mayor que la misericordia que desde el árbol de la cruz, abrió al hombre las puertas del cielo, de que fué aquél como una imagen. Adán, nuestra misma carne, nos pierde; Jesús, nuestro Redentor, nos salva á costa de su sangre. Por eso experimentamos consuelo en vez de desesperación, al meditar en los misterios de la vida y de la muerte. En vez de contemplar en nuestro corazón una tumba con esta inscripción: « ¡Aquí yace la esperanza! »

vemos en él una cuna sobre la cual leemos: «¡Aquí nace y renace la esperanza!»

No necesitan, en el sentir de un Padre de la Iglesia, de nuestras oraciones los que murieron purificados ó descansan en el seno del Señor. La Iglesia ofrece el divino sacrificio y ruega á Dios en general por aquellos que necesitan oraciones y sufragios. Por los que no tienen padres ó amigos que los recuerden, ora también esta madre que á ningún hijo ni á ningún fiel olvida. La esperanza de satisfacer con poco esfuerzo y corto sacrificio la eterna justicia, es otra de las fases consoladoras de este día, consagrado en parte á las almas detenidas en la cárcel del Purgatorio.

Entre los antiguos, los restos del pobre y del esclavo quedaban abandonados y sin honores, hasta que, como observa un escritor francés, la religión cristiana impuso á sus ministros la obligación de velar junto al ataúd del desgraciado, como junto al catafalco del monarca. Dios, dice Tertuliano, ha hecho suya á la nada; y nada es el hombre sin el alma, y nada es el alma sin Dios, cuando, desvanecidas las ilusiones y las grandezas, esclavos y señores tienen que abatir la cabeza para pasar por la puerta baja y estrecha del sepulcro, valiéndonos de la expresión de un tierno filósofo.

Estas y otras reflexiones análogas acudirán hoy á nuestra mente, porque herido el corazón

por el recuerdo, todos tenemos que contar con Gaviria las veces que se ha abierto el sepulcro de nuestra familia. El corazón en apariencia más tranquilo, observaba el natches Chactas al europeo René, se parece al pozo natural de la sábana Alachua, cuya superficie brilla pura y serena, mientras que en el fondo enorme cocodrilo enturbia las falaces aguas.

Si el recuerdo de la propia desventura no nos affige en este día, volvamos la vista á los campos de batalla, al fondo del mar, á los que mueren en brazos de la caridad en el extranjero ó en su misma patria; y como es verdad indiscutible que los suspiros de la muerte disipan en todo labio las sonrisas de la vida, meditemos que en hora más ó menos distante hemos de formar parte también de la comunidad de los finados.

La Iglesia católica ha vertido en las ceremonias de la vigilia de los finados, raudales de sentimiento. La concurrencia arrodillada en los templos, el fervor de las oraciones, las frases inspiradas de los cánticos, el luto de los fieles, la esperanza pintada en los semblantes, el dolor convertido en melancolía, los cirios encendidos en los altares, las flores esparcidas en las losas sepulcrales, todas estas demostraciones, todas estas prendas de la religión y de la ternura de la memoria, hablan al corazón el lenguaje incomparable del amor y transmiten al alma el

resplandor de los que murieron en el Señor. Al influjo de la religión brotan el consuelo del dolor y la vida de la muerte, pues ella lo puede todo, desde fecundar el árido campo del sepulcro, hasta borrar con su aliento la mancha de la culpa.

Unamos nuestra plegaria á la salmodia del sacerdote, que se mezcla esta tarde con los cantos de las aves anidadas en los cipreses de los cementerios, para pedir el descanso de los que pasaron como las sombras, como las nubes, como las olas, sin recibir la bendición que franquea las puertas de la eternidad, recordando que la resurrección de Lázaro apenas es un rayo de misericordia, comparada con la resurrección de los justos en el reino de la verdad.

¡Pensando en los misterios de la muerte, que no tiene otro señor que el que domina la mar, el cielo, la tierra y el abismo, preparémonos á esperarla con el alma limpia, cual el brillante tallado por el lapidario para adornar algún vaso sagrado ó la diadema de alguna imagen de María!



EN EL 21 DE JUNIO

Hay entre los santos uno que es, por decirlo así, el santo de las madres y de los niños.

Referímonos al primogénito del marqués Castellón de Lombardía.

Luis Gonzaga empezó la vida orando y socorriendo á los necesitados.

Inclinado desde pequeño á la vida religiosa, renunció el mayorazgo que le correspondía, en favor de su hermano Rodolfo.

El Cardenal Borromeo, Belarmino y Rivadeneira han encumbrado la santidad de este niño, que, como ángel de paz, aplacaba las discordias; que, como ministro de salud, la llevaba, en forma de consuelo, donde quiera que la peste detuviera el paso.

Amicísimo de la pobreza, se descarnó de

todas las cosas humanas, para dominarlas mejor desde las alturas de la perfección evangélica.

Llámanle los biógrafos espejo de obediencia, humildad, mortificación y prudencia.

Vivió veintitrés años suspendido entre el cielo y la tierra, y de ellos pasó cinco y medio en el seno de la Compañía de Jesús.

Entre las causas que le impulsaron á amar el célebre y combatido instituto, enumérase la ocupación que tiene la Compañía de enseñar á los niños á temer á Dios y de ejercitarlos en las buenas letras.

Consagrado á tan provechosas tareas y preocupado de conservar la pureza, entregó el espíritu al Señor siendo todavía estudiante.

Reputándosele modelo de colegiales y de jóvenes, se le ha instituido patrono de las escuelas.

Todos los años, en el aniversario de su tránsito, se adornan é iluminan los altares de San Luis, esparcidos en las naciones católicas.

Abogado de los niños, á él acuden las madres el 21 de Junio, ofreciéndole las primicias devotas de los tiernos corazones.

La ternura poética de la religión, manifestada en el culto de la Virgen madre y del niño Jesús, protectores benignos de los humildes, los tímidos y los pequeños en el tribunal de la divina justicia, reconoce en la advocación de Luis Gonzaga una de sus más simpáticas creaciones.

Pintores y estatuarios le representan casi niño, embelesado en la contemplación de un Crucifijo, acumulando méritos, para presentarlos á Jesucristo en descargo de las culpas de la juventud disipada.

No es posible observar las reproducciones artísticas de su fisonomía, penitente á la vez que angélica, sin sentirse uno atraído por la rara virtud del mismo original, para nadie más estimable que para aquellos que no habiendo perdido la fe, han prevaricado por descuido, inepticia ó debilidad.

Como azucena de tierra volcánica, crecida entre abrojos, Luis Gonzaga es preciosísima flor, brotada entre ruinas, que con su perfume señala á la inexperta juventud el camino que lleva á la morada del buen jardinero.

El aturdimiento, la independendencia, la curiosidad injustificada, el análisis exagerado, la indiscreción, la soberbia y la petulancia, caracterizan, por regla general, la juventud contemporánea.

Luis Gonzaga representa el reposo, la sumisión, el anhelo de buscar la verdad, la observación inteligente, la modestia y la humildad.

Recordamos, repasando imaginariamente el camino andado, que una sola vez encontramos en la calle, tantos niños como hoy. Pero como entonces las escuelas no eran muchas, no debieron ser tantos en realidad los que vimos. Tam-

poco en aquella época existían los medios de locomoción, que actualmente permiten á los niños más distantes aproximarse á los grupos del centro: Tratábase entonces de dar cumplimiento á la disposición superior que ordenaba á las Escuelas del Estado cantar el 25 de Mayo, al pie de la Pirámide conmemorativa, el Himno Nacional.

Ahora se trata de que todas las escuelas, públicas y particulares, canten al pie del ara santa himnos de alabanza en honor de uno de los más acabados prototipos de santidad. En el momento en que nos encontramos, viendo desfilar por entre las montañas rusas, los canteros, las plantas y los árboles del jardín del Parque de Artillería, bañados por el primer sol brillante de este invierno, las niñas de la escuela de las Sacramentarias, con las cabecitas cubiertas de caperucillas encarnadas, que recuerdan la heroína del cuento de Perrault, en la puerta de la Catedral se derraman, como cuernos de la abundancia, los tranvías que llegan de los cuatro ángulos de la ciudad, dejando en la acera enjambres de chiquillos pobre y lujosamente vestidos, sofocados por el abrigo unos, y tiritando de frío por escasez de ropa otros; cubiertos de lana y de seda, con sombreros de paja, paño y terciopelo; con ropas arrugadas, estos que parecen haber dormido sin desnudarse; con los trajes flamantes, aquellos cuyas madres

deben haber pasado la noche desveladas para lavarlos, peinarlos y engalanarlos temprano.

Al tocar la acera se pisan, se enojan, se caen, se levantan, pasan los unos sobre los otros, y éste llora y aquél ríe, y todos penetran en el templo atropellándose como bandada de avecitas que sorprendidas por la tormenta se refugiasen en algún árbol, ó solicitadas por el reclamo de quien las cuida, se apresurasen á recoger la ración de grano.

Penetremos también en el templo atraídos por la fe y los recuerdos de la infancia, que nos complace desdeñar el respeto humano y hacer lo que los necios nos motejan.

La mayoría de las escuelas y colegios católicos, agrupados en el sagrado recinto, espera le llegue á cada uno la hora de la velación. Échanse de menos los educandos del Estado, eliminados de aquel acto por leyes, reglamentos y discursos que les han simplificado la tarea de la vida, exonerándoles del cuidado del alma que les aproxima á Dios. Muchos de ellos recordarán con pena, respirando el ambiente helado de la escuela irreligiosa, los años en que se mezclaban este día con los niños católicos.

El tabernáculo resplandeciente; la imagen de San Luis colocada en un trono albo como la nieve; las cofias blancas del Colegio de Huérfanas; los sombreros de paja del Colegio de la Misericordia; los vestidos grises de la Escuela

de Huérfanas de las Hijas de San Vicente de Paul; las caperucillas rojas de las discípulas del Horfanotrofio del Carmen; los chales transparentes de no sabemos qué otra institución femenina de beneficencia; los uniformes monótonos, en que alternan el azul del paño y el oro de los galones, pertenecientes á las diversas casas consagradas á la educación de varones desvalidos; el conjunto abigarrado de centenares de vestiditos de diversa calidad, de diversa materia y de diverso corte; el entrar y el salir precipitado de los curiosos, el ir y venir reposado de la gente piadosa en las naves laterales, constituyen un cuadro grandioso y animado que no puede dibujar el lápiz, ni colorir el pincel del más diestro de los artistas.

Pasemos del conjunto á los detalles.

Aquella madre que parece agitada, estálo en realidad. La preocupa seriamente el porvenir del hijo arrodillado á su derecha. Lo quiere con un alma inmaculada, con un espíritu cultivado, con un cuerpo sano. Pero teme que el soplo devastador del siglo mancille esa alma, perturbe esa inteligencia, corrompa ese cuerpo. Luis Gonzaga, puro de alma, cuerpo é inteligencia es el refugio natural de aquella madre tiernísima.

Aquella otra madre lleva dos niños; muriéndosele el mayor, le echaron á la puerta el pequeño, y ella hizo voto de criarlo como suyo,

si el cielo le devolvía la salud del primero. Escuchada la ferviente oración, dos hijos cree tener la madre favorecida.

No fijemos los ojos demasiado en esa pobre mujer, que tiene de la mano un niño flaco y enfermizo. Representale esa criatura sinsabores, sobresaltos, amarguras, dolores profundos. Impetuoso el niño como el padre, viene la madre atormentada á pedirle al abogado de los niños que dulcifique sus inclinaciones y modere sus arrebatos infantiles.

¡Cuántas contrariedades ha costado á la madre inmediata, el niño arrodillado á su izquierda! Condenada por sus padres la unión de que es resultado, parece que la persiguiera justicia invisible. Casi perdió la vida al darle á luz, nacióronle moribundos otros hijos, pasa sus días entre amarguras que el esposo le trae, y estrecheces que la fortuna le brinda. La única joya que no ha enajenado es su hijo. En este momento trata de asegurar su posesión, valiéndose del patrocinio de Luis Gonzaga.

Hay otra madre á quien el hijo se le ha entrado por la puerta de la casa. El huerfanito al verla la llamó madre. Desde aquel momento ella fué la madre, el padre, la familia del niño desamparado. Ha correspondido él con delicadeza, con ternura, con cariño acendrado al beneficio recibido. Hoy es la sombra del cuerpo de su madre adoptiva, su sostén en las horas de

desfallecimiento, una ilusión anticipada de los días trabajosos de la ancianidad. La madre pide á San Luis que premie los beneficios del niño.

Distráennos de la observación emprendida, las madres que pugnan por sujetar á los chiquillos, que tienen en las venas azogue en vez de sangre, el murmullo casi inarticulado y graciosísimo de los niños que rezan fervorosamente en voz alta, algún rumor de rebelión contra el orden, formado por los últimos de la escuela de plantón, el preludio de los instrumentos y de los cantos infantiles.

Ahora no se trata de la oración individual, sino de la plegaria en común, que se alza para pedir la felicidad espiritual de la infancia y de la juventud, al que fué modelo de las virtudes que la producen en la tierra y en el cielo.

Parece que los cantores naturales de la iglesia fueran los niños, como los pájaros son los que convienen con la naturaleza de la selva. El canto de los niños, aun cuando adolezca de imperfecciones, es tierno, puro, angélico. Refieren que entrando unos asesinos pagados para matar á Stradella, en la iglesia en que el maestro ejecutaba su música, se sintieron al punto desarmados. Podría asegurarse que de la misma manera se sentirían desarmados los adversarios de la enseñanza cristiana, si penetraran en este momento en el templo, cuyas bóvedas parecen estrechas para contener los ecos de centenares

de voces infantiles. El clamor de la infancia sería para ellos una especie de revelación de la constante aspiración al cielo de las almas puras.

Las madres, inadvertidamente, forman parte de ese coro, como cuando en las festividades de San Roque le piden la salud corporal de sus hijos. Pero ahora, y en esto se distingue este culto de aquéllos, sólo se preocupan del bien espiritual de sus descendientes. Ellas no contemplan en el momento actual otra cosa que el alma del niño, si no ha salido del hogar, del escolar si ha traspasado sus dinteles, del colegial si llama á las puertas de la Universidad. Por eso es tan tierna, tan poética, tan espiritual, la festividad del 21 de Junio.

Declina el día y todavía llegan niños sueltos, en parejas, en grupos, acompañados por sus hermanos, guiados por los domésticos de su familia. Los canónigos ya han cantado Maitines, y está próxima á retirarse la última escuela que ha velado el Santísimo Sacramento. Entre los acordes del órgano, los cánticos del coro, el humo de los incensarios y los campanillazos de los acólitos cae el velo del Tabernáculo. Así termina la fiesta cuya memoria no se borra jamás de la memoria del católico, retirándose á sus hogares los últimos niños á comentar los episodios ocurridos hasta el año venidero.

PRO ÁFRICA

Como todos los años, el 19 de Julio del corriente visitamos la Capilla de las Hermanas de la Caridad, recién restaurada, enriquecida con un precioso altar gótico, primorosamente tallado por uno de los más renombrados escultores de París, y en ese día engalanada en honor del padre de los pobres, el bendito San Vicente de Paul. Fundó esta Capilla, de orden compuesto, en que predomina el gótico, con sus vidrieras de colores y sus santos transparentes, la primer Superiora de las Hijas de la Caridad en el Río de la Plata, cuyo nombre se lee grabado en la piedra sepulcral que precede á las gradas del Presbiterio. La Hermana Berdoulat, del noviciado de París, hizo su aprendizaje heroico en Esmirna, que es, por decirlo así, la

línea avanzada de las legiones de la caridad francesa. Difundió en Turquía la luz verdadera entre los niños ignorantes, y el consuelo cristiano entre los apestados, y vino á América á fundar colegios y capillas, á asistir, como en Oriente, á los apestados, muriendo en la demanda devorada por el celo de la casa del Señor. Nosotros tuvimos la suerte de experimentar el influjo saludable de aquella alma benéfica y ardorosa, que consiguió identificar su familia espiritual con la nuestra, hasta el punto de que su ternura se manifiesta en la pila bautismal de los recién nacidos, al pie del altar de los que comulgan por primera vez, al lado de los que sufren, junto al sepulcro de los antepasados, abierto algunas veces desde que sus sonrisas se confunden con nuestras sonrisas y sus lágrimas se mezclan con nuestras lágrimas. La veneración por el padre y el amor por los hijos, nos congregan frecuentemente en sus capillas, asilos y colegios, que han sido el semillero de todas las sociedades caritativas de señoras existentes en el país, descontada la oficial de Beneficencia. En este aniversario compartimos la atención entre la ceremonia religiosa, el santuario resplandeciente, el coro que cantaba las alabanzas del Altísimo, el Prelado que hablaba desde el púlpito, y el diácono y subdiácono, que acompañaban al celebrante, ambos de tez morena, de expresión decidida en los ojos y luengas barbas en el rostro.

Los que arrastran la existencia por el mundo, y, caedizos, pagan tributo á las pasiones, si son capaces de comprender y amar la virtud, retrogradando al tiempo dichoso en que eran buenos en limitada medida, aceptan con cristiano regocijo la hospitalidad benévola y ejemplar de aquellos de sus hermanos que supieron vencer las malas inclinaciones. Obedeciendo á este sentimiento fuimos ese día á buscar la paz momentánea del alma, parecida al armisticio de la guerra, en la mansión modesta de los hijos de Vicente de Paul, donde volvimos á encontrar los sacerdotes tostados por el sol que contempláramos en la capilla inmediata. Un involuntario movimiento del corazón nos acercó á los Padres Fernando Ferrién y Luis Boutry. Poseyendo el don de lenguas, común á los que deben bautizar en todas partes en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y esa especie de fluido magnético de la simpatía, poco después de haberles estrechado la mano conversábamos en español como antiguos amigos. El primero, oriundo de la Bretaña, que debe su nombradía á la fe, militó en Roma como voluntario del Papa, antes de consagrarse á Dios. Adjudica el honor de figurar entre los misioneros católicos á la diaria bendición que le concedía Pío IX al entrar ó salir del Vaticano. El segundo, nacido en Normandía, no recuerda haber tenido otra vocación que la eclesiástica. Ambos han predi-

cado el Evangelio en África durante seis años, hasta que, debilitados por las fiebres endémicas, regresaron á Europa á restablecer las fuerzas perdidas para tornar otra vez á sus apostólicos afanes. Corresponsales el uno y el otro de algunos institutos geográficos de Francia, han recibido de la Sociedad de las Misiones Africanas el encargo de recorrer ambas Américas, recolectando fondos destinados á costear la educación especial de los jóvenes que aspiran á seguir las huellas, no borradas por el tiempo, del señor Brésillac. «Es necesario, nos decía el Padre Ferrién, organizar las cosas de manera que las filas abiertas por la muerte, sean cerradas por la vida». Los misioneros de África, cuando no son arrebatados por las epidemias, apenas pueden permanecer tres ó cuatro años en aquellas inhospitalarias regiones. Como los monjes del monte San Bernardo aniquilados por la rarefacción del aire, como las Hermanas de la Caridad consumidas por la fiebre de los Hospitales, ellos pagan el tributo de aclimatación á los ardores sempiternos del sol, á las emanaciones palúdicas de los pantanos, al rocío de las noches pasadas á la intemperie, bajo el pabellón del cielo ó mal defendidos por los árboles de sombra mortífera. Cuando pueden decir que disfrutan de comodidad, habitan chozas formadas de bambúes y hojas de palmera. Desde que el misionero deja á la espalda las costas europeas, queda

como encerrado en una especie de paréntesis formado á la civilización por la barbarie del hombre y la inclemencia de la naturaleza. Solamente el que sabe mirar hacia arriba, puede encontrar en la contemplación del cielo estrellado la esperanza de una vida mejor después de los días breves de su trabajosa existencia.

Á principios de 1856 un Obispo, joven todavía, el señor Brésillac, llegó á Roma, después de doce años de misión en las Indias Orientales, con la idea de consagrar sus desvelos á los pueblos más abandonados del Africa. Creía él que las naciones europeas (olvidaba las americanas), tenían una gran deuda que pagar á esos pueblos, en los cuales, durante largos años, habían hecho la trata de esclavos en favor de sus colonias intertropicales. La Santa Sede entendió que un Obispo y algunos sacerdotes aislados no podían emprender con fruto misiones de esa importancia, y le sugirió la idea de formar una asociación que sería su ejército de reserva. El señor Brésillac concibió inmediatamente el proyecto de fundar el Seminario de las Misiones Africanas, con asiento en la ciudad de Lyon, y el 8 de Diciembre de 1856 dedicó á Nuestra Señora de Fouvières las primicias de la Sociedad, que en seguida tomó sobre sus hombros el Vicariato de Sierra Leona. El señor Brésillac envió dos Padres en el mes de Diciembre de 1858, y él mismo partió en dirección á

Frec-Town, en Marzo del año inmediato, acompañado de otro sacerdote y de un hermano laico. Á la sazón la villa pasaba por las tribulaciones consiguientes á una epidemia devastadora. La muerte se ensañó en dos de los sacerdotes y en el hermano, y el santo Obispo y su Vicario, después de sepultar todos los cristianos, sucumbieron en el intervalo de un día á otro. Pío IX bendijo á los aspirantes del Seminario de las Misiones Africanas, cuando conoció su inalterable resolución de proseguir la empresa del esclarecido fundador. El 5 de Enero de 1861 embarcáronse para Dahomey esos valerosos adalides de la fe cristiana. Reina en este país el espíritu de las tinieblas; y la degradación moral, por tanto, llega á los últimos límites, impulsada por el más grosero fetiquismo. La serpiente, el rayo, la muerte y los ídolos inventados por la ignorancia, son sus dioses. La sangre debe manchar la tierra casi todos los días que el sol la alumbra. Veinte años consecutivos vieron perseverar el apostolado de los misioneros combatidos por el clima hora por hora, y por las epidemias de tiempo en tiempo. Las fatigas y las fiebres mermaron los soldados de Cristo, sin conseguir hacerles volver el rostro al peligro constante. Mientras tanto, los hombres endurecidos por la práctica de la idolatría, rara vez se dejaban convencer, pero no se negaban á confiar sus hijos á los blancos

benéficos. La Sociedad no contaba entonces sino con una sola misión. La Santa Sede le ha confiado después la dirección de un Vicariato y de cuatro Prefecturas Apostólicas en la costa de Benín, el Dahomey, las orillas de Ivoire, la costa de Oro, el Niger y una parte del Delta egipcio.

Novecientos cuarenta niños frecuentan las escuelas de la costa de Benín. Estos establecimientos constituyen la base del apostolado. La nueva generación cristiana está llamada á establecer la unidad de la familia, quebrantada por la poligamia. En Lagos, llamado el Liverpool de África, existe una hermosa iglesia gótica, dos escuelas de niños y un colegio de catequistas y profesores. Los misioneros han tenido que luchar en Puerto Nuevo á brazo partido con el fetiquismo y el mahometanismo. Buena parte del desarrollo moral que felizmente han conseguido se debe á un grupo de abnegadas religiosas, consagradas á la educación de las niñas, que han seguido los pasos del señor Brésillac. San José de Tokpo puede considerarse todavía como un simple ensayo de colonia agrícola. La evangelización de Abéokouta, tanto tiempo suspirada por los apóstoles africanos, está en vía de llevarse á cabo, porque los primeros catequistas han sido perfectamente acogidos. El aspecto de esta región cambiaría en poco tiempo si los católicos europeos favorecieran

ran el establecimiento de escuelas agrícolas. La estadía en Agoué de los misioneros de Dahomey se remonta al año 1874. Mucho han tenido que luchar contra la ignorancia de las masas y el desorden que en ellas introducen algunos libertos del Brasil, que adoran todos los ídolos imaginables; á pesar de llamarse cristianos. Dos escuelas de ambos sexos y dos boticas, administradas por los Padres una y por las Hermanas otra, facilitan medicinas de diverso género á las almas y los cuerpos enfermos. Preocúpanse los infatigables obreros de aumentar las escuelas y de extender su acción á la Costa de Oro y á las orillas de Ivoire, en el Niger. Llámanlos desde allí las compañías de comercio inglesas y francesas, que tratan de ganar riquezas donde ellos tratan de ganar almas. Pretenden multiplicarse también en el Delta egipcio, que con su población de fellahs clama por la luz del Cristianismo, que guió á Oriente á los cruzados, y que las órdenes religiosas han mantenido encendida desde entonces en las villas del litoral. El estudio práctico de la agricultura y de las artes y oficios principales, será también un don fecundo en bienes de todo orden para aquel pueblo laborioso, tal vez destinado á conocer y amar al verdadero Dios, una vez que el bienestar del trabajo correspondido le convida á meditar en quien se lo ha proporcionado.

He ahí el resumen de nuestra conversación

con los señores Ferrién y Boutry, que acababan de referir al Emperador del Brasil, desde el púlpito de la capilla de Petrópolis, esta maravillosa historia de las Misiones Africanas. Conservan los Padres entre los recuerdos de su estadía en África, un diccionario y una gramática de la lengua nago, como también una abundante colección de fotografías, de gran precio para la historia, la geografía, la pintura y el grabado. Las costas de Guinea, los edificios de las ciudades del interior, los templos de la serpiente y de la muerte, la estampa de los naturales en su salvajismo primitivo, el retrato de los mismos después de evangelizados, las fiestas populares del fetiquismo, los sacrificios humanos, los funerales de la muerte, las danzas nacionales, las amazonas, el martirio de un misionero negro crucificado en un árbol, especie de Prometeo africano con las entrañas despedazadas por los buitres, pasan delante de los ojos con la rapidez de las imágenes de un mundo fantástico, entrevisto en la región de los sueños, al hojear las páginas de esos libros preciosos, en que el lápiz y la fotografía suplen con las figuras la elocuencia de las cartas de los misioneros, publicadas en los *Anales de la Propagación de la Fe*. Dominan esa tierra ingrata, sombreada de trecho en trecho por el corpulento boabad, con más murciélagos que hojas en las ramas, la cruz como símbolo de amor y de dulzura, y el misio-

nero como encarnación real de la piedad cristiana, que invade los desiertos y los aduares de los salvajes, llevándoles con la fe el bienestar y la civilización.

Si la Europa no se preocupa de afianzar esa cruz y de multiplicar esos misioneros, antes de un siglo el África será musulmana. Para evitarlo, hasta la fecha, Francia ha dado lo más: ha dado sus hijos. Ahora le toca al mundo dar lo menos: su dinero. No hablamos á los egoístas, para los cuales es lo mismo que un hombre viva desnudo que vestido, en el error que en la verdad, envuelto en la sombra letal de la ignorancia que bañado por la luz vivificante de la sabiduría. Hablamos con los que á pesar de reputar á sus hermanos felices en la miseria, quieren sacarlos del corrompido muladar y conducirlos al campo aereado; con los que á pesar de considerarlos inaccesibles á la virtud y á la cultura, pretenden llevarlos de la obscuridad á la luz, del cautiverio á la libertad, de la muerte á la vida. Los misioneros que penetran en zonas desconocidas, que desecan los pantanos, que abren camino al comercio, que sirven á las ciencias y á las artes, merecen ser acogidos por los que viven dominados por el espíritu práctico del siglo; los evangelizadores que penetran en regiones conocidas del cólera y de la fiebre amarilla, del fetiquismo y de los sacrificios humanos con el único intento de sacar la criatura racional de

la abyección, de la idolatría y del culto de la sangre, convirtiendo por el bautismo y la libertad al esclavo en hombre, merecen, sin reserva de ningún género, las simpatías de los que viven preocupados de la locura sublime de la Cruz. En una palabra: los Padres Ferrién y Boutry, acreditados por la Sociedad de las Misiones Africanas en la calidad de plenipotenciarios de la caridad evangélica cerca de los pueblos del Nuevo Mundo, merecen la más benévola acogida, tanto de los que se ocupan constantemente del bien material de los pueblos, como de los que se afanan incesantemente por el bien espiritual de la humanidad; es decir, merecen la protección de todos, porque su obra civilizadora enlaza los intereses perecederos de la tierra con las aspiraciones inmortales del cielo!



APOLOGÍA DEL SUICIDIO

OBEDIENDO á ineludible exigencia nos vemos obligados á ocuparnos de la enfermedad física ó moral, según el caso, calificada por el abate Desfontaines, con la palabra *suicidio*, inventada por él, porque no existía en ninguna lengua. Y llamamos ineludible al deber que nos obliga á escribir, desde que cada día aumenta el número de suicidas, provocando algunos, por las especiales circunstancias que rodearon su muerte, la admiración de poetas, mujeres, hombres y niños, que, aun cuando en reducido número ahora, pueden propagar una doctrina y una enfermedad altamente peligrosa para pueblos de imaginación meridional. Sumados esos poetas, esas mujeres, esos hombres y esos niños, tiene que resultar como adición moral

una fuerte y heterogénea cantidad de inocencia, error y sentimientos extraviados.

La cruzada comenzó con dos cuartetas escritas en apología del suicidio, y ha continuado con otras dos escritas en defensa de la apología, en las que, más que la perversión moral de quien las ha compuesto, se descubre la paralogización de un entendimiento que no está acostumbrado á nutrirse con la lectura de los numerosos y buenos libros, que sobre fenómenos y enfermedades morales se han publicado en todas partes. Para demostrar que el autor vive presa de la confusión, baste decir que equipara el sacrificio de la vida por nuestros semejantes, con el acto egoísta de privar á los demás del contingente de las fuerzas que pertenecen á la sociedad, sacrificándolas en holocausto al tedio personal que puede producirnos la vida. Por esta razón el poeta se ha permitido incluir el nombre de Jesús en la estadística de los suicidas.

En tan delicada, como importante materia, preferimos dejarnos guiar por los maestros, para volver á establecer la sana doctrina, que en otra ocasión tuvimos el honor de exponer.

«El suicidio, dice Descuret, es un triple atentado contra Dios, contra la sociedad y contra sí mismo, que puede ser considerado en general, como el delirio del amor propio, que hace olvidar los deberes más sagrados, y hasta

el sentimiento de propia conservación, para librarse de padecimientos físicos ó morales que no se tiene valor de soportar».

Antes que Descuret, Napoleón había escrito: «El suicidio es el acto de un jugador que todo lo ha perdido, ó de un pródigo arruinado, y, en vez de ser prueba de valor, denota que carece de él quien lo consuma».

«Á la cobardía cumple, no á la virtud, pensaba Montaigne, esconderse en un hueco, dentro de una tumba, para evitar los golpes de la fortuna».

Rousseau trae estas palabras en el tomo tercero del *Emilio*: «El suicidio es una muerte furtiva y vergonzosa; es un robo hecho al género humano. Antes de dejarle, devuélvele lo que por ti ha hecho. *Mas yo soy indiferente á todo, de nada sirvo en el mundo...* ¡Filósofo de un día! ¿ignoras por ventura que no puedes dar un paso, sin hallar algún deber que cumplir, y que todo hombre, por el mero hecho de existir, es útil á la sociedad?»

«En el suicidio, afirma Debreyne, como en todos los crímenes, el hombre-espíritu es esclavo del hombre-animal. Así que, es de notar, que el suicidio pasa al estado de epidemia moral en los siglos que se distinguen de los otros por el mayor desarrollo de la industria, y por consiguiente de la vida sensual, pues entonces los que gozan demasiado se fastidian, y la desespe-

ración afile el puñal ó prepara el veneno para aquellos que no pueden gozar».

El suicidio es un atentado contra Dios, porque él usurpa, dice un moralista, los derechos del Soberano dueño de la vida y de la muerte. Él es quien ha dado la vida, el movimiento y el ser á todo cuanto respira debajo del sol: de consiguiente, el hombre no puede mirar la vida como un bien del que pueda disponer á su antojo: es un depósito que se le ha confiado, y por lo tanto al dueño del depósito corresponde retirarlo cuando lo juzgue conveniente.

El suicidio es un atentado contra la ley de Dios, porque, continúa el mismo moralista, esta ley es la ley de la naturaleza grabada en el corazón de todos los hombres, que les obliga invenciblemente á huir de la muerte y de todas las causas destructoras de su ser.

El suicidio, prosigue aún el escritor que citamos, desvía al hombre del deber para con Dios, que ha señalado obligaciones que llenar en todos los días de la vida del hombre, sea para consigo mismo por medio de la religión, sea para con sus semejantes por varios conceptos sociales.

El suicidio es un crimen contra la sociedad, afirma un pensador, porque Dios no nos ha creado para nosotros mismos, sino también para nuestros semejantes. La sociedad recoge al hombre al salir del seno de la madre, le cría, le educa, le alimenta, le viste, le da la existencia

intelectual y moral, en una palabra, le procura toda clase de ventajas en una época en que él es incapaz de hacer nada por ella. La deuda contraída por el hombre con la sociedad, no puede quedar satisfecha sino por el empleo, en favor del acreedor, de toda la vida.

El suicidio, por último, es un crimen contra sí mismo, porque aquel que muere quebrantando la ley de Dios, libre y voluntariamente se expone al peligro de ser sumamente desgraciado, merece serlo; porque es cruel y criminal consigo mismo. Él sabe, ó debe saber, que está destinado á ser dichoso ó desgraciado por una eternidad, conforme haya llenado ó no los deberes que Dios le impone. Ahora bien, él debe razonablemente juzgar que todavía no ha llenado sus obligaciones, desde que cada día hay nuevos deberes que cumplir. Por tanto, acortando los días de su vida, elude el cumplimiento de la ley divina.

Establecidos con claridad estos principios, valiéndonos para ello de altísimas consideraciones y de autoridades indiscutibles, pasaremos á ocuparnos rápidamente del error que existe en confundir el sacrificio por nuestros semejantes, con el homicidio infecundo de los que, devorados por un amor enfermizo, van á buscar á los que amaron, abriéndose con una pistola, la entrada de la región misteriosa de las almas.

«Algunos escritores modernos, según el célebre Descuret, encomiaron el suicidio; llegaron á decir que la Escritura Santa justifica ese acto tan antirreligioso como antisocial; y, citando la muerte de Sansón, pusiéronla sin vacilar en el número de los suicidios. Mas al querer partir Sansón la suerte de los filisteos, sacrificóse como lo hicieron después los héroes de quienes hemos hablado; éstos fueron nobles mártires del patriotismo, y Sansón fué más que ellos, fué mártir de la fe de sus padres. Su muerte, la de Eleazar, la de Santa Pelagia, que se arrojó de lo alto de una casa para sustraerse al infame tratamiento que le reservaban sus verdugos, la muerte, en fin, de tantas otras víctimas de la idolatría, no pueden considerarse como actos voluntarios producidos por el tedio de la vida, como el homicidio de sí mismo. Sólo es culpable de suicidio el que, con menosprecio de todos sus deberes, obra libremente con intención de destruirse, mas no el que al practicar una bella acción, halla la muerte en el camino».

El poeta argentino, apologista del suicidio, ha ido más allá que los apologistas de Descuret, colocando á Jesucristo, el Salvador de la humanidad, en el número de los desgraciados que atentan contra la propia existencia.

Las exigencias del consonante suelen sobreponerse á las exigencias del raciocinio, sacrificando los poetas, en este caso, la armonía de la

verdad á la melodía del verso. Si las libertades poéticas revelan pobreza de ingenio en el rimador, las libertades de pensamiento revelan pobreza de espíritu en el poeta. ¡Con cuánto dolor del corazón de quien le ama, los labios suelen repetir, en presencia de ciertas discordancias morales, las palabras con que Jesús trataba de disculpar ante el Eterno Padre, la ceguedad de sus enemigos!

Hemos dicho anteriormente que el suicidio es una enfermedad física ó moral, y ahora agregamos, que en vez de irritar las llagas del alma, convicne propagar en la sociedad los medios de curarlas, ya sean materiales ó religiosos. Dejando de lado los que se refieren á la melancolía, que suele reconocer causas físicas, fijémonos en el tedio de la vida, que suele reconocer causas morales.

«Los autores más juiciosos, escribe el ya citado Descuret, no han vacilado en sentar que el enflaquecimiento de las creencias religiosas, es la causa más inmediata de las muertes voluntarias». El remedio de este mal consiste en fortalecer esas creencias, en retemplar el espíritu abatido, descansando en el seno de la religión, en beber en la fuente de la verdad y la vida. Si no hacemos esto, mucho tiene que temer la sociedad argentina, desde que empiezan á sentirse en ella los síntomas de una epidemia suicida. «Cuando la moral pública, dice Esquirol,

cuyos escritos consultamos siempre, cuando las amenazas de la religión no ponen freno alguno á las pasiones, el suicidio debe ser mirado necesariamente como el más seguro puerto contra los dolores morales y contra los dolores físicos». En efecto, las amenazas de la religión, para los que no la conocen ni creen en ella, no tienen el poder bastante para desviarlos del abismo, y por eso debemos pensar seriamente en educar al hombre, para enseñarle á amar y respetar lo único que puede servirle de freno, si las pasiones lo precipitan, de guía, si sus sentimientos lo extravían, de maestro, si su ignorancia llega hasta el punto de considerarse dueño y señor de su voluntad.

Acabamos de leer un libro de Emilio Prax, recientemente publicado en España. El autor es un librepensador que piensa, y que por tanto, pronto dejará de ser libre, es decir, abandonará la pretensión de que la razón humana es independiente. Su libro se llama *El Suicidio*, y está escrito con el noble propósito de combatir los extravíos del dolor. Ocupándose de esas penas que justifican el suicidio ante los ojos del poeta argentino, trae estas palabras, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores: «¿Has perdido un ser amado, un hijo, un esposo, una madre? ¿Oyes cariñosos acentos que te llaman de las tumbas? ¿Has perdido, quizás, cuanto amabas, amigos, familia, amores? ¿Está tu

vida llena de espinas y de cruces? ¿Aquellas manos ya no estrechan las tuyas? ¿Ya no te acarician aquellos ojos? ¿No te hablan aquellos dulces labios? ¿Nada deseas en la tierra? ¿Sufres un lento suplicio? ¿Habitas en un mundo de hielo?... Lloras, y guarda en el pecho tus recuerdos religiosos, y sentirás que también se ama en el cielo... Sí... ama á tus muertos queridos... No... no los olvides, entrégate á tu dolor, deja que te hiera. Nada temas. Cuanto más te cebas en la desgracia, más breve será la prueba, más pronto agotarás la copa... Vertiendo llanto sobre adoradas memorias, vélanse los nombres de los sepulcros y cicatrízanse muchas heridas».

Antes de poner punto final á estas líneas, sin confundir los móviles que pueden llevar á los hombres hasta el suicidio, queremos recordar á los que nos lean, para evitarles la tentación de incurrir en el extravío que canta el poeta, que el remedio para el tedio de la vida, que se recomienda y celebra con líricas estrofas, fué el único que le sugirió la desesperación al mayor malvado de la historia: ¡Judas fué suicida! Pero no por haber vendido á Jesucristo, el hijo del Dios vivo, Dios verdadero también, ha sido disculpado el postrero y nefando crimen del discípulo traidor. El pecador buscó en el suicidio un remedio proporcionado á su remordimiento, sin comprender que lo único que existía

infinitamente mayor que su crimen, era la divina misericordia, en cuyo seno vivimos, y en cuyo seno debemos morir todos, pero especialmente los que cruzan la tierra abrumados por el peso de la tribulación.



EL DUELO

NADIE niega que el duelo es fruto de una preocupación social; pero casi todos se inclinan ante la costumbre, como si las malas costumbres merecieran el sacrificio de una convicción fundada en la moral y la razón.

Muchas de las preocupaciones que malefician la humanidad subsisten porque una especie de cobardía, el miedo de ponerse en pugna con el fantasma vano de la opinión, detiene el brazo de los que pueden combatirlos.

El espíritu de moda, la aceptación tácita de ideas falsas y el silencio de los que no deben ocultar la verdad, sirven de causas eficientes á las epidemias morales, á cuyo desarrollo contribuye también la literatura enfermiza.

Madama de Stael acarició en su juventud la

idea del suicidio; y más tarde, cuando la razón ejerció en ella todo su imperio, confesó que la lectura del *Werther* ha producido más suicidios en Alemania que todas las mujeres de ese país. Plutarco, citado por Descuret, refiere que el ejemplo de una joven de Mileto que se dió muerte, produjo una serie de suicidios, que obligó al Senado, para evitarlos, á ordenar que fuese expuesto á la vergüenza el cadáver de todo el que atentase contra su vida.

Napoleón, con aquella intuición profunda que le era característica, comprendió, con motivo de haberse suicidado dos granaderos de la Guardia, la necesidad de contener el desvarío que parecía dominar las cabezas de algunos de sus soldados; y en la orden del día (22 floreal del año X) hizo publicar estas hermosas palabras: «El granadero Gaibón se ha suicidado por causas amorosas: por lo demás era guapo soldado... Es el segundo caso que en el mes ha sucedido en el cuerpo. El primer Cónsul manda, en su consecuencia, que en la Orden de la Guardia se consigne que un soldado debe saber vencer el dolor y la melancolía de las pasiones; y que tan valiente es el que sufre con constancia las penas del alma, como el que se mantiene firme ante la metralla de una batería. Abandonarse al dolor sin resistir, matarse para sustraerse á él, es abandonar el campo de batalla antes de haber vencido».

Los ejemplos y las viriles palabras que acabamos de citar, prueban la necesidad de combatir las preocupaciones, y de fortalecer á los espíritus débiles en los momentos supremos en que el mal ejemplo los desvía del recto camino.

El duelo es bárbaro por parte de padre y de madre. Nacido en Escandinavia penetró en Alemania, en Francia, más tarde, y después en España. Aun cuando antes de la invasión de los bárbaros era conocido en el Norte de la Península, después de la invasión se generalizó. Prevalció en España el duelo merced á las justas, torneos y combates singulares. Los reyes, si no le pusieron coto, trataron de morigerarlo, hasta que Fernando é Isabel lo prohibieron. La justicia ordinaria tuvo que intervenir, no obstante, para castigar á los duelistas. Las Pragmáticas de Felipe V y de Fernando IV establecieron nuevas penas é imaginaron medios exquisitos para evitar el duelo. (Ley 2, tít. 2.º, libro 12, *Nox. Rec.*)

El desafío ó duelo, según las citadas Pragmáticas, causa infamia, y en su consecuencia el desafiador, el que admitiere el desafío, los padrinos y los que llevaren cartcles, pierden por este hecho los oficios, rentas, honores y encomiendas que tuvieren, y quedan inhábiles para obtenerlos en adelante, y además incurren en la pena de alevos y perdimiento de bienes. Si el desafío ó duelo llegase á tener efecto, saliendo los desa-

fiados ó alguno de ellos al campo ó punto señalado, aunque no haya riña, muerte ó herida, serán castigados con pena de muerte y confiscación de todos sus bienes, cuya tercera parte debe aplicarse á los hospitales del territorio.

Tal es la legislación vigente sobre el duelo, caída en desuso por la falta de aplicación.

En una causa, citada por Escriche, sobre perjuicios demandados por una madre, cuyo hijo fué muerto en desafío, el Fiscal apreció el duelo en estos elocuentes términos: «En mi opinión, dijo, el suicidio es un atentado: el hombre pertenece á la tierra por su cuerpo, y á Dios por su alma, y no tiene derecho para destruirse antes de tiempo. Además: si cualquiera puede matarse, podrá también válidamente decir á otro que le mate, ya suplicándolo á un amigo, ya pagando á un mercenario: el suicidio es la mitad del desafío: en aquél se dispone de la propia vida; en éste de la propia y de la ajena».

«El duelo, escribe un sabio jurisconsulto, es *contrario al derecho natural*, porque todos los animales están organizados para conservar su vida, y á todos les lleva el instinto á velar por su seguridad. Es *contrario al orden social*, porque en todo Estado civilizado cada cual se debe á la defensa común; y la vida de cada uno pertenece al príncipe y á la patria, y nadie puede disponer de su persona, ni exponerse siquiera á los trances de un combate á muerte sin necesi-

dad y sin ventajas para su país. Es *contrario á la religión*, porque ésta prohíbe al hombre ofender, herir ó matar á su prójimo: al revés, le ordena perdonar las injurias. Es *contrario á la razón*, porque el ofendido, so pretexto de obtener justa reparación de una injuria, sale muchas veces herido ó muerto, y su adversario victorioso añade, por toda satisfacción, un asesinato á un ultraje, y un crimen á un delito. Es hasta *contrario á las leyes del honor*, porque si el honor prescribe al ultrajado pedir una justa satisfacción al ultrajante, también le prohíbe que se tome esa satisfacción por un medio que á la vez reprueban el derecho natural, la ley civil, la moral y la religión».

El barón de Saint-Victor propuso en Francia, en 1820, para extirpar el duelo: «1.º Prohibir la profesión de la esgrima en cuanto á la educación civil, modificarla en cuanto á la educación militar, é impedir, por medio de una severa disciplina, que ese arte fuese dirigido contra franceses; 2.º, cambiar la denominación de *punto de honor* en la de *punto de insulto*; 3.º, hacer dar palabra de honor á todos los militares y empleados de que en su vida apelarian al duelo; 4.º, declarar deshonroso é infamante el acto de batirse; 5.º, excluir de los empleos y de las reuniones particulares á cuantos faltaren á su palabra de honor; 6.º, asimilar los delitos cometidos en duelo á los que castigan las leyes

civiles y criminales; 7.º, infligir irrevocablemente la pena de muerte á los que la hubieran dado, en menoscabo de las leyes, de su juramento y de su honor».

El profesor Tiberghien, adversario del desafío, ha dicho que toda violación de la ley moral debe ser apreciada bajo cuatro puntos de vista. «Considerado el duelo bajo el punto de mira del deber individual, es, según él, un acto de sumisión á las preocupaciones y pasiones, que sustituye la razón por lo arbitrario y casual; mirado por el de los deberes naturales, resulta un menosprecio de la vida física y de las leyes de la naturaleza; contemplado por el de los deberes sociales, como no se puede tomar la justicia por propia mano, salvo en casos de legítima defensa, ni reemplazar el derecho por la fuerza ó la destreza, importa el desprecio de la ley de la autoridad social, que tendería á conducir á la sociedad al estado de barbarie; juzgado por el de los deberes religiosos, es una falta de confianza en Dios, un desprecio de la ley que prohíbe el homicidio, con ó sin consentimiento, porque la vida no está entregada al arbitrio del individuo, y porque es, además, una falta de fuerza moral para reparar el honor».

El mismo profesor, fundándose en que el pretexto del duelo es la colisión de deberes, manifiesta la necesidad de constituir un tribunal especial, *un Jurado de honor*, para dirimir las

cuestiones individuales relativas á la dignidad moral.

El duelo, que es un combate regular entre dos personas, en presencia de testigos ó sin ellos, previo reto de palabra ó por escrito, no es para nosotros otra cosa que un crimen premeditado. Las condiciones concertadas para morir ó matar no despojan al hecho de su gravedad, ni atenúan la responsabilidad del duelista. Una riña impremeditada es disculpable, hasta cierto punto, porque, generalmente, es fruto de un movimiento incontenible de la cólera.

La sangre no limpia las manchas de la honra. Ella, por el contrario, mancha las manos limpias. El duelista, como la heroína de la tragedia de Shakespeare, llevará hasta la tumba, pegada á la piel, la sangre de su muerto adversario, sin que baste para borrarla toda el agua del mar.

La preocupación que induce á los hombres á la venganza ó al combate personal, es más ó menos temible, según el origen, el estado social, y la educación de los pueblos.

Entre las reliquias de la Conquista que el nuestro conserva, se cuenta la afición de los caballeros españoles á desnudar la espada, transmitida en la madre patria al majo, educado en la plaza de toros. El facón es hermano legítimo de la navaja sevillana.

Nadie ignora que la mortalidad natural de los Hospitales no debe pasar del doce por ciento.

En el Hospital General de Hombres de esta ciudad ha llegado al catorce por ciento el año pasado. Detengámonos un momento en la siguiente tristísima observación, sacada por persona inteligente de la Estadística de 1875. «La mortalidad de los argentinos, dice, debe llamar la atención, pues ha sido doble que el término medio, es decir, 28 0/0; en los italianos apenas llega á él; en los españoles apenas lo excede, en los franceses ha llegado al 10 0/0, y en los ingleses al 8 0/0. El exceso de la mortalidad en los argentinos debe atribuirse, en parte, á las heridas graves, y también á que no acuden al Hospital sino en casos extremos».

De lo que acaba de leerse resulta que existen en Buenos Aires dos males endémicos que afectan especialmente á la población nacional: la desidia y un falso sentimiento del honor, que se traduce en riñas y heridas mortales.

Ahora bien: si no queremos aumentar el fuego de la hoguera, es decir, autorizar el mal con ejemplos que por venir de personas acomodadas é influyentes han de ser imitados, debemos reaccionar contra la preocupación del duelo y consagrarnos seriamente á la educación del pueblo.

Mucho debe temerse de la propagación del desafío: él, para los hombres dedicados al servicio público, podría llegar á ser una verdadera tiranía; pero, sobre todo, mantendría vivas las

pasiones de nuestro pueblo, desenvueltas por las luchas sangrientas en que hemos sido actores ó espectadores.

Además: si la justicia ha de repartirse equitativamente en nuestra República, ¿con qué derecho se condenaría al gaucho al servicio de las fronteras, para hacerle purgar las cuchilladas que él diera á su adversario en la pampa, si á los habitantes favorecidos de las ciudades se nos concediese la libertad de repartir estocadas á los que nos ofendieren?

Aprendamos á guardar la lengua, confiemos á la justicia la defensa del honor, despreciemos la ofensa ligera é injusta, ofrezcamos nuestro aprecio al ofendido sin razón, ejercitemos el raro coraje de desdeñar las preocupaciones antes que la muerte, y tendremos entonces el derecho de llamarnos hombres honrados y viriles ciudadanos.

El único altar en que la sangre tiene olor agradable, es el altar de la patria.



CREMACIÓN

ENTERRAR los muertos es obra de misericordia y costumbre cristiana. Por eso el paganismo moderno trata de suprimir tan piadosa práctica. Disfrázase la intención con las exigencias de la higiene, interesada en impedir la infección del suelo y el contagio de los vivos. Para él el cementerio no es el «campo santo» en que la Iglesia recibe y reúne los muertos de su comunión, ni tampoco el «dormitorio», donde el cuerpo descansa de las fatigas de la vida.

Focos de contagio y viveros del cólera son ahora los cementerios; y los cuerpos de nuestros hermanos, depositados en el seno materno de la tierra bendita, recompensan la piedad con que conservamos sus tumbas, emponzoñando el agua que bebemos y el aire que respiramos.

¡Arrojémosles, entonces, del campo del reposo, y en vez de rociarlos con agua bendita, empapemos con petróleo los restos de nuestros padres y de nuestros hermanos!

Escuchemos, sin embargo, los consejos de otros sabios, que no ven en el petróleo el preventivo de los males que puede ocasionar la putrefacción cadavérica.

Mohr ha publicado en un periódico alemán un estudio contra la combustión de los cadáveres, fundada en razones deducidas de la observación minuciosa de las leyes de la naturaleza.

Quemando, dice, los cadáveres en una hoguera descubierta, el fuego desarrolla gases de repugnante olor, y lo mismo acontece quemándolos en urnas cerradas. Para impedir el desarrollo de esos gases, la temperatura de los hornos de cremación debe ser tan elevada, que destruya todas las materias orgánicas, hasta reducir el cuerpo á cenizas.

Una combustión tan completa no produce sino ácido carbónico, ázoe y agua, y estos tres cuerpos carecen de olor y de color. Aun cuando es posible construir un aparato que nos dé este resultado, la operación no es fácil ni barata.

Siemens ha construído en Dresde un horno muy complicado, en el cual un profesor inglés ha quemado y reducido á cenizas, en cincuenta y cinco minutos, un cerdo de doscientas veintisiete libras de peso. La operación no produjo

ni gas ni humo. Si es posible quemar de esta manera un puerco de más de nueve arrobas con cuero y cerda, ¿cómo no ha de ser posible quemar del mismo modo á un descendiente perfeccionado del mono de igual espesor?

Empero: la ciencia protesta fundadamente contra la combustión pagana de los cadáveres. La cremación destruye el amoníaco que sirve para la formación de los cuerpos y le descompone en ázoe y agua. La destrucción del amoníaco es una cuestión de importancia vital, porque él forma una de las partes constitutivas de la tierra. Ignoramos cómo se produjo, sabemos destruirle, pero no podemos reconstituirlo. El amoníaco es convertido por la planta en albúmina; de la planta lo toma el animal, y transformado en sangre, músculos y nervios vuelve, por medio de la descomposición del cuerpo, á incorporarse á la tierra y al aire. El amoníaco constituye un capital que no es susceptible de aumento ni disminución, á pesar de las evoluciones del animal. Sin embargo, la combustión inodora destruye completamente el fecundo caudal del amoníaco. Es cierto que ese caudal es inmenso y que podría dilapidarse por el espacio de siglos sin que se echara de menos su disminución. Pero es cierto también que su pérdida sería perceptible y lamentada después de algún tiempo. Nuestros antepasados reputaron inacabable la madera de los bosques, y

ahora sentimos los efectos de su falta de provisión con el encarecimiento del combustible y con las inundaciones devastadoras, consecuencias naturales de la tala impremeditada de las selvas. La falta de combustible y el aumento de su precio sólo pueden estimarse en los lugares en que la industria se ha desarrollado considerablemente, en los países fríos y en el hogar del pobre. Además: el caudal del amoníaco sufre sisas considerables con la fabricación de la pólvora. La pólvora contiene un 75 % de nitro, y el ácido nítrico que contiene el nitro, fórmase en la tierra por la oxidación del amoníaco. El ázoe puro, que constituye casi el 80 % del volumen del aire atmosférico, no tiene ninguna participación en la formación del nitro. El amoníaco solamente suministra la materia prima. El nitro puede transformarse de nuevo en la planta en albúmina y amoníaco, pero no éste, que se quema en la pólvora. En la combustión se descompone la pólvora en ácido carbónico y ázoe acidificable, el cual se mezcla con la atmósfera, sin influir en el crecimiento de las plantas. Un disparo cualquiera representa una pérdida de substancia necesaria para la vida. Agréguese á esto la combustión inodora de los cadáveres, y, necesariamente, en el curso de los tiempos, se advertirá una disminución sensible del amoníaco, que producirá, necesariamente también, una disminución de

los seres vivos. La pólvora y la cremación inodora, que son dos invenciones que no forman parte del plan de la naturaleza, van á ponerla en apuros para reemplazar las pérdidas que le causen.

—¡Bah! pueden contestar los partidarios de la cremación, mejor es arriesgar la supuesta pérdida del amoníaco, que ser emponzoñados indudablemente por los miasmas de los cadáveres.

Mohr niega, en tesis general, que los miasmas epidémicos provengan de los cadáveres. El contagio del cólera, de la escarlatina, de la viruela y del tifus, se produce de vivos á vivos, junto á la cama del enfermo, en la misma convalecencia, ó usando las ropas de los apestados. Es sabido que los sepultureros escapan generalmente á la acción de las epidemias. No negamos, porque sería absurdo pretenderlo, que la buena higiene de los cementerios no debe jamás descuidarse, pero no podemos menos de recordar que la India Oriental, el país de la combustión de los cadáveres, es asimismo el país originario del cólera.

La cremación de los muertos no puede tener lugar, en ningún caso, sino después de comprobado el fallecimiento. Es menester que antes que ella se efectúe, los cadáveres permanezcan sobre la tierra el tiempo necesario para obtener esa prueba, y por consiguiente, el muy sobrado

para la propagación de los miasmas. Esto acontecerá si no se pretende que apenas el hombre cierre sus ojos sea conducido de su lecho de muerte al horno encendido. ¿Ó se quiere llevar la fortaleza del espíritu hasta el punto de despreciar la suposición racional de que existan muertes aparentes? ¿Ó se trata de que las capillas de observación se conviertan en crisoles de cadáveres y huesos? Si esto es así, desaparecería de la tierra el temor que abrigamos de ser sepultados vivos, como también desdeñaría el envenenador la desconfianza de ser descubierto, porque el fuego borraría la huella de su crimen. Los venenos vegetales y algunos de los minerales no dejan rastros, ó si los dejan son inciertos, en las cenizas de los cuerpos consumidos por el fuego.

La institución de la pesquisa cadavérica no presentaría garantías para comprobar la muerte por intoxicación, porque el envenenamiento no puede conocerse sino rara vez por la simple inspección ocular. Son de universal notoriedad muchísimos casos en que, después de bastante tiempo de enterrados, los cadáveres, por medio del análisis, revelaron el secreto de atroces crímenes, cuyos perpetradores fueron ejemplarmente castigados. Es sabido también que la inspección cadavérica ha servido para justificar la memoria de algunos que aparecieron voluntariamente muertos, y que, sin embargo,

habían sido bárbaramente asesinados. Por esto los criminalistas deben oponerse tenazmente á la cremación de los cadáveres.

Si se tratara solamente de la salud de los vivos tendrían algún valor las razones de los partidarios de la cremación inodora, en todos los casos en que conviene evitar los miasmas de la putrefacción animal. Pero ¿cómo se haría para quemar de esa manera las bestias muertas, las basuras de las poblaciones, los cadáveres de los campos de batalla y las víctimas de las grandes epidemias?

Se habla también de la infección del suelo. Nunca se ha percibido olor de cadáver junto á una tumba debidamente abierta y debidamente cerrada. La sepultura es el purificador más seguro, como lo han demostrado, no hace mucho tiempo, los campos de batalla franco-prusianos. El suelo, cubierto de plantas y enlazado por raíces, activa continuamente la oxidación: es una especie de horno que convierte las materias orgánicas en ácido carbónico y amoníaco, que las plantas vivas absorben inmediatamente. Por esto es muy conveniente cubrir los cementerios de árboles, plantas y hierbas, prefiriendo los que la experiencia ha demostrado que poseen mayores propiedades de absorción. En el campo de batalla de Metz, donde fueron enterrados, durante el verano, millares de cadáveres, no se ha percibido el más leve

miasma, á pesar de que las sepulturas no fueron hechas con sujeción á los reglamentos vigentes en los cementerios europeos. La desinfección con ácido fénico, cloruro de cal, y otras sustancias no produjo el mismo resultado. Á pesar de haberse empleado en la operación muchos hombres y mucho dinero, esos líquidos no penetraron en las masas. La única y eficaz desinfección es la lenta combustión de las materias animales en el *humus* activo de la tierra. Este efecto es tan poderoso, que el agua estercolada pierde su hedor tan luego como es absorbida por el suelo.

De conformidad con estas y otras razones, la ciencia verdadera reprueba la cremación pagana, la reputa contraria á la naturaleza, porque es como un robo hecho á la tierra, y afirma finalmente, que es inútil, costosa, y en muchos casos de imposible realización.

Solamente el espíritu de novedad puede inducir á personas, tenidas por buenas y discretas, á aceptar después de la muerte el aniquilamiento de la materia, empleado antiguamente como castigo infamante, para no dejar siquiera rastro de un ser malévolo.

El instinto de la propia conservación llega al punto de que haya gente desgraciada, que se niegue á entrar en un hospital, temiendo el descuartizamiento del anfiteatro. Rara persona consentirá en que se practique en el cadáver de

un dendo querido, la autopsia necesaria para que el médico se dé cuenta cabal del secreto de su muerte. La piedad que busca los medios de conservar los restos de los finados, ofreciéndoles decoroso albergue, y el cariño que les proporciona ataúd mullido, almohada, flores y coronas, jamás se resignarán á verlos entrar en los hornos destinados á quemarlos, achicharrarlos y reducirlos á cenizas, como á los puercos con que se ensaya la fuerza del aparato crematorio.

Scurati, en su libro *Si es lícito quemar los muertos*, ha insertado una lámina que ahorra comentarios. El testigo ocular que la ha dibujado, ha descrito también la escena que representa, valiéndose de estos términos: «Apenas el calor hizo sentir su efecto, el cadáver se movió como si sufriese horriblemente; los brazos se contrajeron por la acción de la llama; las piernas se abrieron y encogieron de una manera deforme, y el rostro presentó la más rara expresión. Después de la hendidura del cuerpo y de la explosión del gas producidos por la llama, un olor acre hizo nauseabunda é imposible la inmediación del horno. Me produjo tal impresión esa escena espantosa, que muchos días después no podía evitar un sentimiento de pavor si recordaba el horrible espectáculo».

Recomendamos ese dibujo á la madre que alguna vez haya amortajado el cadáver de un hijo; á la mujer que se haya estremecido como

sensitiva, pensando que el cuerpo de su compañero pasaría de las manos indiferentes de los conductores á los encallecidos por el oficio del sepulturero; á las prometidas de los célibes que han tomado la cremación como materia de moda, y á las esposas de los casados que se han propuesto purificar la tierra de las emanaciones de sus restos mortales. Puede asegurarse, desde luego, que no habrá una madre, una esposa, un alma piadosa, en fin, que acepte semejante monstruosidad, semejante profanación, consintiendo en que los objetos de su amor sean quemados como las basuras de las ciudades.

La familia cristiana rechaza horrorizada la suposición de ver á sus dodos retorciéndose en una hoguera, á la manera de esos animales de cuya ponzoña no se creen libres los que les temen sino cuando los ha consumido el fuego. Tan vivo es este sentimiento en algunos pueblos del norte de Europa, que los padres llegan hasta el punto de arrojar de su casa á los hijos que se inscriben en el registro de la incineración. Esta medida violenta ha dado lugar á que algunas de las mujeres desamparadas, que no estaban escudadas por severos principios de moral, se inscribieran después en otros registros repugnantes.

Entre las sátiras que ha inspirado la cremación en los Estados Unidos, se cuenta ésta:

«los acompañantes de los muertos se alejan de los hornos, en las mañanas de invierno, calientes y con el apetito avivado por el olor de la carne asada». La sepultura cristiana no inspira epigramas sino, por el contrario, sentimientos elevados y pensamientos piadosos. La solemnidad del lugar, el sepulcro recién abierto, la presencia del sacerdote, el recogimiento de los circunstantes y las plegarias de la Iglesia llenan el alma de consuelo y los ojos de lágrimas. ¡Quiera el cielo que sobre nuestros despojos mortales caiga tierra y sobre la tierra agua bendita, alzándose nuestro sepulcro á la sombra de la cruz, árbol santo de esperanza y de vida!



UNA ESTATUA DE ALONSO CANO

Cox el título *El Gran Arte Cristiano*, acaba de darse á la estampa en París un libro formado de los artículos de la prensa diaria, encaminados á celebrar un acontecimiento artístico. Había aparecido primero en la vidriera de Goupil, y había sido exhibida después en los Campos Elíseos, con motivo de la Exposición de Bellas Artes aplicadas á la Industria, una estatua, que no alcanzaba á medir un metro, copiada por Zacarías Astruc en la Catedral de Toledo, representando al estático y estigmatizado San Francisco de Asís. Comenzó el renombre de esta obra de arte, ahora famosa, porque al verla Alejandro Dumas exclamó: «Esa alma ingenua, verdaderamente grande, convierte al Catolicismo». Las reproducciones del modelo

de Astruc habían sido hechas en mármol, bronce y madera por Cristofle, adjudicándoles los inteligentes mayor mérito á las practicadas en esta última substancia. Astruc, pintor, escultor, músico, literato, autor del *Romancero del Escorial*, prepara en este momento, para dar á la prensa, un libro titulado *El Romance de San Francisco*, que tiene por objeto referir menudamente los esfuerzos que le costó el empeño de copiar la estatua de Cano, escondida en el tesoro de la Catedral de Toledo, para evitar tentaciones á los visitantes y que pase á otras manos que las de los buenos canónigos, que la custodian como dueños, como artistas y como españoles celosos de las glorias de su patria.

Alonso Cano nació en Granada en 1601 y fué contemporáneo, y creemos que hasta pariente de Bartolomé Murillo, pues si no estamos equivocados, hemos leído que para costear éste un viaje para visitar á aquél, con motivo de algún acontecimiento de familia, hizo tres copias de un busto de la Inmaculada Concepción, destinadas á América, de las cuales hemos visto dos ejemplares en el valioso Museo pictórico de la casa de Torre Tagle de Lima. Aun cuando semejantes por el talento y la sangre, parece que no lo eran por las costumbres, pues de Cano se dice que no fué trigo limpio, mientras que de Murillo se recuerda á cada paso su piedad,

que le llevaba hasta purificarse en el tribunal de la penitencia y á acercarse á la mesa eucarística siempre que tenía entre manos alguna obra notable. Hija tal vez de esa preocupación fué la calumnia que levantaron al escultor granadino, achacándole la muerte de su esposa. Cano tenía el cabello negro, y á la desgraciada consorte le encontraron en una de las crispadas manos un puñado de cabellos rojos que pertenecían sin duda al criado de su esposo. Parece que la infundada acusación y las pesquisas consiguientes llevaron á Cano á un convento, donde, se dice, como tantas otras cosas á su respecto, que inspirado por los libros y la vida de los monjes, esculpió la estatua de San Francisco.

Como hemos hablado de contrastes, no queremos dejar de decir que se ha considerado por muchos rivales las escuelas de Cano y de Murillo; y la mejor prueba de ello es que tratándose de levantarles un monumento común en Sevilla, se presentó un proyecto que simbolizaba la disparidad de sus inclinaciones, colocando de espaldas las estatuas, la de Murillo con los ojos clavados en el cielo y la de Cano con los ojos fijos en la tierra. La crítica española está dividida en este juicio respecto de Murillo. Sánchez, en su estudio *Los Museos de España*, dice que Murillo «copia la naturaleza sin tratar de ennoblecerla»; y Malpica, en su libro *El Arte*

Moderno de la Pintura, asegura que «contemplando cualesquier paño de Murillo, entre sus pliegues y ondulaciones surge la idea de la inmortalidad, prisma al través del cual él veía la naturaleza con fe profunda. Ante esta elocuencia pictórica, agrega, inclinen la cabeza rendidos todos los fríos naturalistas del Universo».

No conocemos de Alonso Cano sino obras en que la forma está sometida al espíritu, mientras que conocemos de Bartolomé Murillo el cuadro realista de los tiñosos y el cuadro místico de la Concepción, que sirvió de tema al Padre Moya para elogiar la pureza de María. Pero á pesar de esto afirmamos que si al través del arte realista no se descubren sino las miserias humanas, emanadas de la fatalidad, según el sistema filosófico naturalista, que le sirve de base, ése no fué el arte que cultivó Alonso Cano. Comparada su escuela y su estilo con la escuela y el estilo de Murillo, tal vez se arribaría á una conclusión exacta, diciendo que el artista granadino era más humano y más angelical el artista sevillano. Por lo que conocemos de Alonso Cano, entendemos que él dejaba adivinar el espíritu por el cuerpo, y por lo que conocemos de Bartolomé Murillo que él dejaba adivinar el cuerpo por el espíritu, pero que ambos tenían por ideal la belleza suprasensible.

Todos saben que así como Italia ha desco-

lado en las esculturas de piedra y Francia en las estatuas de bronce, España les ha disputado la palma en las imágenes labradas en madera. Según Passavanta, director del Museo de Francfort, estas esculturas se han distinguido por la gravedad de los caracteres y la grandiosa sencillez de los paños. Caracteriza las esculturas españolas del siglo xvii la pintura y el dorado, que pulimentaban los artistas por un procedimiento especial, cuyo secreto parece haberse perdido enteramente. Particularizándose Passavanta con Alonso Cano, (á quien la crítica francesa ha llamado el Miguel Ángel español) dice que fué el discípulo más distinguido de Montañés, y que ocupa en la escultura el mismo rango que Murillo en la pintura sevillana. Sus esculturas, prosigue, sobrepujan en delicadeza de dibujo y en belleza de forma, así como en el procedimiento del estofado, á todo lo que España ha producido en este arte, siendo tan delicada la expresión de las cabezas de sus vírgenes, que excepcionalmente se les encuentra semejantes en las obras de sus compatriotas.

Entre las obras célebres de Alonso Cano se cuenta la muerte de San Francisco, que posee la Academia de Pintura de Madrid, una efigie de San Pedro Alcántara, que existe en la Catedral de Granada y una estatua de San Antonio de Padua. La iglesia de los extintos Recoletos de Buenos Aires ostenta en su altar mayor

una imagen de San Pedro Alcántara del mismo, regalada por uno de los monarcas de España al convento que enriqueció con su patrimonio nuestro compatriota Fray Francisco Atolaguirre. Un obrero inteligente descubrió hace poco esa joya, que una mal recordada tradición aseguraba que existía, y cuyo paradero consta en alguno de los catálogos artísticos de España. El Cura Párroco se puso sobre la pista del tesoro al escuchar la propuesta que se le hacía para enajenar aquel *Santo viejo*. Parece que se empleó bismuto en la preparación de la pintura de las manos y el rostro, porque éstas, sin duda por la influencia del tiempo ó la humedad, están completamente negras.

El escultor, y esto nos arraiga en la creencia de que Cano no era extraño á la mística, ha bebido inspiración en las obras de Santa Teresa de Jesús, de quien San Pedro Alcántara fué confidente, pues ha reproducido en la estatua los rasgos principales del retrato trazado por la pluma elocuente de la inspirada escritora de Avila. «Era muy viejo, decía ella, cuando le vine á conocer, y tan extrema su flaqueza que no parecía sino hecho de raíces de árboles». Si el Cura á cuyo cargo está el templo del Pilar hubiera aceptado la seductora propuesta que se le hizo, Buenos Aires lloraría á estas horas la pérdida de la estatua de Alonso Cano, como llora el original del cuadro representando á

Jesús con la cruz á cuestas, cuya copia se ve hoy en el altar mayor de nuestra Catedral, pues el artista á quien se le permitió restaurarlo devolvió gato por liebre.

Aleccionados por parecidas hazañas, los canónigos de la Catedral de Toledo no dejan ver siquiera el San Francisco de Alonso Caño, y cuando consintieron, después de muchas idas y venidas, en que lo copiara Astruc, accedieron á condición de que había de trabajar en presencia de dos testigos. El robo del San Antonio de Murillo de la Catedral de Sevilla ha acabado de abrir los ojos á los guardianes de las obras inmortales del arte cristiano español.

Visitando pocos días antes de empezar el año la magnífica exposición de objetos de bronce de Manigot, tropezamos con la copia de Astruc de la estatua del santo esposo de la pobreza, que tuvo á Jesús por modelo, á Buenaventura por discípulo, al Dante por poeta, á Murillo por pintor, á Cano por escultor y á Cervantes por devoto, representado por el arte tal cual lo describe la Iliada Franciscana, valiéndonos de la expresión empleada por la señora Pardo Bazán, para calificar *I Fioretti di San Francesco*, que es una especie de romancero del solitario de Alvernia y uno de los primeros monumentos de la lengua italiana. La mayor parte de los que frecuentaban la exposición á que nos referimos, pasaba delante de la copia de Zacarías

Astruc, que tanta curiosidad había despertado en París, con parecida indiferencia á la que demuestran los visitantes de la Recoleta, en presencia del original de Alonso Cano colocado en el último cuerpo del altar mayor.

Entrando, poco después, una noche al claustro franciscano, cuya visita nos recuerda siempre el tiempo en que éramos estudiantes, encontramos sobre la mesa del pequeño retablo de la Concepción, que está á mano izquierda, la estatua que había desaparecido de casa de Manigot. Apenas contemplamos al pobre de Cristo repetimos mentalmente estas palabras que se leen en los oficios del jueves santo. «He ahí que vimos que ya no tenía hermosura ni majestad: éste llevó nuestros pecados y por nosotros padece». El autor de *Frate Sole*, celebrado por Ozanán en sus *Poetas Franciscanos*, con la cintura ceñida por la cuerda que simboliza el cabestro de la naturaleza animal, despojado de todo lo que pudiera recordar al antiguo cantor y al antiguo penitente, pareciónos un hombre nuevo, ó mejor dicho, el trasunto fiel de Jesucristo, que allá en un collado de los Apeninos, durante la cuaresma de San Miguel Arcángel, en el día mismo de la Santísima Cruz, reprodujo en sus manos, pies y costado, las cinco heridas principales de la crucifixión, á las cuales alude [el Dante con estas palabras del canto II del *Paraíso*:

Nel crudo sasso, intra Tevere ed Arno
De Cristo presse l' último sigillo,
Che le sue membra due anni portarno.

Alonso Cano ha representado á San Francisco de pie, con el rostro moreno paralizado por el éxtasis del espíritu, con las manos ocultas entre las mangas del hábito y descubierta la llaga del costado. «Ya nadie se atreve á pintar á San Francisco, dice Ayala en su tratado de *El pintor cristiano y erudito*, sin estos divinos caracteres. Alejandro IV, por las cartas que escribió á los Obispos de León, reprimió la audacia de los que tal cosa intentaron». Refieren los biógrafos del Santo, que durante la cuaresma de Alvernia «tuvo patentes ante sus ojos dos luces, una de la noticia y conocimiento de sí mismo, otra de la contemplación y conocimiento del Creador, y que veía alternativamente el abismo de la infinita sabiduría, bondad y poder de Dios, y lo profundo y lamentable de su villanía y miseria». Este no es el momento reproducido en la imagen de Alonso Cano. Su creación parece convenir con ese otro estado que sucedió á la impresión de las llagas, y que *I Fioretti* describen de esta manera: «Habiendo desaparecido la visión admirable, después de mucho tiempo y secreta conversación, quedó el corazón de San Francisco inflamado en ardiente llama de amor divino». Los detalles físicos de

la estatua, entre los cuales hemos mencionado el color del rostro y la disposición de las manos, demuestran, como va á verse, que Alonso Cano ha calcado su obra sobre las referencias de *I Fioretti* y de Fray Elías en la carta en que participó á los ministros provinciales la muerte del fundador. Refiriéndose aquéllas á las demostraciones de que fué objeto el estigmatizado de Alvernia, dice: «Oyendo la gente de la comarca que por allí pasaba, todos pedían verle, hombres, mujeres, niños y viejos, y todos con grande devoción se disputaban la dicha de tocarle y besarle las manos; y no pudiendo el Santo negarse á la devoción de las gentes, aunque llevaba cerrada la palma de la mano para ocultar las santas y sagradas llagas, *procuraba, además, cubrirlas con la manga*». «Cuando vivía y su espíritu animaba su carne, escribe el Padre arriba mencionado, era de aspecto y semblante despreciable, porque las penitencias y enfermedades habían vuelto su piel *pálida y denegrida*, y todos los miembros de su cuerpo con la fuerza de los dolores y continuos achaques, estaban maltratados, y de la contracción y encogimiento de los nervios, rígidos é intratables como lo están los de los cuerpos muertos».

Conviene recordar que en sus últimos días, cuando Francisco no cesaba de cantar el himno á las criaturas que había compuesto, pidió per-

dón á su cuerpo de haberle maltratado tanto en provecho del espíritu. Conocida la preferencia que él dió al alma sobre el cuerpo, claro es que no debe sorprendernos el predominio del espíritu en esa portentosa naturaleza, revelado también por la concepción magistral de Alonso Cano, cuya magnificencia nos explicamos por el estudio detenido del carácter de San Francisco, y la observación, á la luz de la mística, de los milagros operados por la fe en el cuerpo y el alma del Serafín de Asis.

Trayendo á la memoria no solamente los prodigios de que da testimonio la historia del santo admirable que, por gracia especialísima, fué condecorado por el cielo con los estigmas gloriosos del mártir del Calvario, sino también las hazañas realizadas en las naciones civilizadas y bárbaras por la Orden franciscana, á la cual el mundo debe tantas bendiciones, hemos experimentado desconsuelo en presencia de esa efigie, porque carecemos de la paz del alma en que abundaba el modelo cuando su cuerpo soportaba las mayores mortificaciones. Nos consideramos menos que reclutas en la lucha de las pasiones, que cuenta á Francisco entre los grandes capitanes que vencieron y humillaron la soberbia humana. Para nosotros ese mendigo sublime fué uno de los más grandes potentados, porque poseyó el cielo mientras vivió, y disfrutó de él después de muerto.

El San Francisco de Alonso Cano es como una evocación de San Francisco de Asís. De la misma manera que está representado recorria ásperas sendas debilitado por la abstinencia, maltratado por la disciplina, cargado de humillaciones el que enseñaba á ser blando con el prójimo, el que amparaba al necesitado, el que albergaba al mendicante, el que asilaba las almas combatidas, el que llevaba en el alma el sello de la santidad y en el cuerpo los estigmas de la cruz. Esa escultura portentosa nos conduce á dos montes lejanos, al Tabor y á Alvernia. En el primero vemos á Jesucristo transfigurado, y en el segundo contemplamos á Francisco transfigurado también; allá la gloria del Eterno, aquí el martirio del Hijo de Dios; el resplandor de la eternidad, la sombra de la muerte; Jesús revestido del esplendor divino, Francisco revestido de la ignominia de Jesús. La caridad, hija del amor, la pobreza, hija de la abnegación, la humildad, hija del abatimiento, humillando la carne y exaltando el espíritu han muerto al hombre y hecho renacer el ángel en Francisco. Fijémonos todavía un momento en esa humanidad transfigurada, y volviendo la espalda, y echando á andar en un camino lejano y brumoso, veremos también á Francisco á la cabeza de una legión interminable de nobles abatidos, de plebeyos exaltados, llevando los unos mitras en la cabeza,

los otros libros en las manos, éstos cadenas y grillos despedazados en los pies, aquéllos coronas en la frente, que desfila por el camino de la pobreza al sacrificio y á la gloria.

Una parte del efecto producido en París por el San Francisco de Cano pertenece, indudablemente, á su mérito intrínseco; pero la mayor parte del éxito corresponde al contraste que forma la elevación de concepto del arte del siglo xvii, con la mezquindad de propósito de las obras de nuestros días. Esos grandes artistas que se llamaron Murillo y Cano se remontaron hasta el cielo, y los contemporáneos que pintan y esculpen se arrastran en la tierra. ¡Aquéllos fueron águilas y éstos son caracoles, que no liban la miel, sino que muerden las flores de la eterna belleza, dejando en la tierra en vez de un rastro luminoso la huella viscosa de su baba!



LA MUJER DE PILATOS

RECORRIENDO el Evangelio se adquiere el convencimiento de que la mujer hebrea aventajó al varón de su misma raza, en el amor á Jesucristo, reconociendo en él, desde el principio de su misión, al libertador de la humillada hija de Eva.

Cuando muerto Lázaro, el divino maestro vino á Betania á realizar el prodigio de la resurrección de su amigo, Marta y María saliéronle al encuentro y exclamaron: «¡Si vos, Señor, hubieseis estado aquí, él no habría sido sepultado!»

El amor y la fe volvieron á la vida el cuerpo de Lázaro, que ya hedía en la tumba, convidando con la presa á los gusanos.

Las mujeres de Jerusalén contemplaron albo-

rozadas la entrada triunfal, en la ciudad del Profeta, del descendiente de David, aclamado por los mancebos y los ancianos, desgajando los árboles del camino, arrojándole flores, y extendiendo ante su paso los mantos de sus vestiduras talares.

Hallándose Jesús en casa del leproso Simón, Magdalena se llegó á él, y postrándose á los pies del Salvador, derramó en ellos un ánfora pequeña de alabastro, rebosante de bálsamo de nardos, símbolo en tal momento de la unción del cuerpo que debía ser enterrado.

Cuando cargado con la cruz de nuestros delitos marchaba penosamente hacia el Calvario, á despecho del populacho, seguíanle también, refiere San Lucas, una multitud de mujeres que lloraban su desventura.

Jesús, volviéndose á ellas en momento tan patético, así como había elogiado antes la piedad de Magdalena, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vuestros pecados y los de vuestros hijos, porque vendrá día en que se exclamará: dichosas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron».

Herido el pastor, disperso el rebaño, en el trance terrible en que el crimen quedaba consumado, un grupo tiernísimo rodeaba la cruz del Salvador. «Se hallaban de pie, escribe San Juan, junto á la cruz, su madre, la hermana de

su madre, María, madre de Cleofás, y María Magdalena».

Encerrado Jesús en el sepulcro flamante de Arimatea, las buenas mujeres no le abandonaron: habíánle ofrecido en homenaje de su dolor sus lágrimas sinceras; lleváronle después las flores que embalsaman las tumbas queridas. «En la noche del sábado, dice San Mateo, cuando empezaba á rayar la aurora del primer día de la semana, fueron á ver el sepulcro María Magdalena y la otra María».

La mujer, amorosa y fiel, se mostró compasiva en todos los pasos de la Pasión, representando la fuerza moral en el drama de la humana redención.

Pilatós fué, indudablemente, entre los jueces que entendieron en el proceso de Jesús, el único que le compadeció; pero, al mismo tiempo, fué el más cobarde de todos, pues á pesar de estar convencido de la inocencia de la víctima, la hizo azotar, entregándola después, bajo la presión popular, á los verdugos que la crucificaron en el Gólgota.

Refiere la crónica, que acusado Pilatos por los samaritanos á causa de la dureza con que los trataba, fué llamado á Roma á dar cuenta de sus actos gubernativos. Expatriado después, puso término á sus días el año 33 de la era cristiana, siguiendo las huellas del traidor Judas.

El Prefecto de Judea tuvo por compañera

una mujer mencionada por el evangelista Mateo en estos términos: «Y hallándose Pilatos en el tribunal, envió á decirle su esposa: no te mezcles en la causa de ese justo, porque hoy he padecido mucho en sueños por él».

Siempre nos ha interesado esta figura, apenas esbozada en el cuadro grandioso de la Pasión. Aun cuando se le adjudican pocas palabras, bastan ellas para dar á comprender la decisión de su carácter, intérprete en ese momento de misteriosa revelación.

Pilatos despierto, con los ojos abiertos, vió menos que su esposa dormida, con los ojos cerrados.

La narración del Evangelio sobre la inspirada mujer que interrumpió el acuerdo del juez, para hacer llegar á sus oídos su interesante y urgente misiva, inspiró al Miguel Ángel del grabado moderno, á Gustavo Doré, uno de sus cuadros más hermosos.

Veamos el sueño de la mujer de Pilatos.

Reina todavía la obscuridad de esa noche ignominiosa, que la aurora retardada parecía negarse á alumbrar, por no hacer más patente el parricidio que iba á consumarse.

Forma el escenario un gran patio, cuyas columnas apenas se perfilan en el primer término. Esfúmase el edificio progresivamente, hasta desvanecerse las líneas en el espacio abierto del fondo.

A la izquierda del espectador, vese una escalinata de piedra, que se supone conduce á la habitación de la mujer de Pilatos, comunicando al mismo tiempo la planta baja con la alta del palacio del pretor romano.

Un ángel ha conducido á la mujer del Gobernador hasta las primeras gradas de la escalinata, alumbrando esta parte del cuadro con la luz fosfórica que irradian los espíritus celestes, y que el evangelista del sábado de la Semana Magna compara con la luz del relámpago.

Contempla absorta la vidente con los ojos de la mente, porque los del cuerpo los tiene cerrados, el mayor acontecimiento que han presenciado los siglos.

Parece que á pesar del sueño que la embarga, quisiera darse cuenta cabal de que existe, porque se palpa la cabeza febricitante, buscando por medio del tacto la conciencia de sus actos.

Jesús está en medio del patio circundado de enemigos airados, que le empujan, le escarnecen y le hieren con los puños. Como encarnación de la palabra apostólica, dulce, tranquilo, reposado, él domina las turbas descompuestas é iracundas, congregadas allí por la voz del infierno. Basta mirarle para reconocer la inocencia y la santidad de la víctima escogida.

Como satélites del astro divino de la redención humana, confúndense en el segundo término los fundadores y los mártires de la Iglesia

cristiana, pululando en el tercer plano los Sacerdotes, los Obispos y los Papas, llamados á constituir en el futuro la corte gloriosa del Crucificado.

Envuelto en los velos sombríos pero transparentes de la noche, en la parte superior, un coro angélico adora la cruz del Calvario, cuyos fulgores circundan el abatimiento y la exaltación del Salvador, combinándose con la aureola del conductor de la mujer de Pilatos, hasta formar la única y tenue luz que baña el cuadro entero.

Podríase ponerle alguna tacha á esta composición reputada original, pues jamás fué tratado el asunto. Consiste el defecto en la académica actitud de la persona de Jesús. Pero sírvale de disculpa al autor la dificultad de reproducir el ideal del que era Dios y hombre verdadero. Los más encumbrados ingenios artísticos han tropezado en el mismo escollo. Apenas han podido aproximarse á ese ideal los pinceles de Murillo. Las únicas imágenes del Salvador que, por regla general, satisfacen al creyente ilustrado, son aquellas que le representan agonizante ó muerto, con los rasgos de la divina fisonomía desfigurados por el dolor humano.

Cada vez que meditamos en la Pasión del Salvador, buscamos el grabado de Gustavo Doré, para explicarnos el sueño misterioso de la mujer de Pilatos.

El aviso interior que ella recibiera, y la convicción de la inocencia de Jesús que él suscitara en su ánimo, interponiéndose entre el juez y la víctima como alma justa y amorosa esposa, rodean á la heroína de las simpatías de las almas generosas que apenas habían reparado en ella leyendo el Evangelio.

Reproducido incesantemente el martirio del Salvador, pues día á día se le traiciona, se le vende, se le escarnece, se le crucifica, reproducense también la fe de Marta, el fervor de las Madres de Jerusalén, la solicitud de la esposa de Pilatos, la fidelidad de las amigas que acompañaron á María en el Calvario, la piedad de las santas mujeres que llevaron flores al sepulcro del Salvador, y á quienes vemos gimiendo entre las turbas, azotado el rostro por la luz cárdena del relámpago, en el momento de la agonía, y alumbradas por el dulce fulgor de la resurrección, al alborear la mañana del primer día de Pascua.

Con fundamento parecido al que impulsaba al poeta latino á augurar la perdición de Roma, porque la mujer había llegado á corromperse, se puede predecir la salvación del mundo moderno, porque la mujer ha reformado sus costumbres.

Muchas de las que lean estas líneas sobre el sueño de la mujer de Pilatos, recordarán que alguna vez aconsejaron á sus esposos obcecados por el error, que no tomaran parte como jueces

cobardes, ni como testigos falsos en el proceso inicuo que la calumnia fraguaba contra la Iglesia de Jesucristo.

¡La mujer, arrancada por el Cristianismo de la abyección pagana, aun esclava en las regiones en que él no ha penetrado, no debe separar sus ojos de la misteriosa visión de la esposa de Pilatos, formada por Jesús escarnecido, los herederos de su testamento espiritual que le suceden en el sacrificio, los mártires que riegan con sangre las huellas de sus predecesores, la larga generación de los Pontífices, que marcha detrás de ellos, y los ángeles que dominan las alturas coronadas por la cruz, cuya lumbre, disipando las sombras de la impiedad, descubre esa inmensa espiral histórica con la base en el tiempo y la cúspide en la eternidad!



LA PRENSA DIARIA

ACTIVA y entrometida, aparece antes que la luz, y como la luz penetra en todas partes. Maestra, educa; erudita, enseña; patriota, ama el país; ella es la biblioteca del pobre y la pizarra de la Bolsa del rico; ríe aquí, llora allá; murciélago, bate las alas en la sombra; águila, se cierne en el espacio; campana de alarma, tea de discordia, vehículo de ideas; clava de Hércules para el mal; palanca de Arquímedes para el bien; chuza del indio que siembra la muerte en el campo cristiano; lábaro de la fe, enseña de la civilización, escudo de la sociedad; profunda y ligera, medita y baila; declama como el histrión; llora como las plañideras; órgano de la Iglesia, tambor del teatro, viuda desolada y risueña bayadera; arado que abre el surco á la

semilla, azada que abre la sepultura al cadáver, caos y armonía, eso, todo eso es la prensa, como vamos á verlo.

Henos aquí en el gabinete de lectura de un club, donde sobre la mesa, revueltos á trechos y ordenados de cuando en cuando, miran hacia el cielorraso los nombres de todos los papeles públicos de una ciudad imaginaria. Á falta de mejor ocupación, recorrámoslos.

—Empecemos por el que parece más viejo. Vivir mucho y saber mucho son sinónimos; pero se puede vivir mal y saber lo que sería mejor ignorar. De ese diario se podría decir lo que de la gaviota, que cuanto más vieja más loca. La antigüedad le da derecho á cierta popularidad dañina. El muy marrullero se cuele en las casas echándola de viejo venerable, pero una vez que está dentro se pone más verde que un pepino. A pesar de aproximarse para él el día de ceniza, vedlo en pleno Carnaval, cubierto de polvos de oro, bailando en torno de muchachuelas, como los marqueses viejos de las óperas bufas.

—Esta otra gaceta es de más fresca data. Apenas puede leerse. Parece que la prensa no quisiera fijar bien los conceptos que propaga, como el hombre que desconfía de sus palabras, baja los ojos y el tono de la voz. Si le lanzáis á ese diario una guinda, os responderá con una piedra de la calle. La lectura que contiene se refiere á crímenes horribles, y es comida de car-

cel que produce el escorbuto á los que no están acostumbrados á semejantes salazones. Sus redactores saben poco, y lo poco que saben lo trompetean mucho. Con un cincuenta por ciento de pedantería y otro cincuenta por ciento de raspaduras literarias, ese diario ha subido hasta las nubes y ha bajado hasta las cloacas. ¡Vegetaciones de pantano producidas por el calor de la borrasca, que caen desmayadas apenas se restablece la calma en la naturaleza!

—Parece aquel diario el mejor de la nación. La redacción se pasa de seria y raya en lo monótono, creyéndose intérprete de religiones, ciencias, artes, oficios y otras hierbas. Contiene agradable lectura, usa lenguaje moderado, conserva las formas en la polémica, informa bien á sus lectores de lo que pasa en el mundo, y, en fin, ha vivido y vivirá larga vida, porque reconoce como base el respeto mutuo, ideas morales, tendencias saludables, aun cuando se crea más de lo que es, y se equivoque más de lo que cree. Al pie de su bandera no se perciben las aromas del pensil, pero no se aspiran tampoco los miasmas de la carnicería. Leyéndole con frecuencia, produce algunas veces el efecto del beleño, sin que el narcotismo de sus páginas pueda compararse al sueño eterno. Es un diario honrado que ha hablado con sinceridad, que ha servido al país, que ha defendido la inocencia, que no ha abusado de su fuerza, y por ello crece, y por

ello vivirá hasta cuando no exista ni memoria de otros que le aventajaron en momentánea popularidad.

—Este otro es un pontón cuya cala sirve de archivo á los documentos oficiales y á los discursos de las autoridades inferiores, que digieren de corrido los ratones de á bordo.

—Abandonada del pueblo esta otra hoja inédita, se ríe á sus solas cuando amenaza con el pueblo á algún gobierno ó algún vendedor de rábanos. La musa que inspira al escritor sin lectores, se parece al cardenal de las barberías antiguas, rezagadas en algunos barrios distantes de la ciudad: canta solamente para su dueño. Bien puede describir suicidios, raptos, escándalos; su vocecilla no llega hasta los demás oídos humanos. Aun suponiendo que reforzando su fuerza, llamase en su ayuda á alguna de las moscas que se preparan para producir el grano malo picando en las novelas de Zolá, el infeliz innominado no podría conseguir que lo nombrasen. Hijos de la obscuridad, una noche interminable los envuelve con su manto de sombras. ¡Dejadlos soñar hablando, pues de todas maneras, víctimas que al nacer recibieron en herencia la gangrena senil, descansan en paz!

—Ha fallecido este otro diario que nadie ha desdoblado. Hijo de las circunstancias, vino á la vida escandalizado á escandalizar. A éste pego, á éste no quiero, pocos se le escaparon.

Enfermedades morales, llagas, suicidios, adulterios, infanticidios, bancarrotas, cárceles, patíbulos, hospitales, inclusas, sangre y muerte aglomerados, apiñados, producen náuseas. Las conversaciones de presidiarios y verdugos no pueden ser el pan nuestro de cada día.

— Prefiero el diario-gacetilla, especie de comadre de las ciudades que vive con un pie puesto en la oficina pública y la oreja en la bocallave de la casa del vecino, para presentar, amarrados con el lazo del ingenio, la noticia política y el chisme doméstico. La especialidad de la hoja impresa que recorro con los dedos, es la misma del tonel de las Danaides. Por esos tamices pasan, como bagatelas, las materias más graves, mezcladas con paja picada y pétalos de cardo seco.

— La estatua inmediata á la sastrería de Pasquín y la no menos renombrada de Marforio, descubierta en el foro de Marte, escogidas por los romanos para fijar en ellas las amenazas, insultos y epigramas contra los particulares y el gobierno, se habrían escandalizado de prestarse á sostener ese papelucho que se tutea con el garito, la cárcel y los caños maestros. No busquéis en él la sátira profunda del inglés, la línea ridícula del caricaturista francés, la sal cáustica del ático italiano. Ateo en religión, fanático en política é impolítico en sociedad, es capaz de imitar á los mendigos exigentes, que

desconfiando de la eficacia de las súplicas para obtener dinero, empiezan por enseñar los miembros crónicamente llagados y acaban por insultar á quien no les tira el bolsillo conmovido por la vista de las úlceras. Semejantes gacotas desempeñan en medio de sus congéneres honrados, el papel del cajoncillo que en las tiendas sirve de depósito á los recortes de los géneros y las mondaduras de las frutas, á los restos de lo servido y á lo íntegro de lo asqueroso, en medio de los cajones de las sederías de Francia y de los terciopelos de España.

—Todo lo que tiene de maligno el pasquín anterior, tiene de tonto este correo de vanidad femenil que asoma en el otro ángulo de la mesa. Catálogo de liviandades, de afeites y perejiles, de modistas y perfumistas, ignóralo todo y no enseña nada. La inteligencia pierde su penetración apenas se fija en esa especie de almohadilla rellena de piltrafas de versos y de flores secas, capaz de embotar la agudeza del Dante. Sobre esta hoja, apunte de la ropa nueva y lavada de señoritas conocidas y desconocidas, inventario de las gracias y desgracias de ángeles y diablos, crónica necia de fiestas vanas como el humo y la espuma, debería escribirse: *aquí empieza el reino de la nada*. El vacío, que todo lo devora, tiene también sus órganos de publicidad. Dejemos pasar el periódico de la moda y de la nada.

—Preséntase un diario híbrido; no está afiliado en ningún partido, no profesa ninguna religión, y no carece de cierta elegancia en el vestido, aun cuando se note la tendencia de salir del camino trillado más por extravagancia que por originalidad. Él cree que su redacción es una especie de Areópago, en el cual los frequentadores se convierten de la mañana á la noche en sabios y maestros, sin que para ello intervenga ciencia alguna, ni el Espíritu Santo por de contado; discute á la manera del día, cogiendo las cuestiones unas veces por los pelos y otras veces por el hábito, que es como agarrar el rábano por las hojas. La redacción vive en guerra abierta con la gramática, lo que no impide que á veces la cite contra el pelo, como es natural, dada la enemistad que los divide. En *Los Polvos de la Madre Celestina*, el protagonista, don Junípero Matraca, introducido en el antro de la bruja, se pone á leer las profecías del año, que lo entretienen hasta el punto de no advertir que los pies de la silla crecen y le levantan á proporción que aumentan de longitud. Algo parecido ocurre al redactor de ese diario. Apenas se acerca al pupitre y empieza á escribir sus... *profecías*, comienza á sentir que le crecen las patas á la silla, y á elevarse hasta las cabrillas. Cuando á semejante altura llega, ya no mira á los pobres mortales, se contempla á sí mismo, y espera que le acerquen con caña el

memorial para hacer descender la lluvia sobre los campos.

—Le llega el turno al *come-jesuitas*, engordado con el fruto de la difamación del sacerdote. Sabe el pro de su tesis; no conoce el contra: sabe herir y matar, pero ignora cómo se escudriña y busca la verdad; por eso confunde principios eternos con hombres mortales, y generaliza defectos particulares, y achaca á la Iglesia el mal que percibe por fas ó por nefas. Vive dando pábulo á las nuevas afrentosas, á la deshonra, al juego, al asesinato, al suicidio, exhibiendo los misterios de las almas atribuladas y de las conciencias delirantes, al son de la misma música contra la religión. Baraja á cada paso los nombres de Enrique VIII y de Voltaire, y la prisión de Galileo y la matanza de los hugonotes... Mil veces derribadas aquellas figuras de su pedestal, y otras tantas desvanecidas las calumnias forjadas sobre esos hechos, vuelve á la carga con el vigor primitivo, reproduciendo la mentira enfáticamente. Su palabra no participa de la energía de la verdadera indignación, ni tiene la fuerza de la maza descargada sobre la cabeza del caballero justador, ni es el venablo, lanzado con mano certera, que traspassa el pecho del adversario. El poder del escritor reside en la verdad, y la eficacia de su misión depende de la autoridad moral de su persona. ¿Puede disfrutar de ese poder y de esa fuerza

el bufón de la corte ingertado en el asesino de la encrucijada, que maneja al mismo tiempo la lengua del Rigoletto y el puñal de Sparafucile?...

Nadie pretende que el hombre, en trances apurados, deje de alzarse airado, porque es instintivo en quien padece quejarse ó defenderse. Desde la víbora maligna que pisada pica, hasta el perro fiel que maltratado muerde, todos los seres animados, inofensivos y dañinos, tienen su momento de cólera ó de indignación. Pero lo que no es comprensible es que existan en la prensa individuos á quienes el interés mantenga perennemente prevenidos y armados contra personas y principios determinados, parecidos á esos seres menguados que esperando con cierta probabilidad algún encargo infame, para infundirse valor, se mantienen en perpetua ebriedad, en los antros del vicio en que son solicitados sus servicios.

—Reputamos mejor al vecino. En efecto: este diario nos parece honesto y crudito en determinadas materias. Heraldo de partido, desempeñóse de manera de reunir amigos fervorosos. Ha caído mal, porque no tenía para el caso la gracia romana, y se ha levantado peor, porque nadie le ha ayudado. Ha pisado el lodo de los mercados políticos, pero ha salido de ellos sin salpiques de consideración. Si no hablara algunas veces de cosas que no entiende, disfrutaría

de fama más sólida que la que tiene, porque no hay que confundir el rumor estrepitoso de la boca abierta, con permiso de la cabeza vacía, con la aprobación modesta de la boca cerrada, con permiso de la cabeza llena. Cuando le contradicen, ó porque él tiene fe en su razonamiento, ó porque no puede replicar en algunos casos, aparenta desdén hacia el adversario, quien, aun cuando él lo crea de escaso valer, no vale ni más ni menos que lo que sus razones pesan en el tribunal de esas Porcias conocidas con los nombres de Verdad y de Lógica. Aconsejamos al que desee medir el grado de ese frío desdén, que en vez de escribir palabras de reproche las escriba de encomio, en la seguridad de que la escarcha ha de derretirse al calor de la lisonja.

—Aquí está el que menos promete y el que más da. No es uno de aquellos de quien podría decirse: «hermosa cabeza pero sin seso». Ni tonterías ni escándalos ocupan en sus columnas editoriales el puesto de honor. Ni Júpiter cuando lo vituperan, ni Narciso cuando lo alaban, da el buen ejemplo de mostrarse invulnerable á los tiros de la malevolencia é inaccesible al incienso de la lisonja. Dijimos que este diario era el que menos prometía y el que más daba, porque la modestia le veda ostentar munificencia, y la conciencia le obliga á ofrecer buen ejemplo á los que han menester de guías.

—Esta revista compendia mucho bueno y mucho malo de lo que las mal llamadas ciencias contemporáneas expenden en forma de libros; y ese periódico ilustrado, instructivo á veces, encierra láminas que revelan el progreso del grabado y la decadencia del dibujo. Para ofrecer algo verdaderamente bello, tiene que recurrir á los modelos griegos ó del renacimiento italiano.

—Después de recorrer los papeles de una lengua, podemos hacer lo mismo con los de otra, para ratificarnos en que estos rasgos generales, más ó menos atenuados, más ó menos exagerados, son aplicables á la prensa moderna de todos los países, inspirada por el espíritu de novedad, aguijoneada por el espíritu de lucro. Hoy no escriben para enseñar, sino los que se inspiran en las acciones heroicas de los apóstoles de la fe cristiana, ó los que preparan las publicaciones especiales de los centros de propaganda esparcidos en toda la tierra.

Terminada nuestra revista, y reproducidas mentalmente las afirmaciones del principio, podemos asegurar que la prensa es faro que alumbrá los derroteros y señala los escollos de la vida contemporánea, ó sepulcro blanqueado que se destaca de las sombras por razón del color, ó, si se quiere, el árbol de la ciencia del bien y del mal.

LAS NEUROSIS DE LOS HOMBRES CELEBRES EN LA REPÚBLICA ARGENTINA ¹

LA aparición de un libro en Buenos Aires, suele pasar desapercibida para el público, como la aparición de una estrella en el firmamento, para quien no lo recorre con el telescopio.

No ha acontecido esto, sin embargo, con el libro de don José María Ramos Mejía, y mucho debe él, para ser una especie de excepción á la regla, no tanto á su competencia y á la materia de su estudio, como á la circunstancia de no estar afiliado, cual soldado activo, en las filas de los partidos militantes del país.

Todos los diarios, sin excepción de banderas, le han consagrado artículos más ó menos brillantes, más ó menos favorables.

¹ Por José María Ramos Mejía. — Imprenta de M. Biedma. — Buenos Aires, 1878.

Nos ha llegado, aunque tarde, el turno, y emprendemos la tarea con cierta vacilación, que no emana de la falta de conciencia, sino del muy justificado temor de carecer del tiempo y del reposo necesarios, para formular una opinión más propia de una revista, que de la hoja volante de un diario.

Desde que el objeto de un libro que no tenga por fin exclusivo el recreo del lector, consista en adelantar los conocimientos científicos, aplicarlos ó exponerlos, la crítica debe averiguar si quien lo ha escrito ha aumentado ó no el caudal del humano saber, ha expuesto íntegra y claramente la doctrina que se proponía divulgar, ó ha aplicado con acierto las nociones adquiridas á los casos á que las refería.

El método de la enseñanza y la novedad del pensamiento, constituyen también una parte del objeto de la crítica.

El libro que nos ocupa tiene por fin demostrar que el cerebro, y no la voluntad, es el agente de todas las acciones humanas, que son buenas ó malas, según sea más ó menos armónica, más ó menos perfecta la masa alojada en la concavidad del cráneo.

Creemos, como el mismo autor lo confiesa, que su libro es un trabajo de exposición, más que una obra original.

Habiendo tenido él la discreción de dejar al criterio del lector las consecuencias, permítan-

senos consignar la nuestra, felicitando anticipadamente al señor Ramos Mejía, por la claridad de su estilo y la abundancia de su erudición, que á la vez que manifiesta laboriosos estudios, revela en él una preocupación dominante en favor de su tesis, que nos tienta á creerlo víctima también de una neurosis, manifestada por la manía del fatalismo cerebral.

Precede al libro una Introducción del doctor don Vicente Fidel López, en quien, á la vez que una inteligencia poderosa, reconocemos facultades imaginativas poco comunes, expresadas por medio de una palabra fácil y tumultuosa, reveladas por medio de un estilo animado, que brilla siempre como una espada recién bruñida.

De los discursos del doctor López brotan la luz que ilumina y la chispa que incendia.

El fuego, irreflexivo é indomable, quema lo que debe y lo que no debe, abrasa la maleza y tizna el monumento.

Sin aceptar algunas de las consecuencias que fluyen de los trabajos del doctor López, ni aventurarnos á conceder que sus estudios hayan conseguido el fin que tienen por mira, á pesar de militar en filas opuestas, no podemos dejar de reconocerle un mérito indisputable.

El doctor López es el primer argentino que se ha consagrado especialmente al estudio de las

lenguas americanas, buscando sus analogías con las lenguas clásicas.

Ignoramos si alguno de sus amigos lo ha confesado, pero queremos ser los primeros de sus adversarios en escribirlo, porque nuestra misión es de verdad y justicia.

Negar al doctor López este título, sería tan poco noble como desconocerle sus cualidades de artista.

Nuestros lectores comprenderán la sinceridad de estas palabras, porque saben que las hemos tenido de reprobación para ciertas afirmaciones filosóficas é históricas, emitidas en sus discursos sobre la libertad de enseñanza, así como sabrán, por poco que avancen en la lectura de estas líneas, que no estamos de acuerdo con el discurso preliminar del libro del señor Ramos Mejía, en el cual lo único que puede aliviar el sentimiento y la convicción lastimados, es la esperanza de que él modifique ciertas ideas, consuelo á que da lugar la vacilación del maestro.

El doctor López empieza su Introducción, declarando que el libro que analiza, en su plan, en su doctrina y en su estilo, es un libro de ciencia pura.

Tan neta afirmación en boca de un hombre de ciencia, debería haberlo llevado hasta afirmar también que ese libro era absolutamente bueno.

Sin embargo, al fin del trabajo que juzgamos, el crítico dice lo siguiente: «Ni predicamos, ni nos hacemos solidarios de las ideas del autor: hemos expuesto el valor de las doctrinas que profesa, dándoles el mérito que les da su escuela».

Según el doctor López, la evolución de los organismos «no reconoce más causa actuante que la ley natural, eterna é incommovible, permanente y absoluta como su autor, á quien Platón y Plutarco llamaban el grande arquitecto del Universo».

Para quien profesa esta convicción, y la de que nada puede sobrevenir por actos propiciatorios, ó por actos administrativos del momento, «el culto, según el doctor López, deja de ser adoración y se convierte en idea, en ciencia, y en simple admiración del orden universal».

Dios, el autor de la naturaleza, el grande arquitecto del Universo, parece que desapareciera ante la inteligencia del doctor López, después de leer esos renglones.

Aceptándolo como autor de la ley natural, no es posible negarle adoración en nombre de la ciencia, que por el hecho de estudiar las armonías de lo creado, debe inclinarse ante el amor y la inteligencia de quien fundó tantas maravillas.

El crítico del señor Ramos Mejía defiende la doctrina materialista, contra «los teólogos

que pretenden rodearla de todas las circunstancias de lo criminal y de lo abyecto, sin fijarse en que la palabra *materia* significa maternidad, porque viene de *mater*. «Las doctrinas materiales, continúa, no son, pues, otra cosa que doctrinas maternales».

Los que negamos que el hombre deba su existencia y la de la tierra que ocupa, al acaso, negando la teoría de las generaciones espontáneas, que terminó en el siglo xvii, y á la cual Redy dió el golpe mortal, no concebimos la madre sin el padre, ni la obra sin el autor, y por eso la doctrina que oponemos á la enunciada, llamarse puede paternal, comprendiendo en ella la doble acción de la voluntad divina y de las operaciones de la naturaleza, regida por las leyes eternas.

El doctor López pretende que la Iglesia católica ha sido adversa al desenvolvimiento de la ciencia del lenguaje, «que es el vínculo inmediato de la materia organizada con la palabra».

No es ésta la primera vez que el doctor López lo dice, intentando demostrar también el desacuerdo que existe entre la ciencia y los libros sagrados, cuya veracidad pone en duda.

Mientras de éstas cosas se trata en Buenos Aires, vemos que el asiriólogo Smith, estudiando varias tablas cuneiformes del Museo Británico, procedentes de Nínive, ha demostrado la verdad de las relaciones de la Biblia,

porque esos monumentos de remotísima antigüedad confirman la exactitud de las referencias de Moisés.

Augusto Nicolás afirma que de cincuenta años acá, las ciencias, al paso que progresan, se conciertan para glorificar la religión.

« Cuando considero, escribe el Cardenal Wisemann, el número y diversidad de hombres que han trabajado, casi sin advertirlo, para producir este resultado; cuando los veo obrar cual hormigas, llevando cada uno su pequeño tributo y venciendo cualquier leve obstáculo, cruzándose y volviéndose á cruzar unos á otros en sus carreras, no puedo persuadirme de que no exista un ojo vigilante que presida á la dirección de cosas tan desemejantes, hacia el fin tan grandioso de la confirmación de la palabra de Dios ».

« Á los Papas se debe, escribe un publicista contemporáneo, los progresos de los orientalistas, pues fomentaron los estudios que tanta gloria dan á la religión católica, y que persuaden de que nada de lo que dice la Biblia puede ser destruído ».

Inocencio IV, á mediados del siglo xv, mandó fundar en París una cátedra con el fin de divulgar el conocimiento del árabe.

En el mismo tiempo, establecióse la enseñanza de la literatura clásica en Maguncia, Estuvinga, Friburgo, Basilea, Witttemberg y Francfort.

Manetti tradujo la Biblia por disposición de Nicolás V, quien, afirma un publicista español, quiso hacer de Roma la capital de las ciencias.

Recuerda el mismo que Clemente V dispuso en favor de los extranjeros, que se enseñara no sólo el griego y el hebreo, sino el caldeo y el árabe.

El Concilio de Viena mandó enseñar el árabe en Roma, Salamanca, Oxford, Bolonia y París.

Juan XXII encargó al Obispo de París que procurase fuera enseñada la misma lengua en la Sorbona.

Paulo III y Paulo IV hablaron el griego, y uno y otro, afirma la historia, fundaron cátedras de ese idioma.

Paulo V costeó una gramática y un diccionario hebreos, compilados por F. Mario de Caluzo.

Urbano XIII fundó el Colegio llamado de la Propaganda.

«Los jóvenes que en él se forman, escribe *La Civilización* de Madrid, para difundir la luz del Evangelio en regiones apartadísimas, aprenden muchas lenguas. Hace poco tiempo elogiaron al excelso Pío IX en cuarenta y cuatro idiomas diferentes».

Por último: Clemente XI preparó el terreno para el estudio de la lengua de Confucio en las naciones civilizadas.

Sabido es, además, que, como lo asevera un

cronista, merced á los jesuitas, que recorrieron la China, el Japón y la América, conocen las lenguas asiáticas y americanas, y la literatura oriental, algunos de los adversarios de la Iglesia de Dios, «que se parecen á los niños que maltratan á sus nodrizas, en el instante mismo en que reciben de ellas el sustento necesario para vivir».

Como se ve, la Iglesia no se ha opuesto á la difusión de la filología, ni al estudio de la literatura clásica.

El doctor López, que se ha declarado partidario de la escuela positivista, ha citado algunas palabras de Bahegot, que nos obligan á recordarle otras del mismo autor en su libro titulado: *Leyes científicas del desenvolvimiento y decadencia de las naciones*.

Pregúntase: «¿Por qué han progresado tan pocas naciones, cuando el progreso parece natural? ¿Cuál es la causa, ó el conjunto de las causas que, en la mayoría de los casos, ha impedido este progreso, ó lo ha producido en una escasa minoría? Pero aquí hay una dificultad preliminar: ¿Qué es el progreso y qué es la decadencia?

«Aun en el mundo animal no existe regla aplicable, aceptada por los fisiólogos, que nos permita afirmar que tal animal es más elevado que tal otro, pues existen divergencias á este respecto. Con mayor razón, en las combinaciones y en las sociedades más complejas de los

seres humanos, será probablemente difícil el decidirse por un criterio que nos permita decir cuál nación está más adelantada que otra, ó en qué época una nación adelantaba y en cuál atrasaba».

El pensador Bahegot enumera en seguida las opiniones de Manning y de Hurley, cada uno de los cuales tiene un fin distinto que perseguir, y una desgracia determinada que temer, para concluir, valiéndose de una expresión de Hamilton, que «tiene miedo de truncar un problema que no puede resolver».

Recogiendo esta confesión de uno de los más ilustres sectarios de la ciencia positivista, tropezamos con un inconveniente insuperable para los que la profesan.

«El espiritualista, y entre los espiritualistas principalmente el católico, escribe un miembro de nuestra comunión, conoce un tipo de perfección moral, al cual refiere y con el cual compara los hombres, las sociedades, las ideas, las instituciones y las civilizaciones.

»De aquí que Manning pueda juzgar quién avanza y quién retrocede: Bahegot confiesa que no es capaz de ese juicio, y confiesa por qué.

»La razón es que el positivista no tiene en la mente más nociones que las experimentales, y, por consiguiente, ningún concepto ideal y supremo. Quien no tiene tipo de referencia y comparación, tampoco puede establecer en qué

consiste el progreso humano, que es una relación entre el estado actual de las cosas y el estado superior á que deben encaminarse ».

El señor López asevera que don José María Ramos Mejía ha escrito un libro franco y valiente, en el sentido de la moral positiva; «y decimos, agrega, de la *moral*, con intención, porque todos sabemos que el joven autor es un modelo de honorabilidad y de virtudes, lo que prueba que la ciencia pura no sólo no altera en nada las leyes del proceder, sino que las afirma en el carácter y en la reflexión ».

Muy lejos estamos de negar las excepciones de la regla, y mucho menos de desconocer la exactitud del ejemplo citado.

Pero es el caso que el señor Ramos Mejía, y otros cien, son excelentes personas, á pesar de su sistema filosófico, como otros tantos no lo son, pesar de la religión verdadera que profesan, lo cual no prueba nada en favor ó en contra de los principios, sino en favor y en contra de individuos dados.

Interesa averiguar si la ciencia divorciada de la Divinidad, conviene á la moral social, y creemos que el problema está ya resuelto: no conviene.

El intento de emancipar el hombre del Creador, no es para nosotros intento científico, sino capricho ú orgullo, que fatalmente conduce á la desorganización social.

La historia preséntanos dos grandes acontecimientos, que resumen, por decirlo así, en opuestos sentidos, la vida de la humanidad: la evolución cristiana y la revolución francesa.

Aceptando, para explicarnos la una y la otra, la teoría del transformismo, la filosofía de la historia nos muestra, en la primera, al hombre perfeccionado, y en la segunda, al hombre degenerado.

El Evangelio acerca la criatura racional al ángel; ángel que ama y consuela, hombre que se sacrifica y muere por el bien común: la Enciclopedia lo aproxima al mono; mono que odia y muerde, hombre que sacrifica y mata.

En el sistema filosófico materialista no existe la progresión del hombre al ángel, sino el retroceso del hombre al mono.

El libro más adelantado de la escuela histórico-positivista moderna, es el libro de Taine sobre la revolución francesa, y él es el que nos suministra esta observación.

La fuente no puede ser más pura para los positivistas, que de error en error han llegado hasta el punto de patrocinar las teorías de Darwin, sistema que no tiene aceptación entre los verdaderos sabios, sean cuales fueren las ideas religiosas que abriguen ó enseñen.

Él no ha demostrado todavía que el transformismo de las especies, tenga derecho á ocupar un puesto de primera fila entre las teorías que

dividen la humanidad, porque para ello sería necesario que probara que no existen monos ni hombres, pues el desenvolvimiento de la ley de progresión, ya habría convertido á los monos en hombres y á los hombres en dioses.

Y esto no ha sucedido, porque los monos continúan imitando á los hombres, y los hombres á los monos, demostrándosenos, cada vez más, que el instinto de la imitación es contagioso.

Los aclimatadores de plantas y los criadores de animales, dan ejemplo á los darwinistas, presentándonos en hermosos ejemplares el fruto del cultivo de las semillas y del cruzamiento de las razas.

¿Por qué no han arribado éstos á resultados parecidos, exhibiendo en algún museo del mundo, un hombre obtenido por medio del transformismo? ¿Por qué no se renueva el hecho consignado por Darwin, si no es una mera hipótesis, desde que él no obedece sino á causas físicas? ¿Dónde está la oficina de refinar monos, en una época en que hasta los astros pasan por el análisis del laboratorio?

Confesamos que nos causa extrañeza que personas consagradas al estudio de la naturaleza, como el señor Ramos Mejía, abriguen tan extravagante teoría, refutada por D'Agassiz, Altun, Flourens, Quatrefages, Weld, Virchou y Burmeister, hasta el punto de explicarse la excelencia de la familia americana por la *selección*

natural, operada en los primeros tiempos de la conquista, realizada, según él, por aventureros que cruzando la selva virgen, la montaña agreste y el río desconocido, en busca de oro y de gloria, dejaron sus huesos en el camino de la meta codiciada.

El hecho más culminante de la conquista del Perú, por ejemplo, fué aquel que tuvo por teatro la isla del Gallo, donde Pizarro, abandonado por el mayor número de sus compañeros, trazó una raya en el suelo, y exclamó señalando al mediodía:— «Por aquí se va al Perú á ser ricos; por allá se va á Panamá á ser pobres; escoja el que sea buen castellano, lo que mejor le estuviere».

Trece españoles pasaron la raya trazada con la espada, y siguieron la suerte de su jefe, dando pruebas de heroica constancia en cinco meses de desamparo.

Es de notar, con la crónica en la mano, para dar testimonio de la ligereza de ciertas observaciones, que de esta selección de españoles, sólo dos se hallaron presentes en el trance de Cajamarca, «porque los demás habían reñido con su jefe y vuéltose á España, ó quedado en Panamá, menos Rivera, *el viejo*, que fué á Nicaragua, desempeñando una comisión de Pizarro».

Para nosotros el libro del señor Ramos Mejía adolece de dos defectos capitales, emanados, el uno de su escuela, y el otro de la falta de una

base segura, desde los mismos puntos de mira de su doctrina, para demostrar la verdad de la tesis que ha sostenido con admirable erudición en la parte teórica.

El señor Ramos Mejía entiende por alma el conjunto de las funciones cerebrales, lo cual no importa otra cosa que una aproximación á la doctrina de Cabanis, quien, hasta con escándalo del doctor Büchner, materialista también, ha dicho que «el pensamiento es una secreción del cerebro, como la bilis lo es del hígado».

El hombre, para el señor Ramos Mejía, no es otra cosa que un cerebro. «Para el filósofo cristiano, dice Descuret, es una inteligencia caída, en lucha incesante con los órganos. Esa lucha cruel entre las necesidades y los deberes, entre los órganos y la inteligencia, ó, si se quiere, entre la carne y el espíritu; esa lucha, digo, es toda la vida del hombre, que la Escritura llama, con tanta razón, una lid: *milicia es la vida del hombre sobre la tierra*. Pensamiento magnífico, felizmente acomodado en un verso, tanto más admirable cuanto que nos demuestra al propio tiempo el premio reservado á los generosos atletas que sepan triunfar de sus pasiones: *lid es la vida, y su palma el cielo*».

Aceptando la doctrina del señor Ramos Mejía, los hombres, como los relojes, serán buenos ó malos, no por el uso que hagan de su libertad, sino por razones de maquinaria.

La irresponsabilidad de los actos humanos sería su consecuencia, á la cual seguirían naturalmente la clausura de las cárceles y la abolición de la penalidad, porque los que cometieren delitos, procederían como enfermos, en virtud de vicios de conformación, irremediables hasta en los hospitales, pues la ciencia moderna no ha inventado todavía los medios de reconstruir un cerebro viciado, llegando su impotencia, como lo confiesa el autor de *Las Neurosis*, hasta el extremo de no darse cuenta de ese *misterio inescrutable que llamamos herencias patológicas*.

«El cuerpo, para el filósofo Balmes, es un instrumento de que el alma necesita, para muchas de sus funciones, mientras se halla en esta vida. Cuando se emplea la palabra *instrumento*, no se entiende que el alma elabore sus pensamientos, actos de voluntad y sentimientos por medio de los órganos corpóreos, á la manera que el artesano se vale de los enseres de su oficio, sino que las funciones de dichos órganos son condiciones necesarias al ejercicio de ciertas funciones del alma».

«A pesar de las relaciones entre el cerebro y las facultades del alma, continúa, hay una porción de hechos, que indican cuán sin fundamento se pretende confundir cosas tan diferentes; parece que Dios ha querido manifestarlos á la ciencia fisiológica, para que no se llevase demasiado lejos la expresada relación, hasta el

punto de convertirla en una proporción perfecta».

Así, Berard asegura «que no hay parte más ó menos considerable del cerebro, que no pueda ser destruída por supuraciones ó lesiones orgánicas, conservándose las sensaciones en toda su integridad».

Cabanis, que no puede ser sospechado de espiritualista, asienta que se puede encontrar porciones considerables del cerebro destruídas por accidentes ú operaciones, sin que la sensibilidad general, las funciones más delicadas de la vida y las facultades del espíritu, resulten perjudicadas.

Gall afirma que la hidropesía del cerebro no siempre turba las facultades mentales, y Broussais, Esquirol y Pinel, célebres alienistas los últimos, que puede haber locura sin ninguna mudanza perceptible en el encéfalo.

Dice Mr. P. Janet, en su libro *El materialismo contemporáneo*, «que según los más eminentes fisiólogos, la fisiología del cerebro todavía se halla en la infancia, y las relaciones del pensamiento y del cerebro son completamente desconocidas. Por ejemplo, el estado del cerebro en la locura, es una de las piedras de toque más notables de la anatomía patológica. Unos encuentran una cosa y otros no encuentran nada, absolutamente nada. Según Mr. Leuret, uno de los más distinguidos alienistas, no se

halla alteración en el cerebro de un enajenado, más que cuando la locura coexiste con otra enfermedad, tal como la parálisis general. Más aún: las alteraciones encontradas son tan diferentes, ofrecen tan poca constancia y regularidad, que no hay razón para considerarlas como causas verdaderas. Sin embargo, si la locura es de larga duración, puede producir diversas alteraciones y observarse sus efectos en el cadáver. En dicho caso, para hablar como los médicos, no serían esenciales sino consecutivas».

Creemos haber hecho palpable, con estas citas tan autorizadas, la dificultad, si no la imposibilidad, de establecer con seguridad las relaciones entre el cerebro y ciertos actos, que, admitida la teoría del señor Ramos Mejía, deberían revelarse al fisiólogo en presencia de ese órgano colocado sobre la mesa del anfiteatro.

Si la observación diaria de un enajenado, y el estudio anatómico de un cerebro, no pueden llevar al médico á conclusiones claras y exactas, ¿cómo podríamos aceptar, sin reserva, el juicio sobre la neurosis de Rosas, apoyado en noticias tomadas de la tradición oral, entre las cuales no figura la relación de un solo médico, de la *Gaceta de Buenos Aires*, de las *Tablas de Sangre* de Rivera Indarte, del *Facundo* de Sarmiento, escritos ambos bajo la inspiración del odio al tirano, y reforzado por el paciente estudio de

algunos retratos, entre los cuales figuran los de Morel y Carrandi, objetables en todo caso, é inaceptables sabiendo que ignoraban las reglas más vulgares de la anatomía y que eran poco diestros en el manejo del lápiz y del pincel?

«Estudiemos, dice el señor Ramos Mejía, el cráneo de Rosas, la configuración exterior de su cabeza, y veremos como las pasiones ciegas, los instintos del bruto, *el alma occipital*, en una palabra, están desarrollados de una manera exuberante, con gran detrimento de los lóbulos anteriores».

«El arte de apreciar las facultades intelectuales y morales, observa un psicólogo contemporáneo, por la simple inspección del cráneo, carece de fundamento, si no puede suponer una proporción entre el volumen de las partes cerebrales y el desarrollo de la facultad respectiva. La craneoscopia necesita también que el cráneo sea la verdadera expresión de aquellas partes, y esto no es siempre verdad. Mr. Magendie ha descubierto que el canal vertebral no está exactamente lleno con la médula, ni el cráneo por el cerebro; y que tanto la médula como el cerebro están separados de las membranas que los cubren, por un líquido, al que el mismo fisiólogo ha dado el nombre de céfalo-espinal y céfalo-raquídeo. Observa Richerand, que en los individuos de temperamento linfático, la tardía osificación del cráneo hace que el cerebro, car-

gado de jugos acuosos, adquiriera un volumen considerable, sin contener por esto una mayor porción de substancia medular; y además se nota que los dotados de este temperamento, son las más veces ineptos para las tareas intelectuales, y rara vez adelantan en lo que exige actividad y constancia. Hay varias circunvoluciones de la masa cerebral que no están en contacto con el cráneo, y que por esta razón, no pueden ser representadas por la forma de la cabeza».

Don Juan Manuel de Rosas dominado por una neurosis, exacerbada por causas cerebrales irreducibles, cometió en Buenos Aires todo género de atentados.

En aquella época, Letourneau todavía no había escrito que «cuando muriera la metafísica, el hombre no sería considerado como un reflejo de la Divinidad, en cuyo cerebro se hubiese ingertado la concepción abstracta y quimérica de lo bueno, de lo justo y de lo bello».

Aun, como agrega el autor de la *Fisiología de las pasiones*, «la humanidad no había conquistado el buen sentido, y veía en sus miembros culpables, monstruos dignos de castigo...»

Por esta razón, que, á pesar de todos los naturalistas conocidos, era una buena razón, Rosas fué execrado, fué combatido, fué vencido, y fué sentenciado por los tribunales del país.

Emigrado en Inglaterra, donde introdujo con

él su cerebro deforme, la fatalidad dejó de obrar sobre sus acciones.

En ese país, donde no es permitido maltratar á los animales, Rosas no hirió, no mató, no martirizó, ni siquiera molestó á nadie.

En buen hora concederemos que él carecía de los elementos necesarios para tiranizar á la sociedad; pero á él no pudo faltarle un semejante en quien satisfacer sus instintos brutales y apagar su sed de sangre.

Sin embargo: Rosas, á pesar de su neurosis y de su cerebro, abrigando la conciencia de la responsabilidad de sus acciones, se guardó bien de dar trabajo al tribunal y al verdugo de Southampton.

Ignoramos si el clima de Inglaterra modifica los defectos orgánicos y las perturbaciones cerebrales; pero nos inclinamos á creer que Rosas cambió de conducta, porque, dotado de la inteligencia necesaria, supo domeñar los ímpetus de su voluntad, limitada por el temor de la ley, que no puede existir en quien adolece de una perturbación de las facultades, producida por causas que no está en la mano del hombre desechar.

El señor Ramos Mejía, como se verá, niega hasta á la educación el poder de mudar esas deformidades del hombre.

«En la generalidad de los casos, dice, la educación no cura estas jibosidades del espíritu,

como no cura la cirugía las jibosidades del cuerpo. La educación adormece su potencia, pero el mal subsiste, y renace bajo la acción de cualquier causa insignificante».

Refiere un viajero del Egipto, que habiendo llegado dos amigos á uno de los pueblos del valle de las Pirámides, cortado por el Nilo en su parte Norte, y cruzado hacia el Sur por una cordillera de montañas pedregosas, que dejan en el centro una faja de desierto, de cuatro millas de ancho, en cuya extensión se encuentra el mayor de los monumentos de los Faraones, ocurrió una inundación que les infundió profundo pavor, porque vieron amenazadas sus vidas. Lanzáronse inmediatamente fuera de la casa, y advirtieron con espanto que todos los individuos del pueblo pretendían detener las aguas con montones de tierra. Los extranjeros trataron de salvar á las mujeres y los niños en una balsa, que construyeron con las tablas de una casa. Pero el Patriarca se negó á entregarlos. — «Aláh es grande, les respondió, y mandaría barcos á tiempo, si fuera su voluntad salvar á su pueblo».

He ahí el fatalismo musulmán, que obliga al hombre á renunciar al instinto de la conservación, de que Dios le dotara, imponiéndole el deber de luchar por la vida.

Una de las más perniciosas conquistas de la ciencia materialista, sería, sin duda alguna,

inspirar á los hombres otra especie de fatalismo, que consistiría en renunciar á su libertad, desconociendo la responsabilidad de sus acciones, ante esta fórmula, consagrada por los fisiólogos de la escuela del compatriota cuyo libro reprobamos con dolor: «¡El cerebro lo quiere, lo manda, y lo impone!»



EL DOLOR CONCENTRADO

LA estatuaria se propone reproducir las formas humanas, descubriendo y haciendo asomar por ellas el alma que vivifica y ennoblece la materia. Como las demás artes, emana del culto religioso, del natural deseo de la criatura de perpetuar imágenes y seres percederos, y del amor por lo bello, innato al hombre. Al salir del estado primitivo, todas las naciones han tenido simbolismo y representación. La escultura ha sido la primer arte del espacio practicada por los hombres.

El arte constituía en Grecia una necesidad viva, imperiosa, nunca satisfecha; y esto concíbese con claridad cuando se recuerda que una sola ciudad llegó á reunir, en el siglo célebre, tan increíble número de estatuas, que formaban una especie de muchedumbre apiñada.

La parte ideal de las bellezas naturales nos atrae hacia lo eterno, porque el ideal es la escala misteriosa que comunica lo finito con lo infinito. Revelar el ideal y poner de manifiesto lo infinito, es la ley suprema del arte. ¹

El realismo desdeña el clasicismo griego y el romanticismo cristiano, resultados naturales de diversas civilizaciones y de épocas completamente opuestas, porque todo ideal desaparece apenas predomina el torpe materialismo. La Venus de Médicis, desnuda pero casta, parece avergonzarse de las cortesanas, adornadas con camelias blancas ó rojas, vestidas, pero provocativas. El arte de nuestros días lleva impreso el sello de la decadencia; y á los autores de las obras que él expone, no puede aplicarse lo que del escultor del *Moisés*, que se admira en la iglesia de San Pedro Advíncula, en Roma, pensaba uno de sus biógrafos. ² «El alma de Miguel Angel, decía, era tan grande como sus obras; su corazón era fiero como los conceptos de su mente, y su mano, fiel ministro de la mente y del corazón, creaba, en medio del mundo, obras inmortales».

El realismo es la forma artística de la época. «Si la obra que analizamos representa á Hércules, escribe un profesor de Estética, ³ no se

¹ Cousin.

² Biblioteca del Pueblo Italiano

³ Nieto.

halla en ella la personificación de la fuerza, sino el producto del diseño de un atleta cualquiera; si finge á Venus, no se advierte el tipo ideal de la belleza femenina, sino la copia perfecta de una mujer hermosa. Creaciones de esta índole, ó no inspiran emoción alguna, ó si la causan, débese á la belleza intrínseca de lo reproducido; de ninguna manera al medio de reproducción».

Practicado el arte de esta manera, él no desempeña su civilizadora misión, ni satisface completamente las exigencias del buen gusto.

El objeto propio del arte plástica es la expresión. «Este carácter, dice un crítico, lo justifica plenamente, no sólo cuando en grupos subsistentes, como el descendimiento de Achtermans, y en Laocoon, ó en relieves más ó menos salientes nos presenta á muchas personas representando el momento único de una acción dada, sino también cuando representa en estatuas sólo formas individuales, ó en bulto la parte más excelente de ellas. Siempre es un momento determinado, una manifestación instantánea, pero llena de vida, aquel en que oscila en la mente de un artista el objeto de su representación, que ha de eternizarse en el mármol ó en el bronce; nuestra mente, ayudada de la fantasía, asocia siempre con este único instante, una cadena de otros instantes, anteriores y posteriores á él, y contempla en la figura yerta que á sus ojos se

ofrece, el espíritu activo y la vida que incesantemente se agita». ¹

Todos los que de algún tiempo á esta parte, traspasan el umbral del Cementerio del Norte, descubren á la izquierda, sombreada por un laurel rosa, la blanca figura de una mujer abandonada al dolor, que camina sin saber dónde pisa, pero que indudablemente sabe adónde va, porque lleva los ojos clavados en una imagen aparecida en un punto del azulado horizonte que la circunda. Aquella mujer, «pálida y abatida, como quien sufre más de lo que puede», ² no aceptaría vanas palabras de consuelo, porque no aspira sino á estar á solas con el dolor, irritándose las heridas del alma con el recuerdo del bien perdido. Ha buscado un pretexto para acercarse al esposo, que tal vez le fuera arrebatado antes de que menguara la brillante luna de los desposados, y lo ha encontrado. Va á llevarle una guirnalda, tejida por manos trémulas, incapaces de armonizar los colores, y ni siquiera de sujetar las rosas, que llegarán marchitas y estrujadas á la solitaria tumba que aguarda esa ofrenda del amor. Viste una túnica antigua, griega ó hebrea, pero no la lleva suelta como la Beatriz de Scheffer, ó las mujeres perjuras de la ilustración de Doré al canto III del *Paraíso* del Dante. De los hombros de la esposa

¹ Jugmann.

² Castro y Serrano.

pende un manto, que ella ha recogido para no pisarle, en el momento en que ha descubierto, á la distancia, la imagen adorada del hombre que compendia sus más caras ilusiones. Un velo, guarnecido de encaje, echado sobre la cabeza, y recogido en los hombros, le cubre toda la espalda y parte del rostro, formándole una especie de capucha, debajo de la cual, sombreado por ella, destácase el albo cuello, de la misma manera que el de la *Dolorosa* de Murillo, expuesta en el Museo de Madrid. La flexión de la cabeza sobre el pecho es producida por la presión vigorosa de un dolor insuperable. Los brazos crispados, pero caídos sobre el cuerpo, la actitud vacilante, el pecho deprimido, los ojos congestionados, el rostro enflaquecido por la vigilia, el gesto fosco, la expresión huraña de quien huye de todo, excepto del recuerdo que le atormenta, presentan un conjunto armónico, concorde con el estado del espíritu de la persona representada.

La estatua de Tantardini revélanos que la tendencia predominante en las obras del arte moderno, no ha contaminado la mente de su autor.

Así como entra en el orden de las cosas naturales que la palabra adolezca de ambigüedad, es necesario rechazar la presunción de que el gesto revista ese carácter indeciso. Nada es más significativo que el gesto, sobre todo cuando se armoniza con la voz. Natural ó afectado,

rápido ó lento, apasionado ó frío, grave ó festivo, fácil ó forzado, monótono ó variado, noble ó bajo, fiero ó humilde, osado ó tímido, decente ó impúdico, cariñoso ó amenazador, es el gesto la traducción más fiel del hombre interior por el hombre exterior. ¹

El estado normal, que califica la completa quietud del ánimo y el equilibrio perfecto de los sentimientos, como también la ausencia momentánea de cualquier pasión ó afecto, manifiéstase con el estado normal de todos los agentes del gesto. La cabeza expresa el estado concentrado del alma, inclinándose un poco hacia el pecho; y revela, por el contrario, el estado expansivo, abandonando ligeramente su posición normal. ²

Las pasiones tristes son concéntricas: contraen los nervios, agrupan las facciones, y disminuyen sensiblemente el color de la piel, bañándola de un tinte pálido, amarillo ó aplo-
mado.

«El cerebro conmovido por una violenta sacudida moral, vive exclusivamente para ella. Hay una concentración de actividad nerviosa en un punto dado, que origina la interrupción, más ó menos completa, de relaciones entre los centros nerviosos y los demás órganos. Los músculos voluntarios, olvidados por el eje céfalo-raquí-diano, son debilitados, y algunas veces comple-

¹ Descuret.

² Giraldoni.

tamente atacados de impotencia. Las piernas se doblan; un atleta es en este caso más débil que un niño; los órganos de los sentidos especiales se convierten en poco menos que inútiles, la oreja deja de oír, los ojos no ven, y se puede recibir una herida grave, una mutilación, sin sentir casi nada». ¹

Ahora bien: la estatua de Tantardini, resultado de profundos y combinados estudios de la estética, de la psicología y de la fisiología, de las ciencias que se refieren á la naturaleza moral y física, aplicados á determinado momento de la existencia humana, suministra abundante materia de observación á los que pueden sentir y saben analizar.

El dolor concentrado es, antes que todo, una obra de expresión, que interpreta fielmente, por medio de la música de la naturaleza, el estado aflictivo y el sentimiento religioso de un alma nacida para amar.

Tantardini no ha descuidado el más mínimo detalle.

Cuando las emociones del alma aceleran la circulación en el cerebro, la sangre afluye á los ojos y aumenta la secreción de ciertas glándulas. Entonces el fluido desborda y forma las lágrimas, que refrescan las pupilas durante la excitación del cerebro. Cuando la fatalidad des-

¹ Letourneau.

carga de improviso un golpe terrible, la circulación se paraliza momentáneamente, y parece como que se estancara en los capilares que se extienden sobre el tejido de la membrana que cubre y envuelve el globo del ojo, el cual, dilatado y congestionado, toma entonces un color sanguinolento.

Observad la estatua de Tantardini, y os daréis cuenta del fenómeno, y contemplaréis el dolor árido y mudo, sin gritos y sin lágrimas.

La forma de la mano, caracteriza, por decirlo así, nuestras disposiciones é inclinaciones.

Los dedos largos y afilados, escribe Descuret, casi nunca coinciden con un espíritu grosero. Los dedos cortos y redondeados anuncian, generalmente, torpeza de espíritu y pereza. Con la mano, dice Montaigne, requerimos, prometemos, rechazamos, admiramos, mandamos, amamos, conversamos, aplaudimos, bendecimos, festejamos, acariciamos, llamamos y callamos, con una variedad y multiplicidad de expresiones iguales á las del lenguaje.

La mano de la estatua de Tantardini, es mano labrada y pulida para acariciar la frente de un poeta inspirado. Habla con la elocuencia de los ojos; expresa lo que los labios callan.

Ya hemos dicho que uno de los primordiales méritos del mármol que contemplamos, (el primero que se ve al entrar en nuestro Cementerio, y el último que se contempla al salir de sus

tortuosas callejuelas, el alpha y la omega artística de ese lugar de duelo) consiste en que han sido tratados todos los detalles de la estatua.

Ahora agregaremos, que él es tan elocuente mirado por los costados ó la espalda, como observado de frente, no obstante que la fisonomía es sumamente expresiva, porque Tantar dini, separándose en esto del arte griego, lo ha dotado de pupilas. Contribuye á la expresión de los ojos, la sombra que arroja sobre el rostro el velo que cubre la dolorida cabeza de la esposa.

Tantardini ha tratado maestramente los paños. Los pliegues de la túnica que caen sobre la cintura; las extremidades del manto, abiertas hacia los pies por la acción de las manos que lo suspenden; el pañolón americano de tela estampada, guarnecido de guipiure, que desempeña las veces de velo; las arrugas transversales que se diseñan en la espalda; la ligereza de las telas, debajo de las cuales se adivinan los contornos del cuerpo, encarecen la destreza de la mano que convierte en carne un bloque de mármol immaculado; que imprime en la piedra dura el sello del pensamiento ¹; que destaca el ropaje del cuerpo que modela; ropaje que parece ondear, movido por el viento de la mansión del llanto.

¹ P. A. de Alarcón.

Permítanos, ahora, el maestro italiano una observación.

La obra que acaba de enriquecer nuestro Cementerio, contiene un anacronismo de indumentaria, incomprensible para los que no recuerden que su autor ha esculpido para América. Sobre los clásicos paños de la vestidura griega, él ha colocado un capricho de la romántica moda americana; el pañolón que usan las señoras de Buenos Aires después de los primeros meses de un riguroso luto, ó cuando no se trata de honrar la memoria de un deudo cercano. Tal anacronismo sólo puede disculparse en obsequio á la gracia exquisita con que el autor ha colocado tan original velo. Parece que el profesor de plástica hubiese asistido á algún consejo sobre la materia, celebrado por una andaluza, una peruana y una hija de Buenos Aires. Pero, á pesar de la elegancia y del primor del velo de la estatua de Tantardini, creemos que si esta obra hubiera sido labrada, como muchas otras del mismo maestro, para los Cementerios de Milán, Nápoles, Londres ó París, él no se habría tomado semejante libertad, que no aceptamos como el resultado de la alianza de dos estilos ó de dos épocas del arte.

Cuando contemplamos la creación de Tantardini, hija hermosa de la poesía, engendrada por el arte griego en una mente italiana, un

impulso secreto nos induce á ver en esa fervorosa amante, á una mujer á quien la naturaleza repitió la delicada despedida de Laertes á Ofelia. «Empañase, le decía, la pureza de la virgen modesta, si ella descubre su belleza al rayo de la luna». El modelo moral de esta mujer de mármol, debe haber ofrecido á su amado las primicias de un alma sin sombra de mancilla. ¡Ah! no hay dolor semejante al dolor de la ausencia, para el corazón que comprendió el lato sentido de estas santas palabras: «La mujer dejará padre y madre, seguirá á su esposo, y serán dos en una misma carne». La asociación de las penas aligera el peso del dolor, y el consuelo brota en las almas simpáticas, al contacto de las finezas con que la una pretende aliviar á la otra. La pena solitaria de la mujer huérfana y viuda, al mismo tiempo, es el dolor de los dolores; y la callada lágrima que filtra constantemente del alma, y que constantemente cae sobre el propio corazón, termina por atravesar el pecho como punzante espada. Este ser ideal que en el caso de existir, «Ángel hubiera sido para el Dante y para Virgilio Diosa»,¹ ahora es apenas una planta desarraigada y marchita... Ella no aspira sino á descansar junto al árbol muerto, que en otro tiempo le prestara sombra... Si á todos nos fuera permitido contar

¹ Victor Hugo.

con memoria semejante, en medio del mundano torbellino, la muerte perdería el horror y la fealdad; porque no existiría el olvido... Si la contemplación de la estatua del sepulcro del templo bizantino, produjo en el alma del poeta:

El ansia de esa vida de la muerte
Para la que un momento son los siglos.¹

la vista de la estatua de Tantardini reconcilia al hombre con la humanidad, porque le da á entender que el amor no ha desaparecido de la tierra, desde que todavía hay en ella artistas capaces de concebirlo y de expresarlo purísimo é inmortal.

«¿Debo creer, preguntaba Romeo al pie del mausoleo de Julieta, que el fantasma de la muerte se haya apasionado, y que el horrible descarnado monstruo te guarda aquí, en las tinieblas, para hacerte su dama?... Temeroso de que sea así, permaneceré á tu lado eternamente, y jamás tornaré á salir de este palacio de la densa noche...» Como el desventurado amante de Verona cumpliera el funesto designio contenido en tan sombrías palabras, Julieta, al despertar del sueño que le embargara los sentidos, se sintió dominada por el mismo vértigo, hundióse en el pecho el puñal de Romeo, y las

¹ Bocquer.

estrellas del cielo de Italia alumbraron la tumba de los Capuletos, transformada en lecho nupcial. Si Julieta hubiera sobrevivido á Romeo, ella habría servido de modelo al artista para expresar el dolor de la esposa viuda. La estatua de Tantardini parece hecha por encargo de Julieta, para adornar la tumba de Romeo.

«En la hora en que la luna ennegrece las copas de los cipreses y blanquea el mármol de los sepulcros», la silueta de la sublime esposa se destaca de la sombra formada por los árboles del Cementerio, obligándonos á evocar esas celestes mujeres que se deslizaron rápidamente por el plano inclinado de la vida, y respondieron á los nombres de Beatriz, Ofelia y Margarita. El artista de genio, capaz de crear sublimes imágenes, posee la autoridad y la fuerza necesarias para obligarnos á asociar ideas, traer á la mente la memoria grata de otras obras hermosas, y reproducir, por medio de la inspiración, situaciones análogas á las de sus héroes, en las cuales hemos sido actores ó testigos interesados.

La estatua de Tantardini produce el mismo efecto estudiada de puntos de mira objetivos, que considerada de puntos de vista subjetivos.

La hemos visto bañada por la luz brillante del mediodía; la hemos contemplado envuelta en los rayos moribundos del sol; la hemos visto en un día tibio y esplendoroso; con el

abna exenta de toda pena, y la hemos contemplado en una tarde fría y brumosa, en momentos en que la tierra de los sepulcros caía pesadamente sobre el féretro de una joven, arrebatada á sus padres en la alborada de la vida.

El Dolor de Tantardini tiene un carácter propio, immanente, que no modifica, en ningún sentido, el estado moral del que le contempla, ni las variables condiciones del paisaje que lo rodea. En todo momento él representa el concentrado dolor de una esposa huérfana y viuda.

La estatua de Tantardini, resultado de la feliz alianza, en una mente italiana, del sentimiento cristiano y del gusto griego, manifiesta que pueden armonizarse el acerbo dolor de la ausencia, con la viva y dulce esperanza de la inmortalidad.

Hace pocos meses que era casi desconocido en el Plata el nombre de Tantardini. Apenas habíale oído mentar las personas encargadas de levantar un monumento fúnebre al general don José de San Martín, porque se les recomendará desde Italia como autor celebrado de un *Moisés*, de *Una Joven Griega*, de un grupo de *Fausto y Margarita*, y del proyecto de monumento para honrar la memoria de Volta, y también como digno representante de su país en la Exposición de Filadelfia.

Hoy no podemos señalar una persona que no haya leído el nombre de Tantardini, grabado

en el pedestal de la estatua que ostenta nuestro Cementerio.

Los hombres consagrados al culto de lo bello, y las mujeres inclinadas al amor de lo bueno, pronuncian ese nombre con respeto; y todos, al pie de aquel monumento, joya de la estatuaría moderna, rememoran la Italia, y repiten, convertida en axioma, la pregunta que Silvio Pellico pone en labios del amante de Francesca de Rímíni, en el momento de regresar á la patria:

D'ogni bell' arte tu sei madre ó Italia!



EL FRAILE

POESÍA DE DON RICARDO GUTIÉRREZ, LEÍDA POR SU AUTOR
EN LA «ASOCIACIÓN CATÓLICA»

EL sábado tuvo lugar en el Club Católico, ante una numerosa y selecta concurrencia, la lectura de los cristianos y magistrales versos que al fraile ha consagrado el inspirado poeta don Ricardo Gutiérrez. Quien tuvo suficiente valor para escoger la personalidad del religioso como tema de una de sus composiciones, y de presentarse á recitarla en el proscenio de un teatro, ha puesto el colmo á la medida de su aliento, leyendo en una reunión católica una obra llamada á acarrearle amargas sátiras. Pero el poeta Gutiérrez ha sido lógico: su canto es canto de creyente, y por eso á los creyentes correspondía juzgarlo, abarcando el fondo y la forma de la obra, para darse cuenta cabal de

la trascendencia de tan magníficas estrofas. Los miembros de la «Asociación» recibieron al poeta don Ricardo Gutiérrez, con afecto y cordialidad tales, que trascendía de lejos á la cumplida hospitalidad que siempre dieron los buenos católicos á los favorecidos de la inteligencia. Fuéle prodigado el aplauso, y en todos los semblantes vagaba una sonrisa complaciente, porque causó gozo y admiración universales, el canto espiritualista de uno de los raros poetas que poseen el sublime don de conmover, que para Lamartine equivalía á saberlo todo.

Es general, hasta en personas que poco tienen de irreligiosas, la creencia de que el fraile es la canalla del sacerdocio católico. Esta suposición dimana de la ignorancia, de la preocupación y de la costumbre de oír y de repetir ciertos calificativos, sin tomarse el trabajo de averiguar si son justos ó innecesarios. Las divisiones políticas, las novelas forjadas sobre grandes efectos, producidos por el contraste de los hechos con las condiciones especiales de sus héroes, el dibujo, y sobre todo, la caricatura, han desacreditado la personalidad del fraile. Para la generalidad, el fraile es ignorante, grosero y glotón. Así lo dijo Ayguales de Izco en cierta novela, así lo demuestra Fray Melitón en *La Fuerza del Destino*, así lo dibuja el lápiz de los franceses, y así se le expone en los cuadros de las

barberías y bodegones. Las frases «ignorante como un fraile», «grosero como un fraile», «intemperante como un fraile», corren de boca en boca, estableciendo como regla lo que puede ser cierto en casos particulares, en momentos de decadencia para una comunidad, cuando la disolución se apodera de una familia monástica. Pero ese mismo odio truécase en afecto «cuando el fraile enciende la pipa con las hojas del Breviario», y échase de codos sobre el tapete en que se tiran los dados para sacar á la suerte el que debe desgarrar la túnica inconsútil de Cristo, que los judíos no pudieron despedazar. En este caso, el fraile retrógado pasa á ser fraile liberal, y un fraile clasificado de este modo, es la quinta esencia de la perversión, porque seguramente fué el Judas de una comunidad á todas luces honrada. El fraile que arroja el solideo para cubrirse la corona con el gorro revolucionario, lleva en el corazón una llaga incurable. Muy lejos nos hallamos de incurrir en la exageración de creer que todos los frailes sean cortados por el divino molde del Serafín de Asis; pero, dentro de lo justo estamos, cuando decimos que el fraile se halla en las mismas condiciones que los individuos de los demás gremios y carreras. Hay frailes malos, como hay clérigos malos, como hay artesanos malos, como hay médicos malos. Pero como á las instituciones y á los hombres, no puede juz-

gárseles por las excepciones; pero como en ese juicio tiene que prevalecer lo bueno sobre lo malo, necesario es convenir en que, tratándose del fraile, no hay razón para sostener la guerra encarnizada de nuestros días. ¡Ay! de la milicia, ¡ay! de la abogacía, ¡ay! de la medicina, si se les juzgase desde el punto de mira adoptado para apreciar al religioso! Los errores emanados de la naturaleza humana, como los errores emanados de las épocas, no corrompen los principios fundamentales de la moral y de la ciencia, ni producen, como fatal herencia, la solidaridad indefinida que se ha establecido entre fraile y fraile. Buscarse deben las virtudes medicinales del agua en la vertiente misma, no en el charco, ni tampoco en el canal desviado de la fuente originaria. Esto es lo que ha hecho con el fraile el poeta don Ricardo Gutiérrez.

Hace poco tiempo que en una buena noche presentáronse inopinadamente en el proscenio de un teatro, un médico y un matemático... Éranse un matemático-poeta y un médico-poeta, los que, con asombro de los que creen que las ciencias naturales y exactas están reñidas con las Musas, venían á probar lo contrario, y á demostrar algo que pareció más extraño todavía á la concurrencia que los rodeaba. Encina, el matemático, dijo á los presentes que Dios era el principio y el fin del Arte. Gutiérrez, el

médico, dijo á los circunstantes, que la fe cristiana fortalecía el alma y era el móvil de las grandes acciones. El primero había encontrado á Dios dictando las leyes de la ecuación y resolviendo el problema: el segundo lo había encontrado, al estudiar la organización del cuerpo humano, produciendo esa llama que el médico no puede encender cuando la muerte sopla sobre ella. Entonces presentimos que se realizaría aquí, lo que ya es un hecho en el mundo antiguo: la alianza de la Religión con las Ciencias. Encina, dijímonos, manejará dos fuerzas poderosas: la poesía y el discreto análisis, proporcionado á la inteligencia limitada, reverente hacia aquello que escapa á la medida del compás y á la ciencia del número. El poeta Gutiérrez, médico consagrado á las enfermedades de los niños, tiene en nuestro país un enfermo de su especialidad. El pueblo es un hombre estacionado en la niñez, á quien él, médico del alma también, puede aliviar con su filosofía y consolar con sus cantares.

Desde aquel día, el primero de los poetas que ha vuelto á la pública arena nos ha traído, más que una obra espiritualista, un canto cristiano, reparador de una grande injusticia, cuyo lector, valiéndonos de una expresión del doctor don Pedro Goyena, necesitaría la voz de un siglo, para expresar dignamente los conceptos que él contiene, y le recuerdan, por su sencilla

majestad y profunda filosofía, los acordes sublimes del coro de los frailes en el quinto acto del *Roberto* de Meyerbeer.

El canto de Gutiérrez comienza con un cuadro magistral del mundo pagano, cuando «recorriendo la órbita del Olimpo, idólatra era la ciencia, y prostituído el arte, blasfemaba». En ese momento opérase un prodigio. Los cielos dieron cuanto pudieron dar; y, según la palabra de Samuel, en el «Libro de los Reyes», inclináronse y descendió la santidad y la justicia... Un movimiento coincidente con el de los cielos, hizo que la tierra se abriera y arrojara á la superficie cuanto ella podía dar: el baldón y la muerte... Cristo bajó de las nubes, y la humanidad le presentó una cruz. Glorificado ese patíbulo, del cual fué imagen la serpiente de bronce, cuya vista curaba las mordeduras ponzoñosas, convirtióse en signo de redención. El poeta la presenta surgiendo del polvo, abriendo sus descarnados brazos, cubriendo el mundo con su gigante sombra, y á sus pies, cayendo arrodillada, la misera y orgullosa humanidad. La cruz es para él, «la tabla en que salvó el abismo desde la tierra al cielo la esperanza». Invoca el recuerdo de las conquistas de la España, y ve disiparse su gloria, como la estela de las carabelas de Colón. Las columnas de Hércules ya no existen... Pero ¿qué ha quedado después de tanto lidiar, de

tanto orgullo, de tanta fama?... Oíd la tiernísima respuesta del poeta:

..... la cruz del misionero
«Abrazando la tierra americana!»

Escipión, que al caer de su caballo en el africano suelo exclamaba: «¡tierra, eres mía!» parece ridículo y vanidoso pigmeo si se le compara con esa cruz, que ha tomado posesión del mundo, real y verdaderamente, que ha sobrevivido al día de su victoria, y domina las ruinas de los siglos. «¡La cruz sólo es eterna!», dice el inspirado poeta, al finalizar dos de sus valientes y sonoras estrofas.

Opérase aquí una transición. El vate parece buscar en un momento de suspensión una criatura en quien encarnar las glorias de la cruz, y al fin la encuentra... El ojo del águila la ha descubierto... Va abrumada por el peso del madero glorioso: es el fraile... Habla modestamente, pero refiere una historia que eclipsa las historias de Homero... Describe al que apenas tiene donde reclinar la cabeza, bendiciendo la unión de los esposos, bautizando al niño, siguiendo al soldado en la batalla, haciéndole besar la cruz, y cerrándole los ojos, derribando la flecha del bárbaro, y abriendo paso en la horda al pensamiento humano, sin otra recompensa que un mendrugo de pan, sin más ora-

ción, al fin de la jornada, que el murmullo del viento de las tumbas... Oídle describir también las sendas que recorre el hombre de los dolores:

¡Todas las sendas sobre el mundo entero,
Son para mí la senda del Calvario!

Humedécense los ojos!, oprímese el corazón, y arrebatado el oyente por el poeta, siéntese como herido por una descarga eléctrica, cuando el vilipendiado fraile termina entre sollozos, pero con heroica actitud y voz tonante:

Caigo sobre la tierra en que combato
Por la gloria del hombre eternamente...
¡Ahora, mundo ateo, mundo ingrato
Escúpeme en la frente!

¡Ah! ¿quién se atrevería á lanzar la saliva sobre esa cabeza consagrada por la religión y coronada por el poeta?...

El fraile de Gutiérrez, cubierto con la jerga de Francisco Solano, herido el cuerpo por la flecha del bárbaro, los pies llagados en las piedras, curtido el rostro por las intemperies, de ásperas manos y tierno corazón, parece un santo de Rivera. Como ese fraile, van muchos por el mundo, misioneros y peregrinos, que al regresar un día á su convento, después de largos años de ausencia, no acertaron á reconocer ni el sitio en que lo dejaron al partir, porque el

altar, el templo y el claustro, habían caído derribados por el hacha y la piqueta. La celda, el huerto, el jardín, el cementerio rodeado de cipreses, y hasta las cenizas de sus compañeros, desaparecieron consumidos por el fuego. Entonces volvieron á coger la alforja, á empuñar el bordón, y mendigando, errantes y vagabundos, tornaron á llamar á la puerta de otro convento, también amenazado de muerte. Reposaron breves días, y volvieron á partir... ¿Adónde fueron?... ¡Andad! les dijo la caridad, y marcharon, cayendo y levantando en la vía-crucis del fraile... Fueron á combatir por la salud de otras almas. El sacrificio los aguardaba, y salieron á encontrar el sacrificio. Soldados de Cristo, la hidalguía cristiana les aconsejaba que no esquivaran la muerte, que les esperaba para coronarlos...

Pero... ¿qué es lo que ha hecho el poeta Gutiérrez? ¿Cómo, él, hijo de un siglo de ilustración, cómo ha podido atreverse á cantar las hazañas de un ignorante? ¿Cómo ha podido él, ministro del arte, celebrar al grosero, dignificar al glotón, ensalzar al hijo espúreo de los tiempos bárbaros?... ¡Qué ha hecho el poeta Gutiérrez!...

Parécenos escuchar su respuesta...

Hombre de estudio, dice, conozco la historia, y sé que las órdenes monásticas, nacidas á orillas del Jordán, en el retiro del Profeta Elías

y de sus discípulos, salvaron las letras y las ciencias cuando los bárbaros del Norte acometieron el imperio romano; conozco los esfuerzos cristianos del siglo iv por mantener en pie los monumentos y precaver del incendio las obras del arte antiguo; conozco esa fabulosa crónica de los Benedictinos, cuya regla imponía la castidad, la pobreza, la oración, el estudio y el trabajo personal; que todo lo sabían en el siglo vi y lo supieron todo en los posteriores; que encontraron en los viejos monasterios los manuscritos de los Padres de la Iglesia, y á la estampa los dieron; que cultivaron la tierra, rehabilitaron el trabajo manual y fomentaron la agricultura; que opusieron á la ignorancia, la ciencia, á la corrupción, la virtud, y reanimaron la abatida civilización... Admirador del arte, conozco al monje Lázaro, martirizado por los iconoclastas, que con los dedos cortados pintó en el subterráneo en que yacía la imagen del Bautista; á Fray Bartolomeo, ante cuyos lienzos, inspirados en las concepciones de Miguel Ángel y de Leonardo Vinci, inclinábase Rafael; al monje Guido Areto, inventor de la gama musical y del contrapunto; conozco los poetas franciscanos, celebrados por Ozánán, los versos de Fray Luis de León, las sentidas estancias de San Juan de la Cruz, y la elocuencia de Fray Luis de Granada... Dado á la Medicina, reconozco á San Basilio como fun-

dador de las enfermerías de leprosos en Oriente; á San Juan de Dios, como fundador de la Orden de la Caridad, consagrada á la asistencia de los hospitales; á Pedro de Betancour, como fundador del primer hospital de esclavos en Guatemala, piedra angular de la comunidad de Bethlemitas, dedicada al cuidado de los enfermos, y especialmente al de los desgraciados indios empleados en el laboreo de las minas de Méjico... He sido viajero, y he hollado el monte San Bernardo; he recorrido la hospedería enclavada en las fragosidades de los Alpes, y he visto vagar en los desfiladeros la sombra del fraile que, durante la borrasca, azotado el rostro por el viento y la nieve atomizada, expuesto á cada momento á caer en el abismo, derribado por el alud, recorría imperturbable esos sitios, buscando al viajero entumecido, próximo á á expirar; y he averiguado allí que la rarefacción del aire minaba sordamente la existencia del monje, sin otro horizonte que los amortajados farellones, sin otra perspectiva que la muerte, sin humana esperanza, pero fervoroso creyente en la divina misericordia... Americano, conozco el noble espíritu de Fray Juan Pérez de Marchena, que en día feliz para la humanidad, recibiera en la portería de Santa María de la Rábida, un mendigo hambriento, en el cual reconoció al futuro descubridor del del Nuevo Mundo, prestándole con su influjo el

apoyo que le negaran los sabios y los reyes de la tierra; he leído la vida del Padre Las Casas, beatificado por Marmontel, y en los *Orígenes de la Iglesia Chilena* he visto que el fraile fué el padre espiritual del indígena, civilizado en el Perú, Colombia y Ecuador, barbarizado por Francia en el esclavizado Paraguay... Argentino, conozco la tradición del convento en que vivieron y murieron Rodríguez é Hidalgo, asilo de las letras durante la tiranía; y entre mis amigos algunos tengo que cuentan como sus mejores días aquellos en que frecuentaron las aulas y estudiaron á la sombra de los claustros de San Francisco; amigos que refieren conmovidos los últimos momentos de sus maestros, y que todavía creen tener extendida la mano para arrojarles en la tumba las flores simbólicas, humedecidas con el llanto del alma...

Así, aun cuando con lenguaje más elevado, debe haber respondido el poeta Gutiérrez, y al escucharle mentalmente han empezado á desfilar ante nuestros ojos, Francisco de Asís, repudiado por su padre, que acaba de despojarse de los vestidos para compensar una falta cometida en obsequio de la caridad, y que dice: «Ahora podré exclamar con más libertad: «¡Padre nuestro que estás en los cielos!»; Scott, San Buenaventura y Rogerio Bacón, que no pueden abarcar en sus brazos los libros que han

escrito, depósito colnado de letras y ciencias; Domingo de Guzmán, empobrecido por el hambre de Palencia, hasta el punto de no poseer nada para sí, y de ofrecerse por ello para rescatar á un cautivo de los turcos; Tomás de Aquino, tesoro de la filosofía, de la teología y de la retórica, llamado el doctor universal y el ángel de las escuelas; Pedro Nolasco, fundador de los redentores de cautivos, que castiga su cuerpo con la cadena que acaba de romper; Pedro Pascual, que trueca su libertad por la de otro desgraciado arrancado á la patria, que muere en el siglo XIII, martirizado por los turcos, también pasa llevando en la diestra la ensangrentada palma de los héroes; Armando Rancé, rehabilitado pecador, desfila el último, repitiendo el fúnebre saludo del trapense; y cierran la inmensa y gloriosa columna, mártires anónimos, beatos, penitentes, austeros cenobitas, el que mortificó su cuerpo con la disciplina, el que se echó á descansar en la ceniza, el que vivió en el desierto, el que ocupó la cátedra, el que desafió al tirano, el que sostuvo el dogma de la Concepción Inmaculada, el que murió en la guardia franciscana que custodia incesantemente el sepulcro de Cristo... Todos, todos han acudido á protestar contra la calumnia que los llamó malvados, contra la ignorancia que los llamó retrógados, contra el mundo que los llamó holgazanes, contra la sensualidad

que los llamó ilusos, contra la injusticia, el olvido y la muerte, que pretendieron obscurecer en sus personas la gloria resplandeciente del Señor!

— Y al acudir ante nuestros ojos, parece que esos pobres voluntarios, que esos sabios humildes, que esos trabajadores infatigables, dejarán caer una mirada sobre el feliz poeta que ha tenido el honor de atar á su lira un jirón ensangrentado del sayal que vistiera el mártir del Chaco.

La poesía de nuestros días, enferma de desaliento, empalidece y decae, porque no tiene el coraje necesario para penetrar en la escarnecida morada de la fe, en cuyos dinteles resuena la ironía de lord Byron, expresión del siglo XIX, impotente, sin embargo, para ahogar la eterna resonancia de aquellos sublimes tercetos del siglo XIII, expresión magnífica de la ciencia humana y del inflamado espíritu del Dante. El poeta apenas repite los murmullos melodiosos de la creación, y su música no iguala al concierto de la naturaleza. Los vanos ruidos de la lira pasan, sin dejar recuerdo en quien con el alma escucha la elocuente armonía de las hojas que nacen en el bosque ó de las hojas que mueren en la selva... La humanidad vive del pensamiento; y en la lucha de las ideas el poeta debe ser soldado... Romped la lira en cuyas cuerdas no vibren al unísono la idea del hombre y la

tonalidad de la naturaleza, en que no resuenen á un mismo tiempo la filosofía que educa y la música que deleita.

El lenguaje del poeta es el más expresivo de todos los lenguajes. Schiller ha dicho que la poesía, que tiene por reino el pensamiento y por alado instrumento la palabra, penetra en el seno de la naturaleza, sin que haya nada que pueda limitar su libre acción. Mientras que la prosa es la fórmula del juicio y del raciocinio, escribe un profesor de Estética, en la poesía intervienen más inmediatamente la imaginación y el sentimiento, reforzados por el prestigio de la palabra rítmica. El poeta que hiera la fantasía y la sensibilidad, subyuga con su canto el corazón de los pueblos.

Ricardo Gutiérrez es el poeta que vive del pensamiento, es el poeta soldado, es el poeta cristiano. Él no canta por cantar; él canta porque cree, y hace oír su canto porque sabe que es obra buena enseñar á pensar, alentar al que desfallece, encantar la vida, y endulzar el trance de la muerte con la sublime melodía que preludia el divino concierto de la eternidad. Árbitro del instrumento de la palabra, dominador de la armonía, él ha empezado á hablar el lenguaje persuasivo por excelencia, y á él toca la tarea de emplearlo en abatir preocupaciones, honrar la virtud y coronar el sacrificio. ¡Qué importa si alguna vez no acierta á com-

placer al mundo! Para él deben valer más las lágrimas con que el fraile perseguido le recompense una limosna de justicia, que la ofrenda fastuosa con que los reyes pagaron la adulación de sus cantores; que el aplauso con que los hombres celebran la humillación de una inteligencia ante los ídolos que ellos adoran; que la palma que el poeta cristiano no puede colocarse sobre el pecho, para entrar en la región en que mora el Dios que inspira los Salmos de David y las lamentaciones de Jeremías!



JUANA MANUELA GORRITI

CUANDO en Chile meditaba mi inolvidable viaje al Perú, impulsábame hacia el imperio de los hijos del Sol el deseo de conocer á Lima, y dos personas de diverso sexo y vocación diferente, que me interesaban sobre manera: el Padre Esquiú, oculto en el convento de Descalzos, esquivando la frente á la mitra del Arzobispado de Buenos Aires, y Juana Manuela Gorriti, arrojada por las ondas airadas del Océano de la vida en una escuela de niñas, que le había servido de playa salvadora en el naufragio. Recién en una noche del mes de Mayo de 1873, inmediata á la de mi llegada á la ciudad de los Reyes, pude realizar esa especie de sueño de mi imaginación, quedando incompleto en cuanto se refería al modesto y elocuente

franciscano, refugiado é incógnito en el monasterio más respetado de la capital, cuyos cimientos abrió Pizarro con los bien templados aceros de la hueste conquistadora. Próximo á emprender un largo viaje, al despedirme con enternecimiento de todo lo que constituye una gloria de mi tierra natal, siento imperiosa necesidad de hablar de aquella anciana, pródiga en buenos deseos para el que se aleja, y á quien desde luego espera de retorno, aguijoncada por la curiosidad de conocer las impresiones que le dejen las cosas grandes, de ese otro mundo mayor que el que la cuenta entre sus hijos esclarecidos.

Nacida en medio de agitaciones, la vida de Juana Manuela Gorriti se ha desenvuelto entre tempestades. Parece que todos sus actos participaran del aspecto agreste á la par que grandioso de los Andes de Salta, su cuna, de Bolivia, su refugio en la proscripción, del Perú, su oasis en las penurias de larga peregrinación. Las alas de su espíritu, parecidas á las del condor, la llevaron del valle á las alturas de la cordillera. Visitada por la inspiración, divide con la Avellaneda el imperio literario de la mujer americana en la América española. Lo que de viril y adusto le imprimió el infortunio, lo ha modificado el sentimiento femenino, tierno y delicado, desbordante de su corazón, como la savia de la floresta colombiana, ó la resina del

tronco herido por el hacha del sándalo de la India.

Apenas tras ruda batalla recuperó la serenidad del ánimo, reapareció en ella la soñadora de lo bueno, la utopista de lo bello, la imaginación creadora del artista, que la impulsa á ver flores en el campo erial y virtudes en los corazones empedernidos. Los hijos de su fantasía, aparentemente menos amados que los de sus entrañas, en consorcio con la bondad del carácter, alejándola de la misantropía, compañera de las decepciones, la han entregado como maniatada al optimismo más generoso. Pocos argentinos han leído tanto como ella en el libro de la naturaleza. Una intuición superior infunde en su espíritu la visión de las cosas ignotas. La práctica de la vida, las reminiscencias de la juventud, la circunstancia de haber tomado parte en episodios extraordinarios de nuestra historia, constituyen la fuente inexhausta de su conversación interesante, instructiva, encantadora, que encuentra la fuerza en el ingenio, y la gracia en la palabra brillante y apropiada, que como el agua de las cumbres de la sierra se purifica incesantemente en virtud de la elevación de la caída.

Juana Manuela Gorriti lo ha contemplado todo: el campo de batalla de los bandos y de los pueblos; el desgarramiento de los sentimientos ajenos y la lucha solitaria de las propias pasio-

nes. Observadora, no sólo ha visto sino que ha estudiado cuanto ha caído bajo su mirada: afectos, ideas, aspiraciones y fibras de la naturaleza humana. Narradora por inclinación, no puede dejar de repetir lo que es idea de su cerebro ó visión de su fantasía. Analiza el espíritu como un psicólogo, diseña la entraña como un fisiólogo, y de aquí que algunas de sus obras parezcan haber tenido por buril un escalpelo, y por escritorio la mesa de un anfiteatro. Artista minuciosa y delicada, reuniendo los elementos grandes y pequeños, ha concertado los colores variados de ciertas narraciones, con la paciencia inteligente de los fabricantes de mosaicos de Florencia. En aquella cabeza de mujer dibujada por ella, brillan las tintas de su abundante paleta, como los toques lúcidos de los esmaltes de Limoges. Algunas breves leyendas que apenas forman una escena, recuerdan los bajos relieves, reducidos y artísticos, de los plateros de la época de Cellini. Encuéntrase en la colección de sus obras marcos primorosamente labrados, conteniendo composiciones de importancia dudosa, que involuntariamente traen á la memoria algunos lienzos italianos, que sobreviven por las cornisas venecianas, que formaron uno de los ramos del arte escultórico de la antigua reina del Adriático.

La morada que parecía albergue proporcionado á la familia que la ocupaba, después de

desaparecido el padre, toma insólitas proporciones, producidas más que por el vacío físico, por el vacío moral que dejara el Patriarca. El esparcimiento de los supervivientes no puede cubrir el trecho que él ocupaba en la larga mesa del comedor, en que se celebraron fiestas de familia, y se partió tantos años el pan de la Navidad. Levantados los manteles, unos se retiraron á sus habitaciones huyendo de los recuerdos, otros van á perseguirlos en el salón, donde todas las noches el padre pagaba, reclinado en un sitial, tributo anticipado á la fatiga del día. Cuando las aves anidadas en las cornisas de las ventanas, comenzaban á desperezar las alas y á saludar el día, asomábase á ellas el anciano, apercebido por el instinto para emprender la jornada de las veinticuatro horas inmediatas. Aquellos árboles los plantó un hermano que no los vió florecer, aquélla fué la alcoba en que una madre santa dió á luz sus hijos con acerbos dolores, y donde, reclinada en el seno de la misericordia divina, se despidió de ellos, ungiéndoles la frente con la última de sus lágrimas; aquel gabinete fué el preferido de los amigos de la familia, entre los cuales figuraban próceres de la patria, que eran acogidos con veneración; aquella otra habitación, humedecida por el musgo de las paredes, fué la escuela en que los pequeños aprendieron á rezar y á leer; aquellos árboles, aquellos muros, aquellas plantas, cons-

tituyeron un día el hogar, el paterno hogar, enlutado al abandonarlo quien le puso los fundamentos, convertido en ruinas al diseminarse la nueva generación, impulsada por vientos parecidos á los que arrancan del tronco y arrastran á larga distancia las hojas secas de la floresta.

«Horcones» llamóse el hogar en que nació Juana Manuela Gorriti, y habría perdido el sitio hasta el nombre, si en la edad proecta ella no lo hubiera reconstruido con la imaginación, volviéndole como á evocar de un «montón informe de malezas y de ruinas, habitado solamente por los tigres y los chacales». Esas líneas son un monumento literario, que por razón de la existencia duradera y elocuente del papel, vivirán más que las piedras deleznable y mudas del hogar de los Gorriti, derribadas por el abandono de sus dueños y pulverizadas por los cascos de los caballos de la horda triunfante.

Juana Manuela Gorriti cultiva con esmero y conserva todavía fresca y sonriente la flor de la cortesía, que con tan pocos ejemplares va contando. Pónese al habla, sin repugnancia, con todo el que la solicita un servicio ó un consejo, elevándose hasta los que poco ignoran y descendiendo hasta los que nada saben, para alentarlos modestamente á abandonar las incertidumbres de la acción y las sombras de la inteligencia.

La necesidad obligóla en Lima á ganarse el pan cotidiano enseñando niñas, que llegaron á ser como hijas suyas. Después de corridos algunos años de maestra, dócil á sus inclinaciones artísticas, fundó, en el mismo modesto albergue, las Veladas Literarias, que prestaron pábulo á la conversación y á las letras, que echan de menos en salones y academias la forma concreta y castigada de su palabra, brillante, instructiva y siempre intencionada. La benevolencia, la abundancia, la ligereza del pensamiento alado, caracterizan esa conversación, que interesa á los hombres y atrae á los niños, porque forma una especie de agrupamiento artístico de imágenes, ocurrencias y episodios, en que la interlocutora distribuye la luz á la manera de Rembrandt, si refiere asuntos dramáticos, ó esparce las claridades místicas de Murillo, si pinta algún cuadro hebreo, en que descolló el Niño Jesús ó figuró la Virgen María, regando el valle de lágrimas con el vino de Canaán. Entra en materia con el pie vacilante y tímido de quien cree va á hacer ó decir más ó menos de lo que debe, retirándose sin vanagloria pueril cuando convence, ó silenciosa después de haber replicado una vez sola al porfiado. En sus viajes azarosos á través del desierto y de la montaña, ha adquirido repugnancia invencible á las asperezas y á las espinas, evitando, á costa de cualesquier sacrificio, el contacto con lo que es

grosero ó punzante. Por eso en sus salones de Lima y Buenos Aires se respiró siempre el ambiente sereno y perfumado de la casa solariega y aristocrática en que nació, arrullada por los cantos maternos y los himnos patrióticos que saludaban la independencia americana.

He calificado expreso de aristocrática la casa que los antepasados de los Gorriti fundaron en la provincia de Salta, porque en mi lenguaje, ajeno como mi espíritu á preocupaciones nobiliarias, aristocracia es sinónimo de superioridad moral é intelectual. Cuando tomo *Sueños y Realidades* (¡cuán blandos han sido los sueños, y cuán duras las realidades de la autora!) busco la página consagrada por ella al hogar paterno, para repetir con emoción fiel al alma como el dolor al hombre, el apóstrofe á las ruinas de «Horcones», al parecer inspirado en los trenos de Jeremías. Prueba convincente de la superioridad intelectual y del refinamiento del gusto, que he llamado aristocrático, porque es resultado de una especie de elección, me parecen esos renglones, que, como el libro entero, ostentan la gallardía de la lengua de nuestros antepasados, enriquecida por las voces de los idiomas indígenas y las figuras poéticas de un mundo nuevo. Arrancan las lenguas cultas del lenguaje popular. La grandeza de los idiomas, definidos por las Academias, reglamentados por las Gramáticas, se revela en la

aplicación original y elevada de los vocablos, vehículos de las ideas, y al mismo tiempo galas del pensamiento, porque del uso apropiado é inesperado de las palabras resulta la elegancia y novedad de la dicción escrita ó hablada. Juana Manuela Gorriti, empleando con acierto el instrumento de la palabra, ha encontrado el camino de la belleza de la forma que inmortalizó el arte griego. La manera particular de manejar la pluma ó la palabra constituye el derecho de propiedad del estilo en los artistas del pensamiento. Nuestra paisana ha conquistado el derecho de que se la reconozca ese título, expresándose originalmente en la lengua de Cervantes. Ella ha escuchado en las yungas, en las punas, en los valles y en las pampas americanas, el lenguaje de las criaturas sensibles é insensibles, el gemido del viento, la querrela del indio, el sollozo de la quena, y después de describir el desfiladero escabroso, la huaca profanada, la silueta agria de la montaña, el perfil adusto del arriero curtido por las inclemencias, la figura melancólica del payador errante, ha compuesto tragedias y dramas, al parecer escritos ora á la luz deslumbradora del sol de los trópicos, ora al reflejo de la hoguera de los campamentos, ya alumbrada por el candil de la posada del caminante, ya en la granja rodeada de aldeanos, ora en el hogar circundado de mozas y mozos, ávidos de recoger

en la memoria esas creaciones maravillosas, alternadas con cuadros cómicos, en que predominan la virtud y el amor, la sencillez de los hábitos y la inocencia del corazón.

Vinculada por la sangre á próceres de los tiempos heroicos del continente; ligada por amistades de familia á muchos de los actores del drama de la tiranía, relacionada con tres generaciones de prosistas y poetas de merecimiento, en Salta, en Sucre, en la Paz, en Arcquipa, en Lima, en Santiago, en Buenos Aires, su obra ha sido vasta por el dilatado tiempo de la acción y americana por el teatro en que ha desplegado su asombrosa actividad, reflejando, por decirlo así, las diversas fases políticas y literarias de la patria grande, con una sobriedad de líneas y de colores que puede envidiarle, con razón, cualesquier escritor de la raza sajona.

La energía de la voluntad y los sueños de la imaginación, sostienen á nuestra compatriota de pie en las tribulaciones del alma y en las enfermedades del cuerpo. Como al Tacora, como al Misti, la nieve de la frente no le apaga el fuego de las entrañas. La voz de un clarín, recordándole hazañas y victorias; la incorpora en el lecho en que yace postrada, de la misma manera que el repique de las campanas de la Pascua disipa el abatimiento de su espíritu desconsolado. El árbol de Navidad, que todos

los años planta, cabe el artístico pesebre en que reposa una imagen quiteña del Niño Jesús, compañera inseparable suya en todos los viajes penosos, la refrigera con su sombra benéfica. No se cambiaría ella en la noche buena, rodeada de niños, interesados sobremanera en cosechar los frutos que penden del árbol simbólico, por la graciosa Emperatriz de la India, cuando en su morada de Londres, recibe los tributos del país del marfil, la seda y la porcelana.

Pero lo más admirable de esta naturaleza sensitiva, es que ni la envidia, ni el rencor la cuentan entre sus inflexibles ministros. Instintivamente, sin esfuerzo alguno, admira á sus émulos y perdona á sus enemigos. Cuando se piensa en que Juana Manuela Gorriti tiene adversarios, preciso es confesar de plano que la superioridad es una especie de pecado original que no ha sido redimido todavía.

El hogar de la señora Gorriti, tan modesto como atractivo, sus hijos tan inteligentes como simpáticos, su conversación tan sencilla como interesante, jamás se borrarán de mi memoria, como el año, el mes, el día y la hora en que la conocí en la casa de Lima, convertida en maestra de niñas ricas y pobres. Absorbido por los recuerdos divinos de Jerusalén, la belleza histórica de Roma, la grandeza material de Londres, lo sobrenatural de Lour-

des, lo tradicional de España, lo poético de Granada, las montañas de Suiza, los canales de Venecia, el recuerdo del pincel valiente y seguro de la artista americana, hará vacilar el mío sobre el lienzo en que diseñe apenas lo que ella habría pintado de mano maestra. Al aproximarse el momento de despedirme de Juana Manuela Gorriti, renunció á formular todo concepto que exprese con ternura mi admiración por su talento, mi respeto por sus dolores, mi gratitud por los consuelos y plácemes suyos que me confortaron en el abatimiento, pues temo que importuna lágrima borre mi firma al pie de estos renglones!



ADIOS ES

PRÓXIMO á partir para el viejo mundo, salí el domingo con la intención de visitar á Francisco Ayerza en su casa, y de llevar al sepulcro de mi padre un ramo de rosas te, cogido en su jardín, porque me estoy despidiendo de vivos y muertos queridos.

Mi amistad por los Ayerza empezó de niño con el padre, y ha concluído casi viejo con los hijos, presentando esta circunstancia un fenómeno raro en nuestra época, en que los padres no se avienen con las relaciones de los hijos, ni los hijos con las de los padres, porque, según dicen, el tiempo, la edad, qué sé yo, separan las inclinaciones y los ideales de las generaciones.

No es fácil que se borre de mi memoria la impresión que me produjo el padre de los Ayerza,

cuando nos conocimos en la Sociedad de San Vicente de Paul, recién establecida. Aquella extraña alianza de la fuerza y la ternura, propia del carácter del vasco no bastardeado, tenía ciertamente que imponerse á quien le trataba, porque era la imagen viva de la naturaleza adusta y poética al mismo tiempo. Cuando él estaba á sus anchas, era afectuoso, decididor y jovial como pocos, riendo de buena gana con lo cómico, sin ocultar avergonzado las lágrimas que la emoción producida por algún cuadro ó concepto patético inesperado, precipitaban hacia sus mejillas tostadas por el sol de los campamentos. Amador del bien, solícito por realizarlo como podía, en forma de limosna, de consejo ó de asistencia médica, pasó por la tierra derramando buenas obras.

Su paterna solicitud tuvo merecida recompensa, pudiendo decirse que recogió anticipadamente una parte del premio ofrecido á los buenos. Sus hijos recorren ventajosamente los caminos de la ciencia y del comercio, revelando á cada paso que la sangre de sus padres no ha degenerado en sus venas. En el corazón de todos ellos, lleno de generosidad, ha tenido cabida el sentimiento artístico, como pude comprobarlo en casa de Paco, donde los encontré reunidos en su preciosa galería de pinturas.

En el magnífico y bien alumbrado salón se encuentran representados muchos de los gran-

des pintores contemporáneos, comprendidos algunos de los discípulos de las escuelas llamadas del blanco é impresionistas napolitanos. Pradilla, Villegas, Gianfanti, Benlliure, Galofre, Vita, Iroli, Mariani, Indumo, Gonzalvo, Penachini, Turquet, Sala y otros más revelan el buen gusto de aquella morada, que recuerda involuntariamente á los precursores del gusto pictórico, Guerrico y Pereira, fundadores de nuestras galerías.

El discípulo de Morelli, Gianfanti, ha reproducido magistralmente la paciente labor de los monjes miniaturistas, que ejecutaban los cromos de los libros de coro, semejantes á los muy poco conocidos de la Catedral y San Francisco de Buenos Aires. El autor de *Benedicamus Domino*, mereció un premio por ese lienzo rico de entonación, de aire y de detalles parecidísimos á la verdad, si no son la verdad misma.

La ventana del Renacimiento, de Villegas, abierta en un muro en que parece haber tropezado el sol, es una maravilla luminosa en la más lata acepción de la palabra. Aquellas ramas floridas que se enredan en las rejas, huelen á primavera. Corre al pie de la ventana una agua transparente, que suministra con tacañería bebida á unos patos callejeros, que conduce la vendedora, parecida á todas las del género, como un caudillo electoral á los secuaces modestos del partido, dominados por la comezón

de pasar unos á porteros y otros á diputados. Aquel pedazo de tierra y cielo de España, recibe luz directa del genio artístico que inspiró á Velázquez.

La plaza de toros, mosaico admirable de cabezas, conjunto abigarrado de colores, con la arena ensangrentada, el capeador y el espada plantados con el desgaire elegante del andaluz y el qué se me da á mí del que se echa el alma á la espalda, no puede ser pintada sino por un artista español, saturado de las costumbres de su tierra. Benlliure ha pintado ese lienzo que habla, porque es imposible contemplarlo sin oír gritos angustiosos, imprecaciones, malas palabras, ruido de palmadas, voces de aliento, amenazas y vítores. Esos son toreros de verano, y el sol que alumbra la lidia, canicular hasta cocer los huevos en la arena.

Con razón es reputado Gonzalvo el primer pintor de perspectiva de estos tiempos. Esa calle de Toledo se prolonga, como los malos días, hasta perderse de vista. ¡Si se pudiera prolongar así la perspectiva de la felicidad!

Modelo de coloristas es el romano Mariani. Las orillas del Nilo, formadas por el aluvión de las inundaciones, las velas de los buques que cruzan el río, los siervos miserables que vagan sin trabajo, han sido reproducidos en ese lienzo como en un espejo. Merecería él que Edmundo About dedicara al autor otras *Orillas del Nilo*.

Si el cicerone inteligente no lo dice, legos ó no legos en la materia, tomarían por cuadro al óleo la acuarela de Penachini, representando una mujer al pie de la cruz, ni más ni menos que como vemos á Alicia, perseguida por el genio del mal. ¡Qué primera intención y qué intención tan buena! ¡Qué valentía de pincel y qué fuerza de color!

Turquets ha pintado ese árbol, para que no se califique de monótono un cuadro en que el sujeto principal es el cielo que le sirve de fondo. Esas nubes son las que tanto han dado que hablar á los poetas, haciéndoles decir al corazón todo lo que ellos han querido.

Propio del comedor es el lienzo de Sala *Dura lex, sed lex*. En un castillo feudal, encendido el hogar, se cuece á la lumbre el puchero de los cazadores. La jauría del señor del castillo, jadeante todavía, ha penetrado en la ahumada estancia, donde están desocupados los grandes sitios de vaqueta. En varias actitudes, los perros, de diversas razas, contemplan sin esperanza la marmita puesta al fuego. Hay en aquel cuadro algo de medioeval, que recuerda las mansiones sombrías de los señores de horca y cuchillo. Algún republicano imaginativo, vería en la jauría la horda que servía al amo sin esperanza de recompensa, porque el apetito apagaba en ella las otras voces de la naturaleza.

Bersagli, el estatuario milanés, autor de

Frine y *La hija de Faraón*, premiado en la última de las exposiciones italianas con el premio de oro prometido á la mejor obra de escultura, ha tenido eso que unos llaman amor, y otros debilidad, por los niños. Lo prueba *El primer caballo* (la escoba), *El primer vestido* (el de la madre), *El primer amigo* (el perro) y *La gallina ciega*. Ahí está esa niña candorosa que, con el vestido desceñido, los ojos vendados, busca algo hacia adelante con la mano izquierda, y boga con la derecha hacia atrás, como para alejar algún peligro. Según la feliz expresión de un artista que se llama aficionado, y que posee *La hija de Faraón*, esa criatura lleva los ojos en los dedos, lo cual inspiró á otro, que apenas es amigo de lo bello, la reflexión de que el fenómeno no le extrañaba en tiempos en que muchos llevan uñas en la mirada.

Una vez en el terreno de la plástica, se habló de las estatuas de nuestro cementerio, de la del *Dolor* de Tantardini, de la cual no falta quien diga que ha sido inspirada por una imagen bizantina reproducida en bronce por Fremiet; del ángel colocado en el sepulcro de Llanbí Campbell, imitado, más que copiado, del de Monteverde, colocado en el cementerio de Génova, y de la copia verdadera del original, que constituye el mejor adorno del mausoleo del señor Ocampo, y una de las pocas joyas artísticas de la necrópolis de Buenos Aires.

Como el icterico que ve todo amarillo, el que vive preocupado de los que le precedieron en la jornada de la eternidad, no ve sino duelo en todo lo que se refiere directa ó indirectamente al estado de su espíritu. Puse término á las emociones de lo bello y al debate artístico que se iniciaba, despidiéndome, ¡hasta la vista! de mis amigos, y me dirigí al cementerio.

Un cielo de invierno cubría columnas y cruces, y un viento frío, al parecer escapado de los sepuleros, movía las hojas de los árboles. Echado sobre las gradas de mármol del monumento de mi padre, la oración brotó de mi corazón y las lágrimas de mis ojos. Recordé allí que el salmista ha dicho que será bienaventurado el que pensó en el necesitado y en el pobre, agregando que el Señor le mullía la cama en su enfermedad. Le supuse, contemplando sus postreros momentos con los ojos de la fe, en la región de la paz, y le pedí que me bendijera en mis peregrinaciones.

Arrastrado después por el recuerdo del debate iniciado en casa de los amigos que poco antes había visitado, me dirigí hacia el fondo del cementerio. Hacia la derecha, encontré un sepulero greco-cristiano. En su frontispicio leí en letras de hierro el nombre de *Ayerza*. Esa inscripción es el símbolo de la naturaleza dura é incorruptible del padre de la familia que la ha trazado.

Encontré el ángel del cementerio de Génova. Monteverde no es un escultor de espíritus; es un estatuario de cuerpos, porque es un artista realista. Para idealizar al ángel le ha dado formas de mujer, no obstante que su cabellera es selvática. Lo único que hay de ideal en la estatua, es el pensamiento feliz de presentarla vestida de inocencia, suponiéndola cubierta para los ojos que la contemplan. El velo que emana, por decirlo así, del cuerpo del ángel, que carece de la imponente grandeza del que debe convocar al juicio final, es una obra maestra. La estatua de Monteverde, como concepto místico, deja un vacío en el alma. Mucho me temo que el crucifijo suyo que debe colocarse en la capilla del Cementerio, represente simplemente un ajusticiado hermoso.

Cubierto el Cementerio con los despojos de los adornos de la vigilia y del día de difuntos, sentado en el borde de un sepulcro, llegaban hasta mis oídos los rumores de las gentes y de los carruajes engalanados que se dirigían á la batalla de las flores, formada con las hermanas de las que arremolinaba en la ciudad de los muertos el cierzo helado de la tarde...

Sea el último de estos adioses para *El Diario*, que ha sido noble y generoso con su colaborador. Desde que nos conocimos con su Director en esta tierra, todavía pequeña, que parece grande si se la juzga por el alejamiento de los hombres

que cultivan las letras, yo he tenido la tribuna más libre de que puede vanagloriarse un escritor. Galantería y tolerancia han sido las ofrendas que he recibido de Manuel Láinez, cuyo espíritu admiro de buen grado, porque, como él, no he experimentado jamás la pasión innoble de la envidia, estando dispuesto siempre á rendir homenaje al mérito ajeno. ¡Al talento probado, mi admiración! ¡Á la amistad demostrada, mi reconocimiento!



ÍNDICE

	Págs.
<i>Carta-Prólogo.</i>	
La voz del prodigio.	7
Ecce-Homo.	19
Spes.	27
La oración por todos.	37
Página íntima.	45
El Santuario de Luján.	51
El ideal del poeta.	79
Olegario V. Andrade.	107
Palermo.	169
Liberato.	179
El Padre Camilo M. Jordán.	187
El Día de Difuntos.	205
En el 21 de Junio.	211
Pro Africa.	221
Apología del suicidio.	233
El duelo.	243
Cremación.	253
Una estatua de Alonso Cano.	265
La mujer de Pilatos.	279
La prensa diaria.	287
Las neurosis de los hombres célebres en la Repú- blica Argentina.	299
El dolor concentrado.	323
El fraile.	339
Juana Manuela Gorriti.	355
Adioses.	367

